

CARTAS SOBRE ROMA

VISITADA EN LA PRIMAVERA DE 1867

Agustín Rivera



Edición y prólogo

Sergio López Mena

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CARTAS SOBRE ROMA

VISITADA EN LA PRIMAVERA DE 1867





Coordinación de Humanidades
Programa Editorial

AGUSTÍN RIVERA

CARTAS SOBRE ROMA

VISITADA EN LA PRIMAVERA DE 1867



Edición y prólogo
SERGIO LÓPEZ MENA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2015

Diseño de la colección: Ricardo Noriega

Primera edición en esta colección: 10 de diciembre de 2014

ISBN: 978-607-02-6345-3

Impreso y hecho en México

Prólogo



José Agustín Ignacio Rivera Sanromán nació el 29 de febrero de 1824 en la villa de Santa María de los Lagos, del estado de Jalisco, población que en 1563 había fundado el sevillano Hernando de Martel en el noreste de Guadalajara, cerca de unos lagos. Fue hijo de Pedro Rivera Jiménez, natural de Chiclana de la Frontera, Andalucía, quien militara contra los insurgentes en el sitio y la toma del Fuerte del Sombrero, cerca de la villa, y también en la toma del Fuerte de San Gregorio.[1] Su madre, María Eustaquia Josefa de Jesús Sanromán Padilla, perteneciente a una familia española de la región de Santa María de los Lagos, había nacido en el rancho La Cofradía.[2]

La villa de Santa María de los Lagos fue fundada por disposición de la audiencia de la Nueva Galicia con el fin de contar con un baluarte en los campos de los chichimecas y para detener las pretensiones territoriales de la audiencia de México. Martel la fundó en la margen de un río y cerca de unos lagos, con setenta y tres españoles.[3] No muy lejos del sitio donde se fundó, se hallaba la ciudad minera de Guanajuato, y un poco más retirada, Zacatecas. La vida de sus habitantes discurrió entre el miedo a los ataques de los guachichiles en los caminos, la esclavitud o la muerte de éstos, el tráfico de negros y mulatos, la acumulación de bienes y el culto religioso. Al tiempo en que nació Agustín Rivera, había en la villa una parroquia monumental, muchas casas señoriales y dos conventos. En los aledaños, existían tres pueblos de indígenas.

[1] *Vid.* Rogelio López Espinoza, "Pedro Rivera, un andaluz en Lagos".

[2] Agradezco a Mario Gómez Mata el haberme proporcionado una copia de la fe de bautismo de la madre de Agustín Rivera, que se encuentra en el Archivo Histórico de la Parroquia de la Asunción, libro de bautismos de 1796-1800, f. 109 v.

[3] Escribe Agustín Rivera que esos setenta y tres españoles estaban "enlazados con indias (casi todos por concubinato)" (*Plan de los anales de Lagos*, p. 8).

Enclavada en una región ganadera y de cultivo del campo, en el empalme de las rutas de Tierra Adentro, y por lo tanto sitio de arriería y de mesones, la población donde nació Agustín Rivera era cabeza de un territorio de haciendas y ranchos. La mentalidad de su gente correspondía en cierta medida a modelos feudales. Santa María de los Lagos contaba con un colegio de humanidades para la élite local, el de San Lorenzo, del convento de la Merced. Algunos vecinos tenían en su casa escuela de primeras letras. Hacia 1830, el gobierno establecería un plantel de estudios elementales.[4]

Agustín Rivera fue el segundo hijo del matrimonio Rivera Sanromán. Tuvo siete hermanos: Benigno, Catalina, Ignacia, Candelaria, Isabel, Antonio y María Dolores. Benigno y Candelaria murieron siendo niños. Antonio fue notario; María Dolores, monja.

Rivera pasó la infancia en su ciudad natal. Aprendió a leer y a escribir en la escuela de doña Luz Ochoa y en la de don Pablo Martín del Campo.[5] Como era el uso en las familias pudientes de la localidad, seguramente iría con su madre y sus hermanos a la hacienda de su abuela materna, Lo de Ávalos, situada al noroeste de la antigua Santa María de los Lagos. Su padre, luego de la consumación de la Independencia, se había quedado a radicar en la villa, donde era un hombre destacado. Administró la aduana local y la hacienda La Estancia Grande. Arrendó la hacienda La Labor. Dirigió la construcción de varias casas, además de un puente sobre el arroyo de Triana, que se conoció como Puente de Rivera. Tuvo una tienda, al sur de la plaza de armas, en la finca que era propiedad de su esposa, el portal Victoria. Tal vez por sus ocupaciones le resultaría difícil acompañar a la familia a Lo de Ávalos.

La villa de Santa María de los Lagos fue ascendida a la categoría de ciudad en 1824. Cuando Agustín Rivera tenía cinco años, se le dio el nombre de Lagos de Moreno, en honor del insurgente Pedro Moreno, a quien los soldados de Orrantia habían muerto al noroeste de Silao en 1817. Era un hombre rico de la villa, que luego de levantarse en armas

[4] *Ibidem*, p. 19.

[5] Rafael Muñoz Moreno menciona la escuela de doña Luz Ochoa y la de don Pablo Martín del Campo. Dice que a la escuela de doña Luz Ochoa pasaba todos los días el ex militar Merced Méndez a ponerle al niño Agustín muestras de escritura. Moisés Vega y Kégel escribe que Agustín Rivera fue alumno de Merced Gómez. Tal vez este maestro sea el mismo Merced Méndez que menciona Muñoz Moreno. *Vid.* Rafael Muñoz Moreno, *Rasgos biográficos...*, pp. 10-11; Moisés Vega y Kégel, *Lagos y sus hombres*, p. 91.

en su hacienda de La Sauceda se había remontado a las serranías para mantener la lucha iniciada por el cura de Dolores. Se le unió Xavier Mina con sus expedicionarios europeos y norteamericanos.

Agustín Rivera tenía el legado espiritual de su padre, un vencedor de los insurgentes, y el de su madre, que pertenecía a una familia en la que se contaban varios de éstos, como Juan Nepomuceno, José Antonio, José Ignacio y Urbano Sanromán.

Un acontecimiento que pudo haber presenciado en su tierra cuando tenía diez años, en 1834, fue la sublevación encabezada por el padre José María Zermeño contra el decreto estatal de desamortización de bienes de 1833 y contra otras leyes dictadas por Valentín Gómez Farías. Dos características de ese movimiento, apoyado en el Plan de Lagos, fueron su lema, "Religión y fueros", y su rechazo a la tolerancia de religiones distintas de la católica.[6] La sublevación de Lagos fracasó, al no conseguirse la toma de Guadalajara, pero el gobernador José Antonio Romero echó por tierra las normas que habían dictado los liberales.[7]

A fines de ese año, Agustín Rivera ingresó al Seminario de Morelia para cursar la carrera eclesiástica, propósito en el que lo alentaron su familia y el padre Eusebio Gómez, quien era hermano del obispo de la diócesis michoacanense, Juan Cayetano Gómez Portugal y Solís.

Don Pedro Rivera quería que su hijo estudiara en Guadalajara y no en Morelia, quizá porque consideraba más costoso su sostenimiento en Michoacán. Pero en la preferencia por esta institución pesaron más las determinaciones del padre Gómez. Así recordó el futuro sacerdote laguense su primera salida a Morelia:

> En noviembre i diciembre de 1834, cuando yo tenía diez años i diez meses de edad, se hallaba en Lagos por vacaciones el Sr. presbítero D. Eusebio Portugal, hermano del Sr. obispo, en la casa de su tío carnal D. Ignacio Gómez Portugal. Había estrechas relaciones entre la familia Portugal i la mía, porque D. Ignacio era mi padrino de confirmación i mis padres eran padrinos de bautismo de una hija de D. Ignacio. El Sr. mi padre pensaba que yo hiciera mi carrera literaria en el seminario de Guadalajara; pero el padre D. Eusebio dio i tomó en que me había de llevar a estudiar en el seminario de Morelia [...]. Mis amadísimos padres tenían muy diverso genio; la Sra. mi

[6] *Vid.* Mario Gómez Mata, *Efemérides de Lagos de Moreno*, pp. 101-102.
[7] *Vid.* José María Muriá *et al.*, *Una historia compartida*, p. 90.

madre se quedó a pasar el día con sus compadres, muy contenta porque yo iba a comenzar mi carrera literaria, i el Sr. mi padre no quiso verme partir, cerró su tienda i pasó el día en nuestra casa [...], lleno de amargura i acompañado de sus amigos…[8]

En el Seminario de Morelia, estuvo Agustín Rivera en 1835 y en 1836, años en los que cursó Gramática Castellana y Analogía Latina (lo que se conocía como Mínimos). Su maestro de ambas materias fue el licenciado Clemente de Jesús Munguía, que, tras ordenarse sacerdote, en 1850 llegaría a ser sucesor del obispo Gómez Portugal.

Al concluir el curso de Analogía Latina, fue de vacaciones a su tierra, donde su padre pasaba por una situación económica difícil, lo que había reforzado su intención de que Agustín ya no regresara a Morelia, sino que continuara sus estudios en Guadalajara. Su hijo le entregó la siguiente carta, escrita por Clemente de Jesús Munguía:

Mor[eli]a, oct[ubr]e 28 de 1836

Muy S. mio i de mi aprecio

Sin mas objeto que noticiar á V. de los adelantos de su niño tomo la pluma. Este niño ha hecho grandes adelantos en el corto tiempo que lleva de colegio. El concepto que se tiene de el aqui aumentará sin duda cada dia mas el esmero i cuidado de los SS. Catedráticos que lo tengan á su cargo i V. puede contar desde ahora con que esto unido al sistema de educacion que se recibe en este colegio hará que D. Agustin haga una carrera mui brillante.

Hemos sabido que V. trata de mandarlo a Guadalajara i esta circunstancia me hace dirigirme a V. p[ar]a interesarle en q[ue] mude de resolucion. Tomar esa providencia seria indisputablemente perder su carrera. Aqui todos los Superiores desde el S. Rector lo quieren muchísimo i tienen con el el mayor cuidado. Dos veces que he sido yo su catedrático, lo he atendido como si fuera una cosa mia i lo mismo he hecho aun cuando no ha sido mi discípulo.

Si la distancia en que está Lagos de aquí fuere p[ar]a V. un inconven[ien]te en razón de no poder proporcionarle con continuacion los auxilios necesarios puede V. escribirme, seguro de q[ue] desempeñaré los oficios de tutor i V. no debe tener cuidado alguno. Lo mismo ofrece hacer

[8] Agustín Rivera, *La vocación de Simón Bar Jona*, pp. 38-41.

el S. Vice-Rector, i así p[o]r esta parte no debe V. detenerse en volver a mandarlo.

Aprecio esta ocasión p[ar]a ofrecerme a la disposición de V. como su muy at[en]to i S.S.Q.B.S.M.

Clemente Munguia[9]

Pedro Rivera contestó la carta de Munguía el 5 de noviembre, agradeciéndole los ofrecimientos de apoyo.[10]

El niño no regresó al Seminario de Morelia, pero tampoco fue enviado al de Guadalajara. La situación de la familia Rivera-Sanromán se agravó al fallecer don Pedro, el 9 de abril de 1837, pues dejó numerosas deudas.

Agustín Rivera acudió a tomar las clases de latín que impartía don José María Silva en el Colegio de San Lorenzo, de su ciudad natal, hasta fines de 1837, cuando, gracias a la ayuda de su abuela materna, María Francisca de los Santos Padilla Márquez, viuda de Sanromán, se trasladó a Guadalajara para proseguir la carrera de sacerdote.

La primera materia que cursó en el seminario tapatío fue Sintaxis Latina (lo que llamaban Medianos), impartida por el doctor Fernando Díaz García. El año siguiente, estudió Prosodia, Métrica y Retórica Latinas (es decir, Mayores), con el presbítero Juan Gutiérrez.

Se apasionó desde su infancia con la lengua y la cultura latinas. No sólo aprendió la lengua del Lacio, en un tiempo en que, junto con el griego antiguo, comenzaba a ser desestimada por la sociedad, frente a las lenguas modernas, sino que incorporó a su cultura las ideas de los grandes autores del mundo clásico, como Cicerón, Horacio y Virgilio. Fruto de ese interés humanístico, propiciado inicialmente por sus maestros de Morelia y por su profesor del Colegio de San Lorenzo, fueron sus obras *Compendio de la historia romana, política y literaria* (1872), *Pensamientos de Horacio sobre moral, literatura y urbanidad* (1874), *Ensayo sobre la enseñanza de los idiomas latino y griego y de las bellas letras por los clásicos paganos a los jóvenes y a los niños* (1881) y *Oratio de viribus illustribus laguensibus* (1895).

[9] Agustín Rivera, *ibidem*, p. 48.
[10] *Vid.* Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.*, p. 14.

Se familiarizó pronto con el ambiente del Seminario de San José, en el que los colegiales debían cumplir con el reglamento, estudiar los libros de rigor y participar en las actividades religiosas. En 1892, al escribir *Reminiscencias de colegio,* recordó su mocedad en esa institución, diciendo que lo que más trabajo les costaba era levantarse para asistir a la misa de las seis de la mañana, sobre todo en invierno, y agregó que estar hincados era el castigo para quienes no sabían la lección o no acudían a las clases.[11] Precisó que uno de los textos que se estudiaban en el colegio seminario era *Instituciones de filosofía*, del Lugdunense, un texto reformista,[12] lo que apoya la afirmación de Jaime Olveda en el sentido de que algunos profesores del Seminario Conciliar de Guadalajara enseñaban la filosofía moderna.[13]

En la sociedad tapatía, estaban a contrapelo las ideas conservadoras y los propósitos de renovación o racionalistas, tanto en el ámbito religioso como en el político. Entre los renovadores, sobresalieron José María Vigil e Ignacio L. Vallarta, que llegaron a figurar en un contexto más amplio. Refiriéndose al Seminario de Guadalajara, dice José Cornejo Franco que

> no es explicable que las generaciones precursoras de la Reforma, y los mismos reformistas, proliferaran en un medio antañón, hostil y anodino, habiéndose instruido en sus aulas, y menos sería posible la formación de un clero preparado, donde hubo tantos liberales —quiénes más, quiénes menos…[14]

Para José López Portillo y Weber, es "cosa extraña" la relevancia que a nivel nacional tuvo Jalisco, "uno de los centros católicos más importantes de la tierra", en la derrota de los conservadores con que culminó la Guerra de Tres Años.[15]

Otro de los textos que estudió en el seminario tapatío fue *Comentarios al derecho eclesiástico universal*, de Carlos Sebastián Berardi. Este

[11] Agustín Rivera, *Entretenimientos de un enfermo. Reminiscencias de colegio,* pp. 2-3.

[12] *Ibidem,* p. 2. Se conoce como el Lugdunense al sacerdote oratoriano José Valla, catedrático del Seminario de Lyon, autor de *Institutiones theologicae* (1782) e *Institutiones philosophicae* (1783).

[13] Jaime Olveda, "El ambiente cultural de Guadalajara en el siglo XIX", p. 108.

[14] José Cornejo Franco, "El grupo juvenil liberal reformista", p. 48.

[15] *Vid.* José López Portillo y Weber, "Jalisco y el golpe de Estado de Comonfort", p. 126.

canonista despertó en el joven laguense una gran admiración, tanto por el contenido como por la forma de sus textos. Dice Rivera que Berardi escribió en un latín ciceroniano.[16]

Rivera tuvo de condiscípulo a Hilarión Romero Gil, originario de Mascota, Jalisco, quien llegaría a ser un abogado notable.[17] Con él cultivó desde esos tiempos una gran amistad. Será Hilarión Romero Gil el destinatario de las *Cartas sobre Roma* y de al menos otra misiva que el laguense llevará también a la imprenta, la *Carta sobre una urna griega*.[18]

En mayo de 1840, hubo de dejar un tiempo el colegio, debido a cuestiones de salud, y trasladarse a su tierra. Al año siguiente, habiendo superado el problema del corazón que padecía, regresó al seminario, y dio inicio, en octubre de 1841, al estudio del derecho eclesiástico.

A mediados de 1844, después de presentar su último examen de derecho canónico, decidió no continuar la carrera de sacerdote y en cambio dar culminación a los estudios de abogado en la Universidad de Guadalajara. Esta vez fue apoyado por su madre, quien puso en venta la finca del portal Victoria, situada en la esquina suroeste de la plaza de armas de Lagos, y se trasladó con la familia a Guadalajara.

Fue notable la dedicación de Rivera al estudio del derecho. A principios de 1847, cuando cursaba Derecho Teórico-Práctico, su maestro, el licenciado Crispiniano del Castillo, le pidió la redacción de un texto jurídico. Escribió entonces el ensayo *Disertación sobre la posesión*, que leyó el 11 de mayo de 1847 en el aula mayor de la universidad tapatía. Por gestiones de su maestro, dicho trabajo fue publicado al poco tiempo en el periódico *Variedades de Jurisprudencia*, de la capital del país.[19]

[16] Agustín Rivera, *La vocación de Simón Bar Jona*, pp. 35-36.

[17] Hilarión Romero Gil, nacido en 1822, murió en 1899, habiendo legado su fortuna a la fundación de hospitales y sus libros a la Biblioteca Pública de Guadalajara. Fue consejero del gobierno estatal y magistrado. Publicó *Prontuario de legislación y práctica* (1853), *Lecciones de economía política* (1877), *Cuadro general de la historia sagrada antigua y moderna* (1885), *Filosofía de las leyes o criterios del derecho* (1894), *Principios de legislación universal* (1895). Rivera dedicó *Oratio de viribus illustribus laguensibus* al doctor Juan Gutiérrez —su maestro de Mayores en el Seminario de Guadalajara— y a sus condiscípulos licenciado Emmanuel Mancilla e Hilarión Romero Gil. *Vid.* Ramón Mata Torres, *Personajes ilustres de Jalisco*, pp. 155-156.

[18] Según Emeterio Valverde Téllez, se imprimió en Lagos en 1890 (*Bio-Bibliografía eclesiástica mexicana,* t. III, p. 381).

[19] Posteriormente, fue editado en forma de libro en dos ocasiones. En 1855, en la imprenta de José M. Lara, de la ciudad de México, y en 1872, en la de José Martín, en San Juan de los Lagos.

En el ensayo *Disertación sobre la posesión,* que consta de seis partes: 1.ª naturaleza de la posesión, 2.ª sus diferentes tipos, 3.ª su adjudicación, 4.ª su retención, 5.ª su pérdida, y 6.ª sus efectos, Rivera se muestra como un teórico de cuestiones jurídicas. Se apoya en Vinio, Savigny, Escriche. El tema tenía actualidad, dado el interés con que se atacaban o se defendían en México en ese tiempo —y en todo el siglo XIX— la propiedad y la posesión de bienes.

Disertación sobre la posesión fue el primer texto publicado por Rivera, quien a partir de 1847 se asumirá como un "escritor público", es decir, como un difusor de sus ideas por medio de la imprenta. En 1897 celebró sus Bodas de Oro como escritor público, naturalmente, con un folleto.[20] Se dedicaría a escribir hasta cumplidos los 92 años. Dice Juan B. Iguíniz que la muerte lo encontró, el 6 de julio de 1916, "con la pluma y el libro en las manos".[21] Con frecuencia, la impresión de sus obras sería pagada de su peculio. Publicaría gran parte de ellas en talleres de San Juan de los Lagos y de Lagos de Moreno. El intento de venderlas a través de amigos y conocidos fue superado no pocas veces por su generosidad y su deseo de tener lectores para lo que escribía. De carácter abierto y amistoso, apreciaba el trato con las personas. Dice Moisés Vega y Kégel: "por ser gran conversador, contaba con verdaderas 'legiones' de 'ilustrados compadres', a quienes constantemente repartía sus escritos".[22]

Desde su *Disertación sobre la posesión,* hay en Agustín Rivera los elementos de un estilo propio. Siguió la tradición folletista de la Guadalajara de la primera mitad del siglo XIX.[23] Hallamos largas puntualizaciones en los títulos de sus obras, como una reminiscencia de los libros impresos en el virreinato. Pone empeño en la expresión directa —"procuro referir los hechos con puntualidad i decir la verdad", escribe en *Los hijos de Jalisco*—.[24] En 1892, dijo al respecto Toribio Esquivel Obregón:

> El estilo del Dr. Rivera diverge por completo del que hoy comúnmente se emplea, porque éste tiende al gongorismo y rebuscamiento de los

[20] *Bodas de oro de Agustín Rivera como escritor público, celebradas el día 11 de mayo de 1897.*
[21] Juan B. Iguíniz, "Bibliografía del señor presbítero don Agustín Rivera y Sanromán", p. 28.
[22] Moisés Vega y Kégel, *op. cit.*, pp. 92-93.
[23] Jaime Olveda, *op. cit.*, pp. 102-107.
[24] Agustín Rivera, *Los hijos de Jalisco,* p. 55.

> culteranos, y aquél es claro como la luz del día, franco con toda la franqueza que sólo da la seguridad de la convicción y el deseo de hacerse inteligible; enérgico como nacido del cumplimiento de un deber.[25]

El año de su ensayo sobre la posesión, muchos paisanos suyos —existió el Batallón Activo de Lagos— peleaban contra las tropas norteamericanas, que en septiembre de 1847 llegarían a la ciudad de México.

Su anhelo académico y profesional tuvo realización el 20 de enero de 1848, día en que la Universidad de Guadalajara le otorgó el título de abogado. Pero no canceló su relación con el Seminario de San José. Desde que era pasante de dicha carrera, había impartido allí varias materias, y continuaría haciéndolo en la década de 1850. Dice Rivera que en ese tiempo se vivió en el seminario un apogeo, bajo la rectoría del padre Francisco Espinosa.[26]

Sorpresivamente, tomó la decisión de retirarse de la abogacía y solicitó su incorporación al estado eclesiástico, lo que le concedió el obispo Diego Aranda y Carpinteiro, considerando que estaba preparado para el sacerdocio. Se le ordenó el 23 de abril de 1848, a escasos tres meses después de titularse de abogado. A este propósito, escribe Alfonso Toro:

> ¿Cuáles fueron las causas que después de tantos trabajos sufridos para obtener ese título, le hicieron abandonar la abogacía para abrazar de nuevo la carrera eclesiástica? Oscuro es este punto de su vida para nosotros, quizá fueron razones puramente económicas, quizá algún desengaño…[27]

Aunque Rivera escribió bastante acerca de su vida, nunca dijo las razones que lo llevaron a solicitar al obispo de Guadalajara las órdenes del sacerdocio casi inmediatamente después de recibirse de abogado. Un caso parecido es el de su ex maestro Clemente de Jesús Munguía, quien se había recibido de abogado y tras ejercer esa profesión eligió la vida eclesiástica.

El año en que recibió las órdenes del ministerio sacerdotal, se le cercenó al país casi media porción de su territorio, con la firma del

[25] Toribio Esquivel Obregón, *El señor doctor D. Agustín Rivera y Sanromán y su obra*, p. 15.
[26] Agustín Rivera, *Entretenimientos de un enfermo. Reminiscencias de colegio*, p. 5.
[27] Alfonso Toro, "El Dr. D. Agustín Rivera y Sanromán", p. 17.

Tratado de Guadalupe, Hidalgo. Se opuso al tratado de paz entre Estados Unidos y México el sacerdote español Celedonio Domeco Jarauta, quien, contando con varias decenas de seguidores, lanzó el primer día de junio de 1848 el Plan de Lagos. Fue fusilado en Guanajuato el día 18 del mes siguiente.[28]

Los hechos históricos de su terruño constituyeron para Rivera un motivo de reflexión ya en 1849, año en que dio inicio a una obra en la que consignaba sucesos de la villa laguense desde el siglo XVI. La tituló *Plan de los anales de Lagos,* y es una especie de guión cronológico para escribir después de manera más amplia. Posteriormente a 1849, continuó esos anales, llegando hasta 1862. Es una obra que quedó manuscrita.[29]

Extrañamente, en *Plan de los anales de Lagos* no menciona la sublevación del padre Jarauta, un acontecimiento de relevancia nacional. Tampoco alude a las acciones de violencia que se dieron en Lagos en agosto de 1849, entre moderados y radicales, con motivo de la elección de diputados al Congreso General.[30]

Fue ése un año importante en la historia cultural de la capital tapatía, pues en sus primeros meses varios jóvenes fundaron la sociedad literaria La Esperanza. Entre sus miembros estaban Jesús López Portillo y José María Vigil. Su órgano fue *La Esperanza.* En abril del año siguiente, se fundaría otra sociedad literaria, la Falange de Estudio, en la que participarían, entre otros, José María Vigil, Miguel Cruz Aedo e Ignacio Luis Vallarta. Su publicación tuvo por nombre *El Ensayo Literario*.[31]

Por su parte, 1850 constituye un hito en la historia cultural de Lagos de Moreno, ya que en ese año se estableció la imprenta y se publicó el primer periódico local, *El Diablo Cojuelo.* El primer impresor fue Jesús Torres Escoto. Fundaron *El Diablo Cojuelo*, el doctor Octaviano Galván, Hermenegildo Torres y Bernardo Flores.[32] Rivera va a editar muchas de sus obras en San Juan de los Lagos y en Lagos de Moreno.

[28] *Vid.* Mario Gómez Mata, *op. cit.,* pp. 119 y 149; Daniel Molina Álvarez, *La pasión del padre Jarauta*, pp. 142-144.

[29] Con base en una copia, fue impresa en 1972. *Vid.* Agustín Rivera, *Plan de los anales de Lagos;* Luis Olivera López y Rocío Meza Oliver, *Catálogo Archivo Agustín Rivera y Sanromán*, t. I, p. 30.

[30] *Vid.* Mario Gómez Mata, "Raíces del estallido cristero en el siglo XIX. Un apunte". Parte II.

[31] *Vid.* Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, pp. 181-182; Jaime Olveda, *Plan de los anales…*, pp. 112-114.

[32] *Vid.* Agustín Rivera, *Plan de los anales…*, p. 20.

El obispo Aranda y Carpinteiro le tuvo gran estimación a Rivera, a quien le consultaba sobre cuestiones de derecho canónico.[33] Tal vez para que se ayudara económicamente, en agosto de 1850, le encargó la parroquia de Toluquilla, situada al sur de Guadalajara. Estuvo allí sólo mes y medio, por haber recibido luego el cargo de segundo promotor fiscal de la curia. En 1851, lo invitó a vivir en su palacio, nombrándolo familiar suplente. Le otorgó una capellanía de gracia. Falleció en 1853. Rivera se refiere a él como su benefactor. El obispo Pedro Espinosa, que le sucedió en el gobierno de la diócesis tapatía, mantuvo al padre Rivera en la curia, desapareció la segunda promotoría y le dio el nombramiento de promotor único en octubre de 1854. Como indica en *Cartas sobre Roma*, Rivera le dijo a Pío IX que nueve años había sido catedrático de Derecho civil en el Seminario de Guadalajara, y también durante nueve años promotor en la curia de la diócesis tapatía.

Siendo catedrático de Sintaxis Latina en el Seminario Conciliar, publicó en 1850 *Elementos de gramática castellana*, libro que tendría dos ediciones más.[34] En la segunda, le agregó un apéndice sobre la ortografía, proponiendo la sustitución de la *y* por la *i*, criterio que había adoptado y que seguiría en toda su obra, pero que no tuvo eco en los escritores ni en las instituciones educativas y culturales.

Con *Elementos de gramática castellana*, se manifiesta uno de los objetivos de su trabajo intelectual, el de la enseñanza, efectuada no sólo en el salón de clases, sino también con materiales escritos.

Rivera ya se había ordenado, pero realizó a plenitud los estudios de abogacía en la Universidad de Guadalajara, recibiendo el grado de doctor el 20 de mayo de 1852.[35] No ejerció en los tribunales civiles más allá de la práctica exigida para graduarse, quizá por impedírselo su condición de ministro de culto.

Dos grandes deseos tenía en ese tiempo: conocer la ciudad de México y ver el mar. El primero se le cumplió en 1853. Durante el mes de septiembre de ese año estuvo en la capital del país. Por su clima, era

[33] En 1849, Rivera redactó un dictamen jurídico sobre el establecimiento de un monte de piedad en Guadalajara, a solicitud del obispo Diego de Aranda. Ese dictamen y otros documentos relativos a dicho asunto fueron editados por Rivera mucho tiempo después, en 1880, en la tipografía sanjuanense de José Martín.

[34] La primera edición la realizó Dionisio Rodríguez en Guadalajara; la segunda, José Martín, en 1873, en San Juan de los Lagos, y la tercera, Vicente Veloz, en 1881, en Lagos de Moreno.

[35] *Vid.* José Miguel Becerra, "Estudio de 1896 sobre Agustín Rivera", p. 14.

ésta una ciudad muy agradable, como lo había dicho en el siglo XVIII fray Francisco de Ajofrín y como se lee en la *Guía de forasteros* publicada en 1852 por Juan Nepomuceno Almonte, quien escribe:

> El temperamento de México es benigno, y de una continua primavera, y aunque se distinguen las estaciones del año, en todas ellas se crían flores y se producen los mismos frutos: toda la circunferencia de la población está rodeada de haciendas, huertas y jardines, que la abastecen y hacen abundante de flores, frutas, legumbres y hortalizas, para el regalo de sus habitantes, a excepción de la parte de Oriente, que es estéril, a causa de la gran laguna de Texcoco, cuyos vapores y aguas salitrosas impiden la vegetación de los frutos.[36]

De la capital, le impresionaron "los edificios, las ideas y las costumbres sociales".[37] Ya era México una ciudad tres veces más grande que Guadalajara, con una población que excedía los "200 000 habitantes, sin incluir los pueblos del Distrito Federal".[38] Además de un comercio muy activo, se sentía en ella vida cultural y académica. La Universidad no existía desde 1833, pero se contaba con el Colegio español-mexicano, el de San Vicente, el Francés, el de San Ildefonso, el de Minería, el de San Gregorio, el de San Juan de Letrán. Los aficionados al teatro acudían al Principal, al de Santa Anna, llamado también de la Ópera italiana, y al Iturbide, entre otros. Había dos plazas de toros y diversos lugares para ir de paseo, como Bucareli (llamado el Paseo Nuevo), la Viga, con su canal y sus trajineras, la Piedad, con su río, San Cosme y el bucólico Chapultepec.[39]

Quizá fue entonces cuando conoció al presidente Antonio López de Santa Anna.[40] Lo que sí sabemos es que en el camino de Guadalajara a México tuvo de compañero en la diligencia al licenciado Jesús López Portillo, que había sido gobernador de Jalisco. A partir de entonces, cultivaron una gran amistad.[41]

[36] Juan Nepomuceno Almonte, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*, pp. 292-293.
[37] Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.*, p. 47.
[38] Juan Nepomuceno Almonte, *op. cit.*, p. 293.
[39] *Ibidem*, pp. 460-462.
[40] Dice Rivera: "Conocí a Santa Anna, a Miramón, Márquez, Aguilar y Marocho" (*Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, p. 87).
[41] Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.*, pp. 44-45.

No llegó a casa de su tío José Blas Sanromán Gómez, quien vivía en la ciudad de México con su familia desde hacía varios años, sino que se hospedó en el hotel El Bazar, de la calle del Espíritu Santo.

Confesó que ese viaje constituyó un parteaguas en sus ideas políticas y en sus costumbres. Pero, como indica Alfonso Toro, de alguna manera, dicha orientación "estaba ya preparada con sus lecturas de Beccaria, Bentham, Montesquieu y Feijoo"[42] y por una de las corrientes de pensamiento afincadas en el suelo tapatío. Podríamos hablar más bien de una cristalización. Ya hemos visto que en Guadalajara encarnaron como en ninguna otra parte las convicciones liberales.

El año en que conoció la capital, los habitantes de Lagos de Moreno fueron testigos, el 6 de agosto, del fusilamiento de los gavilleros Eulogio Morales y Modesto Santos, que habían asaltado la ciudad el 16 de mayo.[43]

De noviembre de 1853 a octubre de 1854, se desempeñó como párroco interino del Santuario de Guadalupe, de Guadalajara, una de las iglesias más importantes de la capital de Jalisco.

En la ciudad tapatía, fomentó la relación con sus colegas, los profesionistas de derecho, como lo muestra el que la Asociación Jalisciense de Abogados, de la que posiblemente era miembro, lo invitara a pronunciar el 8 de septiembre de 1854, en una de las capillas del templo de la Universidad de Guadalajara, la de Nuestra Señora de Loreto, el *Sermón de la Natividad de María Santísima*, advocación que éstos tenían como patrona.[44] Acorde con la materia de los hombres de leyes que lo escucharon, dijo en su sermón que el nacimiento de la Virgen había llenado de gozo al universo, porque iba a recibir una ley nueva, y enfatizó el carácter civilizador del culto mariano.[45]

Con su sermón sobre la Natividad de la Virgen, además de su interés en el derecho y su devoción mariana, Rivera mostró que poseía un extraordinario talento para la oratoria. En adelante, una y otra vez se le invitaría a pronunciar sermones y discursos en ceremonias de diversa

[42] Alfonso Toro, *op. cit.*, pp. 18-19.

[43] *Vid.* Mario Gómez Mata, *Efemérides…*, p. 161; Luis Olivera López y Rocío Meza Oliver, *op. cit.*, t. I, p. 30.

[44] Se imprimió en Guadalajara, sin pie de imprenta, ese mismo año. Efectuó la segunda edición, con el título *Sermón de la Natividad de María*, José Martín, en San Juan de los Lagos, en 1874. En *Bodas de Oro*, Agustín Rivera se refiere a él como *Sermón de la Natividad de María Santísima.* En la Carta XXII, lo menciona como *Sermón de Natividad.*

[45] *Vid.* Agustín Rivera, *Sermón de la Natividad de María,* p. 7.

índole, recibiendo muchos de éstos los honores de la imprenta. El punto culminante de su actividad en el campo de la oratoria fue el discurso que pronunció sobre los héroes de la Independencia el 6 de octubre de 1910, en el Palacio Nacional. Todavía a los noventa y un años conmovía a los oyentes de sus piezas oratorias, como lo hizo el 5 de diciembre de 1915 en el Teatro Doblado, de León, Guanajuato, con motivo de la distribución de premios a los alumnos de la escuela secundaria de esa ciudad.

Por otra parte, el sermón de 1854 da cuenta de un elemento que va a relacionarse con la obra de Rivera, particularmente con la publicación de sus sermones, el de la revisión y la censura eclesiásticas. En el caso de éste y de otros sermones que fueron predicados por él, los superiores se mostraron favorables a su publicación, pero el primer tomo de su *Compendio de la historia antigua de México,* que imprimió en 1878 sin someterlo previamente a la censura, recibió de la Iglesia observaciones que lo llevaron a no publicar el segundo tomo.

En los años 1855 a 1857, hubo en el país acontecimientos que modificaron su estructura política y social. Se obligó a Santa Anna a dejar la presidencia y a desterrarse. En Lagos de Moreno, conversaron Ignacio Comonfort, Manuel Doblado y Antonio de Haro y Tamariz, aceptando los dos últimos el Plan de Ayutla. Se promulgó la Ley Lerdo, sobre la desamortización de bienes religiosos y civiles. Se convocó a un Congreso Constituyente. Rigió una nueva Constitución, a la que se opuso la Iglesia. Hubo actos violentos contra el nuevo código en varias ciudades, entre ellas Lagos de Moreno, San Juan de los Lagos y Mascota, Jalisco. Comonfort, luego de dar un golpe de Estado que fracasó, marcharía al exilio. Tomaría su lugar Benito Juárez.

A principios de 1858, inició la Guerra de Tres Años o de Reforma, que concluiría hasta fines de 1860, con la derrota de los conservadores en Calpulalpan.

En abril de 1858, estando de vacaciones en Colima, acompañando a varios de sus discípulos, Rivera conoció en Cuyutlán, un pueblo de la costa, a Benito Juárez, quien, el día 11 de ese mes se embarcaría en Manzanillo con destino a Nueva Orleans. No menciona que haya conversado con él, pero es posible que así haya sido, pues se hospedaron en la misma casa.[46] Ese año cumplió Rivera su deseo de conocer el mar.

[46] Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, p. 39.

En la capital de Jalisco, fue testigo y aun víctima de los enfrentamientos entre liberales y conservadores. El 28 de octubre de 1858, lo aprehendieron las tropas de Ignacio Degollado, por ser sacerdote. Recordó:

> Esa mañana estaba yo de codos en una ventana de la calle de Jesús María, mirando todo lo que pasaba, a la sazón que dicha calle estaba llena con el batallón "Herrera y Cairo", y habiéndosele dicho al coronel Maciel (médico que vivía en La Barca) que allí estaba un padre, me aprehendió e insultó: en la misma mañana me libertó Miguel Cruz Aedo.[47]

Cruz Aedo, a quien Rivera había conocido en el Seminario de Guadalajara,[48] le aconsejó que se escondiese en uno de los barrios de la ciudad. Además de hacerle caso, se refugió en la hacienda de Jayamitla, en Ameca, Jalisco.[49]

En la Guerra Civil de 1858-1860, eran frecuentes las acciones sanguinarias; también, el sospechosismo, la persecución y las denuncias. El 19 de julio de 1859, el jefe militar de Guadalajara se quejó ante el obispo Pedro Espinosa de que varios eclesiásticos, entre los que figuraba el doctor Agustín Rivera, estaban del lado de los liberales.[50] Rivera recordó que un tiempo tuvo que vivir escondido en la casa de la Huerta de Valle, en San Pedro Tlaquepaque.[51]

En los pocos ratos de paz que había en Guadalajara, redactó un texto que había ideado como apoyo para su cátedra de Derecho Civil en el Seminario Conciliar, *Tratado breve de delitos y penas*, y permitió que varios de sus alumnos le sacaran copias manuscritas.[52]

El 12 de diciembre de 1859, pronunció el sermón de la Virgen de Guadalupe en el Sagrario de la capital de Jalisco.[53] Es uno de los dos sermones sobre la Virgen de Guadalupe que vio publicados. El otro es de 1876 y lo pronunció el 12 de diciembre en la basílica de San Juan

[47] *Ibidem*, p. 45.
[48] Jaime Olveda, *op. cit.*, p. 115.
[49] Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.,* p. 54.
[50] Agustín Rivera, *Anales…*, p. 52.
[51] *Despedida de Agustín Rivera de sus amigos de Guadalajara el día 5 de marzo de 1902*, p. 6.
[52] Esa obra se imprimió en 1873, en la tipografía de José Martín, en San Juan de los Lagos.
[53] No se conocen datos de la primera edición de este sermón. Dice Juan B. Iguíniz que "la 2.ª apareció en *La Linterna,* de San Juan de los Lagos, en 1870, números 10-14". La tercera edición data de 1875 (Tipografía de José Martín, San Juan de los Lagos).

de los Lagos. En el de 1859, afirma que las creencias y las costumbres mexicanas del momento no correspondían a las que la Virgen deseaba que produjera su visita. Ciertamente, en el país se vivía una de las guerras más duras, de la que Jalisco era el principal escenario.[54]

Para evitar persecuciones, decidió dejar Guadalajara e irse a Europa. Su segundo objetivo era conocer las principales ciudades del viejo continente y las obras de arte que había en sus museos. El 17 de febrero de 1860 salió de Guadalajara con rumbo a la capital, pero estando en ésta ya no siguió a Veracruz, por la guerra. El resto de ese año estuvo de capellán en la iglesia de los betlemitas. Logró llegar al puerto en enero de 1861, pero se volvió a la ciudad de México, por haber enfermado gravemente. No queriendo regresar a Guadalajara, se fue a Lagos de Moreno, adonde llegó el 14 de marzo. De abril de 1861 a marzo de 1863, desempeñó la capellanía del Salto de Zurita, hacienda que pertenecía a sus tíos maternos Cástulo y María Teodosia y que se encontraba al suroeste de la cabecera municipal.[55] Entre abril de 1863 y febrero de 1864, por la inseguridad de la región, se vio obligado a refugiarse en San Luis Potosí.[56] De marzo de 1864 a fines de 1866, regresó a atender la capilla del Salto de Zurita.

A diferencia de varios de sus colegas eclesiásticos, no quiso servir al imperio de Maximiliano. "Yo no fui en el Imperio ni mono ni carta blanca", dice en los *Anales mexicanos*.[57] En su exilio en el Salto de Zurita, como lo había hecho en los años anteriores, se dedicó a leer y a escribir, seguramente en espera de mejores tiempos para la República. Contó a Rafael Muñoz Moreno:

> De 1861 a 1866 algunos vecinos de Guadalajara que habian sido mis émulos en la carrera eclesiástica, hablaban con sonrisa de mi ostracismo en Lagos, de que yo no pasaba de triste capellán de una hacienda, mientras que ellos habían ascendido en la carrera eclesiástica i algunos como Arias y Cárdenas i José Ma. Gutiérrez Guevara, mediante su acentuado imperialismo

[54] Aparte de sus sermones sobre el tema guadalupano, Rivera escribió un texto en el que niega que el sacerdote Juan González haya sido el intérprete entre el obispo Zumárraga y Juan Diego (*El intérprete Juan González es una conseja*, 1896).

[55] Agradezco a Mario Gómez Mata, quien elabora un estudio genealógico sobre la familia Sanromán, haberme proporcionado esta información.

[56] Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, p. 129.

[57] *Ibidem,* p. 234.

> i sus *buenos servicios* a la gente de arriba, habian logrado ocupar un asiento en el coro de la Catedral. En efecto, en los cinco años que fui capellán del Salto de Zurita yo andaba con mis chivarras, mi sombrero de mui anchas alas i mi capote de hule sufriendo fuertes soles i aguaceros, disfrutando de completa salud i mui contento, por que yo siempre he tenido mis ribetes de anglosajon por mi inclinacion al trabajo i mi abnegacion en las luchas por la vida. Mis émulos no contaban con la huéspeda: que yo estaba estudiando i escribiendo mucho.[58]

Rivera sitúa en 1862 la publicación de un breve texto religioso de su autoría que corrió con bastante fortuna, pues se editó en muchas ocasiones, "Oración a Jesús Crucificado".[59] Ese año, la mitra de Guadalajara le otorgó el cargo de sacristán mayor de la parroquia de Lagos, que detentaría hasta fines de 1866.[60]

En 1864, publicó en la imprenta de Jesús Torres Escoto, de Lagos de Moreno, su segundo trabajo de carácter histórico, *Cuadro sinóptico de los hombres y hechos más célebres de la historia moderna,* prontuario en el que se registran cronológica y temáticamente nombres de papas, reyes, santos, médicos, historiadores, pintores, arquitectos, músicos, así como hechos relevantes. Dice en la "Advertencia":

> Deseo que sea de algún provecho, sirviendo especialmente a los jóvenes de guía o material en el aprendizaje utilísimo de la historia y a los hombres ya formados (con el debido respeto a sus luces) de un fácil repaso, o de un manual para salir de pronto de las dudas relativas a la época de algún personaje o hecho histórico.[61]

El escritor laguense cultivó la vena poética. De 1864 es un extenso poema que escribió a la imagen mariana del pueblo de Moya, cercano a su ciudad natal. Lleva por título "A la Virgen de Moya", y fue escrito para la celebración de la Natividad de María que se llevó a cabo en ese pueblo

[58] Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.*, p. 68.
[59] *Bodas de oro de Agustín Rivera como escritor público*, p. 9.
[60] *Vid.* Rafael Muñoz Moreno, *op. cit*, pp. 63-64. En el archivo de Agustín Rivera existen documentos sobre una pensión que se le daba por la sacristanía de Atotonilco, Jalisco.
[61] *Cuadro sinóptico de los hombres y hechos más célebres de la historia moderna, por A. R.,* p. 3.

el 8 de septiembre.[62] En él, relaciona la patria y sus padres con la imagen de la Virgen María, que ha sido muy significativa para el occidente de México (Virgen de Talpa, Virgen de Zapopan, Virgen de San Juan de los Lagos). Dice:

Voy a cantar la estrella de los mares;
celebraré el amor de los amores,
el bello ideal de todas las edades,
bálsamo suave en todos los dolores.
Yo cantaré a la Virgen de mis padres,
Virgen bendita, bondadosa y pía,
Virgen de las cabañas y los valles,
dulce embeleso de la patria mía.[63]

También escribió un poema para participar en la celebración del fin de cursos en la escuela de primeras letras de don Pablo Anaya Hermosillo, el primer día de 1865.[64]

La madrugada del 3 de diciembre de 1866, dejó los lares paternos para emprender su anhelado viaje a Europa. Salió del puerto de Veracruz el 13 de enero de 1867, en el *Emperatriz Eugenia,* barco en que volvían a Francia setecientos soldados del Segundo Imperio. Estuvo en Roma, París, Bruselas, Londres. En Roma, le concedió audiencia el papa Pío IX. También fue recibido por el superior de los jesuitas, el padre Beckx. En París y en Londres, asistió a las exposiciones universales que se montaron en esos años. Estando en la capital de Francia, en septiembre de 1867, imprimió el libro *Visita a Londres*,[65] que deseaba regalar a sus amigos mexicanos. Estuvo de regreso en Lagos el 14 de marzo de 1868.

En su folleto *Bodas de oro*, cuenta que cuando era joven había escrito el poema “A la luna. Canción del niño”, el cual se animó a imprimir

[62] Se imprimió en la Tipografía de T. Escoto, de Lagos de Moreno. Lo reimprimió en 1871 Ruperto Martín, en San Juan de los Lagos.

[63] Rogelio López Espinoza, “Don Agustín Rivera, poeta”, p. 19.

[64] El poema se titula “A los niños de la escuela particular de primeras letras de esta ciudad, dirigida por el Sr. D. Pablo Anaya Hermosillo, en la noche de la función de premios del 1.º de enero de 1865”, y fue publicado por Torres Escoto ese mismo año.

[65] Lo publicó la Imprenta Hispano-Americana de A.E. Rochette y Compañía. Ese libro tendría una segunda edición en 1874, en la tipografía sanjuanense de José Martín Hermosillo.

en julio de 1868,[66] pocos días después del fallecimiento de su madre. Con una actitud muy crítica, recordó en 1897 esos momentos de lirismo. Dijo entonces:

> no ha mucho tiempo leí los *Ripios ultramarinos* de D. Antonio de Valbuena, e inmediatamente quemé todos los ejemplares de mi canción "A la luna", no dejando más que uno para que llevara la noticia.[67]

Su autocrítica alcanzó también los poemas "A la Virgen de Moya" —en *Bodas de oro* le llama "versitos"— y "A los niños de una escuela", de los que dice:

> No he quemado mis perversos "A la Virgen de Moya", ni mis perversos "A los Niños de una escuela", para regalar los pocos ejemplares que me quedan a los indios de Moya i a otras gentes vulgares, a quienes agradan mucho.[68]

En Lagos de Moreno, el presidente Camilo Anaya Torres lo invitó a dar clases en el Liceo de Varones del padre Miguel Leandro Guerra, institución que abrió sus puertas el 15 de enero de 1869.[69] Respondió con gran entusiasmo. La cátedra que se le asignó fue la de Historia. En la ceremonia de apertura del Liceo, pronunció el discurso principal, cuyo texto se conserva manuscrito.[70] Indica Moisés Viega y Kégel que "el Liceo se abrió en un estado de difícil situación económica y los primeros maestros sirvieron gratuitamente las cátedras".[71]

[66] Luis Olivera López y Rocío Meza Oliver, *op. cit.*, t. III, p. 294.

[67] *Bodas de oro de Agustín Rivera como escritor público*, pp. 10-11.

[68] *Ibidem*, p. 11.

[69] El padre Miguel Leandro Guerra (1769-1835) había indicado en su testamento que todos sus bienes debían destinarse a la fundación de escuelas gratuitas para niños y niñas, en las que se enseñarían las primeras letras, la agricultura, artes y oficios, gramática latina y filosofía. En atención a ello, en la década de 1840 se establecieron dos escuelas primarias, una para niños y otra para niñas, así como una cátedra de latinidad, escuelas que fueron cerradas en 1856, con motivo de la Ley Lerdo. El presidente Benito Juárez donó al Ayuntamiento de Lagos de Moreno el edificio del ex convento de Capuchinas con la condición de que se dedicara a la enseñanza. Fue así como el 15 de enero de 1869 se inauguró el Liceo de Varones del padre Miguel Leandro Guerra, que funcionó hasta 1935. *Vid.* Rogelio López Espinoza, "El testamento del padre Miguel Leandro Guerra", pp. 8-9 y 14-16; "El Liceo del padre Guerra", pp. 10-12.

[70] Luis Olivera López y Rocío Meza Oliver, *op. cit.*, t. I, p. 49

[71] Moisés Vega y Kégel, *op. cit.*, p. 81.

El colegio del padre Guerra constituyó un poderoso motivo para que se asentase en Lagos de Moreno. Al recordar esos primeros días del Liceo, dijo:

> Amaneció el memorable día 15 de enero de 1869, en que una mano amiga me llevó e hizo sentar en la cátedra de Historia en el Liceo de Varones del Padre Guerra. Me pareció estar rodeado de mis antiguos i mui amados discípulos en la cátedra de jurisprudencia, i sentí en mi alma el *Jam rediit!* de Virgilio. Entonces volvieron las golondrinas a su antiguo nido. *Novae rediere in pristina vires.* Brotaron en mi corazón las energías latentes; i las antiguas ilusiones, la ciencia, la patria, las esperanzas, los peligros, las santas audacias, los dulces trabajos de la lucha, las victorias, los bellos ideales, en fin, vinieron a mi frente como las dulces abejas a formar un panal.[72]

A partir de 1869, radicó principalmente en la ciudad donde había nacido, entregado a la cátedra, el ministerio sacerdotal, la lectura, la escritura y la publicación de sus obras.[73]

De 1869 data su *Compendio de la historia antigua de Grecia*, texto que utilizó en su clase. "Lo enseñé en este año a mis discípulos en la cátedra de historia en el Liceo de Varones del Padre Guerra", dice en *Bodas de oro.* En el título, explica que lo ha escrito "para facilitar a los jóvenes el aprendizaje de la ciencia, y a los hombres ya formados el hacer en pocos días un repaso de sus estudios".[74] Al parecer, siguiendo la más añeja tradición de la enseñanza, Rivera leía en sus clases, capítulo a capítulo, los libros que escribía como textos.

También es de 1869 su folleto con las numerosas citas referentes a la enseñanza —la mayoría, aportadas por él— que ese año se colocaron en las paredes del liceo: *Inscripciones colocadas en las paredes del*

[72] *Despedida de Agustín Rivera de sus amigos de Guadalajara...*, pp. 5-6.

[73] Rivera vivió en la rinconada del convento de Capuchinas, de cuyas monjas fue capellán a partir de enero de 1869, y en la calle República. Dejaría la capellanía de Capuchinas en enero de 1883 por problemas de salud, para atender la cual radicó casi un año en la ciudad de México. En 1909 abandonaría el terruño en forma definitiva, yéndose a vivir a León, Guanajuato, por haber en esa ciudad un mejor clima que en Lagos de Moreno.

[74] No sabemos en qué lugar ni en qué año editó inicialmente este libro, que se reeditaría en 1874. También podría ser de ese tiempo su redacción de un compendio de historia hebrea que quedó incompleto y manuscrito.

Liceo de Lagos, presentadas por el Dr. D. Agustín Rivera, catedrático de Historia en el mismo establecimiento.[75]

En 1870, escribió *Compendio de la historia romana, política y literaria*, con la finalidad de que sirviera de texto en su clase. Fue editado en 1872.[76] Además, ese año escribió para su cátedra un compendio de historia antigua de México, que luego ampliaría.[77]

En 1870 y en parte de 1871, envió a Hilarión Romero Gil, que vivía en la capital de Jalisco, veintitrés cartas en las que le narraba su estancia en Roma. A decir del propio Rivera —Carta XXIII—, algunas de ellas se publicaron en el periódico *La Civilización,* de Guadalajara, y en la *Revista Universal,* de la ciudad de México.[78] Con la intención de que fueran un complemento del *Compendio de la historia romana, política y literaria*, aparecieron en un volumen en 1871,[79] año en el que aún no se editaba el *Compendio.* En las *Cartas* hay referencias a él ("Según he dicho en mi *Compendio de historia romana*", "En nuestro *Compendio de historia romana*, la hemos descrito"). *Cartas sobre Roma* se reeditó entre 1876 y 1878, en la imprenta de Francisco Rodríguez, establecido en León, Guanajuato.[80]

El destinatario de *Cartas sobre Roma* no fue sólo su ex condiscípulo Hilarión Romero Gil. Estaban escritas para un amplio número de lectores, a los que llegarían a través de su publicación. Estas cartas no son documentos privados, sino que se inscriben en la tradición literaria de las epístolas. Retórica y verdad: el papel de Romero Gil como destinatario de ellas fue el mismo que tenía en la vida, el de un amigo de gran aprecio.

[75] Emeterio Valverde Téllez registra tres ediciones de ese folleto: 1869, 1870 y 1872 (*op. cit.*, pp. 379-380).

[76] Tipografía de José Martín Hermosillo, San Juan de los Lagos.

[77] El primer tomo de la *Historia antigua de México* fue impreso por José Martín, en San Juan de los Lagos, entre 1878 y 1879. Rivera decidió no publicar el segundo tomo, a raíz de la censura eclesiástica de que fue objeto el primer tomo.

[78] Emeterio Valverde Téllez parece dar a entender que todas las cartas se publicaron en *La Civilización,* pues dice "Se publicaron primero en 1870 en el periódico *La Civilización,* de Guadalajara", y precisa: "Las tres primeras (son 23) salieron en *Revista Universal,* México", *op. cit.*, p. 378.

[79] Tipografía de Ruperto Martín, San Juan de los Lagos.

[80] Al parecer, Rodríguez planeaba trasladarse a Lagos de Moreno, lo que podría explicar el que esa ciudad aparezca como sitio de la segunda edición. Rivera dice que ésta es de 1875, pero en el libro se lee 1876. De su correspondencia con Francisco Rodríguez, se deduce que fue realizada entre septiembre de 1876 y mayo de 1878, en León.

A fines de 1870, Rivera dejó de impartir la clase de historia en el Liceo de Lagos,[81] tal vez para dedicarse de lleno a la capellanía de Capuchinas y a la escritura de sus obras. No sabemos si en años posteriores impartió otros cursos.[82]

Cartas sobre Roma aporta un testimonio sobre la capital de Italia en el siglo XIX, además de reflexiones acerca de las costumbres europeas, revela el pensamiento y la cultura de uno de nuestros intelectuales del siglo XIX. El humanista laguense se había preparado para ir a Roma. Mucho tiempo tenía leyendo a Cicerón, Horacio y Virgilio. Quería tocar la arena del Tíber. Y más: conocer las obras de arte.

En la Carta I, Rivera habla de lo que para él significa la Ciudad Eterna, a la que llegó la tarde del 20 de febrero de 1867, y de aspectos que le llamaron la atención en el camino de París a la capital del catolicismo. Ya en este documento está presente su estilo literario, en el que combina la erudición, la expresión directa y el detallismo. Dice que al llegar a Roma se alojó en el hotel de Minerva y que, después de estar allí un mes, para economizar gastos decidió irse a la casa de Juan Fornari, en el antiguo Campo de Marte.

En la Carta II, cuenta que al día siguiente de su llegada visitó la basílica de San Pedro, en compañía de Javier Angelini. Exalta Roma, la Iglesia católica y su templo máximo, cuya cúpula contempla con las emociones de quien cumple un viejo deseo. Menciona lienzos de grandes pintores, como Rafael, el Dominiquino, Guido Reni, Poussin, Subleyras, Caravaggio, y esculturas, como *La Piedad,* de Miguel Ángel.

La Carta III trata acerca del antiguo Foro. Al ver las pocas ruinas que quedan de él, recuerda lo que había leído sobre el tema, como los discursos de Cicerón en ese sitio. Apoyado en sus lecturas, describe construcciones que en el siglo XIX ya no existían, como el templo de Jano y el de Saturno.

En la Carta IV, tenemos su descripción del carnaval en la ciudad de Roma, y sus reflexiones sobre los dos estilos de oratoria religiosa que en esa época había en esa ciudad, el del dominico Cogoza y el del

[81] *Vid.* Rafael Muñoz Moreno, *op. cit.,* p. 66.

[82] En julio de 1886, el Ayuntamiento pidió a Agustín Rivera que aceptara la dirección del Liceo. Él contestó que no podía aceptar ese cargo, por sus enfermedades, pero ofreció dar la clase de historia. En octubre de ese año comunicó que no podía aceptar dicha cátedra, por la misma razón. *Vid. Libro de actas del Ayuntamiento de Lagos de Moreno, Jal., 1886*, pp. 106 y 123.

jesuita Stochi; dinámico el primero, al estilo de Lacordaire, y doctrinal el segundo, de la escuela de Ventura de la Raulica.

Una de las cartas más interesantes es la Carta V, por su detallismo. Habla en ella de la audiencia que le fue concedida por el papa Pío IX, quien entre otras cosas le preguntó acerca de Benito Juárez.[83]

En la Carta VI, se refiere al Panteón de Agripa, a la Capilla Sixtina y al Museo Pío-Clementino, cuyas esculturas *Mercurio de Belvedere, Laocoonte de Belvedere, Apolo de Belvedere, Hércules de Belvedere, Júpiter de Verospi, Júpiter de Otricoli* y *Juno Lanuvina,* entre otras, le causaron una gran impresión.

En la Carta VII, menciona las cámaras de Rafael, el Capitolio, la roca Tarpeya y la Academia de San Lucas, con sus pinturas de Rafael, Tiziano, Pablo Veronés, Guido Reni, Rubens, Guercino, Salvator Rosa, Van Dyck, el Españoleto, Molyn, Gerardo de la Notti, Carlos Vernet.

Destaca en la carta siguiente su narración de la visita a las sinagogas que había en Roma. Escribe además sobre la iglesia del *Popolo* y la de San Lorenzo, así como acerca de las catacumbas de Santa Ciriaca. Habla del Quirinal y del Castillo de Sant'Angelo. En la prisión de ese castillo recuerda a Benvenuto Cellini, Cagliostro, Beatriz Cenci.

La Carta IX trata del Palatino, el Circo Máximo y el Palacio de los Conservadores. El Palatino le trae recuerdos de pasajes históricos y literarios que conocía muy bien. Surgen los nombres de Cicerón, Virgilio, Tiberio, Agripina, Adriano. En el Palacio de los Conservadores, admiró una colección de bustos.

En la Carta X, cuenta que en la Biblioteca Vaticana vio el original de *De la República,* de Cicerón, las cartas de Ana Bolena a Enrique VIII y una *Divina comedia, in folio,* con miniaturas pintadas por Miguel Ángel. Le sorprende la iglesia de los jesuitas, conocida como El Jesús, por su riqueza.

Particularmente lograda resulta la Carta XI, en la que se refiere al Coliseo. Dice que iba muchas veces a éste y que imaginaba los primeros siglos del cristianismo, cuando la multitud se divertía con la muerte de los gladiadores: "Roma entera, reunida en este lugar —escribe—, ebria de vino, de lujuria y de sangre; la prostituta del *Apocalipsis,*

[83] La audiencia que el papa concedió a Rivera se realizó el 13 de marzo de 1867. Al día siguiente comenzó el sitio de Querétaro.

vestida de escarlata y adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas, y embriagada en la sangre de los mártires de Jesús".[84] En nota de pie de página, lamenta la destrucción de monumentos parisinos que se llevó a cabo en 1871.

La Carta XII contiene el relato de la salida de san Pedro de Roma y su regreso a esa ciudad, donde recibiría la muerte. Dice que uno de los días más deliciosos que tuvo en Roma fue el día que estuvo en el valle de Egeria. Los trinos de las aves y la fertilidad de ese sitio, regado por el Almone, le recordaron su patria.

En la Carta XIII, se refiere a la Columna de Marco Aurelio, levantada en la plaza Colonna, a la celebración del aniversario del regreso de Pío IX a Roma, el 12 de abril de 1850, a las pinturas de las galerías que estaban en los palacios Barberini y Rospigliosi. Al final, consigna que asistió a la reparticion de palmas en la basílica de San Pedro. Era Domingo de Ramos.

La carta más extensa es la XIV, en la que narra su visita a las catacumbas de San Calixto. Acompaña el relato con una serie de reflexiones sobre las hipótesis que existían con respecto al origen de esos panteones subterráneos. Comenta el papel que tuvo san Felipe Neri en el culto a los mártires, la historiografía de la Iglesia, los trabajos arqueológicos y la evangelización de Asia, África y América.

Las actividades de Rivera durante la Semana Santa de 1867 quedaron indicadas en la Carta XV. Dice que visitó el lugar donde se guardan las reliquias y que acudió a los oficios religiosos en la Capilla Sixtina, El Jesús y San Juan de Letrán. Asistió a una misa en la iglesia armenia de San Blas. En el Vaticano, presenció a Pío IX en la celebración de la Pascua. Habla de la basílica de Santa María la Mayor y de la celda de santo Domingo de Guzmán.

La lectura de la Carta XVI ratifica su interés en los cultos distintos del católico romano. Estuvo en una misa armenia privada y en una misa griega. Cuenta su visita al Museo Kirkeriano, en el que se conservaban muchos objetos etruscos, y al sitio donde estuvieron las termas de Diocleciano.

[84] En la actualidad, se han puesto en duda afirmaciones que se hicieron durante muchos siglos acerca del Coliseo. Escribe Jorge Gutiérrez: "la Iglesia de Roma lo considera el lugar símbolo de los martirios de los primeros cristianos, pero muchos especialistas afirman que este hecho carece de un verdadero fundamento" ("Inicia la cuenta regresiva para restaurar el Coliseo", p. E12).

En la Carta xvii, menciona pinturas de Foligno, Rafael, Tiziano, el Dominiquino, Pablo Veronés, Caravaggio, Murillo, Guido, Sassoferrato, vistas por él en la galería que formó Pío VII en el Vaticano, así como inscripciones recopiladas por ese pontífice. En la cumbre del Janículo, entró al templo de San Pedro *in Montorio,* en el que principalmente le llamó la atención el sepulcro de Beatriz Cenci. Vio el Templete de Bramante, que señala el lugar donde fue crucificado san Pedro, y el sitio de reunión de poetas en el bosque Parrasio. El domingo 12 de mayo, en compañía de Javier Angelini, estuvo en el monte Pincio, "el más bello de los paseos de Roma, después de la Villa Pamphili". Al día siguiente, fue al Museo Egipcio. El día 14, en la galería Doria, contempló pinturas de Poussin, el Basano, Guercino, Tiziano, Aníbal Carracci, Caravaggio, Tadeo Zuccari, Luis Caracci, el Españoleto, Gerardo de la Notti.

En la Carta xviii, narra su visita al lugar donde vivió san Francisco de Asís y a las catacumbas de San Pancracio. Dice que en el Palacio Corsini le llamaron la atención las pinturas de Muratori, Ghessi, Rafael, Guercino, Guido, Tiziano, el Españoleto, Murillo, Carlos Maratta, Miguel Ángel, el Dominiquino, Salvator Rosa y Holbein. Estuvo también en las iglesias de San Andrés *delle Frate* y de los Capuchinos, así como en la basílica de San Pablo.

En la Carta xix, dice que conoció el sepulcro de los Escipiones y las ruinas de las termas de Caracalla. Señala que fue a la iglesia de San Ignacio, donde es guardado el cuerpo de san Luis Gonzaga en la urna de lapislázuli más bella de Roma; que presenció la profesión de una monja y que en compañía de Eneas Vitta y de Septimio Calvelli disfrutó de un paseo a la Villa Borghese.

Inicia la Carta xx refiriendo su visita a la iglesia de los Santos Apóstoles, en la que vio el sepulcro de Clemente XIV, debido a Antonio Canova. Habla luego de la iglesia de San Pedro *ad Vincula,* en la que está el sepulcro de Julio II. Vio lo que se conservaba de la Casa de Oro de Nerón, en la falda del Viminal. Relata que fue a la basílica y al museo de San Juan de Letrán. En ese templo está la cabeza de san Pedro, y también la de san Pablo. Cuenta que estuvo en el Teatro de la Argentina, en una función de ópera. En el Colegio Romano, entre otros lugares significativos, estuvo en el observatorio astronómico. Describe la cárcel Mamertina, en la que murieron los cómplices de Catilina, Sejano,

Julio Sabino, Simeón, Yugurta, san Pedro y san Pablo. Al final, menciona algunos objetos que vio en el Museo Capitolino.

La Carta XXI contiene la relación de su visita a la iglesia de la Vallicella. Dice que estuvo en la isla de Esculapio y en la Villa Pamphili, "el más hermoso paseo de Roma y quizá de las demás ciudades de Europa, sacando únicamente a Versalles". Habla de la iglesia de Santa María *in Via Lata,* en cuyo subterráneo se recluyó a san Pablo. El 29 de mayo fue recibido por el general de la Compañía de Jesús, el padre Pedro Beckx, quien le habló de la Baja California. Al día siguiente, visitó lo que fue el aposento de san Ignacio de Loyola.

La Carta XXII trata de la Columna Trajana y de la de Santa María la Mayor, así como de los obeliscos que hay en Roma. Cuenta que estuvo tres días en la Biblioteca Casanatense leyendo acerca de esas piezas monumentales. Habla de los doce obeliscos de la ciudad: el Lateranense, el Flaminio, el Mateyano, el Salustiano, el de la Minerva, el del Panteón, el Solar, el Panfilio, el Vaticano, el de Santa María la Mayor, el del Quirinal y el Variano. Refiere las inscripciones que hay en el Obelisco Lateranense.

En la última carta, escribe acerca de los acueductos, las fuentes y las vías. Expresa que la belleza de la campiña romana con sus acueductos es indescriptible. Indica que salió de la Ciudad Eterna el 4 de junio de 1867, tras despedirse del templo de Santa María la Mayor, del sepulcro de los Santos Apóstoles, del Foro, del río Tíber y de sus amigos.

En la presente edición, basada en el trabajo que en 1876-1878 efectuó Francisco Rodríguez en León, Guanajuato, corrijo el empleo de *g* en lugar de *j,* así como las erratas evidentes; modifico el uso de la *i* en lugar de la *y* que presenta el texto de Rivera, suprimo la acentuación del pronombre relativo *qué* (el qué, en el qué); sistematizo la puntuación; cambio a minúsculas el excesivo empleo de mayúsculas; omito la marca © con que Rivera indicó las pinturas que poseía en fotografía; conservo las abreviaturas y las formas *wagón,* huajolote, papagallo, paragua, bajorelieve; agrego entre corchetes algunas palabras y notas, seguidas estas últimas de las letras SLM, y presento las notas con numeración consecutiva en cada capítulo.

SERGIO LÓPEZ MENA

Bibliografía



ALMONTE, Juan Nepomuceno, *Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles*. Edición facsimilar. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2006 (Colección Facsímiles).

BECERRA, José Miguel, "Estudio de 1896 sobre Agustín Rivera", en *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 36, noviembre-diciembre de 2002, pp. 13-14.

CORNEJO FRANCO, José, "El grupo juvenil reformista", en Congreso Mexicano de Historia, *La Reforma en Jalisco y el Bajío*. Guadalajara, Jal.: Librería Font, 1959, pp. 43-66.

"El Liceo del padre Guerra", en *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 32, julio de 2002, pp. 10-12.

ESQUIVEL OBREGÓN, Toribio, *El señor doctor D. Agustín Rivera y Sanromán y su obra*. Lagos de Moreno, Jal.: Imp. López Arce, 1902.

GÓMEZ MATA, Mario, *Efemérides de Lagos de Moreno*. México: Propaganda y Diseño, 2011.

————"Raíces del estallido cristero en el siglo XIX. Un apunte". Parte II. *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 52, julio-agosto de 2005, pp. 9-20.

GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, "La situación social de Jalisco en vísperas de la Reforma", en Congreso Mexicano de Historia, *La Reforma en Jalisco y el Bajío*. Guadalajara, Jal.. Librería Font, 1959, pp. 34-44.

GUTIÉRREZ, Jorge, "Inicia la cuenta regresiva para restaurar el Coliseo", en *El Universal,* 12 de febrero de 2013, p. E12.

IGUÍNIZ, Juan B. "Bibliografía del señor presbítero don Agustín Rivera y Sanromán", en *El Dr. Dn. Agustín Rivera y Sanromán*. México: Talleres Linotipográficos de *Revista de Revistas*, 1918 (Publicaciones de la Academia Mexicana de la Historia), pp. 27-86.

Libro de actas del Ayuntamiento de Lagos de Moreno, Jal., 1886. Transcripción, prólogo y notas de Sergio López Mena. Lagos de Moreno, Jal.: Archivo Municipal de Lagos de Moreno, Jal., 2006.

LÓPEZ ESPINOZA, Rogelio, "El testamento del padre Miguel Leandro Guerra", en *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 30, mayo de 2002, pp. 8-9 y 14-16.

———— "Don Agustín Rivera, poeta", en *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 43, enero-febrero de 2004, pp. 18-20.

———— "Pedro Rivera, un andaluz en Lagos", en *Boletín del Archivo Histórico Municipal de Lagos de Moreno, Jal.*, n. 68, mayo-junio de 2008, pp. 2-11.

LÓPEZ PORTILLO Y WEBER, José, "Jalisco y el golpe de Estado de Comonfort", en Congreso Mexicano de Historia, *La Reforma en Jalisco y el Bajío.* Guadalajara, Jal.: Librería Font, 1959, pp. 126-162.

MATA TORRES, Ramón, *Personajes ilustres de Jalisco.* Guadalajara, Jal.: Ayuntamiento de Guadalajara-Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara, 1978.

MOLINA ÁLVAREZ, Daniel, *La pasión del padre Jarauta.* México: Gobierno de la ciudad de México, 1999 (Tu Ciudad. Arte y Literatura).

MUÑOZ MORENO, Rafael, *Rasgos biográficos del señor Dr. D. Agustín Rivera y Sanromán, escritos por..., agente del Ministerio Público en la ciudad de Teocaltiche.* Lagos de Moreno, Jal., Imprenta López Arce, 1906.

MURIÁ, José María, *et al., Jalisco. Una historia compartida.* Guadalajara, Jal.: Gobierno del Estado de Jalisco-Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1987.

OLIVERA LÓPEZ, Luis y Rocío MEZA OLIVER, *Catálogo Archivo Agustín Rivera y Sanromán. Biblioteca Nacional, 1547-1916.* UNAM-Gobierno del Estado de Jalisco, 2007-2009 (Serie Guías). 3 tomos.

OLVEDA, Jaime, "El ambiente cultural de Guadalajara en el siglo XIX", en *Catálogo Archivo Agustín Rivera y Sanromán, Biblioteca Nacional, 1547-1916.* UNAM-Gobierno del Estado de Jalisco, 2007-2009 (Serie Guías), t. III, pp. 101-128.

PERALES OJEDA, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*. México: UNAM, 1957.

RIVERA, Agustín, *Cuadro sinóptico de los hombres y hechos más célebres de la historia moderna, por A.R.* Lagos de Moreno, Jal.: Tipografía de T. Escoto, 1864.

———— *Compendio de la historia romana, política y literaria*, San Juan de los Lagos, Tipografía de José Martín Hermosillo, 1872.

———— *Sermón de la Natividad de María.* 2.ª edición. San Juan de los Lagos, Tipografía de José Martín, 1874.

———— *Entretenimientos de un enfermo. Reminiscencias de colegio.* Lagos de Moreno, Jal.: Ausencio López Arce impresor, 1892.

———— *La vocación de Simón Bar Jona.* Lagos de Moreno, Jal.: Ausencio López Arce impresor, 1892.

———— *Los hijos de Jalisco.* 2.ª edición. Guadalajara: Escuela de Artes y Oficios, 1897.

———— *Bodas de oro de Agustín Rivera como escritor público, celebradas el día 11 de mayo de 1897.* Guadalajara, Jal.: Tipografía de la Escuela de Artes, 1897.

———— *Despedida de Agustín Rivera de sus amigos de Guadalajara el día 5 de marzo de 1902.* Guadalajara, Jal.: Tipo-Lit. de José M. Yguíniz, 1902.

———— *Plan de los anales de Lagos.* Lagos de Moreno, Jal.: Ediciones Provincia, 1972.

———— *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio.* Prólogo de Bertha Flores Salinas. Nota introductoria de Martín Quirarte. México: UNAM, 1994.

TORO, Alfonso, "El Dr. D. Agustín Rivera y Sanromán", en *El Dr. Dn. Agustín Rivera y Sanromán.* México: Talleres Linotipográficos de *Revista de Revistas*, 1918 (Publicaciones de la Academia Mexicana de la Historia), pp. 7-25.

VALVERDE TÉLLEZ, Emeterio, *Bio-Bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1943).* Dirección y prólogo de José Bravo Ugarte, S.J. México: Jus, 1949. Tomo III, pp. 363-388.

VEGA Y KÉGEL, Moisés, *Lagos y sus hombres.* Lagos de Moreno, Jal.: H. Ayuntamiento Constitucional 1989-1992, 1990 (Biblioteca de Autores y Temas Laguenses, 2).

CARTAS
SOBRE ROMA,

VISITADA EN LA PRIMAVERA DE 1867

POR EL

DR. D. AGUSTIN RIVERA,

DIRIJIDAS

POR EL MISMO DE LAGOS A GUADALAJARA EN 1870 *Y* 1871

A SU CONDISCIPULO Y AMIGO

el Sr. Lic. D. Hilarion Romero Gil,

Y

publicadas por el autor para servir de ilustracion a su

COMPENDIO DE LA HISTORIA ROMANA.

Qui mores hominum multorum vidit, et urbes.

Horacio.

SEGUNDA EDICION.

LAGOS.—1876.

IMPRENTA DE FRANCISCO RODRIGUEZ.

Carta I

Llegada a Roma



Obediendo a los deseos de V. y de otros respetables amigos, voy a hablarle de Roma; de la ciudad más histórica y monumental de las que existen en la actualidad; de la patria de Cicerón y de los Escipiones: la ciudad del Tíber, del Janículo, del Capitolio, templos, palacios, teatros, baños, acueductos, sepulcros y preciosísimos monumentos antiguos: la ciudad de las catacumbas, consagradas con la sangre y con los cuerpos de los apóstoles Pedro y Pablo, y en la que hasta el polvo de sus calles es ceniza de mártires: ciudad pontifical, Santa Sede de la Iglesia Católica y asiento de una serie de papas ilustres en diecinueve siglos: ciudad de misteriosos destinos, llamada Eterna porque parece designada para ser el centro del mundo, tanto en la edad pagana como en la cristiana: la ciudad de las fuentes, las más hermosas y abundantes de Europa, de los templos de mármol, de los obeliscos egipcios, de los museos, de las bibliotecas, de los manuscritos, de los mosaicos y de las primeras pinturas y esculturas; y a la que, por lo mismo, se dirigen de preferencia los literatos, los poetas y los artistas: la ciudad de Rafael y de Miguel Angelo, que pone sobre la cabeza del Dante, del Petrarca, del Ariosto y del Tasso una corona de laurel, árbol que no es herido del rayo; ciudad en que, según la expresión de un papa, hasta las piedras hablan; porque las inscripciones se encuentran en ella en todas partes; techo sagrado bajo el que viven con libertad, seguridad y gozo el católico y el protestante, el griego, el judío y el mahometano: tierra querida en la que el mexicano encuentra un fiel recuerdo de su patria, por su azulado cielo, su sol ardiente, sus montañas y sus risueños campos: ciudad de la que canta Virgilio que sobresale entre las demás del universo, como el ciprés sobre los humildes arbustos: la más grande y más santa en el

sentido de Tito Livio: *Nec unquam civitas nec major nec sanctior;* y en fin, la más hermosa de las cosas humanas, según la expresión del mismo Mantuano: *Rerum pulcherrima Roma.*

Desde mis primeros años, deseé conocer dos cosas: la ciudad de México y el mar. Conocí la primera en 1853, y el segundo en 1858. Un camino de siete días de diligencia es una grande lección para un joven que, por la vigilancia de sus buenos padres, se ha criado aislado en el recinto de la casa de una ciudad pequeña y en el interior de un colegio. Se ensanchó el horizonte de mi corazón y comencé a desear ir a Europa. Desde entonces, Roma vivió siempre en mi pensamiento, como después vivirá siempre en mi corazón. El 13 de enero de 1867, me embarqué en Veracruz, desembarqué en San Nazario el 12 de febrero, pasé por París, en donde estuve el 13, 14 y 15, arreglando algunas cosas necesarias para vivir en Roma, pasé violentamente, y ninguna cosa de París pudo detenerme, con el deseo de llegar a Roma. Al ir a tomar el ferrocarril de Marsella, pasaba por en medio de una plaza, y un francés que me acompañaba me dijo: "Ésta es la plaza de la Greva".[1] Un golpe de recuerdos me hizo detener allí unos momentos.

CAMPOS DE FRANCIA E ITALIA

Da tristeza caminar por aquéllos, pues son más áridos que los de Inglaterra, y desde las once de la mañana, en que salí de París, hasta el anochecer, vi menos de nueve bueyes, y lo mismo vacas, caballos, burros, cerdos y pájaros, aunque puse cuidado. Vi algunos pequeños rebaños de ovejas, y en las aldeas, bastantes gallinas y palomas. No vi monte alguno, a pesar de caminar 12 leguas por hora, hasta la caída de la tarde, que divisé a lo lejos unas montañas hacia el suroeste. Los árboles son muy raros, hay más en Inglaterra, y sin embargo, los ingleses tienen tanta escasez de madera, que ahora la están trayendo de los inmensos bosques de Noruega. Los campos están muy bien cultivados, aun en sus colinas, de arriba abajo, de muchas especies de plantas, especialmente de trigo y viñas. Las cercas están formadas de raquíticos

[1] [La Place de la Grève, en París, era el lugar de los ajusticiamientos. SLM.]

palos perpendiculares y horizontales, de muy poca altura, pues algunas tienen como media vara, de manera que no sirven más que para designar las propiedades. Las aldeas son tristísimas, por la falta de árboles; todas las casitas son de terrado, pues no hay *jacales,* y casi todas son de dos pisos, aun las más pequeñas, que son como de dos varas y media. El piso de abajo sirve de granero, y el de arriba, de habitación.

El 17 me embarqué en Marsella, en el vapor italiano *Abatuci,* cuyos pasajeros eran casi todos genoveses, y comencé a observar la diversidad entre franceses e italianos. Aquéllos siempre se tratan por su apellido y nunca omiten el *monsieur* y *madame,* ni entre carboneros y placeras. Éstos se tratan frecuentemente de tú y siempre por su nombre: Pietro, Paolo, Giacomo, Augusto, Tiberio, Constantino, etc. En la conversación, los franceses hablan como los hemos visto aquí, tres o cuatro a un tiempo y fogosamente, y admira cómo no se interrumpen. En una reunión de italianos, uno solo habla, con un aire melancólico y una especie de sonsonete, y los demás escuchan en completo silencio. Después, habla otro y los demás callan. Como deseo escribir de una manera inofensiva, dejo en mis manuscritos un juicio crítico, que escribí durante mi viaje, de las cualidades intelectuales y morales, buenas y malas, es decir, del carácter de los ingleses, franceses, italianos y españoles.

El 20, a las seis de la mañana, desembarcamos en Civita-Vecchia, y a las tres de la tarde comencé a caminar por los campos de Italia, pareciéndome que viajaba por mi país. Por un lado y otro del tren, veía bastantes animales, especialmente bueyes y vacas, cuyos cuernos son tan finos, que sirven de adorno en las casas. Los *jacales* son enteramente iguales a los nuestros, y me admiró tanta analogía, siendo los italianos y los aztecas de tan diversa procedencia.

LOS FERROCARRILES

Cuanto son cómodos los buques de vapor, son incómodos los ferrocarriles, por la molestia de ir uno sentado 10, 20 y 37 horas (como fui de Turín a París), sin dormir. Los coches andan 11 y 12 leguas por hora, y los expresos, que son los correos, 14. Las estaciones son frecuentes, pero de tres y de cinco minutos, en las que apenas se puede satisfacer

alguna necesidad, corriendo, violentamente, y a veces urgiendo a la naturaleza. En dichas estaciones, hay salones cubiertos de mesas, cada una cuidada por un criado; sobre ellas, pan, botellas, tazones de café con leche, y platos, y en ellos, cuartos de gallina, trozos de otras carnes frías, pedazos de queso, huevos cocidos, etc. Doscientos o más pasajeros se bajan corriendo de los *wagones,* cada uno toma por su propia mano lo que le agrada, pregunta ¿cuánto debo?, lo paga y vuelve corriendo a su *wagón,* cuyo número y dirección no debe olvidar. Esto ocasiona grupos y grande vocería, y sin embargo, nada se pierde, por la sagacidad de los europeos y por la seguridad a que ya están acostumbrados. Esto sucede a los viajeros bisoños, como yo, o negligentes. Después, hice lo que vi que hacían otros. No me metía en un *wagón* sin llevar bastimento, para ir comiendo despacio dentro de él. Los parisienses son muy finos, y sin embargo, en los *wagones* comen admirablemente con los dedos. Hay otra cosa molesta en los ferrocarriles en el invierno, y son unos tubos de metal, que en cada estación llenan de agua hirviendo y cubren con los tapetes. Todos los europeos llevan los pies sobre los tubos, pero a mí me molestaba aun acercarlos a ellos, lo que me hacía ir en una postura más incómoda. Como a las cuatro de la tarde del 15, los criados, andando por encima de los *wagones* y sin que éstos se pararan, encendieron los quinqués; era que íbamos a pasar bajo una serie de arcos subterráneos, bajo uno de los cuales dilatamos nueve minutos. En los pasos de uno y dos minutos, no se encienden los quinqués, y sería mejor que se encendiesen.

EL PASAPORTE

El mismo día 20 de febrero, en la tarde, sacaba la cabeza por las ventanillas del *wagón,* con el vehemente anhelo de ver en lontananza la cúpula del Vaticano, con la que había soñado hacía muchos años; pero no vi nada, porque Roma no se divisa por el camino de Civita-Vecchia. Por entre antiguos acueductos y sepulcros, a las seis y cuarto, es decir, ya de noche, y lloviendo, llegué a Roma, lo cual conocí porque se paró el tren y un pasajero dijo: “Estamos en Roma”. Me dirigí al hotel de Minerva y tomé un cuarto en el tercer piso por 3 liras (cuatro y medio reales) diarias. Luego me pidieron el pasaporte, y me lo

devolvieron al día siguiente. En Roma, se exige al punto el pasaporte, y en el mismo día se presenta a la autoridad política del cuartel. En lo demás de Italia, no se exige el pasaporte, pero luego que llega un pasajero, se le pregunta y escribe su nombre, apellido, nacionalidad, estado, profesión, lugar de donde viene y lugar adonde va; noticias que a veces son peligrosas en este país, en tiempo de revolución, y el mismo día se presenta el papel a la autoridad política. En Francia, Inglaterra y Bélgica, que fueron las naciones por las que viajé, no se exige pasaporte ni se pregunta nada.

EL CHOCOLATE EN EUROPA

Algunos lectores desearán que les hable desde luego del Capitolio o de la bendición papal y no del chocolate, pero las personas entendidas aprecian las narraciones y detalles de costumbres. Después que me instalé en mi cuarto, bajé al comedor y pedí chocolate y leche, porque había comido tarde y no abundantemente en Civita-Vecchia. En Europa, se hace el chocolate sin azúcar, se sirve en taza grande y con trocitos de azúcar, y se toma con cucharilla. La primera vez que tomé el chocolate en Roma, en la casa del Sr. presbítero D. Luis González Domínguez (catedrático de Zamora, en España, de quien hablo en mi *Visita a Londres*), vi que trajeron dos tazas de chocolate y dos vasos de agua que parecía de limón. El Sr. González presentome un vaso y me dijo: "—Vamos. —¿No es agua de limón? —Sí, hombre. —Dispénseme V. A los mexicanos nos hace daño mezclar chocolate y agua de limón. —¡Cómo!" Me dijo que en España se acostumbra tomar medio vaso de agua de limón antes del chocolate y medio vaso después, y así lo tomaba él. En todas partes de Europa, se sirve chocolate, pero no lo acostumbran más que los españoles y los americanos. ¿Por qué los mexicanos tomamos chocolate, y casi todos los europeos café? Todo está bien, dice Pope.[2] Porque aquí es muy saludable el chocolate, y muy dañoso el café; y en Europa, a la inversa, es saludable el café, e irritante y dañoso el chocolate.

[2] [Alexander Pope (1688-1744), poeta y ensayista inglés, autor de *Ensayos morales* (1731-1738). SLM.]

HOTEL DE MINERVA

Este edificio, de cuatro pisos, es el antiguo Palacio de los Conti, y el segundo hotel de Roma, es decir, después del Albergo di Roma, que está en el Corso. Sus dos escaleras son de mármol. Bajo el pórtico que da frente al zaguán, está una fuente de mármol, y arriba de ella, una estatua colosal de Minerva, de lo mismo. El comedor es un salón con columnas, cornisón y estatuas de mármol en nichos. Las tinas de los baños son de mármol. Todas las mañanas, están parados en el zaguán, un día, un lego capuchino, y otro día, un trinitario, con una bolsa igual a la de corporales en las manos, en las que recibe, sin pedir, las limosnas de los pasajeros.

PLAZA DE MINERVA

En los cuatro lados de ella, hay cuatro edificios notables: el hotel, la iglesia y convento de Minerva, de que hablaré después, la academia de nobles y el colegio norteamericano. En la academia de nobles, es donde se enseña con más esmero el derecho canónico y la práctica de la corte romana, y de ella salen por lo regular los presbíteros empleados en dicha corte, los obispos y arzobispos. El colegio de jóvenes norteamericanos está dirigido por jesuitas, y el uniforme de dichos alumnos es capa española azul y sombrero alto. Ocupa el centro de la plaza, un obelisco egipcio, descubierto a mediados del siglo XVII en el jardín de los dominicos de la Minerva, en donde estuvo en la antigüedad el templo egipcio de Isis y Serápides, y colocado graciosamente por el Bernini sobre un elefante de mármol, por orden de Alejandro VII. Dedicaré una carta a hablar separadamente de los obeliscos de Roma y a la explicación de sus jeroglíficos.

Después de estar cerca de un mes en el hotel de Minerva, por ahorrar gastos, viví, hasta mi salida de Roma, en la excelente casa del Sr. D. Juan B. Fornari, suegro del Sr. D. Enrique Angelini, empleado en el Vaticano, y uno de los siete hermanos Angelini, muy afectos a los mexicanos, a quienes proporcionan cuanto desean. Dicha casa dista una cuadra del Corso y está situada, como otras muchas, en el antiguo Campo de Marte.

Carta II

Basílica de S. Pedro





Tengo el honor de dirigir a V. mi carta segunda sobre Roma, para hablarle de la basílica de S. Pedro.

Entrada en el templo

Al día siguiente de mi llegada a Roma, 21 de febrero, me dirigí, en primer lugar, a este templo, acompañado del Sr. D. Javier Angelini. Atravesamos la plaza de Minerva, la del Panteón de Agripa, la de S. Luis de los Franceses, las calles de S. Agustín y la larga calle Coronari, en la que está la casa de Rafael;[1] pasamos el puente Elio, y vi por primera vez a lo lejos la basílica de S. Pedro. A la vista de aquella figura inmensa, piramidal, imagen de lo sublime, al ver aquel templo, el mayor que ha levantado la edad moderna, imagen de la Iglesia católica, aquel templo formado de mármoles y bronces, en el que reposan los cuerpos de los apóstoles y de los mártires, y recuerdo en la tierra de la Ciudad Bíblica del Cielo, exclamé con la Iglesia:

Celestis urbs Jerusalem! "¡Ciudad celestial de Jerusalem, feliz visión de paz, que, construida de piedras vivientes, te levantas, excelsa, hasta más allá de los astros!

"¡Esposa hermosísima, enlazada con Cristo soberano, cuyo cinto nupcial es un cerco de miles de ángeles!

"¡En donde resplandecen las margaritas, y cuyas doce puertas están abiertas a todos!

[1] Es el número 124, y la visité en otro día. Es igual a las demás de la clase media de Roma, y no tiene de notable más que el retrato del gran pintor sobre la puerta exterior, borrado casi enteramente.

"¡A donde es conducido el mortal que, traspasado con el amor de Cristo, sufre con paciencia los tormentos de la vida!

"¡Ciudad formada de piedras vivas!; de innumerables almas extendidas por todo el haz de la tierra, purificadas por el Artífice supremo en el sacramento de la penitencia, desbastadas de las imperfecciones de los hijos de Adán con enfermedades, pobrezas y saludables trabajos, pulidas y adornadas con la palabra de Dios y la Eucaristía, y en fin, unidas en un eterno amor; así como las piedras se golpean con el martillo y la picadura, se pulen con el cincel, y se juntan y amoldan unas a otras hasta formar un edificio".

Con los ojos en la grande obra del Buonarroti, anduve sin detenerme ante el Castillo de Sant'Angelo, ni ante la columnata del Bernini, ni ante el obelisco y las fuentes de Sixto V; subí las veintidós gradas del atrio, y llegué a la puerta principal con las emociones que experimenta naturalmente todo viajero. Las puertas de los canceles de ésta y de las demás iglesias de Roma tienen unas cortinas de pieles dobles tan pesadas, que se alzan con algún trabajo. Levanté una de ellas, entré, vi el interior de la basílica y dije dentro de mí lo que dicen todos los que la ven por la primera vez: "Esto es inferior a la idea que yo tenía". Las estatuas de mármol de los santos me parecieron del tamaño natural, y el templo, no muy extenso; pero cuando comencé a observarlo en detalle, cuando advertí que las estatuas de los santos que estaban cerca de mí tenían unas dimensiones colosales, cuando vi que los zuavos y otras personas que andaban en el fondo del templo parecían unos niños, y cuando, acercándome a una de las fuentes del agua bendita, vi que los ángeles que la sostenían y que me habían parecido regulares eran también colosales, cambié de juicio. La gran exactitud en las proporciones y la armonía del conjunto hasta en sus partes más pequeñas hacen que todo parezca una cosa regular y que no sorprenda a primera vista. Las estatuas de los cuatro doctores que están sosteniendo la cátedra de S. Pedro tienen 24 palmos, y la pluma de S. Juan Evangelista, de una de las pechinas de la cúpula, tiene nueve y medio palmos; y sin embargo, estos objetos parecen regulares y no llaman la atención.

Tomé agua bendita, y al dar el primer paso hacia delante, me di un fuerte golpe en la cabeza, por llevarla inclinada, porque uno de los ángeles tiene el ala derecha colocada de tal manera, que si la persona no tiene cuidado de retirarse un poco y va con la cabeza inclinada, se

golpea con ella, como para advertir que en aquel templo deben llevarse la cabeza y los ojos levantados, para ver todas sus maravillas. Besé el pie de la imagen de S. Pedro y fui a postrarme ante el sepulcro de los apóstoles, sobre el que han ido a prosternarse tantos reyes y tantos pueblos, tantos sabios y tantos peregrinos de todas las partes del mundo, en diecinueve siglos; ante el que han ido a inclinarse los más obispos del orbe, para quienes antiguamente era una ley ir, por lo menos una vez en la vida, *ad limina apostolorum.* Repasé en mi interior la historia de mi viaje, desde las tres de la mañana del día 3 de diciembre de 1866, en que había pasado del umbral de mi casa en el centro de la América septentrional, hasta aquella hora; di gracias al Señor por todos los beneficios que me había dispensado, y oré un rato por mí mismo, por mi Iglesia, por mi patria, por mi difunto padre, por mi madre, hermanos, parientes y amigos.

En otros muchos días visité y examiné detenidamente este templo.

Historia de la basílica

En el monte Vaticano, uno de los once sobre los que está situada actualmente Roma,[2] estaban el circo y los huertos de Nerón. Éste hizo allí una gran carnicería de cristianos, y los demás recogieron durante la noche los cuerpos de sus hermanos y los sepultaron dentro de una mina de cantera que estaba en el mismo monte, la que fue la primera catacumba, y recibió su mayor veneración cuando fueron llevados allí los cuerpos de S. Pedro y S. Pablo. S. Anacleto, el quinto de los papas, construyó allí un oratorio y celebraba los divinos misterios sobre el sepulcro de los apóstoles, que es el mismo oratorio subterráneo que existe hoy bajo la cúpula. Constantino edificó allí una gran basílica de tres naves, cuyas copias vi en la Biblioteca Vaticana, muy semejante a las actuales de S. Lorenzo Extramuros, Sta. María *in Cosmedin* y demás iglesias de los siglos primitivos, que existen todavía, y la cual basílica constantiniana duró hasta el pontificado de Nicolás V, a mediados del

[2] El Palatino, Capitolino, Quirinal, Esquilino, Aventino, Viminal, Gelio (las antiguas siete colinas), Janículo, Vaticano, Pincio y Citorio. Este último es una colina artificial, formada con los escombros del anfiteatro de Estatilio Tauro.

siglo XV. A este pontífice se debe el pensamiento de la basílica moderna, y él comenzó la tribuna actual.[3] Por orden de Julio II, Bramante Lazzari presentó el diseño de cruz griega, e hizo los cuatro pilares para sostener la cúpula, habiendo el mismo papa puesto la primera piedra del pilar de la Verónica. Por orden de Pablo III, Miguel Angelo presentó un nuevo diseño de cruz griega y de la cúpula, y conforme a él agrandó los cuatro pilares, levantó la cúpula de doble bóveda y de la misma área que tiene el Panteón de Agripa, y cuando concluyó el tambor, murió. Por la solicitud de Sixto V, Jacobo de la Porta concluyó la cúpula y una gran parte de la basílica, siguiendo exactamente el diseño de Miguel Angelo, y por la de Pablo V, Carlos Maderno presentó un diseño de cruz latina, y según él, la concluyó, incluso el pórtico. Los inteligentes dicen que la basílica con la forma de cruz latina es más vasta, pero menos bella que si se hubiera seguido el diseño de cruz griega. En fin, en el pontificado de Alejandro VII, el Bernini hizo la famosa columnata de la plaza.

PLAZA Y PÓRTICO

La referida columnata es cuádrupla, elíptica, de orden dórico, y una de las obras maestras (*capo d'opera*) de la arquitectura moderna. Sus cuatro series de columnas forman tres ambulatorios, por cada uno de los que pueden ir juntos cómodamente dos coches; pero a nadie es lícito ir en su coche bajo la columnata, más que a los cardenales (y senadores), a quienes vi muchas veces bajar y subir a su coche, al pie de la escalera que conduce a la puerta del Vaticano, la cual está bajo la columnata, al lado izquierdo. Los cardenales entran también en su coche hasta el primer patio del Vaticano, por la puerta occidental. La columnata está coronada de ciento cuarenta estatuas de santos.

En medio de la plaza, está el obelisco erigido por Sixto V, del que hablaré en la carta sobre obeliscos, y a los lados están las dos fuentes del agua Félix, llamada así porque éste era el nombre de Sixto antes de ser papa, y de las que hablaré en la carta sobre aguas y fuentes.

[3] Lo que en las demás se llama presbiterio.

Al pie de las gradas del atrio, están las estatuas colosales de mármol blanco de S. Pedro y S. Pablo colocadas por Pío IX. El pórtico es doble, superior e inferior, y tiene de largo más que la basílica de ancho. En una de las extremidades del pórtico interior, está la estatua ecuestre colosal de mármol de Constantino, y en la otra, la estatua igual de Carlomagno, que, merced a la media luz del pórtico y combinación de luces de algunas ventanas, tienen una perspectiva sorprendente. De las bellezas del mismo pórtico, referiré únicamente el mosaico de un célebre cuadro de Giotto, y las inscripciones que están en los intercolumnios. El mosaico representa la Navecilla de S. Pedro, y estaba en el exterior de la antigua basílica, de la manera que se ven hasta hoy los mosaicos exteriores de Sta. María la Mayor y Sta. María *trans Tiberim.* De las inscripciones, una recuerda la donación de S. Gregorio Magno de treinta y nueve olivos para el aceite de la lámpara del Santísimo; otra, los versos de Carlomagno en loor de S. Adriano, y otra, la bula de Bonifacio VIII sobre el jubileo secular.

La basílica tiene cinco puertas, y una de las laterales está murada y se llama la Puerta Santa, porque no se abre sino en cada siglo, en el año del jubileo, dando el papa tres golpes con un martillo de plata, y con las demás solemnidades prescritas en la liturgia. Los postigos de la puerta de en medio son los mismos de la antigua basílica; son de bronce, hechos por Antonio Filarete a principios del siglo XV, con muchos arabescos y bajos-relieves que representan la crucifixión de S. Pedro, la degollación de S. Pablo, la recepción del emperador Paleólogo en el concilio de Florencia y otros hechos históricos.

Nave principal

La basílica es de cinco naves, inclusas las de las capillas, y los pilares son tan anchos, que el espacio que ocupan excede al de las naves laterales, y el pavimento de todas es de mosaico alejandrino. En el pavimento de la nave de en medio, están seis inscripciones relativas a los seis templos mayores del mundo, con estas palabras: “Hasta aquí llega la catedral de Florencia” (669 palmos de largo), “Hasta aquí llega S. Pablo de Londres” (710 palmos), y otras relativas a Sta. Sofía de Constantinopla y los otros tres templos menores, de lo que resulta que la basílica de S. Pedro

es el templo más grande del orbe, pues tiene 837 palmos de larga, 609 de ancha en los cruceros y 611 de alta en la cúpula. En dicha nave está la galería cuádrupla de estatuas colosales de mármol de los santos fundadores y reformadores, de los que, el primero es S. Francisco de Asís, el segundo es Sto. Domingo de Guzmán (están cerca de la cátedra de S. Pedro),[4] el tercero es S. Benito, el cuarto S. Elías, etc., etc. Dicen los inteligentes que, por razón de su mérito artístico, la primera estatua es la de Sto. Domingo de Legros, la segunda es la de S. Francisco de Asís, de Mochi, la tercera, la de S. Bruno, del alemán Slodtz, etc., y dicen que S. Bruno no habla porque se lo impide su regla. Estos santos son de diversos sexos, naciones y condiciones sociales, hasta la de pastor de ovejas, como S. Vicente de Paúl. Al pie de la estatua de Sta. Teresa, se recuerda con gozo que la Iglesia católica ha ido a la vanguardia en la marcha conquistadora de la civilización; que ella lleva en su bandera estas dos palabras: Orden, Progreso, que significan los dos elementos sociales de abundosa vida de toda sociedad; pero teniendo siempre en cuenta que el primero es la base indispensable del segundo, y se recuerda que ella ha rehabilitado a la mujer, ha explotado y bendecido sus talentos, y más ilustre que la antigua Grecia y la antigua Roma, le ha erigido estatuas. Al pie de la estatua de S. Francisco está una lápida de mármol que expresa los nombres de los cardenales y de los obispos de la cristiandad que asistieron a la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción.

Los pilares de la cúpula son pentágonos y tienen cinco soberbios altares, detrás de cada uno de los que hay dos escaleras, una para bajar a la gruta vaticana y otra para subir a una especie de grandes palcos, en uno de los que, se guarda parte de la Santa Cruz, el Divino rostro y el fierro de la lanza con que fue traspasado el costado de Jesús; reliquias que en algunos días del año se exponen al pueblo y que yo vi,

[4] César Cantú, historiador liberal y senador en el congreso de Florencia, al comenzar a hablar de la Inquisición, dice: “Apresurémonos a declarar que ninguna parte tuvo en ella Sto. Domingo; que su ánimo fue fundar una orden no para imponer la fe, sino para asegurar la libertad”, y más abajo: “Tampoco tuvo parte en la desgraciada guerra albigense” (*Historia universal*, libro 12, capítulo 6.º). En efecto, Sto. Domingo murió en 1221, y hasta doce años después, es decir, en 1233, se encomendó la Inquisición a los dominicos. Las Cortes liberales españolas de 1812, en el dictamen sobre el proyecto de abolición de la Inquisición (que efectivamente abolieron), declararon que Sto. Domingo “no opuso a la herejía otras armas que la oración, la paciencia y la instrucción”.

pero no muy bien, por estar muy altas. En los lados de los pilares que corresponden al altar mayor, están los dedicados a S. Andrés, la Verónica, Sta. Elena y S. Longinos, de cuyas estatuas, las más estimadas son: la primera, que es de Quesnoy, llamado el Flamenco, y la cuarta, del Bernini.

Altar mayor

Está bajo la cúpula y es únicamente una mesa de mármol blanco sobre siete gradas de lo mismo, con seis hachas y un crucifijo. Dentro de esta mesa de mármol, está el altar en que celebraba S. Silvestre, que es un ataúd sencillo de madera, y que no vi, porque oí decir que a poquísimos personajes se muestra. Sobre este altar, nadie dice la misa, más que el papa, y la dice vuelto al pueblo, según el uso antiguo, y según se celebra en el altar mayor de Sta. María *trans Tiberim*, en el de Sta. María *in Cosmedin*, y en el de otros templos edificados en los primeros siglos. El altar está bajo un elevado y elegante baldoquín o pabellón de bronce dorado, cuyas cuatro columnas son del orden salomónico, y fue hecho con diseño del Bernini por orden del papa Barberini (Urbano VIII), en gran parte con los rosetones y demás adornos que después de la irrupción de los bárbaros quedaban en el pórtico del Panteón de Agripa. Oí decir a algunos romanos que dichas columnas están huecas y que el mismo pontífice las había llenado de huesos de mártires.

Confesión de S. Pedro

Se llama así el sepulcro de los Apóstoles,[5] que está exactamente bajo el altar mayor, y se ve por un vacío que hay en el pavimento. Ante él, arden siempre, de día y de noche, ochenta y siete lámparas, sobre otras tantas cornucopias de bronce dorado, y está el sepulcro de Pío VI, que consiste únicamente en una lápida sobre el pavimento, y sobre ella la estatua genuflexa del papa, obra de Canova.[6]

[5] [Es decir, de S. Pedro y S. Pablo. SLM.]
[6] [Antonio Canova (1757-1822), pintor y escultor italiano. SLM.]

Al pie de uno de los pilares de la cúpula, está, bajo un dosel de terciopelo encarnado, la estatua sedente de bronce de S. Pedro, con la mano derecha levantada, en actitud de bendecir, y el pie derecho saliente, que es costumbre piadosa besar, colocando después la frente sobre él. Algunos dicen que esta estatua es el antiguo Júpiter Capitolino, pero la opinión más seguida es la del historiador Torrigio, quien dice que fue hecha por S. León Grande y que el Júpiter Capitolino era de oro macizo.

GRUTA

Es la iglesia subterránea que está bajo el altar mayor, y forma parte del antiguo oratorio de S. Anacleto. Según la forma que tiene en la actualidad, consta de cuatro capillas abiertas en los pilares de la cúpula, de un ambulatorio circular, cuya área es igual a la de la misma cúpula, y de la capilla principal, en forma de cruz latina, que está en el centro. Diciendo la misa en esta última, se puede tocar con la mano el sepulcro de los Apóstoles, que está en el lugar de nuestros ciborios o sagrarios, y tiene en el exterior las imágenes antiguas de los apóstoles, pintadas sobre láminas de plata.[7] En el ambulatorio, hay muchos mosaicos, pinturas, bajos-relieves, estatuas y sepulcros, que estaban en la antigua basílica, de los que, los más notables son el de Pío II y el de Nicolás V; está allí también el de Jacobo II de Inglaterra.

CRUCEROS Y NAVES LATERALES

En el crucero derecho, está la puerta de la sacristía y cerca de veinte confesionarios, en los que, los penitenciarios de S. Pedro reciben la confesión en la mayor parte de las lenguas que se hablan en Europa, y absuelven con facultades omnímodas. Cada confesionario tiene su inscripción: “Por la lengua griega; por la lengua italiana; por la lengua española; por la lengua portuguesa; por la lengua francesa; por la lengua

[7] *Noticia litúrgica.* En cualquier día que se diga aquí la misa, hay necesidad de votivar la misa de la octava de S. Pedro y S. Pablo, con ornamento encarnado.

inglesa; por la lengua alemana; por la lengua flamenca; por la lengua polaca; por la lengua húngara; y por la lengua ilírica". En el crucero izquierdo, está reunido actualmente el Vigésimo Concilio General, compuesto de más de 720 obispos. En dichos cruceros y naves, hay pinturas, esculturas y sepulcros de primer orden.

Pinturas y esculturas principales

En el crucero derecho, en el altar de S. León el Grande, está su cuerpo y el gran bajo-relieve del Algardi, que representa a dicho papa saliendo con sus cardenales, montados en mulas, al encuentro de Atila, en la confluencia del Po y del Mincio, y en los aires, a S. Pedro y S. Pablo, con espada en mano, en actitud amenazante contra el bárbaro. *La transfiguración,* de Rafael (copia en mosaico, como las demás pinturas), que pasa por el primer cuadro del mundo y es materia de un libro. *La comunión de S. Gerónimo,* el primer cuadro del Dominiquino, y *S. Francisco de Asís,* del mismo. *La crucifixión de S. Pedro,* y *S. Miguel,* de Guido Reni; *Martirio de S. Erasmo,* de Nicolás Poussin, llamado por los italianos el Pussino; *Santa Petronila,* de Guercino; *Misa de S. Basilio,* de Subleyras; *Aparición de Jesucristo a Sto. Tomás,* del Camuccini, y *Caída de Simón Mago,* del Vanni.

Sepulcros

De León XII. Está frente al altar de S. León Magno, en el pavimento, y consiste únicamente en esta humilde y bella inscripción, compuesta por él mismo pocos días antes de morir:

A LEÓN. MAGNO. PATRÓN. CELESTIAL.
ENCOMENDÁNDOME. SUPLICANTE.
AQUÍ. JUNTO. A. SUS. SAGRADAS. CENIZAS.
ELEGÍ. LUGAR. DE. SEPULTURA.
LEÓN XII. HUMILDE. CLIENTE.
EL. MÁS. PEQUEÑO. DE. LOS. HEREDEROS.
DE. UN. NOMBRE. TAN. GRANDE.

De Alejandro VII. Fue la última obra del Bernini, hecha cerca de los 82 años, en que murió. La muerte está envuelta en un gran velo, sacando un brazo y presentando al papa un reloj de arena, en el que está cayendo el último grano; el papa está hincado, con las manos juntas ante el pecho y el semblante muy afligido.

De Pío VII. Estatua sedente de un octogenario con semblante risueño y la mano levantada, en actitud de bendecir. A los lados de la urna, están, de pie, la Sabiduría y la Fortaleza. En muchos sepulcros, he visto representada esta virtud con morrión y espada; mas, en éste, el alemán Thorwaldsen la expresó de una manera original, que recuerda muy bien al humilde fraile de Savona y de Fontainebleau: está vestida con una piel de león, la cabeza coronada de encina, los brazos cruzados ante el pecho y los ojos fijos en el cielo.

De León XI (Médicis). Obra del Algardi.

De Inocencio VIII. Tiene en la mano el fierro de una lanza: alusión al que traspasó el costado de Jesucristo, regalado a dicho papa por Bayaceto II.

De Gregorio XIII. El bajo-relieve representa al jesuita Clavio presentando al papa el calendario corregido.

De Inocencio XI (Odescalchi). El bajo-relieve representa la libertad de Viena de los turcos, por Juan Sobieski.

De Clemente X (Altieri).

De Inocencio XII (Pignatelli).

De Benedicto XIV (Lambertini). Este precioso mausoleo de mármoles de diversos colores, obra de Bracci, es el único en que la estatua del papa está de pie. La estatua está llena de majestad y animadísima (*dignitosa et animatisima*), con tiara, y el brazo enteramente levantado, en actitud de bendecir al mundo. A los lados de la urna, están representadas las dos cualidades principales del pontífice: la Sabiduría y el Desinterés.

De Clemente XIII (Rezzonico). Este mausoleo, obra de Canova, es uno de los mejores de la basílica. La estatua del papa es genuflexa, con las manos juntas ante el pecho, la cabeza inclinada y los ojos cerrados, en actitud de ferviente oración. Los inteligentes admiran los labios entreabiertos, y saliente el inferior, de una manera tan natural, que parece que los está moviendo el papa, y dicen que los leones que están echados en el basamento son los más bellos que tiene la escultura moderna.

De Gregorio XVI. El bajo-relieve representa a los misioneros enviados por el papa a diversos países gentiles.

De la condesa Matilde (siglo XII, principios). Hecho por Urbano VIII, quien trasladó estos restos del monasterio de benedictinos de Mantua.

De Otón (siglo X, fines). Obra de Carlos Fontana.

De Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo,[8] muerta en Roma a fines del siglo XVII. Obra del mismo Fontana, cuyo bajo-relieve expresa la abjuración del luteranismo hecha solemnemente por dicha reina en la catedral de Innsbruck.

De Jacobo el Pretendiente, de su esposa Clementina Sobieski y de su hijo, el cardenal Stuart (Enrique Benito), muertos en Roma. El último murió en 1808, y con él se extinguió la línea masculina de la desgraciada familia de los Stuart; la línea femenina reina todavía, en Victoria I.

CAPILLAS

Son ocho; cuatro en el lado derecho, que son la Clementina, la del Coro, la de la Presentación y la de la Fuente Bautismal; y cuatro en el lado izquierdo, que son la Gregoriana, la del Sacramento, la de S. Sebastián y la de la Piedad. En la Clementina, reposa el cuerpo de S. Gregorio el Grande. En la del Coro, celebran los divinos oficios los canónigos de S. Pedro, que visten sotana y capa morada, y sobre ésta, una especie de capelo de riquísimo armiño blanco veteado de negro. El altar está dedicado a la Inmaculada Concepción. Asistí varias veces a la misa cantada y observé algunas ceremonias diversas de las de nuestras catedrales (las que diré al tratar de la Capilla Sixtina), entre otras, las venias o inclinaciones medias, que a cada paso hacen los maestros de ceremonias al coro y se hacen los canónigos entre sí. El mosaico de la capilla de la Presentación es una copia de la célebre *Presentación de la Virgen,* del Romanelli. La capilla de la Fuente Bautismal contiene la referida fuente, que es de pórfido, y tres mosaicos que representan tres bautismos célebres: el de S. Juan a Jesucristo, el de S. Pedro al centurión Cornelio y el del mismo apóstol en la cárcel de Anco Marcio a los SS. Proceso y Martiniano, carceleros feroces y guardias de él. En la del

[8] Gustavo en la lengua sueca es Agustín.

Sacramento, está la *Santísima Trinidad,* fresco de Pedro de Cortona, la *Deposición* (mosaico), primer cuadro de Miguel Angelo Caravaggio, el gran ciborio de bronce dorado con adornos de lapislázuli, hecho con diseño del Bernini, y el sepulcro de Sixto IV. Éste es todo de bronce, resguardado con una verja. Sus bajos-relieves e inscripciones expresan las muchas ciencias que poseyó este pontífice, uno de los más sabios que han ocupado la silla de S. Pedro. En la capilla de S. Sebastián, está el *Martirio* del santo, mosaico y copia del famoso fresco del Dominiquino. En fin, en la de la *Piedad* está el bellísimo grupo de mármol blanco que representa a la Virgen teniendo en sus brazos a Jesús difunto, primera escultura que hizo Miguel Angelo, a los 24 años. Los artistas elogian la dulzura de ejecución, que el gran maestro abandonó después casi del todo, y la perfección del cuerpo de Jesús, que sostiene el más riguroso examen anatómico, y censuran la superabundancia de los paños.

TRIBUNA

En el fondo de la basílica está la Cátedra de S. Pedro, que es una especie de púlpito colosal de bronce dorado. Sobre él, se abre una Gloria, en medio de la que se ve la imagen simbólica del Paráclito, rodeado de multitud de ángeles del mismo metal. El ardiente ingenio del Bernini aprovechó muy oportunamente para esta obra suya una ventana, que hace que dicha Gloria produzca desde lejos un efecto sorprendente. El púlpito de bronce guarda dentro la verdadera Cátedra de S. Pedro, que es una tosca silla de madera (que no vi), con adornos sencillos de marfil, en la que, sentados, predicaron en las catacumbas, S. Pedro y sus sucesores durante tres siglos. Cuatro doctores están sosteniendo en sus hombros el púlpito: S. Ambrosio y S. Agustín, de la Iglesia latina, hacia delante, y S. Atanasio y S. Juan Crisóstomo, de la griega, hacia atrás.

A los lados de la Cátedra, están los sepulcros de Pablo III y de Urbano VIII. Al primero, llaman los artistas *pregiatissimo lavoro:* "preciadísimo trabajo", de Guillermo de la Porta. Todo es de bronce, y sus partes principales son la urna, la estatua sedente y majestuosa del pontífice y las estatuas yacentes al pie de la urna, de la Prudencia y la Justicia, primero enteramente desnuda, y después cubierta con una túnica de bronce por

orden de Urbano VIII. El único epitafio es este renglón: PABLO III. FARNESIO. PONT. MAX. El sepulcro de Urbano VIII es obra del Bernini, y sus partes principales son: urna de amarillo antiguo y negro, estatua sedente del papa, de bronce, y la Muerte leyendo en su libro este nombre: URBANO VIII. BARBERINI. PONT. MAX., que es el único epitafio.

Ascensión a la cúpula

El 22 de marzo, el Sr. D. Javier Angelini y yo, después de haber obtenido el correspondiente billete, subimos a la cúpula. A la bóveda de las naves, se sube por una escalera espiral y cómoda, de las llamadas de cordones, hechas por los modernos romanos a imitación de las de los antiguos; los escalones son muy anchos, en suave declive y de la altura como de tres pulgadas. En el muro de esta escalera, hay innumerables lápidas e inscripciones, que me fue imposible leer, y expresan el día en que cada uno de los soberanos del mundo ha montado a la cúpula; la última es ésta:

EL DÍA 2 DE OCTUBRE DE 1866.
SU MAJESTAD.
CARLOTA EMPERATRIZ DE MÉXICO.
PASÓ A LA CÚPULA.
Y SUBIÓ HASTA EL PIE DEL GLOBO.

En la azotea de las bóvedas hay una fuente (porque el Janículo es más alto que las naves, y el acueducto de Trajano más alto que el Janículo) con dos inscripciones; la primera es dedicada a Gregorio XVI, porque hizo subir allí el agua Paula a favor de los sanpedrinos, y la segunda dice:

A. PÍO IX. PONT. MAX.
QUE. EL. AGUA. PAULA.
INGRATA. AL. PALADAR.
POR. EL. AGUA. DE. DAMASO. MUI. SABROSA.
MUDO. ETC.

Atravesamos toda la azotea de las naves, entramos en el interior de la cúpula y recorrimos su cornisón, resguardado con una balaustrada, por

el que pueden andar cómodamente cuatro personas de frente; mas yo no tenía placer en mirar hacia abajo, porque sentía flaquear mi cabeza. Subimos a la bóveda de la cúpula por una escalera de caracol, que está en el muro del tambor. De la extremidad de la bóveda a la extremidad de la linternilla, subimos por una escalera casi perpendicular, y subimos todavía por otra escalerita de cordones, que va por el interior del muro de la bóveda de la linternilla. Por todas estas escaleras, subimos cómodamente, con el sombrero puesto y sin que éste tocara en la bóveda, ni el vestido en el muro; de manera que cuando bajamos no tuvimos necesidad de acepillarnos. Recorrimos el cornisón donde comienza la linternilla por el interior y el cornisón donde concluye, desde donde se ven muy pequeñas las personas que andan en el templo. El hueco que forma el pie del globo es un cuartito circular, hasta el que llegan los soberanos, y tiene sus asientos y ventanillas. Allí encontramos a un sacerdote inglés, dos señores y dos señoras del mismo país;[9] nos sentamos un rato para descansar, y cuando nos poníamos en pie, no tocábamos con nuestro sombrero la bóveda. Los tres señores ingleses y yo subimos por una escalerilla de fierro completamente perpendicular, que está en la caña del globo, y estuvimos dentro de él en pie, y sin tocar la bóveda, pues dentro de dicho globo pueden estar de pie dieciséis personas. Los ingleses salieron del globo por una puertecilla, y en una postura demasiado incómoda, subieron por una escalerilla con su balaustrada y tocaron la cruz. Después nos bajamos al pie de la linternilla por el exterior, en donde encontramos más de veinte visitantes, y entre ellos a cuatro mexicanos, lo que en esas ocasiones causa grande placer; eran uno de los SS. Iturbes, los SS. profesores de medicina D. Ramón Galán y D. N. Valenzuela, y D. Lázaro Lucio. En uno de los adornos de la linternilla, que tiene la figura de una S y son semejantes a un sofá, nos sentamos el Sr. Angelini, el Sr. Galán y yo, y allí se presentó a mis ojos el panorama más hermoso que recuerdo haber visto en mi vida.[10] Veíamos a nuestros pies el Vaticano, semejante a una pequeña ciudad. Veíamos a toda Roma sobre sus once

[9] Oí decir en Roma que los visitantes extranjeros en la primavera son como setecientos, y que los más son ingleses y de otros países del Norte, que vienen huyendo de los hielos y a pasar en Roma la cuaresma y Semana Santa.

[10] Los más hermosos paisajes terrestres que he visto son: éste de Roma, el de Nápoles, visto desde el Vesubio, y el de México, desde Chapultepec.

colinas, y el padre Tíber, cantado por Virgilio, serpenteando majestuosamente por en medio de ella. Veíamos la campiña romana, en la que compiten la esplendidez de la naturaleza y la sublimidad de los monumentos históricos, de que está llena, y que sería imposible enumerar; las Vías romanas, especialmente la *Apia;* el puente Mole, en donde Constantino venció a Majencio; el sepulcro de Séneca, el filósofo, el de los Horacios y Curiacios; Palestrina, la antigua Préneste, una de las primitivas ciudades de Italia; Bovile, donde Milón mató a Clodio; Frascati, la antigua Tusculum, casa de campo y habitación ordinaria de Cicerón; la gruta donde se suicidó Nerón; Tres Fuentes, donde fue degollado S. Pablo; la pintoresca Tívoli, célebre por sus antiguos concilios tiburienses; al noreste, los montes de Sabina, al sureste, las montañas de Alba, y en fin, el mar en lontananza. Allí permanecimos hora y cuarto, y hubiéramos permanecido muchas horas, si no hubiéramos tenido nuestro tiempo distribuido rigurosamente. Era viernes de cuaresma, daban las doce, bajamos y vimos al papa en la visita de los altares.

Carta III

El Foro



Historia

Cuando celebraron alianza los romanos y los sabinos, estableciéndose aquéllos en el Palatino y éstos en el Capitolino, señalaron el pequeño valle situado entre los dos montes para foro o lugar de comercio entre unos y otros. Según el etimologista Varrón, la palabra *Forum* se derivó del verbo *Fero*, que significa "llevar", porque unos y otros llevaban allí sus mercaderías, que consistían principalmente en ganados, los que habían sido la materia de cambio o moneda de los pueblos de Italia,[1] antes de que inventasen las piedras metálicas, que era la moneda de que se usaba en Roma en el tiempo de su fundación.[2] El Foro se fue agrandando con el tiempo; en el de Julio César, comprendía el valle situado entre el Palatino, el Capitolino, el Quirinal y el Viminal, y era cuadrilongo, según Vitruvio, quien dice que ésta era la figura de todos los mercados de Italia. Estaba rodeado de un pórtico doble; en el inferior había tiendas y bodegas, donde se vendía y guardaba toda clase de mercancías, de una de las que tomó Virginio el cuchillo con que mató a su hija; y en el superior, estaban las oficinas de contribuciones y otras públicas, y viviendas de particulares. El mismo César cubrió el pórtico de todo el Foro, en su interior, con un velo transparente de diversos colores, que era, dice Plinio, un espectáculo hermosísimo. Así permaneció hasta el siglo XI, en que lo cubrió de escombros Roberto Güiscardo, en la guerra que sostuvo en defensa de S. Gregorio VII. En los siglos siguientes, sirvió de estercolero, y tanto

[1] La palabra *pecunia* viene de la palabra *pecus* (ganado).

[2] Véase Museo Kirkeriano. Los hebreos usaban ya de esta moneda desde el tiempo de Abraham (*Gén.*, 33, 15).

los escombros como las inmundicias hicieron que el terreno subiese 35 palmos, como lo conoce cualquiera, observando cuán bajo está el pavimento de la Vía Capitolina, descubierta en este siglo por Pío VII, respecto del actual. Se llamó por mucho tiempo Foro Boario y Campo Vacino; pero hoy ha recobrado su antiguo nombre de Foro Romano. De los edificios que existían en él, uno solo queda íntegro, que es el Arco de Septimio; otros están en ruinas, y son el templo de Júpiter Tonante, el de la Fortuna, el de los Dioses *Consenti*, la Curia, la Grecóstasi, la basílica Julia y la Columna de Focas, y de otros no quedó vestigio alguno.

ARCO DE SEPTIMIO

Está en el declive del Capitolino, y es de mármol griego, del orden compuesto, triple, y no tan hermoso como los demás arcos triunfales de Roma, porque fue erigido en la época de la decadencia, es decir, a principios del siglo III, en honor de Septimio Severo, por sus victorias de los partos, árabes y otros pueblos de Oriente, como lo manifiesta la inscripción de su friso. Sus bajos-relieves representan acciones de guerra, y en el interior del muro, tiene una escalera de caracol para subir al remate.

TEMPLO DE JÚPITER TONANTE

Fue erigido por Augusto después de la guerra de España, en acción de gracias porque, yendo una noche en medio de la tempestad, acompañado de un esclavo que alumbraba sus pasos, un rayo mató a dicho esclavo. No quedan de él más que tres columnas de mármol de Carrara, del orden corintio y estriadas, y un trozo del cornisón sobre una plataforma del mismo mármol.

TEMPLO DE LA FORTUNA

No quedan de él más que las ocho columnas del pórtico, las que son de granito egipcio, del orden jónico, y recuerdan los buenos tiempos de la arquitectura romana.

Templo de los dioses *Consenti*

Según el poeta Ennio, los romanos llamaban *Consenti* a sus doce mitos o dioses principales, que eran Júpiter, Marte, Mercurio, Apolo, Neptuno, Vulcano, Juno, Vesta, Minerva, Ceres, Diana y Venus. De este templo, no queda más que el pórtico, compuesto de diez columnas corintias, estriadas, de bello cipolino, mármol que se llama así porque imita el color y los matices de la cebolla.

Columna de Focas

Es de mármol, estriada, del orden corintio, y fue erigida por Esmaragdo, exarca de Italia, a principios del siglo VII, en honor de Focas, por haber conservado este emperador griego la paz italiana.

Basílica Julia

Fue comenzada por Julio César y concluida por Augusto en el lugar del antiguo Comicio, sala donde los romanos se reunían a contratar. Según el arqueólogo Canina, esta basílica tenía un pórtico doble, el inferior dórico, y el superior corintio, y terminaba en un ático adornado con estatuas. Pío IX ha descubierto el pavimento de esta basílica, que es de mosaico alejandrino, y la escalinata del pórtico inferior.

Grecóstasi

Era un palacio para recibir a los embajadores extranjeros, especialmente a los griegos, y no quedan de él más que tres columnas de mármol epentélico, de orden corintio y estriadas, con su majestuoso cornisón.

LA CURIA

De este lugar, que los romanos llamaban santo porque era el salón del Senado, no quedan más que algunos altos paredones de ladrillo, al pie del Palatino, contiguos a la pequeña iglesia de Sta. María la Libertadora. Me introduje solo entre estos muros solitarios, los contemplé largo rato, y arranqué un trocito de ladrillo, que conservo. Aquí, me decía, se reunían aquellos trescientos ancianos, con su larga y blanca barba, su toga roja y su bastón de marfil; sabios, severos y los primeros políticos del mundo antiguo, al que dieron la Ley. Estas paredes vieron entrar a unos embajadores que dijeron: "Judas Macabeo y sus hermanos y el pueblo de los judíos nos han enviado a establecer alianza y paz con vosotros".[3] Ellas vieron entrar también a Catón el Censor llevando en el faldón de su toga unos higos grandes y frescos, que hacía tres días había cortado en Cartago, y que fueron fatales para esta famosa ciudad y república.[4] Ellas escucharon las arengas de Carneades y de otros embajadores griegos, origen de la elocuencia romana. Ellas fueron testigos de otros innumerables hechos.[5] Esta curia se llamaba Hostilia, porque fue erigida por Tulio Hostilio, sucesor de Numa.

[3] *I Mach*., 8, 20.

[4] [Catón el Censor "se presentó en el Senado llevando en la falda de su toga unos higos de Cartago, de cuya grandeza y hermosura se admiraron los senadores y dijo: 'Hace tres días que estos higos estaban pendientes en sus ramas'. Con esta acción y más con sus palabras manifestó que aquella nación tan rica, tan abundante en armas y tan cercana era, mientras existiese, una amenaza constante para Roma, y concluyó su discurso con estas palabras: *Delenda est Cartago:* 'Debe ser arrasada Cartago'. Además, la riqueza y la hermosura de la república africana y la facilidad de conquistarla por su cercanía, patentizadas en aquellos higos, eran un gran aliciente para los romanos" (Agustín Rivera, *Compendio de la historia romana, política y literaria*, p. 86). SLM.]

[5] A algunos establecimientos y concurrencias fui acompañado de alguna o algunas personas, para presentarme con decencia o porque necesitaba de que me explicaran algunas cosas o por vía de recreo; pero los más monumentos de Roma los visité solo, para pensar, copiar y detenerme allí todo el tiempo que quería, con libertad y sin molestar a nadie. No llevaba más compañeros que mi álbum, mi lápiz y mis recuerdos. Cuando emprendí este viaje me decían algunas personas: "—¿Va V. solo? —Sí, señor. —¡Oh! Eso es muy triste". Yo conocía que tenían razón; pero iba solo, con algún trabajo y gastos, y menos podía ir acompañado. Mas en la diligencia, en el buque y en los caminos y ciudades de Europa, siempre hubo de sobra personas con quienes platicar. Aun en la adusta Londres, donde yo temía recibir una larga lección de silencio, porque casi nada sabía de inglés, tuve una excelente sociedad y días de mucho placer… Estuve en la casa de huéspedes de las muy amables señoras, Da. Juana y Da. Amelia Pittman, hermanas de D. Juan Pittman, comerciante de S. Luis Potosí, quienes hablan perfectamente el español, y también lo hablaba uno de sus criados. Allí estaban algunas familias españolas, una portuguesa, algunos señores de la América del Sur, uno de Centroamérica, y otros de otras naciones. Después de la comida, que duraba hora y cuarto, pasábamos a la sala, donde se tocaba el piano, se cantaba

Los monumentos de que no queda vestigio alguno eran el Comicio, el Templo de Jano, el de Saturno, la Tribuna de las Arengas, el *Milliarium aureum,* la Columna de Duilio y la Pila Horacia.

Templo de Jano

Según he dicho en mi *Compendio de la historia romana*, Jano era un dios de los latinos y también de los sabinos, y este templo fue levantado por Numa para procurar la fusión religiosa y política de los dos pueblos. Este sabio legislador, siguiendo la religión de los sabinos y de los latinos, prohibió las imágenes, pero Tarquino I Antiguo, tronco de la dinastía de los etruscos, y conforme a la religión de éstos, colocó en este templo la estatua de Jano con dos caras; con una, miraba a la población latina, situada en el Palatino, y con otra, a la población sabina, situada en el Capitolino: imagen de la Providencia, que atendía a las súplicas y velaba igualmente sobre ambos pueblos, reunidos dentro de una misma muralla. Este templo se abría en tiempo de guerra y se cerraba en tiempo de paz, y no estuvo cerrado más que tres veces en el imperio de Augusto (una de las que, fue cuando nació J.C.) y dos veces antes.

Templo de Saturno

Estaba al pie del Capitolio, y en él se guardaban los dineros públicos bajo la égida del dios.[6] Se llamaba también el erario, de la palabra latina *aes,* que significa “el cobre”, porque la primera moneda de los romanos, acuñada por Servio Julio, fue de cobre.

---

y se platicaba con mucha caballerosidad, cordialidad y buen humor. Durante mi viaje destiné algún tiempo de la noche para hacer mis apuntamientos de lo que había visitado en el día, antes que lo olvidara. En Roma me hacían favor de visitarme con frecuencia dos de los SS. Angelini, y yo me decía a veces: “Pensaba desear en Europa la compañía, y antes deseo tener algunos ratos de soledad”.

[6] Los romanos acostumbraban colocar en sus sementeras pequeñas estatuas de Priapo, custodio de los campos, y cuando se desorganizó la sociedad romana, talaban y robaban los campos y se llevaban además las estatuas.

TRIBUNA DE LAS ARENGAS

He aquí, mi señor condiscípulo, uno de los lugares más célebres de la antigüedad, que recordaba a Bruto, a Cincinato, a los Gracos y a innumerables hombres grandes de la República romana. Allí fue colocado el cadáver de Virginia, allí pronunció Cicerón muchas de sus *Oraciones,* y allí fue colocada también su cabeza y su mano derecha. La tribuna, según Plutarco, era un pequeño escenario circular, de mármol, de la altura de un hombre, con una barandilla de columnitas de lo mismo, que reposaba sobre una base de piedra. Por encima, le servían de sombra y magnífico adorno algunas proas de naves, quitadas a los ancios. Estas proas terminaban, como todas, en puntas de hierro, y por lo mismo, los romanos las llamaban *rostra* ("picos"), nombre que se dio después a la tribuna. Al derredor de ella, estaban las estatuas de los héroes romanos, y estaba frente a la curia, de manera que los senadores podían oír desde sus asientos el discurso del orador. Cuando éste arengaba a un inmenso pueblo reunido en el Foro, le hablaba del honor, de la guerra o de la patria, las viejas proas, que estaban encima de él, eran la confirmación de su palabra, y recordaban al mismo pueblo su iniciación en la gloriosa conquista del mundo. Y las mudas estatuas que rodeaban al orador parecían animarse con los recuerdos de la patria. Los romanos, lo mismo que los griegos, pronunciaban sus discursos a cielo descubierto, de manera que cuando apostrofaban al cielo, a sus históricas montañas, a los muros, a los templos y a toda Roma, su palabra y su acción eran más patéticas y conmovedoras, porque todos estos objetos estaban a la vista.

MILLIARIUM AUREUM

Era una columna de mármol blanco, sobremontada de un globo de bronce dorado, que estaba junto al templo de Saturno y servía de punto de partida a las muchas vías, que en diversos ramales salían de Roma hasta las extremidades del imperio. Cada milla estaba señalada con una pequeña columna de piedra llamada *milliarium*, dos de las que, se conservan en el Capitolio, como diré en su lugar. Junto a estas columnitas sepultaban los cristianos los cuerpos de los mártires, para que sirviesen

de señas de su sepulcro, y así, leemos con frecuencia en el *Breviario*: *Sepultus est via H.*, *miliario quinto:* "fue sepultado en la vía H., miliario 5.º" o 20.º o 100.º, etc., y también *Quinto ab urbe lapide: "5.ª columna de piedra desde el Milliarium aureum".* Al pie de éste fue degollado Galba por los pretorianos.

Columna de Duilio

Ésta era la columna de mármol de Paros, erigida por el Senado y el pueblo al referido cónsul por haber ganado a los cartagineses la batalla de Lípari, y haberles conquistado a Córcega, Cerdeña y Malta, hazañas inscritas en ella.

Pila Horacia

Pilastra sobre la que el último de los tres Horacios colocó los despojos de los tres Curiacios.

Carta IV

El carnaval. Sta. Francisca Romana. La Minerva. La oratoria en Roma



El carnaval

23 de febrero. Yo acomodé mi viaje a las estaciones. En el estío, todos huyen de Roma, inclusive el papa, así como en el invierno sería un tormento vivir en París, Londres o Bruselas. Yo elegí el tiempo de carnaval, cuaresma, Semana Santa y Pascua para estar en Roma, y el estío y otoño para estar en aquellas tres ciudades. Llegué a Roma el 20 de febrero, y el 23 comenzó el carnaval, el que dura siempre once días, y esta fiesta y la de Venecia son los más hermosos carnavales de la Italia. Tiene lugar en la calle del Corso (la principal y menos torcida, de una milla de larga), palabra que significa "carrera", porque desde la época de los antiguos romanos se han celebrado en este lugar (que era el antiguo campo de Marte) y en esta temporada carreras de caballos. Al mediodía del referido 23, sábado de sexagésima, que es el día que comienza siempre el carnaval, dicha calle estaba vistosísima. Todos los balcones y ventanas (que, según la estadística, son 10 000) de sus numerosos palacios y casas de tres, cuatro y cinco pisos estaban adornadas de cortinas de damasco encarnado y de muselina blanca, y cubiertos de señores y señoras vestidos elegantemente. A las dos de la tarde, vi al prelado gobernador en su coche, acompañado de dos dignatarios y escoltado por un batallón de caballería, abriendo el carnaval en medio de los graves tañidos de la campana del Capitolio y de los estampidos del cañón de Sant'Angelo.[1] Recorrió lentamente todo el Corso, desde el Capitolio hasta la plaza del

[1] En Italia, Francia, Inglaterra y Bélgica no se usan los alegres repiques a vuelo, acostumbrados en España y México, y es lo único que extraña un español o mexicano en las fiestas de S. Pedro.

Popolo. Detrás del coche, iba una compañía de ochenta a cien músicos, también a caballo, y detrás de ellos, las calles se iban cubriendo en un momento de innumerables carretelas descubiertas, y máscaras a pie y en las carretelas, en medio de una vocería universal, danzas, movimientos grotescos y una alegría extraordinaria. Arrojaban puñados de confites, puñados de harina y *bouquets* de flores naturales; los de las carretelas a los de los balcones, los de los balcones a los de las carretelas, y los de a pie, unos a otros. Estaban prohibidas las máscaras que cubriesen enteramente el rostro, y consistían en redes de alambre. Los dominós y grupos eran diversísimos, históricos y de fantasía. Especialmente cuando suena la música, los romanos parecen unos locos, pero nadie es insultado de palabra ni de obra. Nadie escapaba de los confitazos y la harina, ni los soldados de la policía, y llovían principalmente sobre los que llevaban sombrero alto y sobre los eclesiásticos.[2] Como los golpes no son agradables, aunque sean con dulces, luego que yo vi y experimenté esto, me fui a casa a acepillar, y no volví a pasar por el Corso, sino que todas las tardes iba a ver el carnaval desde la plaza Colonna. Los romanos, escrupulosísimos en conservar un recuerdo de sus antigüedades, concluyen la fiesta de cada tarde con una carrera de dos caballos, solos, muy adornados, desde la plaza del *Popolo* hasta la de Venecia; gana la apuesta el que llegó primero. Durante el carnaval, no se ve en Roma ninguna riña, derramamiento de sangre ni desorden. Concluye el martes de carnestolendas, a las seis de la tarde. Sigue otra diversión que dura media hora: cada máscara enciende una velilla y grita en tono lastimero: *¡È morto carnevale!* “Ha muerto el carnaval”.

STA. FRANCISCA ROMANA

Marzo 9. Visité esta iglesia, y no contiene más notabilidades que el cuerpo de la santa, bajo el altar mayor, y el sepulcro de mármol blanco

[2] *Trajes.* El sombrero alto, que es el que da a los hombres la figura más elegante, es el que se usa universalmente en Europa por todos los de la clase alta y media, a excepción de Roma y demás ciudades de Italia, en las que sólo lo usan los de la clase alta, y aun muchos de éstos lo dejan en la temporada del carnaval. Los de la clase baja usan en Europa cachucha negra, por lo regular de seda; pero es diversa la cachucha de los italianos, de la de los franceses, ingleses y belgas: aquéllos la usan hacia atrás, derecha, sin visera y con dos listones, que flotan sobre la espalda, y éstos la usan hasta los ojos, ladeada, con visera y sin listones.

de Gregorio XI. El bajo-relieve representa la vuelta de Gregorio a Roma, a súplicas de Sta. Catalina de Sena, después de haber estado la Santa Sede 72 años en Aviñón. El papa va en mula, bajo palio, y le acompañan los cardenales y nobles, también en mula, y un inmenso pueblo.

La Minerva

En el mismo día visité este templo, que es uno de los primeros de Roma, y se llama así porque fue erigido sobre las ruinas del templo edificado a Minerva por Pompeyo, a su vuelta de la guerra de España. Es de cinco naves, y la principal iglesia de los dominicos, quienes la acaban de reedificar y adornar, espléndidamente, de oro, bello cipolino, otros mármoles y pinturas; todo el pavimento es de mármol. El altar mayor está aislado entre el presbiterio y el coro (que está detrás de dicho altar, como en la catedral de Guadalajara) y no tiene más que un crucifijo de bronce dorado, como de 4 varas de altura y seis gruesos cirios, *idem*. En la pared del fondo del coro y, en consecuencia, de toda la iglesia, no hay altar, sino únicamente tres ventanas góticas gigantescas, con cristales pintados por el artista milanés Bertini. En la de en medio están pintados Sto. Domingo y S. Pío V, en la de la derecha, S. Esteban y S. Vicente Ferrer, y en la de la izquierda, Sta. Catarina Mártir y Sta. Catalina de Sena. Sobre estas tres ventanas, hay otras tres pequeñas, en forma de estrellas, también con cristales pintados. Como estas ventanas están hacia el oriente, lo mismo que las de la referida catedral de Guadalajara, en la mañana producen un efecto mágico, y derraman una luz de variados colores sobre el coro, el presbiterio y parte de la iglesia. Bajo el altar mayor, está el cuerpo de Sta. Catalina de Sena. En el presbiterio hay dos estatuas de mármol blanco, y una de ellas es un Cristo en pie, con la cruz en los brazos, obra de Miguel Angelo. Los sepulcros más notables son los de los papas León X (Médicis), Clemente VII (*idem*), Pablo IV, Clemente VIII, Urbano VII y Benedicto XIII, el del B. Angélico de Fiesoli, célebre pintor dominicano,[3] los de los cardenales Bembo, Casanate y Pimentel, y el del P. Mamachi. Los más de estos sepulcros están en el coro; allí me encontré, también sobre una

3 [Rivera escribe *dominicano* por *dominico*. SLM.]

lápida, con una agradable sorpresa, el nombre del ilustre cardenal Bartolomé de Carranza. En la sacristía, una inscripción recuerda el cónclave, que se tuvo allí, en el que fue electo Eugenio IV. Allí fue también el cónclave en el que fue electo Nicolás V. En el convento de dominicos de la Minerva, contiguo a la iglesia, estaba y está la Congregación del Índice y la Inquisición. Allí estuvo preso Galileo, por haber negado que la Tierra estuviese quieta y que el Sol se moviese de oriente a poniente, y allí lo estuvo también muchos años y murió Bartolomé de Carranza, quien, según refiere Balmes, en su *Protestantismo*, y otros historiadores, antes de morir declaró ante la eucaristía, que se le llevó por viático, que era inocente.

La oratoria en Roma

Tengo el gusto de hablar a V. de la oratoria en este lugar, porque en la Minerva oí predicar dos veces al P. Cogozza. En el Jesús,[4] oí tres veces al P. Stochi, y estos dos son actualmente los primeros oradores de Roma. Los auditorios de uno y otro son muy numerosos; lo es más el de Cogozza, pero me pareció que se componía en su mayoría de jóvenes elegantes de ambos sexos. Cogozza, como muchos dominicos, predica en estilo filosófico y florido, y pertenece a la escuela de Lacordaire. Stochi pertenece a la escuela de Ventura,[5] o mejor dicho, a la de la Compañía de Jesús, y su discurso es un tejido de doctrinas de la *Escritura* y de los Stos. Padres. Ventura, en el prólogo de su *Escuela de milagros*, censura el estilo de Lacordaire y le llama “ese orador tristemente célebre”, palabras que revelan un feo sentimiento en el corazón de un hombre grande. No obstante, creo que son injustas estas censuras. Uno de los principios de la ciencia es acomodar el discurso al auditorio. Lacordaire y Ventura han seguido igualmente este principio, han predicado de muy diverso modo, y sin embargo, los dos han predicado muy católica y provechosamente. El auditorio del primero se componía de filósofos, literatos y artistas, de católicos del gran mundo, protestantes, mahometanos, judíos e incrédulos, y si ellos no hubieran

[4] [La Iglesia del Santo Nombre de Jesús. SLM.]
[5] [Alusión a Joaquín Ventura de la Raulica (1792-1861). SLM.]

escuchado más que los nombres de S. Gregorio y S. Lorenzo Justiniano, cada uno habría tomado su sombrero y habrían dejado el templo vacío. El auditorio del segundo era a la inversa: él predicaba frecuentemente en la Capilla Sixtina al papa, los cardenales y los obispos, todos los que escuchaban con singular complacencia el lenguaje mismo de sus antepasados; de sus ilustres y santos pontífices, padres y doctores de la Iglesia. Otros de los buenos oradores de Roma, son los capuchinos, y son los que más predican en la Capilla Sixtina. Oí a uno de ellos en este lugar. Como los italianos son afectos en todo a lo bello, una de las ventanas de dicha capilla está dispuesta de tal manera, que un rayo de luz cae sobre el orador. El monje, con su barba larga, su semblante pálido y su hábito de capuchino, bañado de una débil luz que parecía bajada del Cielo y hablando el idioma de Cicerón a unos ancianos, que en el color de su traje y respetable continente recordaban el antiguo Senado romano, era una figura muy interesante.

En la Capilla del Coro, una de las de la basílica de S. Pedro, oí predicar a otro capuchino el sermón de la Tentación, el domingo 1.º de cuaresma, y dijo que el diablo había llevado a Jesús *sopra campanille:* "sobre el campanario", frase que no me pareció exacta, porque el templo de Jerusalem y los demás del Oriente no tenían campanas ni campanarios. El italiano es muy fácil, si se sabe el castellano y el latín, y yo entendía casi todo un sermón en lo que versaba sobre los hechos del *Evangelio* y materias de la religión.

La piadosa señora Teresina Fornari, hija del señor Fornari, de quien ya he hablado, concurría todos los días al Mes de María en S. Roque. Un día me contó un caso que había referido el predicador, que le había sucedido a él mismo con un pecador, que se había convertido con la devoción de la Santísima Virgen: que era muy malo; que después de recibir sus confesiones y darle diversos remedios, siempre recaía en las mismas culpas; que había consultado a su prior, y éste le había dicho que tomase la disciplina;[6] que le había contestado que ¿por qué había de disciplinar él? Y que más bien aconsejaría al penitente

[6] [Tomar la disciplina es "darse azotes", como lo explica Rivera en su biografía de Rafael Herrera: "se desnudaba y tomaba la disciplina, es decir, se daba recios azotes" (*Los hijos de Jalisco*, 2.ª edición, p. 116). SLM.]

que se disciplinara. Yo dije: "En todas partes hay predicadores candorosos".

Los púlpitos de Roma son muy anchos, y los oradores acostumbran dar dos o tres pasos, ya hacia una parte, ya hacia la otra, costumbre que viene de los antiguos romanos, introducida por Cayo Graco.

Carta V

El Vaticano. Museo Chiaramonti. Visita al papa. Galería Borghese



El Vaticano

Fue en la antigüedad uno de los palacios de Nerón, desde donde presenció la crucifixión de S. Pedro, ejecutada en la cumbre del Janículo, según se ve representado este hecho en uno de los bajos-relieves de las puertas de la basílica. No se sabe en qué tiempo comenzaron a habitarlo los papas, pero probablemente fue en tiempo de Constantino. Lo que consta de cierto es que en él habitaba S. León III cuando coronó a Carlomagno y que en él estuvo alojado este emperador. Muchos papas lo fueron ampliando y adornando, hasta Gregorio XVI, que lo dejó en el estado que lo admiramos, en el que se ve lucir el ingenio arquitectónico de Bramante, Rafael, Miguel Angelo, Pirro Ligorio, Domingo Fontana, Carlos Maderno y Bernini. Tiene veinte patios, ocho escaleras grandes, cerca de doscientas pequeñas, 11 000 piezas y un jardín tan vasto como hermoso, en el que el papa puede pasear a pie, a caballo y en coche. Sus partes principales son la Escalera Regia, la vivienda del papa, la Capilla Sixtina, la Capilla Paulina, la Sala Ducal, el Museo Pío-Clementino, el Museo Chiaramonti, el Museo Egipcio, el Museo Etrusco, la Fábrica de Mosaico, el cuartel de guardias nobles, el cuartel de suizos, la biblioteca, el Corredor de las Inscripciones, las Cámaras de Rafael, la Galería de Pinturas, la Galería de Telas y la Galería de Mapas, de cada una de las que tendré el gusto de hablar a V. en el lugar correspondiente al día en que la visité, a excepción del jardín, al que no es permitido entrar, y el Museo Etrusco, que no tuve tiempo de visitar con el espacio que deseaba.

MUSEO CHIARAMONTI

Marzo 10. Se llama así porque fue formado por Pío VII (Bernabé Chiaramonti) después de su destierro, por lo que una bella pintura de este museo lo representa en su entrada solemne, trayendo a Roma las Bellas Artes, desterradas juntamente con él. Vi uno por uno los numerosísimos objetos de este museo, y apunté en mi álbum las siguientes esculturas que me llamaron más la atención. *Tito,* que tiene a los pies un panal, símbolo de la dulzura de su carácter. Un *Nilo* yacente, coronado de espigas y de ninfeas y rodeado de dieciséis niños, símbolo de su fecundidad. Un atleta, que se rae con un palillo y hace escurrir el sudor, obra griega. *Venus,* que se lava los cabellos. *Lucio Vero,* vestido a la heroica. *Rapto de Ganimedes. Cabeza de Cicerón,* descubierta al zanjar los cimientos de la columna de la Inmaculada Concepción; el único retrato parecido, de los muchos que existen en Roma, pues es el único igual al de la medalla de Magnesia. La Ciudad Eterna está sentada sobre una mina más rica que las de oro y plata, y en donde quiera que se cave, se encuentran preciosos monumentos.

VISITA AL PAPA

Marzo 13. Luego que llegué a Roma, procuré satisfacer uno de los ardientes deseos de mi corazón, que me habían sacado de un rincón de América y me habían llevado a la capital del catolicismo: conocer y hablar al hombre más grande sobre la Tierra, al personaje más interesante de la historia moderna, al Vicario de Jesucristo. Costaba mucho trabajo hablar a Gregorio XVI, y se dice que pasaron algunos meses sin que pudiera conseguirlo nuestro conocido compatriota Fr. José María Guzmán, a pesar de que llevaba el negocio de agitar la beatificación del V. Margil, hasta que le envió a decir con un cardenal, con su acostumbrado buen humor, que deseaba hablarle "un hombre del otro mundo", que esta expresión cayó en gracia al papa y le dio audiencia.[1]

[1] [El franciscano José María Guzmán salió de Veracruz el 6 de marzo de 1834, con destino a Roma. Su propósito era promover la beatificación de Antonio Margil de Jesús (1657-1726), fundador de los Colegios de Propaganda Fide de Querétaro, Guatemala y Zacatecas. Además de Roma, estuvo en Tierra Santa. Escribió *Breve y sencilla narración del viage que hizo a visitar los Santos*

Pero Pío IX se presta fácilmente a todos, y de los muchos mexicanos, señores y señoras, que estuvieron ese año en Roma, sólo uno no le habló, porque no quiso.

El 12 de marzo recibí en mi hotel de Minerva un billete en el que se me decía que otro día, a las once de la mañana, me daría audiencia el Santo Padre, por el cual billete di al dragón (criado del Vaticano) los acostumbrados 30 bayocos (centavos). A las diez y media llegué al Vaticano, subí sus diversas escaleras (todas las que, son de mármol, y las paredes de la última están revestidas de escayola amarilla, resplandecientes como un espejo) y llegué a la puerta del salón de los suizos, semejante a un templo, en sus dimensiones y bóveda. Allí estaban los suizos de guardia y un paje vestido a la española antigua, de terciopelo negro y paño de seda del mismo color, quien me recibió, me pidió el billete y me introdujo. En el salón, había varias mesas, y sobre una de ellas me hizo dejar mi paragua y sombrero, porque no se puede entrar a la habitación del papa llevando algo en las manos, y a un anciano que iba a entrar con guantes, se los quitó prontamente uno de los familiares.[2] Pasamos cinco o seis antesalas, de las que no observé, sino que sus paredes estaban vestidas de damasco encarnado, su bóveda adornada de mosaicos, y en algunas puertas había guardias nobles con la espada desenvainada.[3] Como todas las puertas están en una misma

Lugares de Jerusalén el P. Fr. José María Guzmán, americano, hijo del Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas en la República Mexicana. México: En la oficina de Luis Abadiano y Valdés, 1837. En la portada de ese libro se agrega "Segunda edición, mejorando la de Roma". *Vid. Jerusalén a la vista: Tres viajeros mexicanos en Tierra Santa. José María Guzmán, José López Portillo y Rojas, Luis Polanco.* Edición y prólogo de Vicente Quirarte. Toluca, Estado de México: Instituto Mexiquense de Cultura, 2003 (Ojos de papel volando), pp. 27-56. SLM.]

[2] El abate Hurard, mulato de la Martinica, uno de mis compañeros en el vapor Panamá, que venía de Roma, en donde había asistido a la función del centenario, me refirió esto. Un obispo francés, de los muchísimos que asistieron a dicha solemnidad, suplicó a monseñor Pacca (sobrino del célebre cardenal Pacca, secretario de Pío VII), jefe de la familia del Santo Padre, que le permitiera hablarle a Su Santidad con bastón. Monseñor se negó repetidas veces, diciendo que esto era contrario a la antigua etiqueta del Vaticano. Pero viendo la obstinación del obispo, entró a avisar a Pío IX, quien contestó: "Sí, sí, déjelo V. entrar como quiera". El obispo permaneció durante la audiencia con el bastón en la mano, y al despedirse lo puso en la mano del papa, quien al recibirlo dijo: "¡Ah! Esto pesa". El obispo le contestó que era un pequeño regalo, y Pío IX le dio las gracias. El bastón estaba relleno de napoleones.

[3] Los guardias nobles son diversos de los suizos. Éstos son de Suiza, su pintoresco uniforme se compone de franjas negras, amarillas y rojas, y sobre el fusil llevan una hacha. El uniforme de los guardias nobles consiste en una casaca azul, pantalón de paño fino, blanco o azul, espada colgada del cinturón, bota fuerte de charol, y el bello e histórico morrión de los antiguos soldados romanos, de brillante metal amarillo, con su barbote de lo mismo y penacho de crines de caballo.

dirección, este departamento tiene desde la primera una perspectiva muy hermosa. Llegamos a un salón en el que estaban cuatro familiares, algunos otros empleados y monseñor Pacca, que me recibió con su natural afabilidad y me dijo que me sentara. Los familiares vestían sotana morada y banda del mismo color, y monseñor Pacca, sotana, roquete y mantelete morado, como los canónigos de Guadalajara. Las paredes de la sala de audiencia están todas vestidas de damasco encarnado, a excepción como de la cuarta parte hacia arriba y la bóveda, que estaban adornadas de paisajes en mosaico. La alfombra era verde, en la cabecera estaba un dosel, sitial y sillón sobre una tarima de dos gradas, todo cubierto de terciopelo encarnado, y delante, dos chimeneas chinas. En los laterales estaban dos mesas de mármol y oro, sobre una de las que estaba un crucifijo, dos jarrones de mármol y dos candelabros, y sobre la otra, en lugar de crucifijo, estaba un gran reloj. Las sillas eran de madera y sin cojín en el asiento ni en el respaldar. Las ventanas tenían cortinas dobles de tafetán: la exterior blanca, y la interior verde. Ni en el Vaticano, ni en los templos, ni en los establecimientos de Roma, a excepción del teatro, recuerdo haber visto candiles. En los tres cuartos de hora que estuve en el salón, salieron sucesivamente, del estudio del papa, un obispo, un personaje de muchos bordados y medallas, un oficial de guardias nobles y el viejito de los guantes. En fin, el papa tocó la campanilla, salió el dicho viejito y entré. El Santo Padre estaba solo, en un pequeño gabinete, sentado en un sillón, junto a una mesa, y me

---

Algo sobre legislación. En los Estados pontificios está todavía vigente (según oí decir) el sistema de mayorazgos, de donde resulta que los primogénitos de las familias principales, como Alejandro Torlonia, el príncipe Doria Pamphili (de la familia de Inocencio X), el príncipe Andrés Corsini (de la familia de Clemente XII), el príncipe Marco Antonio Borghese (de la familia de Pablo V), son riquísimos (el príncipe Torlonia tiene 25 000 000 de pesos); mientras que los hijos segundos y ulteriores son pobrísimos. A éstos, los nombra el papa guardias nobles, para que, con su buen sueldo, vivan con decencia.

Según la legislación, un padre puede mejorar a un hijo en la mitad de su capital. Yo sostuve en un *wagón* del camino de Italia que nuestra legislación mexicana sobre herencias es mejor que la italiana. Sostuve también que la costumbre de no dar dote la mujer al marido es mejor que la costumbre de darla, recibida en casi toda Europa. Pasó entre algunos compañeros de viaje y yo este diálogo: “—Hay necesidad de que la mujer lleve algo al matrimonio, que sirva al marido de capital para trabajar y mantener a ella y a la familia. ¿Con qué mantiene en México el marido a la mujer? —Con su trabajo. —¡Diávolo! —En México se casa un rico con una pobre, o un pobre con una rica, o dos ricos, o dos pobres, porque los matrimonios no se hacen por especulación, sino por amor. —¿Y qué hace la mujer? —Trabajando en las cosas propias de su sexo, economizando y cuidando, hace casi tanto como el marido adquiriendo”. Varios dijeron que yo tenía razón. El amor sincero y desinteresado parece por allá una especie de simpleza.

dijeron que siempre que se le habla nadie está presente. Luego que hice la primera genuflexión, según me habían indicado, me dijo: "Ya, ya", y me alargaba la mano para que se la besara; a pesar de esto, yo hice pronto las otras dos genuflexiones, y como todavía me presentase la mano, yo le dije: "Santísimo Padre, el pie", sacó el pie y besé la cruz que tiene en el calzado. Todos los papas anteriores eran muy rígidos en la etiqueta pontifical, y daban la mano únicamente a los cardenales, la rodilla a los arzobispos y obispos, y el pie a los demás; pero Pío IX a todos da la mano. Me dijo: "—Colóquese V. aquí (frente a la mesa). ¿Es V. canónigo? —No, Santísimo Padre, ahora no tengo destino alguno y vivo en mi casa manteniéndome con mis propios bienes; antes fui nueve años catedrático de Derecho Civil en el Seminario de Guadalajara, y nueve, promotor en la curia eclesiástica. —Muy bien, muy bien. ¿Ha traído V. a Roma algún negocio de su Iglesia? —No, Santísimo Padre, he venido únicamente para visitar esta ciudad, y para tener la dicha de conocer a V.B. —Muy bien, muy bien. ¿Qué hace Juárez? —Santísimo Padre, corren diversas noticias. —¡Eh! De México no se pueden tener noticias exactas. ¡Como vienen por conducto de Norteamérica!" Le pedí una indulgencia para mí, mi señora madre, hermanos y parientes, y me dijo que sí, que la pidiera por escrito. En el billete de cita se prohíbe presentar al papa rosarios, cruces, estampas y cualquier otro objeto, para no molestarlo, pero todos llevan algo oculto. Yo saqué un retrato de S.S., de media vara, que llevaba bajo mi manteo, y le dije: "Suplico a V.B. que se digne escribir aquí algunas palabras, para conservar un recuerdo de este día tan memorable para mí". Lo tomó con su acostumbrada amabilidad y escribió *Dominus vos benedicat et regat* ("El Señor os bendiga y gobierne"), y su firma. Luego me dio su bendición, diciendo: "Hijo, Dios bendiga a V.", y tiró del cordel de la campanilla. Yo le volví a besar el pie y me salí. Cierta turbación, causada por la presencia de una persona tan respetable y por los grandes pensamientos que me ocupaban, hizo que no despegara mi vista de S.S., así es que no vi cosa alguna del gabinete, ni aun las que estaban sobre la mesa. El papa no usaba antiparras, tenía los labios y las mejillas rosadas, a pesar de sus 76 años, sotana blanca, de lana fina, banda blanca, de seda, solideo, lo mismo, y zapatos bajos encarnados, de lana. Su voz es delgada, como la de los italianos, y habla muy bien el español, no con el acento de los españoles, sino con el nuestro, americano,

pues es sabido que vivió en el Chile. De su bondad y dulzura en el trato, nada tengo que decir a V., porque es bien notoria. La palabra hijo es muy dulce en los labios de Pío IX, y hace en los oídos un eco perpetuo. Salí del Vaticano lleno de gozo, y dando gracias a Dios por el grande beneficio que me acababa de conceder, me fui a mi casa a apuntar los pormenores de esta visita. El día 13 de marzo de 1867 ha sido uno de los más bellos de mi vida. Al día siguiente, pedí por escrito la indulgencia plenaria para la hora de la muerte para mí, mi señora madre, hermanos y parientes hasta el tercer grado, y se me concedió gratis.

GALERÍA BORGHESE

Marzo 14. Consta de doce salas, y los cuadros que me agradaron más fueron los siguientes: *Sta. Águeda ofreciendo a Dios en una copa sus pechos. Sacra familia, Bodas de Canaán* y *Resurrección de Lázaro,* del Garófalo. *Retrato de César Borgia* (s*tupendo lavoro*), y *Deposición* (*cuadro classico superiore ad ogni elogio*), de Rafael. *Fornarina* (*opera bellisima*) y *Venus en el baño* (*pregiata pitura*), de Julio Romano. *Sacra familia* y *Magdalena,* de Andrés del Sarto.[4] *Deposición,* de Aníbal Carracci. *Dante,* del Correggio. *Sibila de Cumas* y *Caza de Diana,* del Dominiquino. *Piedad,* de Agustín Caracci. *Hijo pródigo,* del Guercino. *San J. Bautista* y *S. Antonio predicando a los peces,* del Veronés. *Deposición,* de Van-Dick. *Hijas de Lot,* de Gerardo de la Notti: se ve la astucia pintada en el semblante de las muchachas, y la embriaguez en el de Lot, y la luz de la lámpara que ilumina la gruta y el grupo es muy natural.

[4] Llamado así porque era hijo de un sastre.

Carta VI

Columna de la Inmaculada Concepción. Visita de altares. Panteón de Agripa. Escalera Regia. Capilla Sixtina. Museo Pío-Clementino



Columna de la Inmaculada Concepción

Marzo 15. Está en medio de la plaza de España y tiene 32 palmos. Sobre una base octágona, se elevan cuatro pedestales, y sobre ellos, las estatuas colosales de mármol de Moisés, David, Isaías y Ezequiel. El fuste es de mármol caristio, fue descubierto en el Campo de Marte en 1778, y yacía en el Palacio de Monte Citorio. Remata en la estatua colosal de bronce de la Purísima sobre un globo sostenido por los cuatro evangelistas, de lo mismo. Inscripciones: al frente,

AVE GRATIA PLENA
DOMINUS TECUM
BENEDICTA TU IN MULIERIBUS.[1]

Detrás, dice que Pío IX erigió la columna el 8 de diciembre de 1857. En el pedestal de Moisés: *Inimicitias ponam Inter te et mulierem*: "Pondré enemistades entre ti y la mujer". En el de David: *Santificavit tabernaculum suum altissimus:* "El Altísimo santificó su tabernáculo". En el de Isaías: *Ecce virgo concipiet:* "He aquí que una virgen concebirá". En el de Ezequiel: *Haec porta clausa erit:* "Esta puerta estará cerrada".[2]

[1] "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres".
[2] Quizá por no levantar una estatua a Salomón, no se puso el *Tota pulchra.*

VISITA DE ALTARES

En el mismo día, asistí a la visita de altares que hace el papa en S. Pedro todos los viernes de cuaresma. La nave de en medio estaba llena de hombres de todas las naciones, y los suizos formaban la valla. Minutos después de las doce, comenzó a entrar la comitiva; la abrían los guardias nobles (que jamás se quitan dentro del templo sus altos morriones), seguían los canónigos de S. Pedro, con sus sotanas y manteletes morados de seda y sobrevestes de blanco armiño, luego los obispos y arzobispos, prelados domésticos de S.S., luego muchos empleados del Vaticano con diversos trajes, luego los familiares, luego el papa y después los cardenales, con sus sotanas, manteletes y solideos de raso color de escarlata, de los que, el objeto de las miradas y preguntas era Antonelli.[3]

Luego que el Santo Padre apareció en la puerta de la basílica, uno que estaba junto de mí dijo a otros con un acento de gozo: *¡Eccolo!:* "¡Helo ahí!" Al ver al papa Pío, se experimenta alegría y confianza. Oí decir que Gregorio XVI, en medio de la vida activísima del pontífice, conservó el método de vida y la austeridad del monje camaldulense; que no salía de su palacio, sino a las asistencias más precisas, y que siempre se presentaba en ellas con los ojos casi cerrados y profundo recogimiento. Pío IX es muy alto, muy grueso, obeso (su único defecto), esbelto, de andar garboso y desembarazado, siempre está risueño, y ve a una y otra parte con naturalidad y curiosidad. Oró un rato en la Capilla del Sacramento, otro delante del cuerpo de los SS. Apóstoles y otro en la Capilla Gregoriana, delante de una imagen antiquísima de la Santísima Virgen. Al pasar ante la imagen de S. Pedro, se quitó el solideo, besó el pie y colocó la frente sobre él, según la práctica de los romanos. Luego volvió al Vaticano.

PANTEÓN DE AGRIPA

Marzo 16 (y abril 5). En estos días, visité este panteón. Es el monumento más notable que queda de la antigua arquitectura romana, erigido

[3] Giacomo Antonelli es de cuerpo alto, color moreno, ojos negros, grandes y muy vivos, cabello negro y naturalmente rizado, ancha frente, boca bastante grande, sonrisa continua, manos y pies pequeños, trato muy amable, modales muy elegantes, y edad como de cincuenta y tantos años.

por el cónsul Marco Vipsanio Agripa, primer ministro de Augusto y esposo de su hija Julia, en honor de su suegro, después de la batalla de Actium,[4] y no habiendo querido éste que se le dedicara, lo dedicó a Júpiter Vengador, el año de 26 antes de nuestra era. Cuenta, pues, diecinueve siglos. Muy pronto fue dedicado a todos los dioses, y desde entonces se llamó *pantheon*, palabra griega compuesta de las palabras *pan*, que significa "todo",[5] y *theos*, que significa "dios". Estuvo cerrado desde Constantino hasta Bonifacio IV (siglo VII, principios), quien lo abrió, condujo allí veintiocho carros de restos de mártires, que sacó de las catacumbas, y lo dedicó a Sta. María y a los mártires. Gregorio IV lo dedicó a todos los santos y mandó se celebrase su fiesta el 1.º de noviembre. Los bárbaros despojaron este templo de muchas de sus estatuas y adornos de mármol y de bronce. Otros muchos se llevó Constante II para embellecer a Constantinopla, pero en Siracusa fue vencido y muerto por los sarracenos, quienes se llevaron los monumentos a Alejandría. Con los restos de los adornos del panteón, hizo Urbano VIII el actual baldoquín para la Confesión de S. Pedro. El pórtico se compone de dieciséis muy altas y gruesas columnas de granito oriental, con capiteles y bases de mármol blanco. En la antigüedad, tenía una vista más majestuosa, porque se levantaba sobre siete gradas, de las que cinco están hoy soterradas. Dicho pórtico estaba coronado de una cuadriga de bronce y estatuas de lo mismo. Las puertas eran también de bronce. Este templo es circular y su elevada cúpula no tiene linternilla, sino una abertura de 12 varas de diámetro, de manera que, cuando llueve, el agua es recibida en un sumidero y los asistentes a la misa están con los paraguas abiertos, como yo los vi. Los gentiles tuvieron en esto un pensamiento muy elevado, y fue que su templo no tuviese más bóveda que la del cielo, para que desde éste los dioses presenciaran sus sacrificios. Las columnas y demás ornamentación interior son de mármoles raros, y el cornisón de la cúpula es de pórfido. Sobre las edículas, hay un orden de palcos, al derredor del templo, desde los que, los emperadores, la familia real, el Senado, los cónsules y los demás de la nobleza romana asistían a los sacrificios. Cuando en las sinagogas he visto a algunos ancianos cantando en idioma hebreo las lamentaciones de Jeremías o

[4] El panteón es por esto un monumento del término de la República romana y del principio del Imperio.

[5] Como Pandectas, Panacea, Panorama, etcétera.

los salmos de David, cuando he contemplado el Panteón de Agripa, he dicho: "¡Ah! ¡Cuán grande es, aun después de diecinueve siglos de proscripción, el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! ¡Cuán grandes eran los dioses inmortales de los romanos! ¡Cuán grande es la adoración de la Divinidad, aunque sea bajo falsas creencias!"

Aquí está el sepulcro de Rafael. Éste es el más notable de los de muchos hombres célebres, que eligieron dormir bajo la cúpula del panteón. Fue sepultado bajo el altar de la Virgen del Saso, y en el muro del templo se puso este conocido epitafio, compuesto por el cardenal Bembo:

ILLE HIC EST RAPAHEL, TIMUIT QUO SOSPITE VINCI
RERUM MAGNA PARENS, ET MORIENTE, MORI;

que D. Juan de Iriarte tradujo:

Éste es el gran Rafael,
Por cuyo diestro pincel
Naturaleza temía
Ser vencida, si vivía,
O morir, muriendo él.

El sepulcro de Rafael estuvo perdido por algunos siglos, hasta que fue descubierto el día 14 de septiembre de 1833, como lo manifiesta la inscripción, cuyo final copié:

FRUSTRA, HAC. ILLAC SOLO TENTATO PERQUISSITA,
TANDEM XVIII KAL. OCTOBR. ANN. M. DCCCXXXIII
SE VIDENDA DEDERUNT.

Junto al sepulcro de Rafael, quisieron descansar también muchos artistas, de los que los más célebres son Aníbal Carracci y Tadeo Zuccari, cuya inscripción expresa que murió de la misma edad que Rafael, es decir, de 37 años. Otro de los sepulcros notables del panteón es el del cardenal Hércules Consalvi, secretario de Pío VII; obra de Thorwaldsen.

Escalera Regia

Es la primera del Vaticano (palabra derivada de los vaticinios paganos que se celebraban allí). Está adornada de una serie de elegantes columnas, que le dan una hermosa perspectiva, y es de las obras maestras (*capo lavoro*) del Bernini. Tiene dos brazos: por uno se baja a la columna de la plaza, y por otro al pórtico de la basílica, por donde baja el papa cuando tiene que ir a ella, sin necesidad de salir a la calle. Se llama Regia porque conduce a la Sala Regia.

Capilla Sixtina

Marzo 17. Domingo de cuaresma. Asistí a la misa en esta capilla, que es un gran templo, y se llama así porque fue construida por orden de Sixto IV. Fue pintada al fresco por Miguel Angelo, enteramente solo y a puerta cerrada. En las paredes laterales y en la de los pies, están representados pasajes del *Evangelio,* y fueron pintadas en veintidós meses, en el pontificado de Julio II. La pared de fondo está ocupada toda por el famoso *Juicio Final,* una de las cuatro primeras pinturas del mundo,[6] y fue pintada en tres años, en el pontificado de Pablo III. En las bóvedas están representados la Creación de Adán y Eva, la Tentación y muchísimos hechos del Antiguo Testamento, y fueron pintados en otros tres años, en el mismo pontificado. El gran pintor Daniel de Volterra, por orden de Pío IV, cubrió las partes pudendas de las figuras del *Juicio Final* y de las paredes, haciendo en esto una justicia al pudor y a la verdadera belleza artística; mas los demás pintores le dieron el sobrenombre de Braghettone: "Braguetón". La Capilla Sixtina está dividida en cuatro partes: el presbiterio, el lugar de los cardenales, el del cuerpo diplomático y el del pueblo. El altar mayor consiste únicamente en la mesa, un gran crucifijo, las velas y el referido *Juicio Final.* En el presbiterio, al lado del *Evangelio,* está el trono del papa (que en esta vez no asistió), sobre muchísimas gradas vestidas de damasco escarlata.

[6] *Transfiguración, Juicio Final, Martirio de S. Pedro de Verona* y *Comunión de S. Jerónimo* (Crítico, autor de un artículo en *El Correo de Ultramar*). *El Juicio Final* es materia de un libro, que vi en Roma, en el que se le considera en el orden histórico, pues casi todas sus figuras son retratos de personajes notables de la época, y en el artístico.

Los cardenales ocupan dos bancas larguísimas, situadas a lo largo de las paredes laterales, a la altura como de vara y media, y cubiertas con una tela de lana blanca, bordada con seda de colores. Cada cardenal tiene a sus pies un familiar, sentado en una grada. Entre el lugar de los cardenales y el del cuerpo diplomático hay un espacio como de dos varas, ocupado por cuatro guardias suizos, al que es permitido entrar, y dos poyos contiguos a la pared, sobre uno de los que, estábamos algunos en pie, lo que nos proporcionaba sentarnos en algunos ratos; pero para lograr este lugar, tenía yo que ir a la puerta de la capilla más de una hora antes de la ceremonia y estar allí en pie.[7] Sobre las bancas para el pueblo, está la Tribuna de los Soberanos. Estaban allí Francisco II, ex rey de Nápoles, el rey, la reina, el príncipe y la princesa de Baviera y otros personajes que no me supieron decir. En la pared del lado de la *Epístola,* está la tribuna de la capilla música, de una reputación europea.

Observé que los cardenales se signan y santiguan como los españoles y mexicanos, a diferencia de los demás europeos, que sólo se santiguan. Los ciriales son dos candelabros. El *Misal* no se coloca sobre atriles, sino sobre cojines. Ofició la misa un obispo, no con dos presbíteros asistentes, sino con uno. Para la *Epístola*, usaron de atril, y al *Evangelio*, el subdiácono tuvo el libro en las manos. Predicó medianamente un capuchino, en latín. Al Sermón y al *Credo*, el obispo se sentó en una silla etrusca[8] de metal amarillo, dando la cara al pueblo, y el presbítero asistente, el diácono y el subdiácono, con sus respectivas vestiduras, se sentaron en la tarima del altar, que es tan baja como las nuestras, dando la cara al pueblo y la espalda al altar. El subdiácono, antes de colocar el cáliz sobre el altar para el *Ofertorio*, hizo con él una reverencia a los cardenales de un lado y otro. Los cardenales se quitaron el solideo al *Evangelio,* desde el *Sanctus* hasta la Comunión y a la Bendición, y estuvieron hincados y postrados sobre la banca desde el *Te igitur* hasta después de la elevación del cáliz. El *Credo,* el *Sanctus* y el *Domine non sum dignus,* los rezaron en voz alta (lo cual es cosa sublime) y de par en par, volviéndose e inclinándose el uno hacia el otro. Los cardenales salieron entre todos los concurrentes hasta el pie

[7] El cuerpo compuesto de ministros diplomáticos de casi todas las naciones de Europa, con trajes muy ricos y diversos, es muy digno de verse.

[8] En mi *Compendio de la historia romana*, la he descrito.

de la escalera de la columnata, en donde los vi montar por su orden en su coche. Dentro, iban dos familiares, el uno vestido de morado, y el otro de negro, y fuera, un cochero y tres pajes, vestidos lujosamente, del color y con las libreas que pedía el título de su amo. Según las leyes suntuarias de Roma, sólo el papa y los cardenales pueden usar coche encarnado con corona dorada.

Museo Pío-Clementino

Marzo 18. Se llama así porque lo formaron Clemente XIII, Clemente XIV y Pío VI. Está en el departamento del Vaticano llamado de Belvedere, que significa bellavista, porque tiene un balcón desde el que se ve toda Roma. En este balcón, vi un *gnomon* antiquísimo de mármol, en el que están señalados los puntos cardinales y los vientos con caracteres griegos. El museo se divide en diez piezas, a saber: el Vestíbulo Cuadrado, el Vestíbulo Rotondo, la Cámara de Meleagro, el Pórtico del Patio, la Sala de los Animales, la Galería de las Estatuas, la Sala de los Bustos, la Sala de las Musas, la Sala Rotonda y la Sala de Cruz Griega. Objetos que me llamaron más la atención: tinas balnearias, de las que las más son de basalto negro. Famoso *Mercurio de Belvedere,* conocido también con el nombre de *Antinoo*. *Laocoonte de Belvedere,* descubierto en las ruinas del Palacio de Tito. Plinio dice que estaba en este palacio, que lo hicieron tres escultores de Rodas y que es de una sola pieza; pero Miguel Angelo dice que es de tres, y Winckelmann[9] opina que es obra de Lisipo. Le faltaba el brazo derecho, y el Buonarroti o uno de sus discípulos lo hizo de yeso. Canova cree que está mal colocado, y que el antiguo parece que estaba sobre la cabeza, según lo dan a conocer algunas señales en los cabellos. *Apolo de Belvedere,* del que, dice Nibby: "El celebrado Apolo de sobrehumana belleza. Esta estatua es tenida, con toda razón, como una de las obras más sublimes de la antigua escultura, porque en ella fulguran, a un tiempo, noble movimiento, belleza ideal en toda su sublimidad y majestuoso aspecto de divinidad desdeñosa".[10] Esta estatua, obra maestra de escultura griega,

[9] [Johann Joachim Winckelmann (1717-1768), historiador del arte. SLM.]
[10] [Antonio Nibby (1792-1839), autor de *Itinerario di Roma* (1819). SLM.]

fue encontrada en las ruinas de la antigua Ancio (no lejos de Ostia), a fines del siglo XV. Julio II, antes de ser electo papa, la adquirió, y apenas sentado en el trono pontificio, quiso que fuese colocada en el lugar donde hoy se admira. Ella está casi íntegra, porque no tiene de nuevo más que el antebrazo derecho, la mano izquierda y una pequeñísima parte del pie izquierdo. Estas restauraciones fueron ejecutadas a la perfección, y se deben a la escuela de Miguel Angelo. *Trozo de Belvedere* (de Hércules),[11] obra griega, en la que estudió Miguel Angelo, y que, ya casi ciego por la decrepitud, se complacía en tocar. *Júpiter de Verospi. Busto de Nerón,* coronado de laurel, bajo la forma de Apolo Citaredo. Busto de un flamen con su tiara. Ésta era un solideo completo, con su mota o perilla, sin más diferencia que los cordones, que bajaban de un lado y otro de cada oreja y se anudaban bajo la barba. Éste parece haber sido el origen del solideo. Cabeza colosal de un rey prisionero, cubierta con el gorro, en señal de esclavitud. *Venus,* que acaba de salir del baño. Las nueve musas en la sala de este nombre. *Júpiter de Otricoli. Hércules Cómodo.* Cabeza colosal de Adriano, que antes coronaba su mausoleo. Taza de pórfido, de una sola pieza, de 65 palmos de circunferencia, hallada en las termas de Diocleciano. Estupendas urnas de pórfido rojo, en que antes descansaban los cuerpos de Sta. Elena y Sta. Constancia. *Rapto de Ganimedes,* grupo que comprende tres figuras: el águila, Ganimedes llevado en el aire, y el perro, que ladra abajo. Un preciosísimo carro de marfil (que fue de alguna divinidad y que da idea de los carros de los griegos y de los romanos), con dos caballos de lo mismo, cuyos frenos de bronce, con todas sus piezas, inclusas las riendas, me parecieron iguales a los nuestros. En fin, *Juno Lanuvina,* cubierta con la piel de la cabra Amaltea.

[11] Encontrado en las termas de Caracalla.

Carta VII

Cámaras de Rafael. S. Carlos *a Catinari.* Viático en Roma. El Capitolio. Roca Tarpeya. Iglesia y Academia de S. Lucas



Cámaras de Rafael

Son cuatro, y contienen, según los inteligentes, los más bellos frescos del mundo. Pedro Perugino, maestro del Sandio, y otros renombrados pintores habían pintado dos de estas salas, por orden de Julio II, cuando este papa llamó de Florencia al supremo Rafael, por consejo de Bramante Lazzari, tío de él, y le encargó que pintase en la sala 3.ª *La disputa del Sacramento.* La pintó, y el pontífice quedó tan admirado, que mandó traer todas las pinturas de las demás salas y que fuesen pintadas únicamente por Rafael, que tenía apenas a la sazón 25 años. Al mismo tiempo, Miguel Angelo pintaba la Capilla Sixtina.

La cámara 1.ª es la llamada del Incendio del Barrio, porque la pintura principal es la del *Incendio del barrio del Espíritu Santo,* acaecido en tiempo de S. León IV, en la que Rafael representó el incendio de Troya. Uno de los grupos más interesantes es el de Eneas llevando en la espalda a Anquises, y de la mano a Julo; Creusa va detrás. Otro de los frescos de esta sala que me llamaron más la atención (pues sería muy largo referirlos todos), fue *La coronación de Carlomagno por S. León III en la basílica de S. Pedro, el último año del siglo octavo.*

La 2.ª es la Cámara de la Escuela de Atenas, llamada así porque su fresco principal representa las escuelas griegas reunidas. Éste comprende cincuenta y dos figuras humanas, del tamaño natural; diré a V. las principales. En medio, están, de pie, Platón y Aristóteles, a la entrada de un largo ambulatorio levantado sobre una gradería. El primero está al lado derecho, con el índice dirigido al cielo, y tiene a su lado a Espeusipo,

Jenócrates y demás discípulos, y el segundo está a la izquierda, con el índice inclinado hacia la tierra, y tiene a su lado a Teofrasto y demás discípulos. A la derecha, Sócrates enseña a Alcibíades, representado éste bajo la forma de un hermoso joven, armado a la griega. Detrás de Sócrates está Antístenes, el padre de los cínicos, con su larga y sucia barba. En el mismo lado derecho, abajo, está Pitágoras, rodeado de sus discípulos, uno de los que, tiene en la mano una tabla, en que están escritas las notas de la música. Del lado izquierdo, están Zoroastro, con un globo en la mano, rodeado de sus discípulos, y Arquímedes, inclinado sobre la tierra, tirando líneas con un compás y rodeado de los suyos.[1] Diógenes está echado en las gradas, con su taza. Arquímedes es el retrato de Bramante, un discípulo de Zoroastro es el del Perugino, otro de los mismos es el de Rafael, con su gorro de terciopelo negro y un semblante que respira dulzura, y casi todas las figuras de este cuadro son históricas y verdaderos retratos de los personajes principales de la época. El segundo fresco de esta cámara es el mencionado de *La disputa del Sacramento.* En medio, está un altar, en cuya ara está el Smo. Sacramento en un ostensorio. Arriba, se abre una hermosa Gloria, en medio de la que se ve la Augustísima Trinidad (el Espíritu Santo está sobre los cuatro *Evangelios,* abiertos), a sus lados, están María Sma. y S. Juan Bautista, y más abajo, un coro de bienaventurados, sentados en las nubes, a saber: S. Pedro, S. Pablo, Abraham, Moisés, David, Sto. Tomás de Aquino, etc. Al derredor del altar, están los padres y doctores de la Iglesia, en controversia con los disidentes; S. Gerónimo, ensimismado con la lectura de las *Escrituras;* S. Ambrosio y S. Gregorio, en éxtasis; S. Agustín, diciéndole a su genio que escriba; S. Juan Crisóstomo y S. Cipriano, predicando; Inocencio III, Urbano IV (que estableció la fiesta del *Corpus*), S. Buenaventura, etc. Sto. Tomás está en las nubes, porque habló mejor que ningún doctor sobre la Eucaristía. El tercer fresco es el *Monte Parnaso.* Al pie de un grupo de olivos, que recuerda la bella y sagrada Fócida, se ve a Apolo coronado de laurel, tocando un violín, en lugar de lira, y rodeado de las nueve musas. Allí está Clío, con su trompa épica; Calíope, acompañando a Clío; Talía, con su máscara; Terpsícore, con su lira; Urania, mirando al cielo, etc. Al derredor de las musas, está el coro de los poetas.

[1] Es claro que Zoroastro y Arquímedes no fueron filósofos griegos; pero el primero fue maestro, y el segundo, discípulo de ellos.

El primer grupo es el de Homero, Virgilio, Horacio y Ovidio; el segundo es el de Safo, el Dante, el Petrarca, el Ariosto y el Tasso; y el tercero es [el] de Corina, Ennio, Propercio, Boccaccio, Sannazzaro y otros. Otro fresco es *La Jurisprudencia*, simbolizada por las tres virtudes que acompañan a la Justicia: la Prudencia, mirándose en un espejo, la Fortaleza, teniendo bajo su brazo izquierdo un león y empuñando en la derecha una rama de pino, y la Templanza, con su freno. A los lados de la Jurisprudencia, están Justiniano, recibiendo de Triboniano el *Digesto*, y Gregorio IX, recibiendo de S. Raymundo de Peñafort las *Decretale*s.

Cámara de Eliodoro. Se llama así porque el fresco principal representa el conocido suceso de Eliodoro en el templo de Jerusalem. Por un anacronismo, común en los pintores de la época, el Sanzio introduce en la composición a su insigne protector Julio II, llevado en la silla gestatoria. El segundo fresco, que los inteligentes llaman estupendo, representa a S. León el Grande saliendo al encuentro de Atila. La figura del papa es retrato de León X, que ordenó esta composición. Otro fresco representa a S. Pedro saliendo de la cárcel de Jerusalem, en el que se admira la combinación de cuatro luces: la del ángel hacia el fondo de la cárcel, la del mismo hacia fuera, la de la luna y la del hacha de un soldado, que refleja sobre su armadura y sobre la de otro soldado.

Cámara de Constantino. Rafael comenzó a pintar esta sala, pintó *La Justicia* y *La Clemencia,* y murió. Julio Romano, por orden de Clemente VII, ejecutó los dos frescos principales, relativos a la historia de Constantino: *La victoria sobre Majencio*, quien se ve sumiéndose en el Tíber, y *La aparición de la Cruz*. Del mismo Julio, son las demás *Virtudes* de esta cámara: *La Fe* tiene un cáliz, *La Caridad,* dos niños, *La Prudencia,* serpiente y espejo, *La Fortaleza,* corona de pino, y está cubierta con una piel de león, *La Templanza,* freno, *La Inocencia,* paloma, *La Mansedumbre,* cordero, *La Paz,* un ramo de oliva, *La Eternidad,* un fénix, y *La Verdad* está enteramente desnuda.

VIÁTICO EN ROMA

Marzo 19. Visité en este día la iglesia de S. Carlos *a Catinari.* Lo más notable son *Las cuatro virtudes cardinales,* pintadas en las pechinas de la cúpula por el Dominiquino.

Estando en S. Carlos, salió un viático, y como yo deseaba saber las costumbres, especialmente en la administración de los sacramentos, lo acompañé. Era entre las doce y la una. En todos los templos, incluso el de S. Pedro, he visto usar para conducir al Santísimo Sacramento, de un pequeño palio blanco, a modo de paragua, de muy larga asta. Iban por las calles, a pie, el sacerdote que llevaba el viático y otros diez,[2] con sobrepelliz, y todos rezaban en voz que parecía grito. Otro sacerdote iba por delante, sonando la campanilla, y todos los transeúntes se hincaban. El viático fue llevado a un pobre cuartillo de un tercer piso, en cuya puerta me quedé. La ceremonia en el interior del cuarto fue igual a la nuestra, sin más diferencia, que no hubo profesión de fe. Después pregunté, y me dijeron que el moribundo la hacía privadamente ante el confesor. Vueltos los sacerdotes a la iglesia de la misma manera, y colocado el copón sobre el ara, el sacerdote rezó el *Tamtum ergo*, que respondieron todos, aun una mujer pobre que estaba junto a mí, y no sólo en esta vez, sino en varias, observé que los romanos, aun los del pueblo bajo, saben mucho de latín. Después de la bendición, el sacerdote volvió a poner el copón sobre el ara, dijo a todos que hiciesen intención de ganar la indulgencia, se hincó, oró en silencio como un minuto, rezó unas preces en italiano, colocó el copón en el sagrario, dejando la puerta abierta, se volvió a hincar en la grada, dijo en italiano: "Sea alabado y dense gracias en todo momento", todos respondieron: "Al Santísimo Sacramento", y cerró la puerta. En diversas ocasiones, observé que los romanos, en sus actos religiosos, rezan mucho.

[2] Es bien sabida la muchedumbre de sacerdotes, seculares y regulares de todas las órdenes, que hay en Roma. El primer día que salí de casa me propuse contar los que encontrase en la calle: en la 1.ª calle encontré dos, en la 2.ª cinco, en la 3.ª tres, y esto me bastó.

PLAZA DEL CAPITOLIO

Marzo 20. Al escuchar el nombre del Capitolio, se experimenta en el alma la idea de lo sublime, se agolpa a la memoria la historia romana entera, y el corazón se levanta con los más grandes sentimientos. El Capitolio está hoy enteramente cambiado en sus calles y edificios. Antiguamente, tenía tres rampas llamadas *Clivus Sacer, Clivus Capitolinus* y *Centum Gradus.* Por la primera subían los triunfadores, pasando bajo el Arco de Septimio, al templo de Júpiter Capitolino, llamado también Óptimo Máximo, que estaba donde hoy está *Ara coeli,* y junto a él estaba el [templo] pequeño de Júpiter Feretrio, edificado por Rómulo.[3] La estatua de Júpiter Capitolino era de oro macizo, y tenía en la mano derecha el rayo, y en la izquierda un cetro. Por la segunda, se subía por detrás del templo de la Fortuna al pórtico del Tabulario, que estaba donde hoy está la Torre de Bonifacio IX. La tercera subida se llamaba *Centum gradus,* porque se subía por cien gradas al *Arx* (fortaleza), situado donde hoy está el Palacio de los Conservadores.

En el día, el Capitolio tiene su principal y majestuosa subida en la parte posterior a la antigua, es decir, hacia la Roma moderna. Al pie de sus dos balaustradas, están otros tantos leones echados, de granito negro, del orden egipcio, que arrojan agua por la boca, descubiertos cerca de la iglesia de S. Esteban. Contiguo a la escalinata, está un pequeño jardín de puros árboles y plantas de América: palmas de dátiles, nopales, magueyes, órganos, pitahayos, perules, etc., regados por una fuente. Roma, que en todo manifiesta su buen gusto, ha honrado a nuestra América, colocándola en el mismo Capitolio. Largos ratos pasaba yo recargado sobre la balaustrada, contemplando aquel bello sitio y haciendo recuerdos de México, que es tenido generalmente en Europa como el paraíso del universo. En el remate de la escalinata, hacia arriba, están las estatuas colosales de Cástor y Pólux, teniendo cada uno, del freno, un caballo, también colosal, obra toda griega, de mármol

[3] Era de tres pequeñas naves, en el fondo de las que había otras tantas edículas (capillas): en la primera estaba la estatua de Júpiter, en la segunda la de Juno, y en la tercera la de Minerva. La cubierta exterior del templo era de tejas de bronce dorado. En dicho templo estaban colgadas las banderas y trofeos arrancados a todas las naciones. Fue destruido durante las guerras entre Mario y Sila y reedificado por éste. Fue incendiado en tiempo de Vitelio, reedificado con esplendor por Vespasiano y Domiciano, y arruinado definitivamente por Genserico y demás bárbaros.

pentélico, descubierta junto a las sinagogas. Sigue la balaustrada en la cumbre del Capitolio, y sobre ella están, de un lado y otro, dos monumentos, llamados los Trofeos de Mario, después las estatuas de Constantino Augusto y Constantino César, y en las extremidades, dos columnas miliarias, descubiertas en la Vía Apia. Por la escalinata, se sube a la plaza del Capitolio, que forma un cuadro perfecto, y en cuyo centro se levanta la estatua de Marco Aurelio. Ésta es la única ecuestre, grande, de bronce, de las muchas que adornaban a Roma en la antigüedad. Miguel Angelo, que la elogiaba mucho, la trasladó aquí por orden de Pablo III.[4] La plaza referida está formada por tres edificios: el Tabulario, frente a la escalinata, el Museo, al lado derecho, y el Palacio de los Conservadores, al izquierdo, construidos estos dos, elegantemente, por el mismo artista y por orden del mismo papa. El Tabulario fue construido por Quinto Lutacio Catulo, sucesor de Sila en la dictadura, y era el archivo de las leyes, los tratados con las naciones, los libros sibilinos y todos los documentos públicos. Todo pereció en el incendio y devastación referidos. En el exterior de este edificio, está una fuente adornada con tres estatuas; la de en medio es sedente, de pórfido, y representa a Minerva, y las de los lados son yacentes, de mármol, y representan al Tíber con un remo, y al Nilo con el cuerno de la abundancia y rodeado de muchos niños pequeños, símbolo de su fecundidad.

En la torre del Tabulario, hay un observatorio astronómico, que no tuve tiempo de visitar. Allí está la famosa campana Patarina, quitada en la Edad Media a los de Viterbo, según la costumbre de esa época, en la que, las campanas y las puertas de una ciudad vencida eran trofeos del vencedor. Esta campana se toca únicamente para anunciar dos acontecimientos bien diversos: la muerte del papa y el principio del carnaval.

Del Museo Capitolino y del Palacio de los Conservadores, tendré el gusto de hablar a V. en los lugares correspondientes al día en que los visité.

[4] Dicen que Pedro de Cortona, siempre que pasaba delante del caballo, le decía: "¡Anda, pues! ¿No tienes vida?"

ROCA TARPEYA

"Del Capitolio a la roca Tarpeya no hay más que un paso", dijo un orador romano, aludiendo a la instabilidad de las cosas humanas, y estas célebres palabras han sido repetidas muchas veces en la tribuna moderna. En efecto, el monte Capitolino es de poca extensión, y el lugar donde eran coronados los generales y los emperadores (que era el pórtico del templo de Júpiter Capitolino) dista pocos pasos de la roca Tarpeya, desde donde eran precipitados. El *Arx* estaba edificado sobre una cresta de rocas casi perpendicular, de 37 varas de elevación sobre el Tíber, pero una parte de dicha cresta no tenía edificio encima, sino que era como un balcón, y éste era el lugar de las ejecuciones. Hoy, los escombros han hecho subir el terreno, sobre él están algunas casas, y la roca Tarpeya tiene 20 varas de elevación sobre el pavimento de la calle. Tomó este nombre de Tarpeya, hija del jefe del *Arx* o ciudadela, que fue sepultada en este lugar en tiempo de Rómulo.

IGLESIA Y ACADEMIA DE S. LUCAS

En el mismo día visité estos dos monumentos, que están también en el monte Capitolino.

Iglesia. Fue una de las muchas edificadas por Constantino. En la Confesión, se halla el cuerpo de S. Gaudencio, que, siendo pagano, formó el diseño del Coliseo y lo levantó, por encargo de Vespasiano, y convertido después al cristianismo, fue martirizado en el mismo Coliseo, por el mismo emperador. Su precioso epitafio, que copié, dice:

ASÍ. PAGAS. CRUEL. VESPASIANO.
GAUDENCIO. TÚ. HAS. SIDO. PREMIADO. CON. LA. MUERTE.
ALÉGRATE. ROMA!
EN. DONDE. ÉSTE. HIZO. PROMESAS.
AL. AUTOR. DE. TU. GLORIA.
CRISTO. LAS. CUMPLE. TODAS.
ÉL. QUE.
TIENE. PREPARADO. OTRO. TEATRO. EN. EL. CIELO.

Academia. Fue fundada por Sixto V. Los cuadros que me llamaron más la atención fueron *S. Lucas, retratando a la Santísima Virgen* y *Niño* (fresco), de Rafael; *Retrato* de sí mismo, de Tiziano; *Susana,* de Pablo Veronés; la famosa *Fortuna* de Guido Reni; *Tres Gracias,* de Rubens; *Amor,* de Guercino; *S. Gerónimo,* de Salvator Rosa; *Retrato de Isabel de Inglaterra,* de Van-Dick; *S. Gerónimo disputando con los rabinos,* del Españoleto (José Ribera);[5] *Tempestad en el mar,* del holandés Molyn, llamado por sobrenombre el Tempesta, por su habilidad en las marinas; *Sibila frigia*, de Gerardo de la Notti,[6] y, en fin, *Marina*, de Carlos Vernet.

[5] Hay dos apellidos españoles diversos: Ribera, que se escribe con *b*, porque viene de *ripa*, y Rivera, que según el *Diccionario* significa arroyo y se escribe con *v*, porque viene de *rivus*.

[6] [En el original dice Guillermo de la Notti. SLM.]

Carta VIII

Iglesia del *Popolo*. Obrador de mosaico. Las sinagogas. S. Lorenzo Extramuros. El Quirinal. Castillo de Sant'Angelo



Iglesia del *Popolo*

Marzo 21. Este templo está enlazado con las leyendas de la Edad Media. No sólo aterrorizó Nerón al mundo estando vivo, sino que aún muchos siglos después de muerto su memoria ha espantado a los hombres. Según refiere Suetonio, en este lugar, es decir, al pie del monte Pincio, llamado en la antigüedad el Collado de los Huertos (*Collis hortorum*), fue sepultado el cadáver de Nerón. A fines del siglo XI, habiéndose suscitado alborotos en este barrio de Roma, hablando la gente de fantasmas y apariciones nocturnas en el sepulcro de Nerón, Pascual II, para calmarlos, edificó en este mismo lugar una iglesia a la Santísima Virgen, y colocó en ella la imagen de la misma que se venera hasta hoy, y es una de las antiquísimas atribuidas a S. Lucas.[1] Después, el pueblo reedificó este templo a sus expensas, y de aquí vino a la iglesia y a la imagen el nombre del *Popolo*. Es una de las más interesantes de Roma, por sus espléndidas capillas Cibo y Chigi, construidas con exquisitos mármoles, y sobre todo por sus pinturas y esculturas de los siglos XV y XVI, que van a estudiar allí los artistas. De las pinturas, las principales son las del Pinturichio y las copias en mosaico del *Año* y de la *Semana,* de Rafael, que forman la bóveda de la segunda de las mencionadas capillas. El *Año* es un gran zodiaco que está en el centro de la bóveda; cada mes está representado con su signo astronómico y con su símbolo mitológico. Los símbolos que representan los

[1] Una copia de ella está en la iglesia de la Universidad de Guadalajara.

siete días de la *Semana* son: domingo: Febo o el Sol, en un carro tirado por cuatro caballos; lunes: Diana o la Luna, en un carro tirado por dos doncellas; martes: Marte, en un carro tirado por dos caballos; miércoles: Mercurio, en un carro tirado por dos gallos; jueves: Júpiter, en un carro tirado por dos águilas; viernes: Venus, en un carro tirado por cuatro palomas, y sábado: Saturno, en un carro tirado por dos dragones. Hermosa mitología, pero de la que es necesario decir con Horacio:

Sed nunc non erat his locus:[2]

Es extraña en un templo cristiano. Como ha probado Chateaubriand en su inmortal *Genio*, el cristianismo lleva infinitas ventajas al paganismo, no sólo en el orden intelectual, sino también en el literario y artístico, por los raudales de inspiración que derrama sobre la oratoria, la poesía y las bellas artes. Dios, que, en el orden del entendimiento, es la suma verdad, en el orden de la imaginación, es la suma beldad y la hermosura siempre antigua y siempre nueva, según la conocida frase de S. Agustín. Pero si nosotros nos sentáramos algunos momentos en la silla de los gobernantes, sentiríamos todas sus espinas y graves dificultades, y no los juzgaríamos tan ligeramente; ellos tienen que tolerar muchas cosas por el bien de la paz y otros supremos, y el mismo Jesús no quiso arrancar la cizaña para conservar el trigo.

OBRADOR DE MOSAICO

Marzo 22. Después de haber subido a la cúpula, de que tuve el gusto de hablar a V. en mi Carta 2.ª, y de haber asistido a la visita de altares, de que le hablé en mi Carta 6.ª, el Sr. Angelini me hizo favor de conducirme al taller de mosaico, que está en el Vaticano. La palabra mosaico viene de la palabra griega *musica*, que significa "obra de las musas", porque los antiguos atribuían a estas bellas deidades la inspiración de las bellas letras y bellas artes. El origen de ésta se pierde en la oscuridad de los tiempos; parece que los persas la enseñaron a los

[2] *Art. poét.*, 19.

griegos, y no tiene duda que de éstos la tomaron los romanos. Entre los griegos, los que más sobresalieron en el mosaico fueron los de Bizancio. A León de Ostia, abad de Monte Casino, debe la humanidad la conservación de este arte, pues procuró que sus monjes se dedicasen a él para impedir que se perdiese. El mosaico en mármol consiste en juntar innumerables trozos pequeñísimos de mármoles diversos, formando una pintura.[3] A la sazón que visitamos este obrador, los mosaiquistas estaban componiendo muchos cuadros, y me detuve a mirar un retrato de medio cuerpo de un papa en un óvalo, de cosa de 4 varas de longitud, perteneciente[4] a la gran galería de retratos de los 256 papas, tomados de las antiguas medallas y pinturas, que se está colocando en la basílica de S. Pablo.[5] Dichos trocitos están distribuidos en cajones, como los caracteres en las imprentas. Yo apunté en mi álbum el número de un cajón que vi al acaso, y fue el 9830.

LAS SINAGOGAS

Marzo 22. A la caída de la tarde de ese mismo día, el Sr. Lic. D. Felipe Angelini y yo visitamos las cuatro sinagogas que existen en Roma. Atravesamos el barrio del *Ghetto*, que, como es sabido, es donde viven los judíos y tienen sus casas y tiendas. El Sr. Angelini me hacía notar que todos tienen una misma fisonomía, pues ellos y los chinos son los únicos que conservan su antigua fisonomía.[6] Usan, en lo general, levita y sombrero alto, pero rotos y sucios, para ocultar su riqueza. A las seis de la tarde, llegamos a las sinagogas, las que tienen una fachada (hermosa, al estilo oriental) y un vestíbulo común, en el que hay buzones para echar las limosnas, y fuentes de agua bendita como las nuestras. Allí estuvimos parados un rato y vimos que ningún israelita entraba a una sinagoga sin lavarse antes las manos ligeramente en las referidas

[3] César Cantú, *Historia universal*, Documentos, Arqueología y Bellas Artes, n. 108.

[4] [En el original dice *perteneciendo*. SLM.]

[5] [Rivera adquirió en Roma una galería impresa de todos los papas. Ésta fue inventariada por Rafael Muñoz Moreno en 1920. SLM.]

[6] El anticuario inglés Edwards ha probado por medio de los grupos esculturales egipcios de bronce, en los que los hebreos están representados como esclavos, que tienen hoy la misma fisonomía que tenían en Egipto. Probabilísimamente tenían en Egipto la misma fisonomía que tenían Noé y sus hijos. [Tal vez Rivera se refiere a Arthur Edwards. SLM.]

fuentes y enjugarlas en su sucio pañuelo. Cada sinagoga es un salón, sin imagen alguna, sino con símbolos bíblicos y con inscripciones en hebreo, en el que hay bancas paralelas para los hombres y tribunas con celosías para las mujeres, las que, por lo mismo, no se ven. En el fondo, está un alto nicho con un velo, bajo el que se guarda el Antiguo Testamento. A medias del salón, contigua a una columna, está la cátedra, a modo de tribuna, revestida con su paño; dentro de ella, algunas sillas y una mesa, y sobre ésta, libros y bonetes, los que son exactamente como un sombrero alto, sin falda. La sinagoga principal es espaciosa, como un templo, y regiamente adornada; sus paredes están cubiertas de madera fina, con símbolos e inscripciones doradas, su cortinaje es de terciopelo encarnado, su pavimento, de mármol blanco, y su órgano, grande y con labores doradas. Mientras encendían las velas, el Sr. Angelini estuvo platicando en dicho templo con uno de los hebreos, quien le dijo que ellos habían traído del Oriente aquel mármol y que Pío IX les había dispensado los derechos de importación, añadiendo estas palabras: "De este papa no tenemos los israelitas ninguna queja". A poco, comenzó el oficio. En la sinagoga principal había muy pocos, pero las otras estaban llenas. Vi allí muchos niños, y muchos en traje de pordioseros; aunque creo que no serían, porque la mendicidad está prohibida a los hebreos por el *Deuteronomio* (*Mendicus non erit inter vos*). Todos estaban sentados en las bancas, y muchos tenían sobre la[7] levita una especie de plaid,[8] que les cubría casi todo el cuerpo, de lana, blanco y con muchas listas negras. Uno de ellos subió a la cátedra, se envolvió en el plaid, se puso el bonete, tomó el libro, comenzó a cantar, y los demás, a responder. Un movimiento instintivo de respeto me hizo llevar la mano al sombrero para quitármelo, pero reflexioné que los mismos judíos no se descubrían la cabeza. Pocos cantaban, los más estaban callados y como avergonzados, por la mucha concurrencia de eclesiásticos, señores seglares y señoras de diversas naciones. Algunos tenían la mano sobre la boca, y me pareció que cantaban quedo. Otros estaban platicando, y

[7] [En el original dice *el*. SLM.]

[8] [Para Martín Alonso, *plaid* es una "capa grande de lana de cuadros de distintos colores que los escoceses llevan recogida y atada en el hombro izquierdo". *Enciclopedia del idioma*. Madrid: Aguilar, 1982 (Colección Obras de Consulta), t. III, p. 3307. En el original está escrito *plait*. En la primera edición, en lugar de *plait*, se lee *tápalo*. SLM.]

el Sr. Angelini me dijo que había escuchado la conversación de dos, y que era sobre dinero. Pero los que estaban con devoción, y especialmente algunos ancianos, tenían los ojos cerrados, los semblantes muy afligidos y levantados al cielo y recordaban los semblantes de los profetas. Esa noche, oí por primera vez el idioma hebreo, lastimero y triste, como la historia del desgraciado Israel, porque V. sabe muy bien que las lenguas reflejan el carácter y la vida de los pueblos,[9] y sentí que en mis primeros años no hubiera habido en mi colegio cátedra de este idioma. Y ¿por qué, me dirá V., no lo ha aprendido? Porque dice Ovidio: *Utendum est aetate*, etc. Observé que para pronunciar algunas palabras remangaban el labio superior y mostraban los dientes. A veces se ponían en pie y a veces se sentaban, como los religiosos en el coro, y al pronunciar algunas palabras, hacían inclinación de hombros. Los de las cátedras, cuando se ponían en pie, se cubrían con el plaid la cabeza, con todo y bonete. Deseé volver al oficio de los sábados en la mañana, pero ya no tuve tiempo.

San Lorenzo Extramuros

Marzo 24. En este día, visité la basílica y cementerio de S. Lorenzo Extramuros.

Basílica. Dentro de ella, vi la puerta de las célebres Catacumbas de Santa Ciriaca, murada, como la de otras muchísimas, para evitar las muchas desgracias que sucedían, como diré a V. al tratar de las catacumbas. Junto a la puerta, está una inscripción, que leí, de la que copié algunos renglones, y se deduce lo siguiente. A mediados del siglo III, en el reinado de Valeriano, y siendo Sumo Pontífice S. Sixto II, vivía en este campo una piadosa matrona llamada Ciriaca, la que *Xystum et socios clam recreabat:* "alimentaba y servía ocultamente a Sixto y a sus compañeros". Uno de los principales de éstos era Lorenzo, arcediano de Roma, es decir, el primero de los siete diáconos, cuyo oficio era administrar los bienes de la Iglesia, colectando las limosnas, distribuyéndolas entre los pobres y cuidando de los objetos del culto. La Iglesia,

[9] [Alusión a los sufrimientos del pueblo de Israel. SLM.]

ya en tiempo de las catacumbas, era muy rica y poseía muchísimos objetos de oro, plata y piedras preciosas, como cálices, patenas, ciborios, candeleros, lámparas, incensarios, etc., y vestiduras sagradas de riquísimas telas. Valeriano, ansiando apoderarse de los bienes de la Iglesia, logró aprehender a Sixto II por medio de sus satélites y lo mandó degollar el 6 de agosto. Cuando era llevado al suplicio, S. Lorenzo, lleno de los deseos del martirio, le decía que ¿por qué iba a ofrecer el sacrificio sin su diácono? S. Sixto le contestó que después de tres días le seguiría, y continuó el precioso razonamiento entre el anciano pontífice y el joven diácono, que leemos en nuestro *Breviario*. Así sucedió. La historia de S. Lorenzo es larga. Fueron sepultados en las referidas catacumbas, S. Lorenzo, Santa Ciriaca, S. Casiano y otros muchos mártires.[10] Constantino edificó esta basílica en honor de S. Lorenzo. El alto y largo presbiterio tiene tres pisos en forma de palcos, cuya columnata es de bellísimo *paonazzeto*. El altar mayor está aislado bajo un baldoquín o templete de mármol como de 5 varas de altura, y el sacerdote dice allí la misa vuelto al pueblo, según la disciplina de los primeros siglos. Vi también a la espalda del presbiterio una reliquia muy venerable, que se expone algunos días como éste (domingo de cuaresma). Es una lápida de mármol blanco, sobre la que pusieron a S. Lorenzo boca abajo, asado y casi muerto. Se ve, pegada en la piedra, parte de la piel del rostro, pecho, brazos y vientre, y al derredor, mucha podre.

Cementerio. Está al derredor de la basílica, y sus sepulcros no están en desorden, como se ve en los de París, incluso el principal, que es el del padre Lachaise, sino en completo orden de callecitas regulares, como un jardín. Sobre cada sepulcro, hay una lápida de mármol, grande o pequeña, tendida o de canto, y en ella una inscripción. Leí muchas, y ninguna me pareció digna de copiarse. Pero sí me sorprendió encontrar allí los restos de un mexicano, D. Eulogio Villa Urrutia, cuyo sepulcro es de mármol blanco, remata en una grande águila mexicana imperial de bronce, y el epitafio dice que su inconsolable viuda, Da. Ester Pesado, le dedicó este mausoleo.

[10] Dícese que en esta iglesia están los restos del protomártir S. Esteban.

EL QUIRINAL

Marzo 26. En el patio principal, hay un gran reloj, y bajo de él, un mosaico colosal y circular, que representa la *Madona* de Carlos Maratta. En el salón real, vi el sillón del papa, bajo dosel y sobre tres gradas, todo vestido de terciopelo encarnado. En la Sala de los Embajadores, delante del sillón del papa, está una mesa, y delante de ésta, una silla, en la que se sienta el embajador, y que es como las demás del Quirinal y Vaticano, es decir, de madera y sin cojín en su asiento ni en su respaldar. Yo y D. Javier Angelini, que me acompañaba, estuvimos en el gran balcón, a manera de pórtico, que da a la plaza, en el que el primero de los cardenales diáconos pronuncia el célebre *Papam habemus*, en la elección de los pontífices, y en donde éstos se muestran y dan su bendición por la primera vez. Estuvimos también en otro balcón, en donde el mayordomo que cuidaba del vacío palacio y nos acompañaba nos dijo que en la sedición de noviembre de 1848 había sido cazado y muerto el familiar Palma, creyéndosele el papa. Visitamos un escritorio histórico: el mayordomo, señalándonos una mesa, nos dijo: "Sobre esta mesa escribía Pío VII cuando fue preso,[11] y sobre la misma escribía Pío IX cuando se le avisó que iba a ser aprehendido, y se fugó".[12] En seguida, pasamos a la recámara, billar y comedor del papa. La cama tenía sobrecama y cortinas de damasco encarnado; a un lado había algunas sillas, y a otro una mesa de noche y un reclinatorio, y sobre éste, un crucifijo. La mesa del billar era pequeña, y la del comedor tenía como dos varas de larga y una y cuarta de ancha (pues es sabido que el papa come solo), vestida de damasco encarnado. El pavimento de todas estas piezas interiores es de madera fina. De las innumerables pinturas del Quirinal, las que me llamaron más la atención fueron *Julio César dictando sus comentarios a cuatro amanuenses a un tiempo, en cuatro lenguas diversas:*[13] gran fresco en la bóveda de una sala;

[11] 6 de julio de 1809, a las tres de la mañana. Sobre la misma mesa firmó esa noche su célebre bula *In memoranda*. [Rivera se refiere a la bula *Quum memoranda*. SLM.]

[12] La noche del 24 de noviembre de 1848.

[13] Es muy probable que tres de ellas fueran la latina, la griega y la gala. La etrusca se hallaba a la sazón en completa decadencia, y, por lo mismo, conjeturo que la otra sería la cartaginesa, la egipcia o la siria.

Anunciación, del Guido, en el altar de una capilla; *Pesca milagrosa* (tela de los Gobelinos) y *Lavatorio* (*idem*), regaladas por Napoleón I a Pío VII; *Deposición*, de Caravaggio (*idem*), regalada por Napoleón III a Pío IX; *Reina india abjurando la idolatría,* y *Armas de Pío IX escoltadas por algunos suizos:* gran mosaico en una bóveda, en el que luce mucho el pintoresco uniforme de los hijos de Guillermo Tell. En fin, recorrimos el espacioso jardín, embellecido por risueñas fuentes y estatuas de mármol, griegas y romanas, con la gracia que tienen los italianos para formar estos lugares y con que les brinda la bella naturaleza de su patria, hermana gemela de América. Yo deseaba mucho visitar el departamento del cónclave, pero el mayordomo nos dijo que no se mostraba a nadie.

CASTILLO DE SANT'ANGELO

Marzo 26. El mismo Sr. Angelini y yo llegamos a este edificio después de pasar por el Puente Elio, el principal de los de Roma, llamado así porque fue construido por el emperador Elio Adriano para dar noble acceso a su soberbio mausoleo, circo y jardines, que las tres cosas era el llamado hoy Castillo de Sant'Angelo, y las tres formaban un mismo edificio. Lo dedicó dicho emperador para mausoleo suyo y de sus sucesores, por lo que, en la historia, se conoce con los nombres de Mausoleo de Adriano y de Mole Adriana. Lo ornamentó magnificentísimamente. Es un edificio rotondo gigantesco, que descansa sobre un basamento cuadrado (que hoy no se ve, por estar soterrado), el cual tiene 399 palmos en cada uno de sus lados. En la antigüedad, había en cada ángulo de dicho basamento un grupo de esclavos y de caballos de bronce dorado, más colosales que el que hoy se ve en la plaza del Quirinal. La mole rotonda estaba revestida toda de lápidas de mármol y decorada al derredor con altísimas columnas de *paonazzeto*, que sostenían un gran cornisón de mármol coronado de estatuas colosales de bronce dorado. Adriano eligió el mejor lugar para levantar tan hermoso edificio, que se retrataba en las aguas del Tíber, que corre a sus pies. Veinticuatro de dichas columnas forman la nave de en medio de la basílica de S. Pablo, y en ellas tiene el viajero un rastro de aquella antigua grandeza.

La Mole Adriana remataba en la estatua colosal de mármol de dicho emperador, de la que no resta más que la cabeza, que vi en el Museo Pío-Clementino, según he dicho a usted al hablarle de este lugar. La puerta de este edificio era también de bronce dorado, y todavía existe la ancha escalera de cordones que conducía a la altura de él, por la que subía Adriano en su carroza dorada, llevando a su lado a su abominable idolillo Antinoo, vestido de divinidad egipcia. Los bárbaros despojaron a este edificio de parte de sus adornos, y los demás acabaron en las guerras de la Edad Media. Desde esa época, ha servido de fortaleza y de prisión de Estado, y desde entonces se ha llamado castillo. Alejandro VI lo comunicó con el Vaticano por medio de un ambulatorio oculto, construido sobre el muro de la ciudad. Afligiendo una cruel peste a Roma, y yendo S. Gregorio el Grande en procesión con dirección a la basílica de S. Pedro, se dice que al pasar por el Puente Elio y al entonar estas preces: "¡San Miguel, ruega por nosotros!", se le apareció el arcángel en los aires, sobre la Mole Adriana, y cesó la peste. En memoria de este hecho, el mismo papa erigió en la cumbre de dicho edificio la estatua colosal de mármol de S. Miguel, y desde entonces se ha llamado Castillo de Sant'Angelo, es decir, "del Santo Ángel". Benedicto XIV quitó la estatua de S. Gregorio, que vimos en la azotea, y colocó la colosal de bronce del mismo arcángel que se admira hoy.

Conducidos por un oficial de zuavos, vimos el ambulatorio secreto de Alejandro VI, que tiene como tres varas de ancho y dos y media de alto; por él pasó Clemente VII del Vaticano al castillo, cuando Roma fue tomada por el condestable de Borbón. Éste es un precioso monumento, no sólo de la antigüedad pagana, sino también de la Edad Media y moderna, y recuerda muchos prisioneros célebres, como el papa Juan X, Arnaldo de Brecia, Benvenuto Cellini, la Cenci, la madre de ella, Antonio de Dominis y Cagliostro. Juan X murió aquí, sofocado con una almohada sobre la boca. Arnaldo, el célebre benedictino, discípulo de Abelardo y patriarca de los disidentes de la edad moderna, fue decapitado aquí, a mediados del siglo XII. Antonio de Dominis murió en esta misma cárcel, de enfermedad. El oficial, al subir por una escalera, nos mostró una ventanilla con gruesas rejas y nos dijo: "Ésta es la prisión de Cagliostro". Después, precedidos por un soldado que encendió una hacha, nos hizo descender

por una estrecha escalera a un calabozo subterráneo de cosa de 3 varas en cuadro, en el que no hay más que una puerta, la cual tiene una ventanilla con rejas de fierro; por ella no entra la luz, sino únicamente el aire necesario para respirar. Dicho oficial nos dijo “Aquí estuvo Benvenuto Cellini, y por esta puerta se fugó”. Nos hizo ver un crucifijo pequeño, pintado con carbón en la pared, por el artista, conservado por tres siglos y elogiado por los inteligentes. Nos condujo en seguida a otro calabozo, también subterráneo y perpetuamente oscuro y espantoso, que no tiene más que un agujero en la bóveda para que entre el aire, y nos dijo: “Ésta fue la prisión de la madre de la Cenci”. Pasamos a otro calabozo, contiguo e igual, y nos dijo “Ésta fue la prisión de la Cenci”. Nos mostró una especie de chimenea, de cosa de una cuarta en cuadro, por donde se metía el alimento a esta joven. Estos calabozos son las antiguas edículas de Adriano, destinadas para sepulcros. Son peores que el calabozo de Ana Bolena, que visité en la Torre de Londres, y en comparación de ellos, el cuarto de María Antonieta, que también visité en la Conserjería, es un palacio. Hasta hoy, visitan los viajeros el Palacio de los Cenci (que no visité por falta de tiempo), noble familia romana en la Edad Media. A fines del siglo XVI, vivía en él Beatriz Cenci, con su padre y su madre, y como aquél, apasionado por su belleza, la quisiese forzar, ella lo mató, aconsejada por su madre. Fue defendida, sin éxito, por el célebre jurisconsulto Próspero Farinacio, retratada la víspera de morir por Guido Reni y decapitada por sentencia de Clemente VIII. Este hecho ha sido objeto de la historia, la novela, la poesía lírica, la tragedia, la pintura al óleo y la fotografía. En todas partes, se ve en Roma el retrato de la Cenci, especialmente en fotografía, y manifiesta haber sido muy hermosa: tiene la cabeza escorzada, ojos grandes y negros, mirar triste, cabello negro, suelto en bucles, túnica blanca y una especie de turbante del mismo color, que le agracia sobremanera. Le fue muy desfavorable que durante su proceso se repitió un caso igual, en otra familia también noble, en la misma Roma, es decir, que un hijo mató a su padre. En una pieza llamada la Sala del Papa, en donde tuvo lugar el juicio, vimos el retrato de Farinacio, con su defensa bajo el brazo.

Bajamos algo por la escalera de cordones mencionada, y el oficial echó a rodar una bola de madera, que dilató 55 segundos en llegar

al suelo. En fin, subimos a la cima del Castillo, y contemplamos desde allí a toda Roma, y a nuestros pies, el Tíber.[14]

[14] A principios de 1868, leí en el periódico *La Iberia* el artículo siguiente, que me complazco en copiar aquí, porque expresa un hecho de Pío IX que pasó en el Castillo de *Sant'Angelo*: "El papa y los insurrectos. El periódico inglés intitulado *The Pall Mall Gazette* publica el hecho siguiente en su número de 28 de octubre (de 1867): —Ayer (octubre 19), el papa fue al Castillo de Sant'Angelo, y se presentó a los prisioneros garibaldinos, quienes lo recibieron de rodillas en un profundo silencio. Eran unos 200, y el Santo Padre les dijo: 'Mirad al que vuestro general llama vampiro de Italia. ¿Es contra mí contra quien habéis tomado las armas todos vosotros? ¿Y qué es lo que veis? Un pobre viejo. Acercándose más entonces el papa, dirigió especialmente la palabra a algunos de los prisioneros, diciendo: 'V., amigo mío, ha perdido sus zapatos, V. su camisa, V. su capote, V. su sombrero. Bien, bien; yo cuidaré de que os provean de todo, y después os enviaré a vuestras casas: sólo os pediré antes, pues que sois católicos, que hagáis un retiro espiritual por mí. Ya sabéis, amigos míos, que es el mismo papa el que os pide esto'.—Los garibaldinos se conmovieron profundamente con estas palabras, avanzaron afanosos a besar la cruz bordada en la túnica del papa, y el Santo Padre les dio la bendición".

Oi decir en Roma que Gregorio XVI había sido severo como rey, en el orden legislativo, en el ejecutivo y en el judicial; pero que Pío IX, en los 21 años que contaba de pontífice, no había firmado más que una sentencia de muerte: que esto había sido después de muchas resistencias a instancias a que al fin había cedido por graves motivos; que a dicha sentencia habían seguido largos días de tristeza, sentimiento excepcional en Pío IX; que a los reos de muerte siempre los indultaba, y que lo que les imponía ordinariamente eran unos ejercicios espirituales, que concluían con una confesión general y una comunión. Éstas y otras muchísimas acciones de Pío IX, que revelan la belleza de su alma, explican ese artículo laudatorio en un periódico protestante y su permanencia en Roma y en el Vaticano; cosa que no se ve con frecuencia en la historia de la Iglesia.

Carta IX

El Palatino. Circo Máximo. Las cloacas. Palacio de los Conservadores



El Palatino

Marzo 29. Obtenido, por favor de los Sres. Angelini, del empleado francés encargado del Palatino, el billete que se necesita, visitamos sus ruinas, el Sr. D. Javier y yo. Éste es el lugar más interesante de Roma pagana, por haber sido el de su fundación; y para proceder con orden, le hablaré a V. de él por partes.

Cumbre del Palatino. Allí estuvo, durante siete siglos, la casa rústica o *jacalón*[1] de Rómulo, conservado con veneración.[2] Estaba formado de maderos perpendiculares y horizontales y de ramas de árboles, que fueron repuestas muchas veces. César lo quitó y edificó allí su palacio. Augusto y Tiberio lo agrandaron hacia el N., Nerón lo extendió extraordinariamente hasta el monte Esquilino, y Domiciano lo aumentó hacia el O. Calígula comunicó el Palatino con el Capitolino. Los bárbaros arruinaron los soberbios edificios del Palatino, y permanecieron en ruinas durante la Edad Media. Pablo III, de familia y apellido Farnesio, formó allí su casa de campo, que se llamó los Huertos Farnesianos. Desde entonces, el Palatino fue propiedad de dicha familia, hasta 1865, en que Francisco II, actual ex rey de Nápoles, y perteneciente a la misma familia, hallándose escaso de dinero, vendió los Huertos Farnesianos

[1] El idioma español, como lo hablamos en México, está enriquecido con innumerables palabras del azteca, introducido con todas las reglas de Horacio y de Quintiliano, y que no tiene menos derecho de ser admitido que el francés o el italiano, menos filosóficos y musicales que él.

[2] *Roma pintoresca*, cap. 3.

a Napoleón III. Éste ha puesto allí una comisión de anticuarios franceses, la que ha practicado excavaciones, descubierto las ruinas del Palatino e ilustrándolas con inscripciones, que copié y voy a referir a V. Estas inscripciones están en latín, para que las entiendan los de todas las naciones,[3] con letras negras, sobre tablas pintadas de blanco y colocadas éstas sobre maderos perpendiculares. En la parte del Palacio de los Césares donde estaba la casa de Rómulo, está hoy el pequeño convento de franciscanos, llamado el Retiro de S. Buenaventura, que visité en otro día. Los restos de dicho palacio, que visité, son: muchas salas y cuartos, unos con arcos al exterior y otros subterráneos; pequeñas escaleras exteriores y subterráneas: unas rectas, y otras en espiral; cocinas con braseros enteramente iguales a los nuestros; chimeneas; algunos frescos y bajos-relieves en las salas y aposentos; algunos tramos de mosaico en el pavimento; muchos pedazos de columnas y cornisas arrojadas en el suelo, y muchos ladrillos y trastos amontonados en los aposentos, especialmente lamparitas y ánforas de todos tamaños y formas. Las paredes y bóvedas de los edificios romanos, aun las de los templos, eran, en el interior, de piedra y mezcla de cal y arena, y en el exterior, de ladrillo o de cantera. La ornamentación interior, y en muchos, la exterior, era de mármoles, y el pavimento de cantera, de mármol o de mosaico. La pieza que me llamó más la atención fue una magnífica sala de baño, en la que el agua cae de la bóveda, de la altura como de 6 varas, en grueso trozo, en una tina de mármol, de cosa de 5 varas de larga y 3 de ancha, y después de rebosar, sale por un caño subterráneo y va descendiendo en graciosas y floridas cascadas por la falda oriental del Palatino. ¡Cuántos hechos históricos despiertan estas ruinas del Palacio de los Césares! Aquí pronunció Cicerón sus *Oraciones* en favor de Marcelo, de Deyotaro y de Ligario. Aquí Virgilio recitaba ante la familia de Augusto su *Eneida* inmortal. Aquí se desmayó Octavia, hermana del emperador, al escuchar en el libro VI de dicho poema la muerte de su hijo Marcelo.[4] Aquí recibió Tiberio la noticia de la muerte de Jesucristo. Aquí estaba el jardín donde Calígula pasaba tormentosas noches, declamando, con la luna. Aquí Agripina envenenó a Claudio.

[3] El latín es necesario en un viaje, para hacerlo con provecho.

[4] Pasaje compuesto de dieciocho versos, por cada uno de los que Octavia dio a Virgilio 10 000 sextercios, es decir, la suma de 10 800 pesos mexicanos.

Quizás en una de estas salas, Adriano retrataba a Antinoo. Aquí, en fin, el viajero toma en su mano una pequeña lámpara, en la que se ve todavía el rastro del aceite, y que presenció muchas escenas de horror.

En la parte más eminente del Palatino, está esta inscripción: *Auguratorium:* "Auguratorio". Aquí estaba la casa de los augures, con su *solarium* o azotea, donde tenían las jaulas de las gallinas y pollos sagrados y desde donde, después de dividir con el bastón el cielo en cuatro partes, hacían las observaciones astronómicas, meteorológicas y zoológicas y pronunciaban sus pronósticos.[5] Desde aquí vieron los seis buitres que posaron en el Aventino y los doce que vinieron al Palatino, lo que decidió la elección de Rómulo sobre Remo.

Costado S del Palatino. Mira a la Vía Sacra. A distancia como unos veinticinco pasos del Arco de Tito y a la falda de la colina, está esta inscripción, que consiste en dos versos de *Los tristes*, de Ovidio:

INDE PETENS DEXTRAM, PORTA EST AIT, ISTA PALATII.
HIC STATOR. HOC PRIMUM LOCO CONDITA ROMA EST.
Ovid., *Trist.*, 4.[6]

Costado O. Mira al Aventino. En la parte de arriba están las ruinas del palacio de Domiciano. Una inscripción recuerda que allí estaba el pórtico, en el que paseaba el emperador, y del cual se ven las bases de las columnas de mármol. Otra inscripción dice *Triclinium denominatum caenatio.* Existe parte del muro y del pavimento de mosaico alejandrino de este gran cenador semicircular, en el que Domiciano se divertía cazando moscas. Otra inscripción dice *Lararium.* Aquí estaba el larario o capilla de los dioses domésticos del emperador y de sus sucesores. Otra dice *Academia:* la sala donde ellos recibían lecciones de retórica. Otra dice *Bibliotheca.* Otra, *Aedes imperatoris:* vivienda de Domiciano y de sus sucesores. Otra, *Aedes publicae:* el departamento de las oficinas públicas. Otra, *Tablinum:* el archivo. Otra, *Perystilum*

[5] La historia y las copias arqueológicas presentadas por César Cantú muestran que el báculo de nuestros obispos es el mismo bastón augural, que tomaron de los augures romanos, y éstos, de los augures etruscos.

[6] "De aquí, alargando la diestra y arrojando una flecha, dijo: ésta es la puerta de Palacio. Aquí está el Estator. En este lugar fue fundada Roma".

denominatum Sicilia: "patio llamado Sicilia", que no sé qué sería. En la falda de este costado O, están las ruinas del templo de Júpiter Estator, levantado por Rómulo, y las del palacio de Tarquino el Antiguo. Las primeras están cerca de la primera puerta de Roma y consisten en algunos paredones de piedra y mezcla, de los que arranqué y conservo una piedrita. Del palacio de Tarquino, queda casi toda la pared del frontis, con su serie de arcos del pórtico inferior y su serie de grandes ventanas del superior. En medio, tiene un gran balcón, en que está una inscripción, que recuerda que por él hablaba la sagaz Tanaquil al pueblo amotinado, con motivo de la muerte de Tarquino, calmándolo y engañándolo por mucho tiempo. En este palacio, vivieron Servio Tulio y Tarquino el Soberbio. En el sitio de este palacio, está hoy un convento de monjas, cuyo pequeño jardín se ve desde la calle, con sus hileras de cipreses y sus tiestos de flores, que recuerdan las adormideras de Tarquino el Soberbio.

Costado N. Mira al Tíber y al antiguo Foro. En la parte NO, leí esta inscripción*: Tugurium Faustuli, ubi Romulus mansitavit:* "Choza de Fáustulo, donde vivió Rómulo". En la parte N, al pie del Palatino, está la iglesia circular de S. Teodoro, edificada por S. Adriano I en el siglo IX, sobre las ruinas del templo de Vesta, edificado por Numa. Tenía la figura de globo, y en su interior conservaban las vestales el fuego sagrado: símbolo de los sabinos, porque uno de los artículos de su filosofía era que la Tierra y todo el mundo había sido formado por el fuego y que éste ardía en el centro de nuestro globo. Contiguo al templo, estaba el convento de las vestales, y cerca de él, la higuera ruminal, llamada así porque bajo de ella fueron hallados Rómulo y Remo por el pastor Fáustulo, y el Lupercal, gruta subterránea consagrada por Rómulo a Pan, dios de los pastores. Lupercal viene de *lupus* (lobo), porque las lupercales o fiestas de Pan consistían en cazas de lobos.

Costado E. Aquí leí con agradable sorpresa: *Domus Ciceronis:* Casa de Cicerón, al pie del Palatino, y objeto de una de sus oraciones (*Pro domo*). En fin, sobre el lugar de la inscripción anterior, leí esta otra: *Domus Clodii:* Casa de Clodio. De una y otra, nada existe.

Circo Máximo

En el valle formado por el Palatino y el Aventino, edificó Tarquino el Antiguo un circo que se llamó Máximo, que fue restaurado por Julio César, y en el que cabían 405 000 espectadores. De este edificio, nada existe hoy, y en parte de su área está la plazuela de S. Juan Degollado, llamada así porque en ella tienen lugar las ejecuciones de justicia por medio de la decapitación, cuyo sitio me mostró el Sr. Angelini. Después, se expone el cadáver por el espacio de 24 horas, en la cercana iglesia de S. Juan Degollado. Esta plazuela ha sido inútil y ha carecido de horror en el pontificado de Pío IX.

Las cloacas

Marzo 28. “Tres cosas, dice Dionisio de Halicarnaso, me revelan la grandeza del pueblo romano: los acueductos, las vías y las cloacas”.[7] Los egipcios, los persas, los griegos y los de las demás naciones aventajaban a los romanos, unos, en unas cosas, y otros, en otras; pero “en acueductos, vías y cloacas, dice Casiodoro, los romanos sobrepujaron a todos los pueblos de la antigüedad”.[8] En estas obras, nada debieron a los griegos, puesto que las hicieron algunos siglos antes de tener relación con ellos, sino a sus primeros maestros, que fueron los etruscos. Tarquino el Antiguo, *lucumon* (sacerdote-gobernador) de Etruria y quinto rey de Roma, introdujo en ella muchas mejoras tomadas de la civilizada Etruria, y una de ellas fueron las cloacas. Roma estaba situada sobre colinas y valles: las aguas llovedizas descendían de las colinas y formaban en los valles lagos cenagosos, pestilentes y dañosos a la salud. Tarquino hizo sumideros y canales subterráneos, y de esta manera secó los lagos, aseó la ciudad y purificó su atmósfera. Además, cada casa tenía un caño subterráneo, por el que corrían las inmundicias de la letrina al canal o cloaca vecina. Todos estos canales desembocaban y desembocan en la parte subterránea correspondiente al Foro, que era el centro de Roma antigua. Aquí comenzaba

[7] *Hist. Rom.*, Lib. 3.
[8] Lib. 3, epíst. 30.

la Cloaca Máxima, que conducía las aguas e inmundicias del Foro al Tíber. Esta cloaca fue construida por Tarquino el Soberbio, también etrusco, y 7.º rey de Roma, y se llamó Máxima porque es de una gran anchura y altura muy grande, como era necesario para que recibiese las aguas de todas las demás cloacas. Ésta fue la que visitamos el Sr. Angelini y yo, en este mismo día, después de haber bajado del Palatino y pasado la plazuela de S. Juan Degollado, acompañados del custodio de dicha cloaca, lo que pudimos hacer fácilmente, por ser los últimos días de la temporada de las aguas.[9] Es tal su magnitud, que no me parece exagerado lo que dice Plinio el Naturalista: que puede andar dentro de ella un carro colmado de heno.[10] Yo no entiendo de arquitectura, pero dicen los historiadores que los romanos construían sus cloacas, acueductos y otros edificios semejantes, amoldando y uniendo perfectamente unas canteras con otras, sin cal ni otra mezcla, y dicen los arquitectos que así se observa en estas cloacas y en el acueducto de Segovia, hecho también por los romanos, en una época que no conoce la historia, y que subsiste en servicio. También están en pie y en servicio estas cloacas después de veinticuatro y medio siglos, sin que ni los pesados edificios que sostienen, ni la violencia de las aguas, ni los terremotos, las hayan destruido, ni lastimado. ¡Ah!, con razón, cuando se ve una obra admirable por su dificultad, perseverancia y firmeza, se dice: ¡Obra de romanos!

PALACIO DE LOS CONSERVADORES

Marzo 28. Visitamos en seguida este edificio, que comprende, entre otros departamentos, la galería de pinturas, la galería de esculturas antiguas y la Protomoteca.

Galería de pinturas. Fue establecida por Benedicto XIV, y los cuadros que me llamaron más la atención fueron los siguientes: *Batalla de Arbela,* obra sublime de Pedro de Cortona; *Rapto de las sabinas,* del mismo;

[9] En Europa, las temporadas de secas y aguas son enteramente a la inversa de las nuestras: la primera comienza en los primeros días de abril y acaba en octubre, y la segunda comienza en octubre y acaba en abril.

[10] *Hist. Natur.*, Lib. 36, cap. 15.

Samaritana, de Palma el Viejo; *Judith,* del Guido; *Partida de Agar con Ismael,* bellísimo cuadro de Inocencio de Imola; *Sibila de Cumas,* del Dominiquino; *Sibila persa, S. Juan Bautista* y *Santa Petronila,* del Guercino; *Magdalena,* del Guido; *Moisés haciendo brotar el agua de la roca,* de Lucas Jordán; *Mujer adúltera,* de Tiziano; *Rapto de Europa,* obra clásica del Veronés, y *Retrato de Miguel Angelo,* hecho por el mismo.

Galería de esculturas antiguas. Fue formada por Pío VII, y las que me parecieron más notables son: los *Fastos consulares,* colección de lápidas de mármol blanco, que en la antigüedad estaban colocadas probablemente en la Curia o en el Comicio, que fueron descubiertas entre estos dos lugares en el pontificado de Pablo III, y en las que están grabados los nombres de todos los cónsules y los años de su consulado; la famosa *Loba de bronce amamantando a Rómulo y a Remo,* antiquísima escultura etrusca, que estaba primero bajo la higuera ruminal y después en el Capitolio, donde fue herida por un rayo (cuyo rastro conserva en el lomo) el día de la muerte de Julio César, según refiere Cicerón, y retrato del mismo César (estatua de bronce), el único que queda de él en Roma.

Protomoteca. Fue fundada por el mismo Pío VII, y es, como lo indica su nombre griego, una colección de bustos de los italianos más ilustres. Allí vi los retratos en mármol de Cristóbal Colón, Manuel Filiberto, Beccaria, Galileo, el Dante, el Petrarca, el Ariosto, el Tasso, Metastasio, Alfieri, Muratori, Aldo Manucio, Aníbal Caro, Bartoli, Giotto, Correggio, el Perugino, Rafael, Miguel Angelo, Tiziano, el Dominiquino, Pablo Veronés, Leonardo de Vinci, Julio Romano, Palestrina, Beato Angélico de Fiésole, monje dominicano, Fr. Bartolomé de S. Marcos, *idem*, Sebastián del Piombo, *idem*, Andrés de Sarto, Polidoro Caravaggio, el Garófalo, Aníbal Carracci, Bramante Lazzari, Benvenuto Cellini, Canova y otros muchos. Están también allí los extranjeros Poussin, llamado por los italianos el Pussino, Mengs y Winckelmann, por haber vivido la mayor parte de su vida en Italia, haberse perfeccionado allí y haber sido adoptados como hijos por la misma nación.

Carta X

S. Jorge *in Velabro*. Templo de Vesta. Arco de Jano. Sta. María *in Cosmedin*. Puente Sublicio. Biblioteca Vaticana. El Jesús. Arco de Tito. Arco de Constantino



Abril 2. *Velabrum* es una palabra derivada de otra griega, que significa “laguna”, y se llamaba así el espacio comprendido entre el Palatino, el Aventino y el Tíber, porque era una laguna formada por las aguas que bajaban de aquéllos y rebosaban de éste. Tarquino el Soberbio secó esta laguna por medio de la Cloaca Máxima y de los diques que puso al Tíber. En este día, visité este templo, que no tiene más notabilidad que haber sido edificado en un lugar tan histórico como el Velabro.

Templo de Vesta

Abril 2. Visité este templo (llamado hoy de Santa María del Sol), que es uno de los muchos que edificó Numa a Vesta; fue reedificado en el siglo II de nuestra era, y es circular, como todos los templos dedicados a la misma diosa, por la razón que di a V. al hablarle del templo principal de Vesta. Está formado por un muro revestido de lápidas de mármol blanco, y ornamentado en su exterior con una serie, también circular, de columnas del mismo mármol, estriadas y del orden corintio.

Arco de Jano

Abril 2. Es el único que queda de los muchos arcos cuadrifrontes, construidos por los antiguos romanos para que los mercaderes se guareciesen del sol y de la lluvia. Es de muy mal gusto, porque fue hecho

en el siglo III de nuestra era, es decir, en la época de la decadencia de la arquitectura romana.

STA. MARÍA *IN COSMEDIN*

Abril 2. Fue el templo de Ceres, edificado en el siglo III de Roma; reedificado por Tiberio, y reedificado por segunda vez y embellecido por S. Adriano I, a principios del siglo IX. De aquí le vino el nombre de *Cosmedin*, palabra griega que quiere decir "embellecimiento". El emperador Adriano estableció allí una escuela griega, en la que, según una antiquísima tradición, enseñó retórica S. Agustín, como lo dice esta inscripción del pórtico, que copié:

ADRIANO. IMPER.
SCHOLA. GRAECA.
IN. QUA. EX VETERR. TRADITIONE.
D. AUGUSTINUS. RHETORICAM. DOCUIT.

Vi estas cuatro cosas con que S. Adriano adornó esta iglesia: el altar mayor, la silla papal, los ambones y el mosaico de la Confesión. Forma la mesa del altar mayor una gran tina de baño, de las de los antiguos romanos, de granito rojo, con sus correspondientes argollas y llena de restos de mártires. Dicha mesa está bajo el baldoquín, como se usaba en los primeros siglos, formado por cuatro columnas del mismo granito. Detrás del altar mayor, está el coro, y en el centro de él, la silla papal, la cual es de mármol blanco, tiene el respaldar circular y los brazos en figura de leones. En ella, recitaron el oficio divino y predicaron S. Adriano y sus sucesores. Los ambones son como los de la basílica de S. Lorenzo, que ya he tenido el gusto de referir a V. El mosaico de la Confesión es alejandrino, es decir, formado de grandes lápidas de mármol de diverso color.

RUINAS DEL PUENTE SUBLICIO

Abril 2. No quedan de él, más que un pilar en medio del Tíber y otro al pie del Aventino, por donde comenzaba el puente. Fue construido con

maderos por Anco Marcio, destruido por el Tíber, edificado de piedra por el cónsul Marco Emilio Lépido en tiempo de Augusto, y arruinado por el río en el siglo VIII de nuestra era. En él tuvieron lugar las acciones de Horacio Cocles y de Cayo Graco, y desde él fueron arrojados al Tíber el cuerpo de Tiberio Graco, el de Cómodo, el de Heliogábalo y de otros muchos personajes.

Biblioteca Vaticana

Abril 4. Esta biblioteca, de una fama universal, se compone de 125 000 volúmenes, de los que 25 000 son manuscritos, en cuyo ramo es la primera del mundo. Fue fundada por el papa S. Silvestre y aumentada por todos sus sucesores, especialmente Nicolás V, Sixto IV, Sixto V y Pío VII. Nicolás V mandó una comisión de sabios a Grecia, a Alemania y a otros países, quienes trajeron una abundante e interesantísima colección de manuscritos. Sixto V reconstruyó el edificio por medio de Domingo Fontana, y sus departamentos principales son: la Sala de los Copiantes, la de las dos naves, el Museo Sacro, el Gabinete de Papiros, el Gabinete de Medallas, la Capilla de S. Pío V y el Departamento Borja. La Sala de los Copiantes es [la sala] en la que están los empleados y estudiantes ocupados en copiar manuscritos en diversas lenguas, aun en las orientales, y vi allí muchas mesas y a algunos escribiendo. En una de las paredes de la Sala de las Dos Naves, vi representados, en grandes frescos, los diecinueve Concilios Generales. Allí se observa la diversidad de locales, de trajes, de libros y de escenas. En la otra pared, vi pintadas, de la misma manera, las diecinueve bibliotecas principales que recuerda la historia. En los pilares cuadrados, cuya serie divide una nave de otra, vi representados los inventores y perfeccionadores de alfabetos, cada uno de los cuales tiene al pie una inscripción análoga. El primero es Abraham, cuya inscripción, que copié, es ésta: "Abraham inventó las tres primeras letras".[1] El segundo es Moisés, con esta

[1] Con tres letras usadas en diversas posiciones, se pueden formar muchísimas palabras.

"No se sabe a punto fijo quién fue el inventor de la escritura alfabética. Se ha visto la gran variedad de opiniones que se encuentran en los autores sobre este punto, pues hay entre ellos quien la suponga coetánea con la creación, o por lo menos con los tiempos primitivos del mundo, y en sentir de S. Agustín y otros Padres de la Iglesia, Dios comunicó a Adán el arte de escribir. Tostado y Pellicer apoyan la opinión del uso que hizo Adán de las letras. Josefo atribuye su invención a

inscripción: "Moisés inventó el alfabeto hebreo". El tercero es Cadmo, con esta otra: "Cadmo llevó a Grecia las dieciséis letras del alfabeto fenicio". El último es Jesucristo, con esta otra: "Yo soy el Alfa y el Omega". No pude leer más, porque el cicerone nos llevaba de prisa a ocho visitantes, para continuar con otros ocho, y así sucesivamente, todo el día. Éste es el modo con que se visita este establecimiento, y por esto no pude detenerme allí largas horas, e imponerme de muchos objetos, como lo hice en otros. Entre uno y otro de los mencionados pilares, vi grandes mesas de mármol, jarrones y candelabros de lo mismo, de loza china y de Sèvres, donados por varios personajes, de los cuales objetos, los que me llamaron más la atención fueron dos candelabros colosales de Sèvres, de azul turquí y oro, donados por Napoleón I a Pío VII, y una gran mesa de malaquita (mármol verde-claro de Rusia), regalo de un personaje ruso al cardenal Antonelli, y de éste a la biblioteca. Entre las pinturas que vi en la sala siguiente, me llamaron la atención una copia del interior de la antigua basílica de S. Pedro, y otra de la máquina para la erección del Obelisco Vaticano; obra de mecánica complicadísima y portentosa de Domingo Fontana. En el Museo Sacro, vi muchos objetos cristianos de los primeros siglos, descubiertos en las catacumbas, como cálices de vidrio, grandes vinajeras, grandísimos anillos y cruces episcopales, multitud de lamparitas de bronce, etc. En un gabinete nos mostró el cicerone el original de [*De*] *la República,* de Cicerón, descubierto por el cardenal Mai en un palimpsesto, las carta*s* autógrafas de Ana Bolena a Enrique VIII, un *Dante* en folio[2] y un *Breviario*, *idem*, de un rey de Hungría. El *Dante* está adornado en cada una de sus llanas[3] con miniaturas coloridas de Miguel Angelo, y da a conocer el antiguo aprecio de los papas y cardenales a la *Divina Comedia*, que hasta en este siglo ha venido a ser estimada en su justo valor.[4] En la

Seth, y Genebrando, a Enoch. Otros no consideran este invento, sino como un grande esfuerzo de la inteligencia humana, al cual se llegó por grados" (Larrainzar, *Estudios sobre la historia de América*, cap. 29, § 4).

Mi opinión es la de los últimos: que en tiempo de Jacob ya se conocía la escritura alfabética, y que, como dice Court de Gebelin, "todo lo relativo al origen de la escritura alfabética, no es sino una serie de problemas más oscuros o más difíciles de resolver los unos que los otros" (*Mundo primitivo*, Lib. 5, secc. 1, cap. 2).

[2] [Rivera se refiere posiblemente a la *Divina Comedia.* SLM.]

[3] [Es decir, en cada una de sus planas. SLM.]

[4] Los jesuitas de todo el mundo enseñan hoy a la juventud, con el mismo empeño que en sus principios, los clásicos cristianos y paganos. El jesuita Lombardo ha comentado la *Divina Comedia*

antigua capilla de S. Pío V, vi dos cosas notables: un reclinatorio de encina, sin pintar, regalado por el arzobispo de Orleans a Pío IX, y el retrato de este papa pintado en vidrio por un célebre artista prusiano, regalado al Santo Padre por Guillermo IV. Es muy parecido, y especialmente las ropas del dosel y sillón, las de seda y las piedras preciosas de la tiara y anillo parecen naturales; y como dicho retrato es el cristal de la única ventana del gabinete, hace un efecto mágico.

El Jesús

Abril 5. Es la casa matriz de los jesuitas, y allí reside su general, a quien tuve el honor de visitar, como diré a V. en su lugar. En el frontis de la iglesia, está una imagen de Jesucristo con esta inscripción, tomada de S. Pablo: "El que siempre vive para interceder por nosotros". Dicha iglesia fue edificada por Santiago de la Porta, con diseño de su maestro Vignola. En 1860, el príncipe Alejandro Torlonia ha ornamentado todo su interior, desde el altar mayor hasta la puerta principal, con altas columnas, cornisón, arcos, etc., de mármol amarillo de Verona. En el crucero del *Evangelio*, está el espléndido altar de S. Ignacio, hecho con diseño del célebre jesuita arquitecto Pozzi, y adornado con cuatro soberbias columnas de mármol, incrustadas de lapislázuli. El globo del mundo que está en el cornisamento, sostenido por ángeles, es el mayor trozo de lapislázuli que se conoce. Forma la mesa del altar, la urna de bronce dorado, adornada de muchas piedras preciosas, que encierra el cuerpo del santo. El oro y las piedras preciosas de este sepulcro brillan más con la luz de veintinueve lámparas, que arden siempre de día y de noche delante de él. Pero lo más admirable de este altar es la estatua de S. Ignacio, del tamaño natural, de plata maciza, cuya casulla resplandece con innumerables diamantes, esmeraldas, zafiros, rubíes, topacios y piedras preciosas de todas clases. En el presbiterio, están los sepulcros de dos venerables jesuitas: el del cardenal Belarmino, cuya causa de beatificación oí decir que está muy adelantada, y el del P. José María Pignatelli. El cuadro del crucero de la *Epístola* representa *La muerte de*

---

con grande abundancia y erudición, y los jesuitas del Colegio Romano la enseñan a los jóvenes en la cátedra de Bellas Letras.

S. Francisco Javier; preciosa muerte y precioso cuadro colosal de Carlos Maratta.

ARCO DE TITO

Abril 5. Fue levantado por Domiciano en honor de su hermano Tito, por la toma de Jerusalem, y así lo muestra la palabra *divo* que se lee en el friso, y que no se daba a los emperadores, sino después de muertos. Uno de sus bajos-relieves representa a Tito en su carro triunfal, y detrás de él, a muchos prisioneros judíos encadenados. En otro bajo-relieve, se ve a muchos soldados romanos coronados de laurel, y llevando en sus hombros o en angarillas la Mesa de los Panes, el Candelero de las Siete Lámparas, muchos vasos sagrados y otros despojos del templo de Jerusalem.

Cerca del Arco de Tito, tiene lugar una curiosa ceremonia el día que el papa electo pasa por allí para tomar posesión del trono pontificio en S. Juan de Letrán. Los rabinos le esperan en un tablado ricamente adornado, y el principal de ellos pone en sus manos un Antiguo Testamento en hebreo. El papa lo recibe y les contesta: "En vano esperáis al Mesías que este libro divino promete; hace más de dieciocho siglos que vino; no resistáis más tiempo a la evidencia", y ruega al Señor que alumbre la ceguedad de aquellos hombres.[5]

ARCO DE CONSTANTINO

Abril 5. Fue erigido a este emperador en memoria de sus victorias, especialmente contra Majencio, y como fue formado en su mayor parte con los escombros de un arco de Trajano, la mayor parte de sus bajos-relieves se refieren a la vida de este último. Hay algunas cosas de este arco que explicar. ¿Por qué se lee en él que Constantino alcanzó la victoria *instinctu divinitatis,* y no se dice que por el poder de la Cruz? Porque, a pesar de la aparición de la Cruz, Constantino permaneció pagano muchos años, hasta su muerte, poco antes de la que, recibió el

[5] [Dicha ceremonia podría datar del siglo XVIII. En la actualidad, no se lleva a cabo. SLM.]

bautismo. En las medallas de Constantino se leen estas palabras: P.M., las mismas que leí en el Arco de Cestio, dedicado a Valentiniano I, emperador cristiano, y que quieren decir Pontífice Máximo. ¿De cuál religión eran sumos pontífices Constantino y Valentiniano? Augusto fue el primero que se hizo nombrar Pontífice Máximo, para centralizar en su persona todos los poderes. Constantino fue sumo pontífice de la religión pagana, y Valentiniano y los demás emperadores cristianos no fueron sumos pontífices, ni de la religión cristiana ni de la pagana, sino que conservaron ese título por mera fórmula. ¿Por qué se lee en este mismo arco, primero estas palabras: *Votis x*, y después estas otras: *Votis xx*? Porque Constantino fue electo emperador por los votos del Senado, primero por diez años, y después por veinte.

Carta XI

El Coliseo



Abril 5. Este nombre, mi señor condiscípulo, trae a la memoria a Roma pagana, espléndida, por su lujo, y a Roma cristiana, más espléndida, por la sangre de sus mártires y su civilización. En la arena, que existe todavía, combatieron la fuerza y la razón, la carne y el espíritu, el mundo antiguo y el mundo moderno; y la modesta cruz de madera levantada hoy en medio de esta arena atestigua el triunfo de éste sobre aquél.

Este edificio se llamaba también Anfiteatro, porque su forma oval presenta la de dos teatros unidos, y se llamó Flavio, porque lo comenzó Flavio Vespasiano y lo concluyó su hijo Flavio Tito. En la Edad Media, se llamó Coloseo, por haber sido erigido frente al Coloso de Nerón, palabra que se convirtió después en la de Coliseo. Vespasiano, después de la guerra de Judea, construyó este edificio por las manos de 12 000 judíos prisioneros y esclavos. ¡Singular destino de este pueblo! Él levantó las pirámides egipcias,[1] la obra más grande que nos queda de la remota antigüedad, y también el Coliseo, la obra más grande que nos queda de la antigua Roma. Casiodoro, en su epístola 25, dice que Tito gastó en la conclusión del Coliseo un abundante río de riquezas: *Divitiarium profusso flumine*. La dedicación duró 120 días, en los que murieron 10 000 gladiadores y 5 000 fieras. En la Edad Media, fue despojado este edificio de sus adornos y sufrió mucho, primero por los bárbaros, y después por los señores feudales, que lo convirtieron en fortaleza. En los tiempos modernos, se hicieron con los escombros caídos los mayores palacios de Roma, que son el de Venecia, el de la Cancelaria, el Farnesio y el de Rimpeta. Pío VII reforzó este edificio por

[1] [De acuerdo con la creencia popular, en la construcción de las pirámides de Egipto se habría utilizado a los judíos, idea que al parecer no tiene fundamento. SLM.]

medio de pilarones de su misma altura. León XII y Pío IX han continuado las obras de reparación, procurando que las partes arruinadas tengan una forma arquitectónica igual a la antigua, de manera que ellos habrían empleado los escombros del Coliseo no en otra cosa que en su perfecta reconstrucción.[2] Este edificio tiene 49 metros de altura, 239 de

[2] ¡Qué contraste! Los papas apuntalando con sus hombros los monumentos del paganismo, porque lo son también de la Historia y de las Bellas Artes; y los franceses derribando la Columna de Vendôme e incendiando las Tullerías y el histórico Hôtel de Ville.

Y ¿estará muy segura la catedral de *Notre-Dame*?

Los monumentos de la antigua Roma, conservados por el cuidado de nuestros pontífices, por el espacio de diez, veinte, y veinticinco siglos, ¿se habrían conservado en París?

Todos sentimos no haber conocido la Torre de Babel, a Babilonia y Nínive, y nos felicitamos de conservar las pirámides de Egipto, el único monumento de las primeras edades, que arroja mucha luz en el orden histórico y en otras líneas. ¿Las pirámides de Egipto permanecerían en pie si hubieran estado en París? Los franceses quizá las habrían destruido, diciendo lo que dijeron cuando destruyeron el Panteón de S. Dionisio: "¿Para qué es tanto muerto?"

Los franceses ponen el grito en las nubes porque nuestro arzobispo Zumárraga, a mediados del siglo XVI, quemó los monumentos aztecas; y ellos, en pleno siglo XIX, queman los monumentos de su patria. Aquel hecho fue bueno en su fin, malo en sus medios y atenuante en sus circunstancias, y este hecho ha sido malo en su fin, en sus medios y en sus circunstancias. Los franceses han destruido la Columna de Vendôme, únicamente por ser obra de los Napoleones; y los mexicanos, llamados bárbaros en Europa, hemos conservado la estatua del imbécil Carlos IV, aunque haya sido obra de los españoles, y la estatua de Morelos, aunque haya sido obra de Maximiliano. La municipalidad de París, desconociendo la filosofía de su historia, en su decreto de demolición, llama a la Columna "monumento de una gloria efímera". Con la misma razón, podría haber llamado *efímera* la gloria de las campañas de Alejandro. Ellas no duraron más que doce años, y por eso estaban profetizadas en el libro de Daniel bajo el símbolo del *cobre* de la estatua de Nabucodonosor II, porque este metal produce un sonido hermoso, pero pasajero (S. Gerónimo, cit. por Alápide, *Dan.* 239). Duraron poco, pero en ese poco tiempo redujeron a la unidad al mundo antiguo, por medio de la difusión de la lengua y civilización griegas, y prepararon el campo para otra unidad y civilización infinitamente más grande y provechosa: la unidad y civilización de Cristo. En Alejandro y Napoleón I, no debe verse la sola espada, sino la ejecución de los principios.

México ha aceptado y levantado la estatua de Morelos en la Avenida de los Hombres Ilustres, y únicamente le borró esta inscripción que tenía al pie: *Dejó el cáliz y empuñó la espada*, porque esta inscripción era despreciativa de la cosa más augusta y poderosa, aun en el orden político; porque ella entrañaba un pensamiento falso, contradicho por la religión, por la historia y por la filosofía; porque ella desconocía la ruta del genio, quien no va por los caminos ordinarios, por los que vamos y debemos ir los hombres comunes, y en fin, porque dicha inscripción era contradictoria con la estatua, en la que está representado el héroe con sotana, manteo y espada.

Pero cuando hablo de los *franceses* no hablo de *Francia*. ¡Oh! Francia es un nombre que quiere decir mucho. Hablo de una pequeña minoría ignorante, salvaje y arrebatada por un vértigo. Es verdad que Francia está debilitada, porque, enervada en el principio de la vida por el indiferentismo religioso, por una consecuencia natural, se ha enervado también en la ciencia, en la literatura, en la moral, en la política, en el valor militar y en los demás pensamientos y sentimientos, de que aquél es la fuente. Para que todo hombre que estudia la política con solidez, sin telas en los ojos y sin preocupaciones en el corazón, se convenza de que el sentimiento religioso es la base del orden, del poder y del asombroso progreso en todas líneas, entre muchos hechos históricos, basta citar uno solo: la Compañía de Jesús. Es verdad que Francia está en decadencia;

circunferencia interior en la arena, 592 metros, 43 centímetros, de circunferencia exterior, y en él cabían 107 000 espectadores.[3] En su exterior, el primer cuerpo es un doble pórtico de orden dórico, el segundo es otro doble pórtico de orden jónico, el tercero es un pórtico de orden corintio, y el cuarto es un muro con columnas y ventanas, también de orden corintio. Estos pórticos servían para que paseasen los espectadores, y a cada uno de los ochenta arcos del pórtico del primer cuerpo, correspondían otras tantas escaleras, cuyos números se ven todavía, para que los espectadores subiesen con orden y comodidad a su lugar respectivo. El Coliseo tiene dos grandes puertas; por una entraban los gladiadores y máquinas necesarias, y por otra los bestiarios, es decir, los que iban a ser entregados a las bestias. Yo, siguiendo el ejemplo de otros viajeros, besé esta puerta, por la que entraron tantos mártires.

En el interior, en la parte más baja, se ven las ruinas de las jaulas subterráneas de las fieras, y de las puertecillas por donde eran introducidas. Había otras dos puertas pequeñas, correspondientes a otros tantos pasadizos; la una se llamaba la *Sanavivaria*, o puerta de los vivos, por la que salían los gladiadores que habían tenido la suerte de quedar con vida, y la otra se llamaba *Libitinalis*, o puerta de los muertos, por la que sacaban los cadáveres o los huesos de los muertos. Esta puerta conducía a la Sala de los Despojos, donde eran depositados dichos cadáveres y huesos. Los cristianos, que estaban ocultos en todas partes, y especialmente los parientes de los innumerables sirvientes del Coliseo, extraían con piadosa sagacidad estos queridos restos y los sepultaban en las catacumbas. En la misma parte baja estaba la vivienda de los bufones y las prostitutas. Sobre estas piezas y sobre las jaulas de las fieras,

pero para negar su mérito supremo, sería necesario destruir la historia y hasta la razón. Esta gloriosa nación lleva en sí misma, en su naturaleza intrínseca, el principio de su renovación. El talento es una llama que arde en el cerebro; una lámpara que arderá en dondequiera que se le ponga. La lámpara ha sido puesta bajo el celemín; pero reaparecerá muy pronto con su antiguo resplandor. El sol se ha ocultado en Occidente; pero se levantará mañana.

Estas reflexiones me han ocurrido hoy, 11 de julio de 1871, en que doy a la prensa esta carta, al ver con dolor, por una parte, desconocido por muchos el mérito de los pontífices romanos, y por otra, las decepciones y el vandalismo de París del último mayo. No soy político, pero desde mi retiro, a la querida sombra de un antiguo monasterio, a la vista de enhiestas e históricas montañas, que parecen inspirar, contemplo la marcha política de mi patria y de las demás naciones, y juzgo de los hombres y de las cosas según mi pobre criterio.

[3] [Jorge Gutiérrez dice que su cupo máximo era de 50 000 personas ("Inicia la cuenta regresiva para restaurar el Coliseo", p. 12). SLM.]

estaba el *podium,*[4] que era un semicírculo de palcos suntuosísimos, con doseles y sillones para el emperador, la familia real, el Senado, los cónsules, el pretor, las vestales y sus respectivas familias. En lo restante del semicírculo, están las ruinas de los asientos de los músicos. Seguían para arriba tres órdenes de gradas, elegantemente ornamentadas; en el primero y segundo, se sentaban los caballeros, y en el tercero, las damas nobles. Los abominables efebos tenían también asiento distinguido en los banquetes y en los espectáculos. En la parte más alta, se sentaban los plebeyos. Este anfiteatro no estaba a cielo descubierto, sino cubierto con el velario, que era un velo color de escarlata, bordado de estrellas de oro, en forma de inmenso y esplendidísimo pabellón, para impedir el sol y la lluvia; y todavía se ven las señales de las pértigas que servían para sostenerlo. Me mostraron algunos huecos donde estaban los tubos de bronce, embutidos en el muro, los que arrojaban agua de esencia de rosas, que, bajando, humedecía, refrescaba y perfumaba a todos los espectadores. Como dice Séneca el naturalista, este perfume era necesario para impedir el mal olor y vahídos que producen los espectáculos de sangre. Dice el mismo autor, en su epístola 85, que los bufones eran cien, y los músicos mil.

En el centro de la plaza se colocaba un altar portátil, sobre el que los pretorianos tenían de los pies y de las manos a un prisionero. Se presentaba el flamen o sacerdote, con su tiara y su cuchillo, degollaba a la víctima, y todos batían palmas, porque ya se podían comenzar los juegos.[5] Entraban los bestiarios, y unas veces uno a uno, y otras, en grupos, eran devorados por las fieras. Concluido este juego, seguía el de los gladiadores, que eran a millares, y los más, galos. Salían de par en par, sin más vestido que una enagüilla de lino blanco y botines azules, recorrían la arena con gallardía, se presentaban delante del emperador y le decían: *Cesar, morituri te salutant:* "César, los que van a morir te saludan"; y si tenían gracia hasta para caer, la concurrencia aplaudía. Acabado el combate de los hombres con las fieras, y de los hombres, unos con otros, seguía el de las fieras, unas con otras. Se daba salida a un tiempo a los leones, los tigres, las panteras, las hienas, los

[4] Estaba en la cabecera del Coliseo, como dice Horacio en su epístola 1.ª, v. 6: *extrema exoret arena*.

[5] Visto esto entre los civilizadísimos romanos, ¿por qué negar a los aztecas su grande civilización, y llamarlos salvajes porque hacían lo mismo?

osos, los elefantes, y a muchísimas fieras diversas, hasta quinientas, dice Dion Casio; había horribles rugidos y carnicería, y los leones africanos eran por lo regular los únicos que quedaban vivos. Los emperadores y magistrados tenían cuidado de proveer de fieras el Coliseo, y según refieren Plinio y otros historiadores, Pompeyo donó 600 leones, 410 panteras y 20 elefantes; Julio César, 400 leones; Servilio, 300 bestias de África y 300 osos de los Alpes, y aun el dulce Tito dio en un día 5 000 fieras, y el buen Trajano, 10 000 durante unos juegos. Después, en muy poco tiempo, el centro del Coliseo quedaba lleno de agua, que venía de los vecinos estanques de Nerón, y seguía la representación de las famosas batallas navales de los romanos: de Cartago, Actium, Alejandría, etc. Últimamente, se ha descubierto la antigua comunicación subterránea de este anfiteatro con el Palacio de los Césares.

A mediados del siglo pasado, S. Leonardo de Portu-Mauricio estableció la práctica del Vía crucis, levantó una cruz de madera en medio de la arena del Coliseo, y edificó al derredor de ella catorce celdillas, dentro de las que están las conocidas pinturas de la Pasión de Jesucristo para meditar en ella. Todos los viernes del año, se reza allí el Vía crucis, dirigido por un franciscano, quien dice antes una breve plática. Yo lo recé dos veces; una de las pláticas fue sobre la caridad con los prójimos, admirable palabra que contrastaba con los profundos odios y carnicería, de que en otro tiempo había sido víctima en este lugar la pobre humanidad. Los protestantes asisten también al Vía crucis, y aunque no lo practican, están con la seriedad que exige la urbanidad y que caracteriza a los ingleses. En nuestro *Breviario*, encontramos con frecuencia mención del Coliseo, y pueden verse, entre otras lecciones, las de S. Ignacio Mártir, el 1.º de febrero, y las de los SS. Primo y Feliciano, el 9 de junio.

Arranqué un trocito de ladrillo del Coliseo y lo conservo. Muchas veces estuve en este lugar, pues siempre que pasaba cerca de él entraba a descansar un rato. Allí se presentaba a mi imaginación el interior de este edificio, con su antiguo esplendor y concurrencia; todo de mármol blanco, adornado con multitud de estatuas de mármol y de bronce y con su rojo pabellón o velario, que despedía una luz rojiza sobre todos los espectadores y un perfume parecido al néctar de los inmortales. Allí recordaba a Trajano, a Adriano, Marco Aurelio y demás grandes emperadores romanos. Allí me parecía ver a los seiscientos senadores, con

sus togas rojas y sus bastones de marfil; a los cónsules, con sus lictores; a los patricios y patricias en crecidísimo número, vestidos con la seda de la Persia y de China y con la púrpura de Tiro, y resplandecientes con el oro, los diamantes, esmeraldas, rubíes, topacios y ametistos;[6] aquellas mujeres, nobles y plebeyas, con los pechos descubiertos y algunas veces enteramente desnudas; aquella orquesta de mil músicos; la púdica vestal, poniéndose en pie y señalando con el dedo el gladiador que se había de degollar; aquellos 107 000 espectadores batiendo palmas, golpeando con el pie el pavimento o poniéndose en pie y agitando la toga, que eran los diversos modos de aplaudir; en fin, Roma entera, reunida en este lugar, ebria de vino, de lujuria y de sangre: la prostituta del *Apocalipsis*, vestida de escarlata y adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas, y embriagada en la sangre de los mártires de Jesús.[7]

Hoy no se ve más que algunas palomas y tordos que tienen sus nidos en las ruinas del Coliseo, que revolotean sobre el inmenso edificio y que a veces vienen a pararse sobre los restos del *podium* de los Césares; claro testimonio de que son pasajeras todas las grandezas humanas.

[6] [Amatistas. Rivera escribe la forma grecolatinizante. En griego se decía *amethistos*, y en latín, *amethystus*. SLM.]

[7] *Apocal.*, 17: 4, 5 y 6.

Carta XII

Ermita de *Domine*, *¿quo vadis?* Valle de Egeria. Templo de S. Urbano. Estatua de Pasquino. Iglesia de S. Agustín. Mausoleo de Augusto. Iglesia de S. Roque



Ermita de *Domine, ¿quo vadis?*

Abril 9. En este día, el Sr. D. Javier Angelini y yo salimos por la Puerta de S. Sebastián, que es la misma antigua Puerta Capena, llamada así porque por ella se salía para Capua. A poco, encontramos dicha ermita, que tiene el título referido, por este hecho, consignado en una tradición piadosa, de la que da testimonio S. Ambrosio y declara una inscripción que leí dentro de ella. Hallábase S. Pedro preso por Nerón en la cárcel de Anco Marcio, y aunque no tenía obstáculo alguno para salirse de ella, porque había convertido y bautizado hasta a los carceleros Proceso y Martiniano,[1] deseaba permanecer allí con los ardientes deseos de la corona del martirio. Sin embargo, cediendo a las instancias de los cristianos, que le rogaban con lágrimas viese por la utilidad de la Iglesia conservando su vida, se salió una noche de la cárcel y de Roma. Iba por la Vía Apia, por la misma que había venido a Roma hacía veinticuatro años, cinco meses y días, y allí se le apareció Jesucristo con la cruz a cuestas. El apóstol le preguntó: *Domine, ¿quo vadis?:* “Señor, ¿a dónde vas?”; Jesucristo le contestó: *Eo Romam iterum crucifigi:* “Voy a Roma a ser crucificado otra vez”. S. Pedro comprendió el enigma, recordó la profecía de su divino maestro relativa al género de su muerte,[2] se volvió a Roma, se presentó a Nerón, y Jesús, dice S. Ambrosio, fue crucificado otra vez en la persona de su vicario. Vi dentro de la ermita las anchas losas de la antigua Vía Apia, y

[1] Este hecho no está consignado en la sola tradición, sino en las *Actas de los mártires*; el hecho tradicional es el siguiente, que pasó en la Vía Apia.

[2] *Joann.*, 21: 18.

besamos una lápida de mármol con su inscripción, que está en el lugar donde estuvo parado Jesucristo.

VALLE DE EGERIA

Abril 9. La fértil campiña romana, sembrada de amapolas rojas, iguales a las de México, el Almone, arroyo cantado por los poetas latinos, los olmos, los árboles de sauco y el gorjeo de las aves, que no oía hacía mucho tiempo, me recordaron a mi querida patria: los ejércitos de palmas cimbradoras, los azulados lagos, las bandadas de verdes papagayos, los mitrados cardenales, que ostentan en su plumaje la púrpura de Tiro, los madrugadores, que cantan en la aurora antes que ninguna otra ave, y a cuya música vamos despertando dulcemente, los cenzontles, los colibríes, los cuitlacoches, los pescadores, los carpinteros, los magalones y el clarín de las selvas de México. Éste fue uno de los días más deliciosos que tuve en Roma. Entramos en el Bosque Sagrado, en el que hace veintiséis siglos que Numa, en la suprema exaltación del sentimiento religioso, creía tener coloquios con la ninfa Egeria. Está en una colina y se compone de sesenta encinas, vueltas a plantar cuidadosamente, y tan entrelazadas, que, a pesar de ser las doce del día, no penetraban allí los rayos del sol. Corté unas hojas de encina, que conservo, bajamos la colina, seguimos el curso del Almone, que corre entre dos hileras de amapolas, y entramos en un templo pagano arruinado, bajo cuya bóveda el arroyo cae en dos trozos y forma un estanque, que se llamaba en la antigüedad y se llama hasta hoy la Fuente de Egeria. El Almone sigue corriendo hasta juntarse con el Tíber, y dice Ovidio que en su confluencia los sacerdotes de Cibeles lavaban todos los años, en cierto día, la estatua de la diosa y los vasos sagrados.

TEMPLO DE S. URBANO

Abril 9. Subimos otra pequeña colina y entramos en la iglesia de S. Urbano. Ésta era un antiquísimo templo de Baco, como dicen los inteligentes que lo demuestra una inscripción en griego que vi allí. Este templo estaba ya arruinado en el siglo I de nuestra era, y entre sus ruinas,

hicieron los cristianos la puerta de unas catacumbas, que llegaron a comunicar con las de S. Sebastián, y en ella sepultaron el cuerpo de S. Urbano I, en cuyo honor fue reedificado el templo de Baco, después de Constantino. Estas catacumbas de S. Urbano fueron visitadas y veneradas hasta el siglo pasado, en que fueron cerradas, lo mismo que la mayor parte de las demás, por las muchas desgracias que sucedían dentro de ellas. Muchos estudiantes salieron una tarde a pasear en comunidad, tuvieron la imprudencia, propia de su edad, de meterse sin guía en estas catacumbas de S. Urbano, y se perdieron todos dentro de ellas. El custodio nos mostró dentro de la iglesia la antigua puerta de estas catacumbas, murada.

ESTATUA DE PASQUINO

Abril 10. Vi detenidamente ésta, que es una estatua griega de Menelao, mutilada y colocada en uno de los ángulos exteriores del palacio Braschi. Se ha llamado de Pasquino, porque fue descubierta en el siglo XVII, bajo el pavimento del taller de un sastre llamado así, el cual tenía la costumbre de satirizar a todos los que pasaban por allí. Por una analogía, los romanos comenzaron a fijar al pie de esta estatua sátiras anónimas, que se llamaron en italiano *pasquinos*, y en castellano pasquines; costumbre que dura hasta hoy.

IGLESIA DE S. AGUSTÍN

Abril 10. Vi seis cosas más notables: 1.ª, la cúpula, construida en 1484 por Baccio Pintelli, la primera que se levantó en Roma; 2.ª, el cuerpo de Sta. Mónica, dentro de una preciosa urna de verde antiguo; 3.ª, el *Isaías* de Rafael, con el que éste quiso sobrepujar al que Miguel Angelo había pintado en la Capilla Sixtina; 4.ª, los frescos que está pintando Gagliardi,[3] llamados "estupendos" por los artistas; 5.ª, la *Madona del parto,* a quien se encomiendan las mujeres en el tiempo de la gestación, y a cuyo derredor vi muchos devotos; y 6.ª, el sepulcro del

[3] [Pietro Gagliardi (1809-1890), pintor italiano. SLM.]

cardenal Impercali: la Fama levanta la lápida de la urna, un cisne sale volando, y la muerte está en actitud de admiración.

MAUSOLEO DE AUGUSTO

Abril 10. Era un estupendo terraplén circular, semejante a la Mole Adriana, cubierto exteriormente de mármol, y plantados en él tantos árboles, que formaban un bosque. Sus copas, siempre verdes, dice Estrabon, hacían una bella armonía con el muro de mármol blanco que los ceñía. El mausoleo remataba en la estatua colosal de Augusto. Bajo el bosque, es decir, en el centro de la mole estaba el sepulcro de dicho emperador, y en derredor, muchas celdillas, que encerraban las cenizas de muchos de sus sucesores hasta Nerva. Adornaban la entrada de este mausoleo dos obeliscos egipcios, de los que, uno está hoy en la plaza de Sta. María la Mayor, y otro en la del Quirinal. Hoy no existe más que parte de la mole y algunas celdillas subterráneas, que visité guiado por el custodio, quien llevaba un hachón; bajamos por una escalera de cordones, de las de los antiguos romanos. En parte del local del antiguo mausoleo está hoy una plaza de pobres espectáculos, que también vi; por algún tiempo fue de toros, hasta que prohibió este espectáculo Pío VIII.

IGLESIA DE S. ROQUE

Estuve algunas veces en ella, por estar cerca de mi casa. No contiene ninguna cosa muy notable, porque, aunque es de tres naves y está adornada de mármoles diversos y magníficas pinturas, esto es una cosa común en Roma. No pienso hablar a V. de muchísimos templos de la Ciudad Santa, porque sería cosa muy larga. Tengo el gusto de hablarle de S. Roque en este lugar, porque probablemente está edificado en la antigua área del mausoleo de Augusto.

Después de mi viaje:[4] Sí existe allí un monumento notable para todo mexicano, y es el sepulcro del excelente literato y escritor Sr. Munguía,

[4] [Lo que Rivera escribe en seguida es una reflexión agregada posteriormente. SLM.]

arzobispo de Michoacán, mi amado maestro. A diversas personas que han venido de Roma, he preguntado por la forma y epitafio de este sepulcro, y no me han dado razón. Este grande hombre tuvo toda su vida una grande pasión por la ciudad de Cicerón, de Virgilio y de los papas, como lo manifiesta en sus obras. Próximo a morir, se hizo trasladar a ella y descansa a la orilla del Tíber, en la que está exactamente el templo de S. Roque. Hay hombres semejantes a los antiguos gladiadores romanos: que tienen gracia hasta para morir.[5]

[5] [En *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, escribe Rivera que el 14 de diciembre de 1868 murió Clemente de Jesús Murguía en el Palacio Borghese, de Roma. SLM.]

Carta XIII

Templo de Rómulo y Remo. Templo de Antonino y Faustina. Columna de Marco Aurelio. Aniversario de la vuelta del papa. Galería Barberini. Galería Rospigliosi. Repartición de palmas en S. Pedro



Templo de Rómulo y Remo, o sea iglesia de S. Cosme y S. Damián

Abril 11. Esta iglesia se compone de un vestíbulo circular y una pequeña nave cuadrilonga. El vestíbulo fue el antiguo templo edificado a Rómulo y Remo por Constantino. Es, por lo mismo, uno de los muchos monumentos que comprueban la vacilación en que estuvo Constantino, hasta los últimos días de su vida, entre el paganismo y el cristianismo, y que edificó templos, no sólo a los santos del cristianismo, sino también a los dioses y semidioses del gentilismo. La nave fue construida por S. Félix IV, quien la comunicó con el pórtico y dedicó la iglesia a S. Cosme y S. Damián. Lo más notable de ella es el gran mosaico que está en la pared del fondo, y que, a pesar de tener más de trece siglos, está como si se hubiese hecho ayer.[1] Lo vi detenidamente e hice algunos apuntamientos, porque, además de otras preciosidades, sirve para el estudio de los trajes del siglo VI. Contiene siete figuras colosales: Jesucristo, el papa S. Félix, dos presbíteros, S. Cosme, S. Damián, S. Teodoro y dos palmas de dátiles. El Salvador está con túnica, manto y sandalias, como se pinta hoy. S. Félix tiene tonsura como la de nuestros monjes, túnica azul, toga romana amarilla, debajo de la que, saca las manos y presenta a Jesucristo la imagen de una iglesia. Sobre la toga tiene una cogulla blanca y el palio, que es un ancho listón sobre los hombros y llega hasta el borde

[1] Era la época en que los bárbaros habían cubierto el mundo con un sudario, y estábase en las tinieblas de la Edad Media. Éste es uno de los monumentos que prueban la solicitud con que los papas y los obispos (y después los monjes) salvaron el arte del mosaico, en el naufragio de las Letras y Bellas Artes en esa edad.

de la túnica, es blanco y tiene tres cruces negras; tiene medias blancas y zapatos bajos negros, de cuero, sujetos con tres correas, y sobre ellos, una cruz blanca. Los presbíteros tienen tonsura como nuestros monjes, túnica y manto blancos y sandalias sin medias. S. Cosme, S. Damián (médicos griegos del siglo III) y S. Teodoro tienen túnicas y mantos amarillos y zapatos negros, de cuero, altos, hasta las rodillas.

Los antiguos romanos tuvieron el feliz pensamiento de grabar en el pavimento de mármol blanco del templo rotondo el plano de Roma, como estaba en tiempo de Constantino; interesante monumento, que vi en el Museo Capitolino y que prueba la antigüedad del uso de los planos.

TEMPLO DE ANTONINO Y FAUSTINA

Abril 11. Se llama así porque fue erigido por el Senado a Antonino Pío y a su esposa Faustina, a mediados del siglo II. Lo más notable que contiene son las seis columnas de cipolino de su frontis, que son las mayores que se conocen de ese mármol y sostienen un cornisón de mármol blanco.

COLUMNA DE MARCO AURELIO

Abril 11. Esta columna, ornamento hermosísimo de la plaza Colonna, fue erigida por el Senado y el pueblo a Marco Aurelio, por sus hazañas y victorias de los hunos, zuavos, vándalos, alanos, marcomanos y otros bárbaros del Norte, las que se ven representadas en los bajos-relieves, de que está cubierta en espiral, desde su base hasta su capitel. Allí está representada la célebre victoria alcanzada por los romanos de los marcomanos, mediante un aguacero, que dio a aquéllos su agua, y a éstos, granizada y rayos; suceso que Marco Aurelio atribuyó al dios de los cristianos, obtenido por la oración de la legión armenia cristiana, llamada por esto Fulminante. Se ve allí a los sedientos romanos recibiendo el agua en la boca y en el morrión, y también a Júpiter Pluvio, a quien el Senado y el pueblo atribuyeron este prodigio. Esta columna tiene 44 metros, 471 milímetros, de elevación, y 190 gradas en su escalera interior

espiral, es toda de mármol blanco, y del orden dórico. Antes, remataba en la estatua colosal de M. Aurelio, de bronce dorado, pero, habiendo sufrido mucho esta estatua con un incendio y con un rayo, Sixto V la quitó y colocó en su lugar la estatua de S. Pablo, también colosal, de bronce dorado, y dedicó la columna al apóstol.

Muchísimas veces pasé por la plaza Colonna, por estar cerca de mi casa, y miré esta columna; pero en este día subí a su cúspide y contemplé desde allí toda Roma. Esta columna está en pie hace diecisiete siglos. Ha resistido al incendio, al rayo, al huracán, a las guerras, a los terremotos, y se ríe del Tiempo, que pasa sobre ella con su guadaña inútil. Ella vio morir a su bella Roma, la Roma que la levantó, la Roma de Augusto y de Marco Aurelio. Ella ha visto pasar a sus pies al imperio romano, a los bárbaros del Norte, a los señores con sus castillos, a las Cruzadas, a las repúblicas italianas con sus güelfos y gibelinos, al imperio griego, a León X con su siglo, a Luis XIV con el suyo, a Voltaire con el suyo, y verá pasar también el siglo de Napoleón I, de Chateaubriand, de Lamennais, de Lacordaire, de Balmes y de Pío IX.

La Columna Antonina es además un libro.[2] Una columna lisa es un monumento que se dibuja en el azulado cielo, que sobresale mucho de una ciudad, la embellece en gran manera y recuerda algún hecho a las edades venideras; pero una columna revestida de bajos-relieves no es sólo un monumento, sino un escrito en el idioma jeroglífico; es una historia de piedra, una página inmortal.

Aniversario de la vuelta del papa

Abril 12. Después del *Ave María*, recorrí una gran parte de la ciudad. Los templos, los palacios, las casas, las columnas, los barcos del Tíber, y toda Roma estaba iluminada en muchas partes con luces de colores, llamadas fuegos de Bengala. Se celebraba el aniversario de la vuelta del Santo Padre de su destierro, el 12 de abril de 1850. El gentío era inmenso y apiñado; en las bocacalles había soldados de infantería para arreglar el tránsito de los de a pie, y soldados de caballería para arreglar el tránsito de los coches, que formaban una serie no interrumpida. La alegría era

[2] [La Columna de Marco Aurelio se conoce también como Columna Antonina. SLM.]

general, y entre las ocho y nueve de la noche, Pío IX recorrió Roma en su coche iluminado, bendiciendo a su pueblo en medio de aclamaciones.

GALERÍA BARBERINI

Abril 13. El Palacio Barberini fue edificado por el papa Barberini (Urbano VIII) con arquitectura del Bernini. Cuadros que me llamaron más la atención: *La Gloria Barberini,* gran fresco en la bóveda de una de las salas, y la mejor de las obras de Pedro de Cortona; *Fornarina,* de Rafael; *Censi,* del Guido; *Piedad,* de Miguel Angelo; *Jesús en el huerto,* del Correggio; *Paraíso,* del Dominiquino; *Sofronisbe*, de Guercino, y *Jesús entre los doctores,* de Claudio Lorenes.

GALERÍA ROSPIGLIOSI

Abril 13. El Palacio Rospigliosi, situado en la plaza del Quirinal, fue edificado por Mazarino con arquitectura de Carlos Maderno, sobre las termas de Constantino. Cuadros que me llamaron más la atención: *La Aurora,* gran fresco en la bóveda de una de las salas, y la primera de las obras del Guido; vi a cuatro que la estaban copiando separadamente; retratos de Tiziano y de Andrés del Sarto, hechos por ellos mismos; otro *Paraíso* y *David vencedor de Goliat*, del Dominiquino, y *Sansón destruyendo el templo,* de Luis Caracci.

REPARTICIÓN DE PALMAS EN S. PEDRO

Abril 14. Domingo de Ramos. Vi al papa repartir las palmas en S. Pedro, y por segunda vez en la silla gestatoria; la primera, lo había visto en la fiesta de la Anunciación, en la Minerva, el 25 de marzo. Tanto en esta fiesta como en las demás a que asistí en la basílica de S. Pedro, vi que mientras un cardenal o el mismo papa celebraba la misa allá, bajo la cúpula, acá, en el cuerpo de la iglesia, todos platicaban en voz alta: unos en pie, en grupos, otros sentados en las bases de las columnas y otros paseando, como en un salón de baile; vi pasear dos señores, dos

señoras y un señor y una señora, en muchas parejas. Digo a V. “todos”, para comprender a todas las clases de la sociedad, y aun los guardias nobles, que forman la policía del templo, platican muy elegantemente con las señoritas. A la hora de alzar, todos doblan la rodilla, pero luego siguen platicando y paseando, como siempre, a pesar de ser los momentos más santos del sacrificio. Los papas miran esto con dolor, pero tienen grandes dificultades para remediarlo.[3]

[3] [En el original, está la nota “Véase lo que he dicho en la página 45”, al parecer, en forma equivocada. Esa página contiene el final de la Carta VII y el inicio de la Carta VIII. SLM.]

Carta XIV

Las catacumbas de S. Calixto[1]



Abril 15 y mayo 7. Un día, un emperador había subido al Capitolio, coronado de laureles, llevando a su ejército victorioso, sesenta mil prisioneros encadenados detrás de su carro e inmensos trofeos y riquezas. Toda Roma, con su Senado, sus cónsules, sus vestales, su orden ecuestre y su pueblo, estaba congregada allí, ofreciendo un solemne sacrificio. Y he aquí que, de repente, se presenta junto al altar un anciano pescador de Galilea, llamado Pedro, y dice a los romanos: "No ofrezcáis sacrificio a los dioses inmortales, los dioses inmortales son una mentira. Dios murió". Ellos le contestan: "¡Cómo Dios murió! Los dioses son inmortales, ¿cómo pueden morir?" Esto pareció una locura.[2] Y crucificaron a aquel anciano en la cumbre del Janículo, porque decía que Dios había muerto. Y por el mismo motivo, degollaron en el camino de Ostia a otro anciano curtidor de Tarsis, llamado Pablo. Y se entabló una lucha violenta de tres siglos.

Hasta allí, el mundo había tenido límites para el hombre. Los más ambiciosos conquistadores no habían podido más que recorrer una pequeña parte de él. Semiramis y Ciro se habían perdido en los hielos de Escitia. Cambises había visto perecer su ejército en los arenales del África y se había vuelto a Persia. Asuero había huido de Maratón, y Jerjes de Salamina, y no había podido conquistar a Grecia. Alejandro no había podido conocer el Tíber ni el Ganges. Apenas había llegado hasta el Hidaspo, había erigido allí un monumento a los dioses, y se había vuelto desconsolado; monumento más bien de su impotencia. Aníbal había contemplado cinco días a Roma con embelesamiento,

[1] Alápide habla de las catacumbas *in Hebr.*, 11: 38.

[2] *Gentibus autem stultitiam* (*I Cor.*, 1: 23).

y se había vuelto con tristeza a Cartago. Julio César no había podido penetrar en los desiertos de Britania (Inglaterra). Trajano, parado en la orilla del mar de la India, al ver a lo lejos una nave que iba a este país, diría suspirando: "¡Ah! Si yo fuera joven, llevaría la guerra a la India". Los romanos habían llegado hasta el estrecho de Gibraltar y habían dicho: *Non plus ultra:* "No podemos más: Hasta aquí". Pero para los apóstoles del Dios muerto no hay "Hasta aquí"; no hay murallas, no hay ríos, ni desiertos, ni arenales, ni hielos, ni mares. Ellos no tenían carros, ni caballos, ni armas, ni dos túnicas, ni bolsa de dinero, ni alforja de bastimento, ni calzado;[3] no tenían más que el nombre de su dios: *Hi in curribus, et hi in equis; nos autem in nomine domini dei nostri invocabimus.*[4] Y el Dios muerto ha civilizado al mundo, y un niño de escuela conoce hoy lo que no podía conocer la sabia Roma. Preguntado: Siendo Dios inmortal, ¿cómo pudo morir?, responde: Porque junto con ser Dios era también hombre mortal.

Estos hombres extraordinarios formaban una sociedad secreta, extendida por todo el mundo entonces conocido y cuyo centro estaba en Roma. Habitaban bajo la tierra. Allí oraban y ofrecían sobre las tumbas de sus hermanos el sacrificio del Dios muerto, y de esta santa necrópolis salían a conquistar el universo. Ellos no llevaban más que dos cosas: la luz en el entendimiento y un amor sin límites en el corazón; pero estas dos cosas dominaron siempre al mundo.

[De] esta santa necrópolis, mi amado condiscípulo, llamada las catacumbas, es de lo que voy a hablar a V. en esta carta.

Las catacumbas eran cincuenta, pero no están visibles más que las de S. Calixto, las de S. Pancracio (de las que tendré el gusto de hablar a V. en su lugar), las de Santa Inés y alguna otra; las demás están muradas, por los motivos que dije a V. al hablar de las catacumbas de S. Urbano.[5]

Las catacumbas de S. Calixto tienen dos partes que se visitan: la una está en la campiña romana, al cargo de un custodio secular, y la otra tiene la puerta dentro de la basílica de S. Sebastián, y está cuidada por los franciscanos del convento contiguo a dicha basílica. Aquélla tiene en la puerta esta inscripción: "Entrada al cementerio de S. Calixto", y

[3] *Luc.*, 10: 4.
[4] Salmo 19: 8.
[5] [Dice Rivera en la Carta XII que las catacumbas de San Urbano fueron clausuradas porque sucedieron en ellas muchos accidentes. SLM.]

ésta tiene en la basílica esta otra: "Éste es el cementerio de S. Calixto Papa y Mártir". Las dos partes tuve la dicha de visitar: aquélla, el 15 de abril (Lunes Santo), en compañía del Sr. Angelini, y ésta, el 7 de mayo, en compañía del Sr. presbítero D. Luis González Domínguez,[6] de un inglés y de su esposa. Antes de estas visitas, obtuve, por el favor de los SS. Angelini, el billete necesario, y llevamos las velas de cera mandadas en el mismo billete. De una y otra visita, hablaré a V. en esta carta, diciéndole antes algo sobre la interesantísima materia de catacumbas, que he estudiado en los pocos autores que tengo, así como los mismos estudiaron la materia en los que escribieron antes de ellos.

Lo que son las catacumbas. Ésta es una palabra derivada de otra griega, que significa "subterráneo profundo".[7] Son, pues, unas habitaciones subterráneas profundísimas y larguísimas, en forma de sendas y cuartos. Algunas tienen algunas leguas de longitud, como la que llegaba al puerto de Ostia, distante de Roma cinco leguas. Ya se sabe lo que en nuestro idioma significa la palabra *senda*: un camino angosto, por el que no pueden andar dos de frente, sino que tienen que ir uno tras otro. Estas sendas o ambulatorios tienen el suelo, en partes, horizontal, y en partes, en suave declive; son abovedadas, y de altura, por lo regular, como de tres varas. A los lados había sepulcros contiguos de adultos y de niños, unos encima de otros, desde el suelo hasta la bóveda. En nuestros sepulcros, se coloca el cadáver con los pies hacia la lápida, y por lo mismo, ésta es pequeña y cuadrada; en aquéllos, se colocaba el cuerpo con un lado hacia la lápida, y por lo mismo, ésta era del tamaño del cuerpo, es decir, cuadrilonga. Extraídos los restos y las lápidas en el espacio de muchos siglos, no quedan hoy en gran parte más

[6] Tuve amistad con este eclesiástico español de excelente talento, y he hecho mención de él en mi *Visita a Londres* y en la 1.ª de estas cartas. Ha permanecido algunos años en Roma, estudiando el derecho canónico, el griego y el hebreo en el Colegio Romano. El Sr. D. Manuel J. Guerra, vecino de esta ciudad de Lagos, que ha hecho su viaje después que yo, por Europa, Asia y África, es decir, en 1870, estuvo en Roma con el Sr. González Domínguez, y me ha dicho que hizo buenos recuerdos de mí. ¡Buen chasco me habría yo pegado si hubiera dicho que había visitado las catacumbas de S. Calixto con el Sr. González Domínguez, sin haber sido cierto! Todo viajero que dice falsamente haber visto o hecho alguna cosa en el extranjero, confiado en que por la distancia del lugar nadie le averiguará la mentira, manifiesta no tener talento ni experiencia de mundo; porque, referido un hecho falso en materia grave, resultan tantas incoherencias que se rompe por diversas partes la red, por más hábiles que sean las manos que traten de formarla. Por esto, digo frecuentemente en mis libritos de viaje: "No visité esto porque no tuve tiempo".

[7] Monlau, *Diccionario etimológico*, Verb. Catacumbas.

que los lóculos, es decir, los lugares donde estuvieron dichos restos, que son unas aberturas cuadrilongas hechas en la tierra. Después de recorrer muchos ambulatorios, se encuentra un cuarto o cripta,[8] en la que se celebraba la misa. Las criptas tienen, por lo regular, como cinco varas en cuadro, son más altas que los ambulatorios y están rodeadas de lóculos. Los incansables cristianos, aquellos hombres nuevos y portentosos, llegaron a comunicar muchas catacumbas, haciendo de todas una especie de ciudad subterránea. Estaban ventiladas por las corrientes de aire que entraba por las diversas puertas, y por grandes agujeros abiertos en la superficie de la tierra. Paseando por algunas villas y por la campiña romana, me mostraron dos de estos hoyos, resguardados con cercas de maderos, para que no cayesen allí los hombres y los animales. En las dos catacumbas que visité, respiré un aire fresco y agradable. Son tortuosísimas, semejantes a los antiguos laberintos, y sin duda, los cristianos tenían algunas señales para andar en estas profundidades sin perderse. Las hicieron así para que, aunque los paganos encontrasen la entrada a ellas, no llegaran al lugar donde estaban reunidos, y así sucedió, en efecto, algunas veces. Podría ocurrirles la satánica idea de murar la puerta, y hacer morir a los millares que estaban dentro; pero ni aun en este caso (que no consta en la historia) habrían conseguido su objeto, porque los cristianos habrían salido por otras puertas muy lejanas y ocultas.

Historia de las catacumbas. Los arqueólogos están divididos en dos opiniones sobre el origen de las catacumbas. La primera es la de Bosio, Boldetti y demás arqueólogos de los siglos XVI, XVII y XVIII y muchos del presente, quienes afirman que desde los tiempos más antiguos existían en la campiña romana vastísimas minas de la tierra o menudísima arena, llamada por los latinos *arena,* y por los modernos italianos, *pozzolana,* y que las catacumbas son estas minas, únicamente agrandadas por los cristianos. Dichas minas se llamaban, por los romanos, *arenae, arenariae* y *latomiae.* Consta que las catacumbas de Nápoles, de Siracusa y de París eran cementerios en tiempo de los gentiles; pero no

[8] La palabra *cripta*, en su acepción lata, significa todo lugar separado en que se sepulta a los difuntos, y en este sentido, unas catacumbas, en toda su extensión, eran una cripta; pero, en su acepción estricta, se aplica a estos cuartos, que eran los lugares más recónditos.

consta lo mismo respecto de las minas de Roma. La segunda opinión ha sido inventada hace pocos años por el padre Marchi, sabio geólogo y arqueólogo de la Compañía de Jesús, quien afirma que es verdad que las más catacumbas fueron abiertas en las minas de *pozzolana;* pero que son, en toda su extensión, obra de los cristianos, a excepción de la sala de entrada, la cual pertenece a las referidas minas.

Las razones en que se apoyan Bosio, Boldetti y los que siguen su sistema son las siguientes: 1.ª Las minas de los romanos debieron ser no únicamente la actual sala de entrada, sino vastísimas, porque de ellas sacaron toda la tierra con que hicieron los ladrillos y construyeron en muchos siglos la gran ciudad. 2.ª Consta que las minas abandonadas fueron el refugio de los perseguidos por el gobierno, y Faón aconsejaba a Nerón, perseguido por los pretorianos en su último día, que se ocultase en ellas, a lo que no accedió. Debieron, pues, ser el refugio de los cristianos. 3.ª Consta que los cristianos sepultaban a los mártires en estas minas.[9] 4.ª Siendo hechas las catacumbas, por los cristianos, desde la puerta hasta sus remotísimos términos, pues algunas de ellas tenían muchas leguas de extensión, ¿en dónde echaron tanta tierra, sin ser vistos por los paganos, por los que estaban muy vigilados? Dicen que este hecho se explica muy bien en su sistema, porque al agrandar las catacumbas, echaron la tierra en las profundas cavidades de la misma mina, que no les servían para su objeto.

Las razones en que el P. Marchi apoya su sistema son las siguientes: 1.ª Es un hecho que algunas catacumbas fueron obra exclusivamente cristiana, porque no fueron abiertas en la sala de entrada de ninguna mina, sino en la superficie de la tierra. Leemos en la historia de la Iglesia que algunas matronas ricas, convertidas al cristianismo, como Sta. Lucina y Sta. Ciriaca, ocultaban en sus predios a los cristianos y que éstos formaron allí catacumbas. Hasta hoy, se ve la puerta murada de las catacumbas de S. Urbano, dentro del antiquísimo templo de Baco, y es probable que allí no había ninguna mina, sino que los cristianos se aprovecharon de la soledad de las ruinas para abrir allí unas catacumbas. Por eso no dice Marchi que todas las catacumbas fueron abiertas en la sala de entrada de las minas, sino las más. 2.ª Las observaciones

[9] Las *Actas del martirio de los SS. Marcos y Marceliano*, copiadas por los bolandistas, dicen: *Sepulti sunt Via Appia, milliario secundo ab Urbe, in loco qui vocatur Ad arenas, quia criptae arenarum illie erant ex quibus Urbis maenia struebantur.*

geológicas demuestran que la *pozzolana* se encuentra a poco que se cave en la tierra, y no se halla a alguna profundidad; allí se halla una cantera blanda. Igualmente, las observaciones arqueológicas prueban que en esta capa de cantera es donde están las catacumbas. Luego, no fueron formadas en las minas paganas de *pozzolana.* Las pocas de esas minas que quedan son horizontales y no profundas. 3.ª No podrían haberse formado las catacumbas en dicha arena. Las bóvedas se habrían caído. Los costados debían ser de cantera; no se podían practicar en la tierra dos, tres y hasta cinco lóculos sobrepuestos, sin que se hubiesen derrumbado las capas intermedias. Los lóculos debían ser de cantera para que las lápidas ajustasen bien, porque si éstas se hubiesen ajustado a bordes de tierra, por los resquicios habría salido un hedor insoportable, que hubiera hecho inhabitables las catacumbas. 4.ª Los paganos empleaban regularmente las minas abandonadas en cementerios; así consta respecto de las de Nápoles, Siracusa y París, que existen hasta hoy, y hay indicios de lo mismo respecto de las de Roma. Así, pues, si las catacumbas de Roma fueran las mismas minas paganas, se seguiría que los cristianos habían sepultado los cuerpos de sus hermanos junto con los de los gentiles, y también peligraría el culto de los mártires. Mas la comunión y unidad de la Iglesia y la separación de los fieles, de los gentiles y disidentes, no sólo en la vida, sino en la sepultura, ha sido, no sólo un hecho constante, sino un principio, observado escrupulosamente por la Iglesia desde su nacimiento. Estos temores y la defensa de este principio fue lo que principalmente movió al P. Marchi a estudiar geológica y arqueológicamente las catacumbas y a inventar su sistema.[10] 5.ª La frase *ad arenas* (que parece no se lee más que en las *Actas del martirio de los SS. Marco y Marceliano*, y ni aun de éstos lo dice nuestro *Breviario:* 18 de junio) no quiere decir que los cuerpos de estos mártires fueron sepultados en la mina, sino cerca de la mina, porque en la sala de entrada de ella estaba la oculta entrada a las catacumbas.[11] 6.ª Los partidarios del sistema

[10] Dicho padre no debió temer que, estando confundidos los cuerpos de los mártires con los de los paganos, peligrase la fe sobre el culto de los mártires, porque, como diré a V. más adelante, han estado y estarán confundidos esos santos cuerpos con los de los cristianos comunes y aun con los de los más viciosos, y sin embargo, siempre se ha distinguido y se distinguirá con seguridad qué restos son de mártir y cuáles no. Además, en un cementerio hay un movimiento diario, y los cristianos no habrían podido ejercer allí su religión con independencia y sigilo.

[11] La preposición latina *ad* significa también *en*, y así, cuando leemos con frecuencia en nuestro

de Bosio y Boldetti preguntan que ¿en dónde echaron los cristianos tanta tierra como debieron sacar de las catacumbas, sin ser vistos por los paganos? Probablemente echaron los trozos y polvo de la cantera en las minas abandonadas contiguas, sin necesidad de salir al campo, ni ser vistos.[12] 7.ª Los mismos bosistas dicen que si las catacumbas no fueron las antiguas minas, ¿en dónde están éstas? Existen algunas, son horizontales y tienen una forma diversa de las de las catacumbas; las demás fueron probablemente cegadas por los cristianos con dichos restos de la cantera.

Gaume,[13] en su *Tres Romas*, defiende ardientemente el sistema de su amigo, el P. Marchi; César Cantú, en su *Historia universal*, parece inclinarse a él, y muchos modernos le siguen. Por lo que toca a mi humilde persona, yo veo fuertes razones y muy respetables autoridades en pro y en contra. Veo que el P. Marchi ha estudiado las catacumbas, y que Bosio las estudió también treinta años; y careciendo de conocimientos en geología y en arqueología, suspendo mi juicio. Sin embargo, me parece más probable el sistema de Bosio y Boldetti, y debo decir a V. lo que vi. Tanto en las catacumbas de S. Calixto, en sus dos partes diferentes, como en las de S. Pancracio, que fueron las dos catacumbas que visité, bajamos a bastante profundidad y estuvimos en algunas criptas, que era donde habitaban los cristianos y celebraban los divinos misterios. Yo vi bien en estas profundidades tierra[14] en los costados de los ambulatorios, tierra en las bóvedas, tierra en el pavimento, tierra en los declives para bajar y subir, y los lóculos abiertos en la tierra. Montoncillos de tierra era lo que había dentro de dichos lóculos, puñados de terrones fue lo que tomé de estos montoncillos, y duros terrones y tierra es lo que conservo. Veía detenidamente las bóvedas, y me pareció que no se derrumbaban, por ser los ambulatorios muy estrechos y la tierra muy viscosa y apretada. Por tener estas cualidades, la buscaban los romanos con mucho empeño, aun haciendo minas, y la empleaban en todas sus construcciones. Las criptas estaban

Misal: *Statio ad Sanctum Petrum*, *Statio ad Sanctum Joannem*, etc, quiere decir que la fiesta se celebra no *cerca*, sino *dentro* del templo de S. Pedro o de S. Juan.

[12] Pero se replica que estas minas eran cementerios frecuentados, como supone Marchi, y en consecuencia, se tropieza con la misma dificultad.

[13] [Juan José Gaume (1802-1879), sacerdote y escritor. SLM.]

[14] La *pozzolana*, llamada *arena* por los antiguos romanos, según he dicho a V.

blanqueadas con cal en su bóveda y costados. No puse cuidado en si la bóveda de estos cuartitos es de tierra o de cantera, pero sí me certifiqué de que los costados son de tierra, y los lóculos que están al derredor están sin blanquear y se ven claramente abiertos en la tierra. Dentro de ellos, vi montoncillos de tierra, y del montoncillo de un lóculo contiguo al sepulcro de S. Félix I, en la cripta que lleva el nombre de este papa, en las catacumbas de S. Pancracio, tomé un poco de tierra, que conservo. Presentando a V. una semejanza, para darle una idea de lo compacto de este terreno, le digo que me pareció como si los costados de los ambulatorios fuesen paredes dobles de nuestro adobe de tierra, y como si las bóvedas fuesen formadas con arcos del mismo adobe. Hace once meses que presencié la sepultura de un cadáver en una pared doble de adobe, de un cuarto de una casa de campo, en las cercanías de esta ciudad de Lagos. Se cerró el sepulcro con un tabique sencillo de ladrillos, y hasta hoy no se ha observado en dicha pieza ningún mal olor.

Creo que el origen de las catacumbas es un hecho que no está todavía enteramente desenvuelto de sus tinieblas. Es necesario no olvidar que la Iglesia de las catacumbas no es un hecho común, sino muy singular y que no se puede explicar fácilmente. Pasaban muchos años sin que se descubrieran unas catacumbas. ¿Cómo se explica esto? Supóngase a éstas en el lugar más oculto, póngase donde se quiera la entrada a las mismas: ellas serían descubiertas pasado poco tiempo, si se juzga según las reglas ordinarias. Es muy difícil que se oculte por mucho tiempo un hecho que pasa entre diez o veinte personas, ¿cuánto más uno que pasa entre millares? De estos millares, unos eran hombres, y otros, mujeres, y éstas son naturalmente comunicativas. Cada cristiano tenía parientes y señores paganos. Un marido indaga naturalmente en dónde pasa el día y en qué se ocupa su mujer; una mujer hace averiguaciones respecto de su marido; un padre, respecto de sus hijos; un hijo, respecto de sus padres, y un señor, respecto de sus esclavos. Los parientes paganos siempre les eran hostiles. Los gentiles eran los enemigos más encarnizados de los cristianos, y ¿qué hombre escapa por mucho tiempo a las pesquisas de sus enemigos? Ya vemos lo que pasa entre nosotros, los mexicanos, en épocas de revolución y de espionaje: ningún enemigo permanece oculto por mucho tiempo. ¿Sería posible, entre nosotros, que tres mil o cuatro mil personas se ocultaran en una

ciudad, de manera que ni sus esposas, ni sus padres, ni sus más vigilantes enemigos pudiesen descubrir el lugar de su escondite, y esto por muchos años? Y los mexicanos somos menos hábiles para el espionaje y la intriga que los antiguos romanos. Plutarco los compara a los cazadores, que por miedo de sus olfateadores perros persiguen la presa en los más ocultos escondrijos y la sacan de allí.[15] Sin embargo, la Iglesia de las catacumbas duró cerca de tres siglos.

Esta Iglesia era una sociedad secreta, que trataba de derrocar los cimientos del gobierno y de la sociedad pagana. En una revolución, los jefes de ella son los más buscados para la muerte. Los jefes de esta revolución social tan temida eran los papas, y sin embargo, por la galería de ellos, que compré en Roma, y de [la] que he hablado a V. otra vez,[16] veo que los más de los de esas tres centurias vivieron mucho tiempo. Sin contar los muchos que vivieron 4, 5, 6, 7 y 8 años, S. Clemente, S. Anacleto, S. Evaristo, S. Sixto I, S. Pío I y S. Víctor I fueron papas más de 9 años; S. Alejandro I, más de 10; S. Lino, S. Telésforo, S. Sotero y S. Dionisio, más de 11; S. Cleto y S. Cayo, más de 12; S. Eleuterio y S. Fabián, más de 15; S. Zeferino, más de 18, y S. Pedro, más de 24.

S. Calixto cavó y aumentó mucho estas catacumbas, y por esto, tomaron de él su nombre. Queriendo algunos cristianos de Jerusalem y de otras partes del Oriente robarse los cuerpos de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, dicho papa trasladó muy secretamente los santos despojos, de las catacumbas vaticanas, a estas de su nombre. Los cristianos del Oriente intentaban esto, en parte porque creían que los cuerpos de los apóstoles estarían más seguros allá, que en Roma, y en parte porque deseaban tener este riquísimo tesoro en el Oriente, en donde poseían otros muchos. S. Calixto hizo un pozo profundo en estas catacumbas, depositó en él los santos restos, y allí permanecieron hasta que Constantino dio la paz a la Iglesia. De aquí, se deduce que los cristianos de las catacumbas tenían que usar de secretos, no sólo respecto de los paganos, sino entre sí, según la diversidad de iglesias, opiniones y pretensiones; diversidad que produjo herejías y cismas, desde el tiempo mismo de los apóstoles. ¡Tantas eran las dificultades y obstáculos con que

[15] *Insequentum et venantum fugientum latitatumque* ("Vida de Mario", al fin).
[16] [Rivera habla de esa galería impresa de todos los papas en la Carta VIII. SLM.]

tenía que luchar la Iglesia de esa época![17] S. Silvestre sacó del pozo los cuerpos de los apóstoles, los colocó en una mesa de pórfido, los pesó en unas balanzas, depositó la mitad, exactamente, del cuerpo de S. Pedro, y la mitad del de S. Pablo, en la basílica de S. Pedro; las otras dos mitades, en la basílica de S. Pablo, y los cráneos, en la de S. Juan de Letrán, y así permanecen hasta el día de hoy. En la última basílica, se conserva la lápida de pórfido que formaba dicha mesa, y en ella, una inscripción que declara este hecho; yo no la vi, porque tuve noticia del hecho referido después de mi visita a la basílica de S. Juan de Letrán y ya no tuve tiempo de volver.

Los cuerpos de todos los papas fueron sepultados en las catacumbas, hasta S. Gregorio el Grande, y los de todos los cristianos, hasta el siglo VII. Es decir, que los cristianos, aunque desde el principio del siglo IV tuvieron templos públicos, no quisieron ser sepultados en ellos, sino en las catacumbas, deseando dormir el último sueño junto a los restos de los mártires. En el siglo VII, Bonifacio IV y sus sucesores comenzaron a trasladar estos santos restos de las catacumbas a las iglesias. El amor de los cristianos, dice Baronio, siguió a las santas cenizas, y estando éstas en las iglesias, en ellas fueron sepultados los cuerpos de todos los cristianos, desde dicho siglo VII hasta los últimos años del siglo pasado, en que lo prohibió por regla general Napoleón I, respecto de Roma.[18] Era y es creencia piadosa, que los santos cuyas reliquias se hallan en una iglesia y los venerados en ella con culto especial oran para que las almas de aquellos cuyos cuerpos están sepultados allí salgan prontamente del purgatorio. Sin embargo, algunos santos quisieron, por humildad, que no se les enterrase en las iglesias, entre otros, S. Efrén, quien lo mandó así a sus monjes, en el célebre discurso que les dirigió antes de morir, llamado en la historia de la Iglesia el *Testamento de S. Efrén*, y el gran Francisco de Asís dispuso que se le sepultase en un montecillo fuera de esta ciudad, llamado el Collado del Infierno, en donde se enterraban los cadáveres de los ajusticiados. Las catacumbas estuvieron abandonadas en la Edad Media y en el Renacimiento, y sirvieron de

[17] Balmes, en una de sus *Cartas a un escéptico*, recorre todas las épocas de la Iglesia, y prueba que la presente es la menos difícil.

[18] Algunos concilios provinciales, como el de Braga y el de Nantes, la ley 2.ª título 13, partida 1.ª y Carlos III prohibieron sepultar en las iglesias, como indecoroso al culto divino y contrario a la higiene pública (Beyral, notas a *La ciudad de Dios,* de S. Agustín, nota 42 al libro 1.º).

asilo a los bandidos, que pululaban en aquella época en la campiña romana, como en toda Europa, muchos de los que fueron sepultados allí. S. Felipe Neri fue el primero que comenzó a visitar las catacumbas, a mediados del siglo XVI, yendo a pasar en el fondo de ellas noches enteras, en oración, y S. Carlos Borromeo y muchos cristianos siguieron su ejemplo. Él mostró las catacumbas a su discípulo Baronio y al mencionado Bosio, perteneciente a la orden de Malta; mandó a aquel que escribiese los *Anales eclesiásticos*, e instó a éste para que estudiase las catacumbas arqueológicamente, y que escribiese sobre ellas; instancias que dieron por resultado el famoso libro de *La Roma subterránea.* S. Felipe, este filósofo sencillo, más sabio y útil a la humanidad que los de la antigua Grecia y la antigua Roma, produjo con este hecho cuatro grandes bienes. El primero fue la renovación del culto de los mártires, enfriado en la Edad Media, época en que la corrupción de costumbres en todas las clases corrió parejas con el oscurantismo. El segundo fue excitar el recuerdo de la época de los mártires, encender en todos los pechos el fuego del apostolado y del martirio, y el levantamiento universal, en Europa, de misioneros de todas las órdenes monásticas, que rompieron las puertas de China, cerradas desde los tiempos ante-históricos, surcaron los inmensos mares y fueron a los países recién conquistados en Asia, África y América, para predicar el *Evangelio,* buscar el martirio, y sembrar con él la civilización de que hoy gozamos. Roma subterránea fue el centro y el vientre fecundísimo que produjo esos innumerables hijos, que se derramaron por todo el haz de la tierra. Ellos llevaban en su corazón el recuerdo vivo de los modernos apóstoles del Renacimiento, y portaban consigo las reliquias de los mártires, como una prenda de pacificación y como un aliciente y confortativo en sus inmensas tribulaciones y trabajos. De aquí provino el culto, tan general en nuestra América, de algunos santos, como S. Antonio de Padua y S. Sebastián.[19] El tercer bien producido por S. Felipe fue el grande impulso que recibió la historia de la Iglesia y demás ciencias eclesiásticas con los *Anales* de Baronio. El cuarto fue la iniciación de la ciencia de la arqueología cristiana.

[19] Respecto de este santo, parece que hubo otra causa más, y fue la analogía entre el martirio de saetas que sufrió, y el mismo género de martirio que aplicaban los salvajes a los misioneros.

En fin, las catacumbas abundan hasta hoy en restos de mártires, que se sacan de ellas algunas veces. Algunas lápidas no expresan ni el nombre del mártir (porque, en virtud de las circunstancias apremiantes en que muchas veces se encontraban los cristianos, no tenían tiempo de grabarlo), sino únicamente los signos del martirio. A estos santos sin nombre, el papa les impone uno, según las reglas canónicas.[20] Hace poco tiempo que se extrajo de las catacumbas el cuerpo de uno de estos santos mártires, y Pío IX le impuso el nombre de S. Pacífico y lo envió a México, diciendo: "Lo llamo así para que alcance la paz a esa nación". Se venera en la iglesia parroquial de S. Miguel.[21]

Epitafios. Para dar a V. una idea de los de las catacumbas, le presento los siguientes, cristianos y paganos, que nos muestran los arqueólogos:

1.º
ONDATA. SE VIV.[22] *EMIT. SIBI. ET MAXENTIAE.*
LOCUM. BISOMN.[23]

2.º
SEVERUS. LEONCIUS. VICTORINA.
TRISOMN.[24]

3.º
THEODORUS. IN PACE.[25]

4.º
HILARIE[26]

[20] Berardi, *Comentarios al derecho eclesiástico universal*, tratado 4, disert. 3, cap. 3.
[21] [Rivera se refiere a la iglesia de San Miguel Arcángel, de la ciudad de México. SLM.]
[22] *Viva.*
[23] "Ondata, estando viva, compró un lugar *bisomnium* para sí y para Majencia". Se llamaba *bisomnium* un lugar para el sueño de dos, es decir, un lóculo para dos cadáveres.
[24] ["Severo, Leoncio, Victorina". SLM.] *Trisomnium* era el lugar para el sueño de tres, es decir, un *lóculo* para tres cadáveres.
[25] "Teodoro, en paz".
[26] "Jesucristo. A Hilaria". Las inscripciones más sencillas son las más antiguas. [En el original, no se halla el signo de 'Jesucristo'. Tampoco en la primera edición. SLM.]

5.º
MUSCILIUS. CHARUS. SUIS. ANN.
IIII. H. S. E.[27] *ET TE. ROGO.*
PRAETERIENS. UT LEGAS. ET
DICAS. SIT. T.T.L.[28]

6.º
TE. LAPIS. OBTESTOR. LEVITER. SUPER OSSA. QUIESCAS
ET MEDIAE. AETATI. NE GRAVIS. ESSE. VELIS.[29]

7.º
O. D. M. C. VALERI. T.
T. SECCESSI. HIERO. T.
B. ROMANA. FILIOD. L.
Q. CHARISSIMO. V. A. XI. S.[30]

Es difícil leer muchísimas de las inscripciones de las catacumbas, por dos razones: 1.ª Porque no conocemos el lenguaje vulgar de los romanos, que era diverso del lenguaje culto, como nos lo muestran las comedias de Plauto, y en todas las naciones, el lenguaje de la plebe es diverso del de los hombres instruidos. 2.ª Porque los primeros cristianos eran, en lo general, de la hez del pueblo: plebeyos muy pobres, esclavos, rústicos, artesanos, mendigos, prostitutas convertidas, etc.,[31] y al poner sus epitafios, cometían muchos barbarismos y solecismos.

[27] *Hic situs est.*

[28] *Tibi terra levis.* "Muscilio, caro a los suyos, de cuatro años, está colocado aquí, y te ruego, pasajero, que leas y digas: ¡Séate la tierra leve!" ¡Qué poético es el ruego que sale de una piedra! Esta inscripción manifiesta la antigüedad de la aclamación *¡Séate la tierra leve!*

[29] ¡Lindísima aclamación! "Te ruego, ¡oh piedra! (y pongo a los dioses por testigos de mi dolor), que descanses levemente sobre estos huesos, y no seas pesada a la juventud".

[30] Muratori publicó este epitafio y ejercitó el ingenio de los anticuarios del siglo XVIII. En latín, completo, dice: *Diis Manibus et Caio Valerio Succesio Hiero et Romana. Filio duorum Charissimo. Vixit Annos XI.* En castellano, dice: "Hierón y Romana, a los dioses manes y a Cayo Valerio Succesio, hijo carísimo de los dos. Vivió once años". Las iniciales O.T.B.Q. significan *Ossa tua bene quiescant.* Las otras iniciales, T.T.L.S., quieren decir *Tibi terra levis sit.*

[31] *vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus et sitimus et nudi sumus et colaphis caedimur et instabiles sumus et laboramus operantes manibus nostris… tamquam purgamenta mundi facti sumus, omnium peripsema, usque adhuc* (*I Cor.*, 4, 10, 11, 12 y 13). *Videte enim vocationem vestram, fratres, quia non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles; sed, quae stulta sunt mundi, elegit Deus, ut confundat sapientes, et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ignobilia mundi et contemptibilia elegit Deus, quae non sunt, ut ea, queae sunt, destrueret* (*Idem*, 1, 26, 27 y 28).

Símbolos. Como los cristianos de los tres primeros siglos eran una sociedad secreta, adoptaron un lenguaje convencional, fundado en objetos comunes, entendido únicamente por ellos y desconocido o indiferente para los paganos. Los objetos simbólicos de que usaban con más frecuencia y que grababan en sus objetos sagrados, lámparas, cruces, anillos, y principalmente en las lápidas de los sepulcros, eran el cordero, símbolo de Jesucristo, segunda persona de la Trinidad, y también de un cristiano;[32] la paloma, símbolo del Espíritu Santo, y también de un cristiano;[33] la palma, símbolo de triunfo en todas las naciones; la oliva, símbolo de la paz; el buey, el gallo, símbolo de la vigilancia; el cuervo, símbolo de ardientes deseos;[34] la viña, símbolo de la Iglesia; la nave, *idem*; la pesca milagrosa, *idem*; el áncora, símbolo de la esperanza; la lira, el candelero de las siete lámparas, símbolo de las siete virtudes y del buen ejemplo;[35] el Paraíso, el Diluvio, el Sacrificio de Abraham, Moisés haciendo brotar el agua de la peña, Daniel en el lago de los leones, símbolo de la situación de un cristiano, nacimiento de Jesucristo, el Buen Pastor llevando la oveja sobre los hombros, pintura muy frecuente en las catacumbas, Jesús y la samaritana, y, en fin, los símbolos de la resurrección de la carne, como el pavo, cuya carne, según las opiniones de ese tiempo, era incorruptible, Jonás saliendo de la ballena, la Resurrección de Lázaro y la Resurrección de Jesucristo. Pero el símbolo más usado fue el del pez, para representar a Jesucristo. Los cristianos observaron que el nombre que expresa en griego el pez[36] se compone de cinco letras, correspondientes a estas latinas: I.C.D.F.S., y vieron en éstas las iniciales de estas palabras: *Jesus Cristus, Dei Filius, Salvator:* "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador". Vieron en un nombre tan breve, tan sencillo y tan indiferente para los gentiles, manifestado enteramente el Hombre Dios, y le adoptaron, unánimemente, como el mejor símbolo. El pez era el distintivo con que los cristianos se conocían unos a otros fuera de las catacumbas, mediante el que, y otras señas y contraseñas, podían hablar confidencialmente y evitar toda

[32] *Sicut agnus inter lupus. Luc.* 10, 3.

[33] *Stote ergo prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae. Matth.* 10, 16.

[34] *Quem ad modum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus.* Salmo 41, 2.

[35] *Neque accendunt lucernam*, etc. *Matth.* 5, 15.

[36] En el reinado de Augusto, y más todavía, en los siglos I, II y III de nuestra era, el idioma griego estaba muy extendido en Roma.

funesta equivocación. Los hombres llevaban colgado al cuello un pececillo de plata, cobre, marfil o concha, y las mujeres llevaban dos, a guisa de zarcillos. Representaban la Eucaristía por medio de un pez teniendo encima un vaso con vino y un pan fermentado.

Fue también muy general poner en muchos muebles, y sobre todo en las piedras tumbales, estos monogramas de Jesucristo: ☧ y ⳨, formados por dos letras griegas: el primero, por medio de una cruz de S. Andrés y una P., y el segundo, por medio de una cruz griega y una P. Según los arqueólogos, aquél se encuentra en las inscripciones más antiguas, y éste en las menos antiguas. Los cristianos usaban del monograma de Jesucristo y del Sacrificio de Abraham para representar el del Calvario, pues no podían usar de la cruz latina, ni menos del crucifijo (objetos que jamás se han encontrado en las catacumbas), por dos razones: 1.ª, porque estos símbolos hubieran sido demasiado claros y fáciles de conocer por los gentiles, y la 2.ª, porque de los ojos de los mismos neófitos (judíos y paganos convertidos), era necesario apartar estas figuras chocantes y de mal efecto para las almas novicias. La cruz, dice S. Pablo, era "un escándalo para los judíos y una locura para los gentiles", y la cruz y el crucifijo habrían sido, dice Gaume, "un alimento demasiado fuerte para un estómago débil y enfermo".

Signos del martirio. Atendiendo a la historia de las catacumbas, recordará V. que allí han estado y están los cuerpos de muchos mártires, los de muchos santos que no fueron mártires, los de muchos cristianos de una vida regular, y los de muchos cristianos viciosos. ¿Cómo distinguir unos restos de otros, para no adorar a un gran criminal y a un precito en lugar de un mártir? La Iglesia católica docente (no hablo de los individuos), asistida por el espíritu de verdad, ha sido, desde su fundación hasta el día presente, sapientísima y escrupulosísima en las materias de la fe y de la moral, dos cosas que forman la vida de la humanidad, y jamás ha dado a ésta un pensamiento o un sentimiento falso. Por la historia de la Iglesia, consta que desde el principio S. Pedro dividió la ciudad de Roma en siete regiones o parroquias, para su mejor administración eclesiástica, que estableció en ellas muchos presbíteros y siete diáconos,[37] y que tanto él como S. Lino, que fue el segundo

[37] Los obispos eran *per diversa loca*, es decir, enviados a diversos lugares, a modo de los

papa, y S. Cleto, que fue el tercero, cuidaron con mucho esmero de la sepultura de los mártires. Como leemos en nuestro *Breviario,* en el "Oficio de S. Clemente I" (23 de noviembre), este santo, que fue el cuarto papa, estableció en las siete regiones siete notarios, cuyo oficio era escribir las *Actas de los mártires.* No sólo en Roma, sino en las demás iglesias de Europa, Asia y África, se establecieron estos notarios, y era una disciplina general, dice Benedicto XIV, escribir los martirios, no sólo de los nobles, sino también de los plebeyos.[38] Los notarios eran unos varones muy ilustrados y graves, que después de recibir las deposiciones de testigos oculares y fidedignos, escribían todas las circunstancias de la prisión, sentencia y muerte de un cristiano, recibida por la fe. El papa S. Fabián, en su epístola a todos los obispos de la cristiandad, les manda que no encarguen estos negocios sino a eclesiásticos que merezcan una entera confianza, por su inteligencia, probidad y sumo cuidado, para que no sean víctimas de alguna ilusión.[39] El papa S. Antero fue martirizado por no haber querido entregar las *Actas de los mártires.* Los signos del martirio eran y son, respecto de los mártires de los tres primeros siglos: la palma, grabada en la lápida sepulcral, y el vaso de sangre, embutido fuera del sepulcro, junto a la cabeza del mártir; pero jamás se colocaban estos signos antes de que fuera *vindicatus,* es decir, declarado mártir por el obispo respectivo.[40] El obispo de Roma era y es el papa. Instruido el proceso y escritas las actas de un martirio por los notarios, éstos las entregaban o remitían al obispo. Éste reunía su sínodo, y con él, las examinaba, evacuaba las citas de los testigos y pronunciaba la sentencia. La historia eclesiástica refiere que el diácono Ceciliano encontró a una matrona rica llamada Lucila, besando, antes de recibir la eucaristía, el hueso de un cristiano, que aunque realmente había sido mártir, todavía no estaba declarado por el obispo: *Martyris, sed nondum, vindicati,*[41] y que la

episcopos griegos, de quienes he hablado en mi *Compendio de la historia antigua de Grecia*, de los que tomaron su nombre.

[38] *Moribus jam receptum fuisse ut non solum nobilium, sed etiam plebeiorum martyria adnotarentur* (*De Beatif.*, cap. 3).

[39] *Fidelissimis haec negotia committi praecipimus, ne aliqua in eis itlusio inveniatu* (cit. por Bened. XIV, *ibid.*).

[40] *Vindicatos ergo volebant martyres, id est, ab apiscopis agnitos et approbatos* (Mabillon, *Actas de los santos de la orden de S. Benito*, siglo V).

[41] S. Optato de Milevi, lib. I. Contra Parmeniano.

reprendió tan fuertemente, que ella se separó de la Iglesia. Aquellos cristianos, llenos de una fe y una caridad que hoy nos admira, desde el momento en que era aprehendido un hermano, le seguían y acompañaban fielmente, para servirle, aliviarlo y fortalecerlo. Miembros celosísimos y activísimos de una sociedad secreta, se introducían y se hallaban presentes en todas partes: en las cárceles, en los tribunales, en el Coliseo y en los demás lugares de suplicio. Recogían el cadáver mutilado de un mártir, empapaban en su sangre lienzos o esponjas y los exprimían en un vaso. Éste tenía su tapa, que ajustaba a él perfectamente, y, por lo regular, era el mismo en que el mártir había acostumbrado llevar a su casa el vino eucarístico con el pan eucarístico, para tomarlo en los momentos de mayor elevación de su oración y cuando iba a ser aprisionado. En los siglos I y II, estos vasos, lo mismo que los cálices para la celebración de la misa, eran de barro (pero los corazones eran de oro), de vidrio o de mármol.[42] A principios del siglo III, el papa S. Zeferino prohibió los cálices y vasos de barro y permitió los de vidrio, y poco después, el papa S. Urbano I prohibió también éstos.

Hoy, el cuidado de la Iglesia respecto del culto de un mártir es el mismo. Descubierto en unas catacumbas un sepulcro, en cuya lápida está grabada una palma, el custodio de ellas da luego aviso al cardenal Vicario, que es el prefecto de todas las catacumbas. Dicho cardenal (o monseñor, sacristán, obispo lugarteniente de él) se dirige a las catacumbas donde está el mártir, acompañado de su secretario, de sus demás dependientes, de los testigos canónicos, de los albañiles de las catacumbas y casi siempre de personajes extranjeros, que están en Roma con motivo de empleo o de viaje, a quienes se convida para que presencien este acto. La comitiva entra en las catacumbas con hachas encendidas,[43] y llegando al lugar del sepulcro, el cardenal lo

[42] El cáliz que tuvo Jesucristo en sus divinas manos en la institución del Santísimo Sacramento es de una piedra preciosa verde finísima y se conserva en la catedral de Valencia: tengo una copia fotográfica de él, que compré en Roma. Es conforme con esta relación la de la madre de Ágreda, quien dice que era "de piedra *como* de esmeralda" (*Mística ciudad de Dios,* libro 6, cap. 11).

[43] Estas antorchas significan la *fe* con que se ha de visitar las catacumbas. Los protestantes estiman mucho la *predicación*, o sea el lenguaje de la palabra; no hacen caso de las *ceremonias*, porque dicen que son cosas exteriores, que se refieren a los sentidos. Mas la predicación es también cosa exterior, que se refiere a los sentidos, es decir, a los *oídos*. La filosófica y sapientísima Iglesia católica considera al hombre según su naturaleza, es decir, como un ser compuesto de alma y *cuerpo*, y cuya alma recibe las sensaciones precisamente por medio de los *sentidos*. *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu* es un principio filosófico, sentado por Aristóteles hace

examina detenidamente, como también el lugar (que ya dije a V. cuál es) donde debe de estar el vaso de sangre. Por su orden, un albañil cava suavemente al derredor de este vaso, y al ser descubierto, todos doblan la rodilla. El albañil lo pone en las manos del cardenal. Los albañiles quitan en seguida la piedra tumbal, sacan los restos del mártir y los colocan en una caja preciosa prevenida al efecto. El cardenal pone en ella el vaso de sangre, la cierra con llave, la sella con su sello, la conduce con la piedra tumbal a la lipsanoteca o custodia general de reliquias, y entrega ambas cosas al obispo custodio de dicha lipsanoteca. Todo este acto se verifica con las reglas de los cánones y con las oraciones y ceremonias prevenidas en la liturgia; y más de un protestante ha dicho al presenciarle: "¡Ah! ¡No pensaba yo que esto se hiciera con tantas precauciones!"

Para que sea canonizado un confesor o una virgen, se necesita la prueba plena de virtudes heroicas y de milagros, obrados en vida y después de la muerte; mas, para que uno sea canonizado como mártir, basta la prueba plena de haber sido muerto por la fe, aunque haya sido un cristiano vicioso o un infiel, porque el martirio es un bautismo de sangre, y va siempre acompañado de la contrición perfecta, y la promesa del Salvador es general y terminante.[44]

Las cosas que me llamaron más la atención y que apunté en mi álbum, en la parte de estas catacumbas visitadas el 15 de abril, fueron las siguientes: 1.ª Muchísimos huecos a la cabecera de los lóculos, de donde nos dijo el custodio habían sido extraídos vasos de sangre. La tierra en estos huecos estaba muy tersa y luciente. 2.ª La lápida de un sepulcro, que en su anverso tenía una inscripción puesta por el papa

---

veintidós siglos, y abrazado por casi todas las escuelas modernas. La Iglesia católica se dirige al hombre para ilustrarlo, reformarlo y perfeccionarlo por medio del *lenguaje de la palabra* y del *lenguaje de acción* o ceremonial. Por el lenguaje de la palabra le habla a los *oídos*, y por el lenguaje de acción le habla a los *ojos*. Todas las cosas de la Iglesia, aun las que parecen más pequeñas e insignificantes, como *una vela*, tienen su significación espiritual, muy sabia y provechosa, para el mejor cumplimiento de la religión y perfección del espíritu. Todo hombre regularmente instruido sabe que las velas encendidas, ya sea que se coloquen en el altar, ya sea que se tengan en la mano, significan la *fe ardiente* con que un cristiano debe ejecutar sus actos religiosos, porque la fe es "una *luz* sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone".

[44] *Dum modo constet aliquem esse vere martyrem, Ecclesia non dubitat eum inter sanctos et beatos numerare etiam si ante martyrium multis flagitus coopertus. Promissio enim Domini generalis est. Matth.* X, 32: *Omnis qui confitebitur me coram hominibus confitebor, et ego eum coram Patre meo* (Belarmino, *De indulg.,* lib. I, cap. 2, n. 9).

S. Dámaso, y en su reverso, otra votiva a Marco Aurelio. Esto me confirmó en lo que yo había leído sobre catacumbas: que, como los cristianos no tenían mármoles, tomaban lápidas de las ruinas de los templos y sepulcros gentiles, y las colocaban en los suyos, con la inscripción pagana por el interior, y la cristiana por el exterior. 3.ª Dos criptas en las que se celebraba la misa. El custodio nos mostró el sepulcro que servía de altar, arriba del que hay un arco abierto en la pared, para colocar la cruz, las lámparas y el cáliz. A un lado del sepulcro, nos mostró en la pared un pequeño hueco cuadrado, donde se colocaban las vinajeras. 4.ª La lápida y epitafios de S. Cornelio, que consiste en estas únicas palabras:

CORNELIUS ☧ *MARTYR*

P.

que no dicen, sino que aquel Cornelio había sido mártir de Jesucristo y el Sumo Pontífice. Este epitafio me pareció sublime, comparado con otros que había leído en algunos templos y que ocupan veinte o treinta renglones, para decir que el difunto había sido sobrino del personaje H., alcalde de tal pueblo, mayordomo de tal cofradía y otras bagatelas. 5.ª Un esqueleto con la cabellera negra y una momia, colocados en ataúdes con tapa de rejas de alambre, de los que nos dijo el custodio que eran anteriores al siglo VII, y que se dudaba si eran o no cuerpos de mártires. 6.ª Muchos frescos expresivos de los monogramas de Jesucristo, del pez, el cordero, la paloma, la oliva, el Paraíso, el Diluvio, el Sacrificio de Abraham, Daniel en el lago de los leones, el Buen Pastor, Jonás saliendo de la ballena, Resurrección de Lázaro y Resurrección de Jesucristo. Ni en esta parte ni en la otra de las catacumbas de S. Calixto, vi el buey, el gallo ni los símbolos restantes que mencioné antes. Vi la paloma, unas veces sola, y otras, llevando en el pico un ramo de oliva, emblema, según los anticuarios, del Espíritu Santo llevando al Cielo el alma de un cristiano. 7.ª Llegamos a una cripta resguardada con una reja de fierro, de la que nos dijo el custodio no tenía la llave y que encerraba frescos interesantísimos, y a la luz de nuestras velas vimos en las lápidas de dos sepulcros el símbolo, tan estimado por los arqueólogos, del pez teniendo encima un vaso con pan y vino.

El 7 de mayo, antes de visitar la parte de estas catacumbas contigua a la basílica de S. Sebastián, visitamos dicha basílica. Fue edificada por Constantino y consagrada por S. Silvestre. Su sencillo altar mayor se compone de cuatro hermosas columnas de verde antiguo. En una de las capillas, está el cuerpo del santo y una preciosísima estatua yacente del mismo, hecha con diseño del Bernini. En otra capilla, nos mostró nuestro cicerone franciscano muchas reliquias, de las que, las que me llamaron más la atención fueron una de las saetas con que martirizaron al santo y un trozo de la columna a la que fue atado y muerto a palos en el Coliseo.

En la puerta de las catacumbas, leí una inscripción, que dice que allí fueron sepultados catorce papas y que todo el que visite las catacumbas después de haber recibido los sacramentos de la penitencia y la eucaristía gana indulgencia plenaria. Con nuestras velas encendidas y precedidos por el franciscano, bajamos, lleno el corazón de los grandes pensamientos que inspiran naturalmente estos mudos y misteriosos lugares. Las cosas que me llamaron más la atención fueron: 1.ª El lóculo donde estuvo el cuerpo de S. Sebastián en la época de las catacumbas. 2.ª El lóculo donde estuvo el cuerpo de Sta. Cecilia. 3.ª El lóculo donde estuvo el cuerpo de Sta. Lucina, la que era dueña del predio donde se abrió esta entrada, curó secretamente a S. Sebastián de las graves heridas ocasionadas por las saetas y lo sepultó. 4.ª Un ciborio de mármol blanco, cuya puerta es cuadrada, y tan pequeña, que apenas se puede meter la mano, y cuyo bajo-relieve representa a Jesús Niño, que tiene todo el cuerpo descubierto, aun las partes pudendas, lo que no me he sabido explicar. 5.ª Multitud de huecos, de donde nos dijo el franciscano que se habían sacado vasos de sangre. 6.ª Casi los mismos símbolos y frescos que en la otra parte de estas catacumbas. 7.ª Algunas criptas con el altar y hueco para las vinajeras, lo mismo que en las otras. De un lóculo de una cripta, tomó el inglés un puñado de tierra, y lo mismo hicimos los demás. El franciscano, a pesar de las graves prohibiciones contenidas en el billete, no opuso resistencia, sino que se puso los anteojos y examinó detenidamente la tierra de cada uno para ver si contenía algún huesecillo, y no habiendo encontrado alguno, nos la dejó. Una de las criptas más notables es la que se llama la Capilla de S. Felipe Neri, que tiene esta inscripción:

CAECUS HIC LOCI SQUALOR
EX ILLUSTRI MARTYRUM SANGUINE ADHUC STILANS
AT S. PHILIPI NERII
LONGO DECEM ANNORUM DOMICILIO ILLUSTRIOR.[45]

Unos dicen que en esta cripta fue donde se le rompieron las dos costillas a S. Felipe, en fuerza del amor divino, y otros, que al celebrar la misa. Otra de las criptas notables es la de S. Esteban; el franciscano nos designó el lugar donde fue degollado este papa, cuando predicaba a los fieles sentado en una pobre silla de madera, según el uso de entonces,[46] y el pozo con su brocal, que está en medio de esta cripta, en donde estuvieron sepultados los cuerpos de S. Pedro y S. Pablo.

Número de mártires. Baronio, Bosio, Boldetti, Mamachi, Ferraris y otros historiadores y anticuarios, con la inteligencia y escrupulosidad que caracteriza a los escritores de los siglos pasados, recogieron cuantas actas y documentos pudieron, relativos a los mártires, y de ellos deducen: 1.º, que la mayor parte de los mártires no fueron inscritos en documento alguno, ni se conocen; 2.º, que la mayor parte de las actas y documentos de los mártires se perdieron; 3.º, que los mártires de todo el mundo que constan en actas y documentos, y forman por lo mismo una pequeña minoría, son más de once millones; 4.º, que de éstos, los que fueron sepultados en las catacumbas de Roma fueron dos millones y medio; 5.º, que de éstos, los que lo fueron en las catacumbas de S. Calixto fueron 170 000, y 6.º, que si se repartieran en todos los días del año los referidos once millones, tocarían a cada día 30 000. Yo añado una observación, y es que esta estadística es del tiempo de Ferraris, es decir, de mediados del siglo pasado, y no comprende los mártires habidos después.

En fin, yo conservo con cariño el resto de mi vela de cera, con la que visité las catacumbas, como un tierno recuerdo de ellas; de ese campo

[45] "Ésta es la oscurísima y secretísima horridez del lugar, que todavía destila la ilustre sangre de los mártires, pero más ilustre con el largo domicilio de diez años de S. Felipe Neri". Parece que más bien se debería haber puesto: *locus squalidus*, pero yo pongo la inscripción como la copié. En que más haya ilustrado este lugar el domicilio de S. Felipe que la sangre de los mártires, no pongo dificultad.

[46] Yo no estuve en Florencia, pero he leído que en una iglesia de esta ciudad se conserva la silla de S. Esteban, en la que todavía se ve mucha sangre.

de batalla que rodea a Roma, en el que reposan los cuerpos de los soldados de Cristo, que guardan los muros de la Jerusalem de la tierra; de ese lugar subterráneo y misterioso, que por su grande extensión y por la abundancia de sus santos restos, se llama con justicia la Ciudad de los Mártires.

Carta XV

Lipsanoteca. Colegio de Cardenales. Bendición papal. Comida de los apóstoles. Oficios en El Jesús. Oficios en S. Juan de Letrán. Misa armenia pascual. Misa de Pascua celebrada por el papa. *La Girandola*. Sta. María la Mayor. Celda de Sto. Domingo



Lipsanoteca

Abril 16. Es, como dije a V., la custodia general de reliquias. Se compone de algunas salas, en las que hay muchos estantes de madera fina, y dentro de ellos, las reliquias. En las paredes y bóveda de la sala que yo conocí, están pintados muchos símbolos y objetos de las catacumbas, como monogramas de Jesucristo, palomas, palmas, lamparitas, etc., y muchas palabras análogas de la *Escritura*, especialmente las del *Común de mártires*. En este día, recibí ocho reliquias de santos, que traje para mí, mi señora madre, parientes y ciudad natal. Las reliquias se dan en Roma gratuitamente.

Colegio de Cardenales

Abril 18. Jueves Santo. Asistí a los oficios en la Capilla Sixtina, los cuales fueron celebrados con la asistencia del papa, quien condujo al Santísimo Sacramento a la Capilla Paulina, en donde siempre está el depósito en este día. Ya tuve el gusto de hablar a V. de la Capilla Sixtina y ahora le hablaré del Colegio de Cardenales. Eran en ese año cincuenta y ocho, y los que me parecieron más notables fueron, del orden de los obispos: Mathei, decano del Sacro Colegio; Patrizi, vicario general; Altieri, camarlengo, y D'Andrea, disgustado a la sazón con Antonelli y con el Santo Padre, y residente en Nápoles; del orden

de los presbíteros: Panebianco, menor conventual; Güidi, dominico; Pitra (muy sabio en lenguas orientales), benedictino; Bilio (el último de los cardenales, de 41 años de edad), barnabita, y D'Hohenlohe, príncipe austriaco; y del orden de los diáconos: Antonelli. Los conocí de vista a casi todos. Todos son hombres graves y de buenas costumbres, según oí decir. Patrizi, Bilio y Panebianco tienen fisonomía de santos, y en el último se fijan las previsiones de muchos como sucesor de Pío IX.

BENDICIÓN PAPAL

Abril 18. Después de los oficios, el papa fue conducido en la silla gestatoria al gran balcón de la basílica. Cantó, sentado, cuatro oraciones, con una voz fuerte y hermosa, a pesar de sus 76 años, que se oía en la mayor parte de la plaza. Los maestros de ceremonias le tenían delante el *Pontifical* y respondía el coro, que estaba detrás, es decir, en el pórtico superior. Luego, se puso en pie en las andas y dio la bendición. El papa en pie, con los brazos extendidos, la cabeza levantada hacia el cielo y entonando el *Benedicat vos omnipotens Deus*, es una cosa sublime. Al momento, estalló el cañón de Sant'Angelo, sonó la numerosa música militar que estaba en la plaza, y comenzó el repique en S. Pedro y en todas las iglesias de Roma, y por mucho tiempo, los más de los que estaban apiñados en la inmensa plaza, en los numerosísimos coches, en las ventanas y en las azoteas (entre ellos, muchos protestantes, según oí decir), permanecieron agitando los pañuelos blancos.

COMIDA DE LOS APÓSTOLES

Abril 18. Tiene lugar en el pórtico superior. El papa recorrió cuatro veces el frente de la mesa, sirviendo a doce presbíteros pobres, latinos y griegos, en conmemoración de la Cena de Jesucristo. Les sirvió sopa, vino, pescado y otra vez vino. Los cardenales estaban en pie en uno y otro extremo de la mesa, la que estaba colocada sobre un tablado como de dos varas de alto.

Oficios en El Jesús

Abril 19. Viernes Santo. Aquí se me presentó la Compañía de Jesús, con su general, sacerdotes y numerosos estudiantes, y desde el general hasta el último de los niños tenían una misma actitud, es decir, su libro en las manos y los ojos bajos. Cuando un hombre ha vivido reflexivamente en distintas situaciones sociales, no se engaña fácilmente y adquiere mucho conocimiento de los hombres. En la fisonomía y cuerpo de aquellos padres, se veían los rastros de la penitencia, el profundo recogimiento, la humildad y el ardiente amor de Dios, y los frescos semblantes y sonrosadas mejillas de aquellos jóvenes revelaban la pureza de sus costumbres. La adoración de la Cruz, hecha por el general, los padres y muchos estudiantes, y la procesión del Santísimo, fueron cosas muy edificantes.

Oficios en S. Juan de letrán

Abril 20. Sábado Santo. En la mañana, asistí a estos oficios y adoré las cabezas de S. Pedro y S. Pablo, que, como dije a V., se veneran en esta basílica; pero no se ven, porque están metidas en otras, de plata maciza. Ofició el cardenal prefecto de dicha basílica y confirió el sacramento del orden a muchísimos. El calendario anunciaba que en este día se bautizarían los judíos y mahometanos convertidos; yo no vi bautizar a ninguno, pregunté al párroco de Letrán, y me dijo que en aquel año ninguno de ellos había pedido el bautismo. Al volver a mi casa, cuando pasaba por el Coliseo, oí el repique en toda Roma, con motivo de la ceremonia que se llama Abrirse la Gloria.

Misa armenia pascual

Abril 20. En la tarde de este día, el Sr. D. Javier Angelini y yo asistimos a esta misa en el pequeño templo de S. Blas, la cual comenzó a las cinco y media. Allí estaban, junto al presbiterio, la reina y la princesa de Baviera, sentadas en modestos sillones. En el presbiterio había dos velos: uno en el arco, en forma de telón, de ese lienzo ordinario que se

llama persa, azul, con flores grandes, y otro pequeño, como de tres varas de alto, de tafetán blanco, que rodeaba la mesa del altar, en forma semicircular. Antes de la misa, el obispo estuvo orando sobre un reclinatorio, con sotana y sobretodo de paño color de café, que es el vestido con que lo había visto en la calle. Comenzó la ceremonia viniendo un lector y cantando mucho rato, al frente de un libro que estaba sobre un atril. Su vestido era una túnica de raso color de rosa, con el cuello y puños azul celeste y cuatro cruces griegas: una en el pecho, otra en la espalda y las otras dos en las mangas. Se corrió el velo grande, y dentro cantaban los sacerdotes, alternando con el lector. Se descorrió y aparecieron el obispo, el diácono, el subdiácono, el lector y cuatro acólitos. El obispo era anciano y tenía la barba larga y blanca, alba, capa pluvial (o quizá era casulla armenia, que a mí me pareció capa), cuello más grande que el de nuestras antiguas dalmáticas, mitra como la nuestra, palio muy ancho, báculo en la izquierda, que tomaba con un pañuelo de punto amarillo, y en la derecha, una crucecita de plata. El vestido del diácono y el del subdiácono (que también tenían la barba larga) consistía en una túnica de raso carmesí, con cuello y puños negros y cuatro cruces. El de los acólitos era una túnica escarlata con cuello y puños amarillos y cuatro cruces. El subdiácono agitaba continuamente el incensario; el lector tenía un libro; dos acólitos, los ciriales (candeleros con velas), y los otros dos, unas cañas de metal, de cosa de dos varas y media, que remataban en un círculo de campanitas, en el centro del que estaba un querubín. Durante la misa, hubo mucho canto en idioma armenio, mucho incensar y mucho menear las cañas, sonando las campanitas. El subdiácono, con un semblante muy grave y el cuello y todo el cuerpo tieso, como estatua, ya incensaba a las personas, ya hacía un círculo completo, incensando despacio hacia todas partes. No sonó ningún instrumento músico. El obispo cantaba con frecuencia el *Pax vobis* y daba la bendición con la crucecita. Leyó la *Epístola* y el *Evangelio* sentado en una pobre silla, junto al velo grande, y después quedó allí sentado, sin que nadie lo acompañara. El diácono trajo de la credencia el libro de los *Evangelios*, precediéndole los ceroferarios y tintinabularios, se paró enfrente del obispo, éste se puso en pie, y aquél, teniendo el libro abierto con un paño de raso carmesí, cantó el *Evangelio*. Siguió el *Credo*, cantado, concluido el que, se corrió el velo grande y tuvo lugar el *Ofertorio*, que, por supuesto, no vimos. Se descorrió el velo y el obispo

apareció sin mitra ni báculo, pero siempre con la crucecita, la que ponía sobre el altar, cuando tenía que hacer algo con la derecha. A la hora de alzar, primero alzó la hostia y el cáliz juntos, después los alzó separados, como nosotros, teniéndolos en alto mucho tiempo, y después se volvió al pueblo y le presentó la hostia mucho tiempo. A la Asumpción,[1] se corrió el velo pequeño, y no la vimos. Se descorrió dicho velo, estuvieron cantando un rato y luego se corrió el velo grande para la comunión de los sacerdotes, lector y acólitos (supongo), pasado lo que, se descorrió. Todos los romanos y extranjeros platicaban a media voz y reían durante la ceremonia, y cuando se corría el velo grande, había una risa general y estrepitosa, y se platicaba en voz alta, como en un entreacto, y digo a V. "todos" para comprender todas las clases de la sociedad. La extrañeza de los semblantes, de los trajes, del canto y de las ceremonias excitaban a risa, y tenía uno que reflexionar que Jesucristo estaba allí realmente, para estar con seriedad. Cuando se descorría el velo, el obispo y los sacerdotes mostraban que estaban avergonzados. Oí decir que estaban muy pobres, y así lo muestra su iglesia. Los armenios consagran con pan ácimo, y su hostia y cáliz son enteramente iguales a los nuestros. Concluida la misa, el diácono y el subdiácono trajeron en unos canastillos unos pequeños panes ácimos benditos, en forma de obleas cuadradas, que tenían realzado un cordero. Comenzaron a repartir y hubo un grande desorden y gritos en la iglesia, a pesar de que estaban de guardia los suizos, queriendo cada uno obtener un panecillo; se agruparon al pie del presbiterio, se subieron a él, a pesar de estar alto; cuando los sacerdotes vieron esto, corrieron con sus canastillos, los concurrentes corrieron tras ellos por el presbiterio y ellos se ocultaron no se supo dónde. En esta confusión, yo no supe lo que fue de la reina y de la princesa de Baviera.

A las once de la noche, vi el Coliseo iluminado en su exterior con luces de colores, llamadas fuegos de Bengala.

[1] [Rivera se refiere a la elevación de la hostia con el arcaísmo *Asumpción*, que, dice Amado Alonso, se usó en los siglos XIII a XVIII (*Enciclopedia del idioma*, t. 1, p. 545). SLM.]

MISA DE PASCUA CELEBRADA POR EL PAPA

Abril 21. Asistí a esta misa detrás de las bancas de los cardenales, merced al favor que me hizo el Sr. D. José Noriega y Malo, de hacer suscribir mi nombre en la lista de las personas que podían ocupar el referido asiento. El Sr. Noriega y Malo es un excelente mexicano de la capital, que estaba en Roma en calidad de *attaché*[2] de la legación mexicana. Vi muy bien esta misa, y la ceremonia que más me agradó fue la comunión del papa. Después de los *Agnus,* se fue a su trono y se sentó. Las nueve gradas del trono estaban cubiertas de arzobispos y obispos, sentados en ellas con sus capas y mitras. El subdiácono fue al altar y llevó la hostia sobre la patena y ésta sobre el cáliz; luego que comenzó a bajar las gradas del altar, se postró el papa, los cardenales, los obispos, los soberanos en sus tribunas, los numerosos individuos del cuerpo diplomático en la suya y todo el pueblo. Los guardias nobles, que eran como sesenta, doblaron la rodilla y tendieron en el pavimento la espada desnuda. El subdiácono venía despacio, acompañado de los acólitos y de otros eclesiásticos que portaban cirios encendidos, y traía la hostia y el cáliz levantados a la altura de la cara. Llegando donde estaba el papa, Su Santidad comulgó la hostia con sus propias manos, y sorbió el *Sanguis* con un tubo de oro. El subdiácono volvió al altar llevando el cáliz, y dentro de él el tubo, y el papa permaneció postrado algunos momentos. Después de la misa, recibí por segunda vez la bendición papal en la plaza de S. Pedro. El papa da la bendición el Jueves Santo con mitra, y en este día, con tiara.

LA GIRANDOLA

Abril 22. Lunes de Pascua. En la noche de este día, el Sr. D. Javier Angelini y yo vimos desde la plaza del *Popolo,* que está al pie del Pincio, los fuegos artificiales, llamados *La Girandola*, que tienen lugar en dicho monte. Los italianos tienen gracia especial para los fuegos artificiales y para toda obra de perspectiva e imaginación. Más de cien cohetes formando un grande haz de luces, subiendo a lo alto y bajando de allí

[2] [Es decir, *agregado.* SLM.]

convertidos en luces de diversos colores, como si fueran flores que caían sobre la plaza; era un espectáculo de inefable hermosura. De todas las partes de estos juegos, las que me agradaron más fueron la que he dicho y la representación de una erupción del Etna.

STA. MARÍA LA MAYOR

Abril 28. Esta basílica fue edificada por el papa Liberio a mediados del siglo IV, y su historia es muy conocida. El frontis es un doble pórtico, hecho por Benedicto XIV. Las columnas de mármol blanco que forman la nave principal son las del antiquísimo templo de Juno Lucina, cuyas ruinas están cerca. El oro del artesón fue el primero llevado de América, regalado por Colón a los Reyes Católicos, y por éstos a Alejandro VI para Sta. María la Mayor; dicho papa doró el artesón. Éste es, pues, una cosa muy querida para un americano, que se alegra de ver tan bien empleadas las primicias de las riquísimas montañas de su patria, en honra de la dulcísima Madre de Dios. La iglesia está cubierta, en su interior y en el pórtico superior, de imágenes en mosaico, las que ya en el Concilio II de Nicea fueron citadas como una prueba del culto de las imágenes. Dos son las más notables. Una representa la Anunciación, colocada a principios del siglo V por Sixto III, para perpetuar la memoria de la virginidad de María, defendida y declarada en el Concilio de Éfeso. La otra representa la Coronación de la Virgen; Jesús y su Santísima Madre están sentados en un trono, que tiene la figura de nuestros sofás. El Salvador tiene en la mano izquierda el *Evangelio* abierto, y con la derecha está poniendo una corona real a la Virgen. El fondo del cuadro es un cielo estrellado, y a los pies del trono están muchos ángeles y santos. Esta basílica abunda en cuerpos de santos, de los que los más celebrados son los de los apóstoles S. Andrés, S. Felipe, Santiago el Menor, Sto. Tomás y S. Matías; el de S. Gerónimo, en la Confesión de la Capilla del Sacramento (junto a los restos de la cuna de Jesucristo, que no vi), y el de S. Pío V, en la misma capilla. Una de las inscripciones del sepulcro de S. Pío V dice que en la batalla de Lepanto fueron 20 000 los muertos, 10 000 los prisioneros, 158 las naves aprehendidas, 90 las naves sumergidas y 15 000 los cautivos cristianos rescatados. Están también en esta basílica, la cabeza de S. Lucas y la de S. Cipriano.

De los sepulcros de hombres célebres, los más notables son los de los papas Nicolás IV, Sixto V (Capilla del Sacramento), Pablo V (Capilla Borghese), Clemente VIII (*idem*) y Clemente IX, el de Platina y el de Antonio Nigrita, embajador del Congo, que vino a arreglar el negocio de la conversión de su reino al catolicismo y murió en el Vaticano, en el pontificado de Pablo V. Su estatua tiene el cuerpo muy negro y desnudo, una capita amarilla, el carcaj y el arco. La imagen de la Santísima Virgen, que es una de las que, se dice, pintó S. Lucas, está en la Capilla Borghese. El fondo del altar es de lapislázuli, adornado de piedras preciosas; las cuatro columnas son de jaspe; el friso, de ágata, y el bajorelieve de su ático representa a Liberio y a su clero viendo la nave,[3] la cual tiene la figura de cruz latina.

CELDA DE STO. DOMINGO

Abril 29. A las seis y media de la mañana, me fui a Sta. Sabina, que está en la cumbre del Aventino. Subí a este monte por tres calles, formadas por muros de huertas en figura de culebrilla, y en ellas no encontré a nadie. La frescura de la mañana, la soledad, los recuerdos del monte del pueblo y las ramas de los árboles que caían fuera de los muros me fueron muy agradables. Llegué al convento, me preparé y dije la misa de S. Pedro de Verona, en la celda donde vivió Sto. Domingo hace seis siglos y medio. En este lugar, no se puede decir el *Gloria,* el *Evangelio,* el *Credo,* etc., sin devoción. En Roma, se acostumbra rezar tres veces el *Ave María* después de la misa, y me fue muy dulce saludar a la Santísima Virgen en un aposento en que la saludaría tantas veces Sto. Domingo por medio del rosario. En la misma celda, oré después de la misa por mí, por mi señora madre, hermanos, amigos, por la Iglesia y por mi patria. Cuando estaba dando gracias, un hermano lego vino a convidarme a tomar café, le di las gracias y le dije que el favor que le pedía era que me mostrara el naranjo que había plantado Sto. Domingo, a lo que accedió de buena voluntad. Yo había sabido este hecho por las religiosas de Sta. María de Gracia de Guadalajara y por César Cantú, quien lo refiere en su *Historia universal.* Vi despacio la

[3] [Es decir, el interior de la iglesia. SLM.]

celda y copié esta inscripción, que se halla allí en una lápida de mármol blanco:

ATTENDE ADVENA
HIC OLIM SANCTISSIMI VIRI
DOMINICUS, FRANCISCUS ET ANGELUS CARMELITANUS
IN DIVINIS COLOQUIIS VIGILES PERNOCTARUNT.[4]

Estos coloquios fueron con Dios y entre sí para arreglar el modo con que habían de hablar a los papas y grandes señores, escribir, caminar, navegar y trabajar para el establecimiento de sus respectivas órdenes. Puede decirse que este secreto aposento fue la cuna de esas dos órdenes célebres de franciscanos y dominicos, semejantes a dos árboles gigantescos, que han crecido entrelazados y han extendido sus ramas por todo el mundo. Medí la celda con mis pasos: tiene once de larga y tres de ancha, y es tan baja, que un hombre muy alto puede tocar las vigas con la mano. No tiene más que una ventanilla sobre la puerta. Está decorada a trechos con ricos mármoles, por Clemente IX, lo cual no impide ver la pared, blanqueada sencillamente con cal, y las vigas y tabletas sin pintar. Pasamos por el patio del convento, que es también del tiempo de Sto. Domingo, y muestra la arquitectura del siglo XIII. Tiene cuatro corredores de ladrillo, cuyos arcos son muy pequeños, sostenidos por columnitas de piedra del diámetro de menos de una cuarta y de la altura de vara y media. Llegamos a la huerta, en uno de cuyos ángulos vi el naranjo, que, aunque en su tronco manifiesta su grande vejez, tiene algunos retoños verdes, que producen unas raquíticas naranjas. El hermano me dio una fresca, y yo se la cambié por dos secas.

[4] "Atiende, peregrino, que aquí, en otro tiempo, los santísimos varones Domingo, Francisco y Angelo, carmelitas, pasaron las noches en coloquios divinos".

Carta XVI

Misa armenia privada. Misa griega. Museo Etrusco. Termas de Diocleciano



Misa armenia privada

Abril 30. Después que dije la misa en la cámara de Sta. Catalina de Sena, oí la del cardenal Güidi, que la dijo en seguida, y la de un sacerdote armenio que la dijo después del cardenal, en el único altar que hay en esta pequeña cámara. La *Confesión* fue más larga que la nuestra y teniendo el padre los brazos abiertos. Subió al altar y en él dijo el largo *Introito* con los brazos abiertos. Luego, preparó el cáliz. Luego dijo los *Kiries* y el *Gloria,* y siempre que se volvía al *Dominus vobiscum,* que era con frecuencia, daba la bendición con la mano. Luego, dijo las oraciones y la *Epístola* en el mismo lado que nosotros. Luego, el *Evangelio*, en medio del altar, vuelto al pueblo. Siguió el *Credo*, lo mismo que nosotros. Al *Ofertorio*, puso la patena sobre el cáliz y ofreció juntamente la hostia y el cáliz. Luego, el Lavatorio, como nosotros. Al *Orate fratres*, dio la bendición y no perfeccionó la vuelta. Luego, largas oraciones secretas y *Prefacio* como nosotros. Luego, tomó los corporales con las dos manos, los sacudió y dijo el *Canon* como nosotros. Consagró en voz alta, teniendo en las manos la hostia y la patena. Luego, hizo genuflexión, consagró el cáliz, puso la patena sobre él, levantó la hostia y el cáliz juntos, hasta el pecho, hizo con ellos una cruz horizontal, los levantó sobre la cabeza el mismo tiempo que nosotros, y en fin, hizo genuflexión. Siguieron largas oraciones, después de las que dio tres ósculos al altar dentro de los corporales: primero, al lado del *Evangelio*, segundo, al lado de la *Epístola*, y tercero, en medio. Luego, más oraciones. Luego, alzó la hostia y cáliz, como nosotros, pero teniéndolos en alto mucho tiempo.

Hizo genuflexión, tomó la hostia con la derecha, se volvió al pueblo y le presentó para la adoración mucho tiempo. El *Pater noster*, la Fracción y los *Agnus,* como nosotros. Luego, el *Memento* de difuntos, después del que, dio tres ósculos al altar. Luego, la Asumpción y abluciones, como nosotros, sin más diferencia que, como el bigote le cubría la boca, se lo arregló antes de tomar la hostia y se lo limpió bien con el purificador después de las abluciones. Luego, oraciones últimas, largas, bendición con el *Misal* y último *Evangelio*, como el primero. No hubo *Ite, misa est.* Después que tomé el desayuno, apunté estos pormenores.

MISA GRIEGA

Mayo 2. Asistí a esta misa solemne en la iglesia de S. Atanasio, que no está tan pobre como la de S. Blas, de los armenios. Como todos los templos griegos, en donde nosotros tenemos la barandilla para la comunión, tiene un cancel, el cual tiene un arco en medio y dos puertas a los lados, con cortinas corredizas de damasco encarnado. Delante de este cancel está el presbiterio, con asientos a un lado y otro. Allí estaba el obispo, sentado en un sillón, sobre una tarima de dos gradas, sin dosel. De una de las puertas del cancel salieron de uno en uno cuatro acólitos, el lector, el subdiácono, el diácono y cuatro presbíteros. Todos, incluso el obispo, eran de color cobrizo, ojos negros y pequeños, nariz muy bien formada, cabellera grande y sin peinar, barba, *idem, idem,* y manifestaban no haberse lavado la cabeza ni la cara hacía mucho tiempo. Los acólitos tenían ropas encarnadas y roquetes. El lector, el diácono y el subdiácono tenían túnicas y unas como becas de tela de plata, adornadas de cruces griegas, y los presbíteros, albas y casullas griegas. Los acólitos traían los ciriales, incensario y naveta, y cada uno de los otros traía una de las vestiduras del obispo. Lo revistieron de amito, alba, cíngulo, manípulo, estola, casulla en forma de tunicela, y mitra en forma de corona griega, y le dieron dos candelabros; el de la mano derecha tenía tres velas encendidas, que significan la Santísima Trinidad, y el de la izquierda tenía dos, que significan la divinidad y humanidad de Jesucristo. Por entonces, no le dieron el báculo, el cual remata en dos culebras, que se miran, en forma de caduceo. La ceremonia de

revestir al obispo fue muy hermosa; al ponerle cada vestidura, el diácono cantaba una oración y el magnífico coro respondía *Kirieleison,* que es el *Amén* de los griegos y que algunas veces responden hasta nueve veces. El coro se componía de veintitantos jóvenes del colegio contiguo, dirigidos por un presbítero. Todos son de Atenas y demás ciudades griegas y visten túnica azul celeste, que recuerda a Homero y a Platón. El idioma y canto de los griegos me parecieron tan hermosos, como desagradables me habían parecido los de los armenios. Revestido el obispo, fue al arco del cancel y oró hacia el altar, teniendo los candelabros en las manos. Oró en pie, porque los griegos nunca doblan la rodilla. Después, hizo con los candelabros cuatro cruces; una hacia cada viento. Antes del *Ofertorio,* hubo otra procesión como la anterior; los eclesiásticos salieron por una de las puertas del cancel y entraron por la otra. Cada uno de los presbíteros llevaba en las manos, algo levantadas, una de las cosas pertenecientes al sacrificio; uno llevaba la hostia, que era una tortita de pan fermentado, dentro de una pequeña caja de oro; otro, un pequeño cuchillo para partir el pan; otro, el cáliz con tapa, como nuestros copones, y otro, no recuerdo qué. El obispo vino del altar al arco y presentó al pueblo la cajita de oro; los estudiantes se inclinaron profundamente y muchos romanos doblaron las rodillas, y esto me indicó que eran los momentos de alzar la hostia para la adoración. Se fue al altar, volvió con el cáliz y lo presentó al pueblo. A la Asumpción, se corrió el velo del arco, y por lo mismo, no la vimos, y aun estando descorrido, no se veían bien las ceremonias, por impedirlo el cancel. Después de la misa, desvistieron al obispo, le pusieron el bonete griego, que es a manera de un sombrero alto, sin falda, y le cubrieron la cabeza y la cara con un velo de punto negro; de esta manera, misteriosa y sublime, estuvo orando en pie, bajo el arco. Después, bendijo y repartió al pueblo pequeñas tortas de pan.

MUSEO ETRUSCO KIRKERIANO

Mayo 5. Este museo se llama Kirkeriano por haberlo fundado el padre Kirker,[1] de la Compañía de Jesús, está en el Colegio Romano, es el

[1] [Atanasio Kircher (1601-1680), polígrafo alemán. SLM.]

primero de los que tienen los jesuitas, y lo dirige el padre Tongiorgi. El jesuita vestía sotana y bonete de paño burdo, pero muy limpios, y tenía modales muy finos. El museo se compone de muchos objetos de los antiguos etruscos, y diré a V. los que me llamaron más la atención. El primero fue el sistema monetario. El de casi todos los pueblos antiguos italianos consistía en el as. El P. Tongiorgi nos mostró la moneda primitiva, que consistía en una multitud de piedritas de diversos tamaños, halladas en los vasos sepulcrales. Como el valor de estas piedritas dependía de su peso, era necesario: 1.º, pesarlas, y 2.º, aumentar o disminuir el peso, lo cual ocasionaba muchas dificultades. Por eso, los reyes etruscos acuñaron moneda, y esto trajo tres ventajas: 1.ª, la disminución de las piezas, 2.ª, la fijación del valor, y 3.ª, la garantía de la moneda. Habíamos allí visitantes de diversas naciones, según me pareció; mas el jesuita daba sus explicaciones en italiano. Uno le preguntó que ¿en qué se había conocido que aquellas piedras eran moneda?, y respondió que habían sido descubiertas en un vaso sepulcral, el cual tenía una inscripción que decía que aquellas monedas se ofrecían a una diosa,[2] y que, además, dichas monedas tenían una diminución proporcional. Estaban colocadas sobre una mesa, de mayor a menor.

[2] No dudo de este hecho, porque los jesuitas son muy sabios, pero diré una dificultad que me ha ocurrido después, a la que no encuentro solución. La inscripción de ese vaso debe estar en idioma etrusco. ¿Quién la leyó? ¿Quién sabe hoy el etrusco? Nadie. Es verdad que se han descubierto en este siglo muchísimos monumentos etruscos *escritos*, pues sólo los de la colección de Vermiglioli son más de 640; pero todos ellos son unas piedras mudas. Mudos fueron por largos siglos los obeliscos, los sepulcros y demás monumentos egipcios, escritos en el idioma jeroglífico, hasta que una casualidad hizo descubrir en el siglo pasado la famosa Piedra de Rosetta (que vi en el Museo Británico de Londres), la que es trilingüe, es decir, que contiene inscripciones en tres idiomas: en el jeroglífico, en el *enchorial* y en el griego. La segunda y la tercera son traducciones de la primera; de manera que el griego dio a conocer el idioma jeroglífico e inició el aprendizaje de él, y hoy lo saben muchos sabios de Europa. Pero respecto de la lengua etrusca o toscana, ni se sabe ni se ha encontrado hasta hoy modo de saberla. Es verdad que hay algunas lápidas bilingües, es decir, que contienen inscripciones en etrusco y en latín; "pero el latín no es traducción del etrusco, de modo que no sirve para *la interpretación"* (César Cantú. *Historia universal*, Documentos, Arqueología, y Bellas Artes, n. 163). La ignorancia plena del etrusco no data de poco tiempo. Sila destruyó todos los monumentos y la nación etrusca, y Augusto acabó con ella, de manera que muy pronto los etruscos adoptaron la lengua, las leyes y costumbres de los romanos, se confundieron con ellos y perdieron enteramente su idioma, y ya en la Edad Media nadie sabía el etrusco. El célebre P. Sechi se ocupa actualmente en escribir una obra sobre el referido idioma, la que dará por resultado útiles sospechas. (Nota del autor en la 1.ª edición.)

Después de publicadas estas *Cartas*, recibí una carta de un jesuita amigo mío, en la que me dice que el sabio jesuita Tarquini (que murió hace poco tiempo, de la pesadumbre que le causó el nombramiento de cardenal, que se le obligó a aceptar por obediencia) escribió un ensayo para adelantar algo en la lectura de las inscripciones etruscas. (Nota del autor en esta 2.ª edición.)

Había allí también monedas etruscas acuñadas, y el jesuita nos mostró algunos dupondios y tripondios. Lo segundo que me llamó la atención fue una silla etrusca de bronce, perfectamente cincelada, con brazos y sin respaldar. Lo tercero fue un *necessaire* grande para baño y varios pequeños. El padre nos mostró en el *necessaire* para baño una inscripción y varios pasajes mitológicos, nos hizo admirar la obra de fundición, la de escultura y la de grabado, y nos dijo que aquella inscripción decía que H. regalaba el *necessaire* a Plaucia. Lo cuarto fue un espejo etrusco de bronce.[3] Lo quinto fue una pequeña balanza, llamada hasta aquí romana, por creerse que la inventaron los romanos. Lo sexto fue candeleros de diversos tamaños, para colocar sobre ellos la lamparilla a la altura que exigía la obra que se hacía. En fin, vi otra multitud de objetos que no pude conservar en la memoria: instrumentos agrícolas, industriales y comerciales, muebles de sala, de recámara, de tocador, de comedor, de cocina, de baño, armas diversas, etc., etc.; todos muy bien fundidos, cincelados y grabados, y cada uno muy a propósito para su respectivo objeto. Los descubrimientos de antigüedades etruscas han sido hechos casi en su totalidad en el siglo actual, y Gregorio XVI fue quien formó en el Vaticano el museo llamado por esto Etrusco-Gregoriano, que no tuve tiempo de visitar. El P. Tongiorgi nos dijo, al último, que después de estos descubrimientos ya no se creía que la civilización de los romanos había venido de los griegos, de una manera tan general como antes se pensaba; que cuando aquéllos conocieron a éstos, ya estaban muy civilizados por los etruscos, y que la acuñación de la moneda entre éstos era anterior a la fundación de Roma.

TERMAS DE DIOCLECIANO, O SEA, LA CARTUJA DE STA. MARÍA DE LOS ÁNGELES

Mayo 9. Estas termas fueron construidas por Diocleciano, y eran las más grandes de las muchas que había en Roma, porque en ellas podían

[3] El padre lo traía siempre en la derecha, y se golpeaba con él constantemente en las uñas de la izquierda, colocadas de canto, cosa que me producía una sensación dolorosa, y a él no quitaba la jovialidad y maneras agradables a cada uno de los visitantes; pues los jesuitas nunca olvidan esta regla de S. Pablo: *Omnibus omnia factus*, que su Sto. Padre dejó explicada y escrita de esta manera: *Ingredimini ad saeculares cum eo quod ipsorum est, sed egredimini cum vestro.*

bañarse a un tiempo 3200 personas. Se componían de ¡3000 salas!, muchos pórticos de mármol, un teatro y varios jardines. De dichas salas, las más eran para baño, otras eran escuelas de retórica (la que comprendía la filosofía), otra, escuela de gimnástica, y otra, escuela de natación. En los jardines, había calles para pasear a la sombra, bosquecillos que ocultaban muchos crímenes, pórticos, estatuas y fuentes brotantes. Las salas estaban adornadas con columnas de granito o de mármol, estatuas de los dioses y mosaicos. El agua brotaba de surtideros de plata, y caía en estupendas tinas de basalto o de mármol (algunas de las que he visto en el departamento de Belvedere y en la plaza Farnesio, sirviendo de receptáculo para las fuentes públicas) y algunas eran de plata. Había muchísimos baños completos, compuestos de cinco piezas. Una era para reposar y divertirse. En otra, estaba el baño frío, el cual tenía gradas al derredor, en las que se sentaban los que iban a platicar o a esperar que se desocupase. Seguía el baño tibio, muy amplio, para poder nadar. La siguiente era el *Sudatorio* o baño de vapor, el que se escapaba por la bóveda, en la cual había un tapón movible por medio de una cadena, para aumentar o disminuir el vapor. La última era el *Untorio*, para ungirse y perfumarse. Los nobles iban al baño acompañados de una turba de esclavos, de los que unos desempeñaban unas funciones, y otros, otras, y concluían por llevar en brazos a su señor a la litera, cubierto con finísimos paños de lino o de la lana de Tiro, y conducirlo a su casa en dicha litera, bien cerrada. De estas inmensas termas, no queda más que la escuela de natación, que es la actual iglesia de la Cartuja de Sta. María de los Ángeles, y un *Sudatorio*, a bastante distancia, edificio circular, que es hoy la iglesia de S. Bernardo. Cerca de él, están las ruinas del teatro.

El templo de Sta. María de los Ángeles es asombroso, por su arquitectura, más imponente que el Panteón de Agripa y venerable por haber sido construido con los sudores y lágrimas de 40000 cristianos condenados a las obras públicas. En el altar mayor hay una inscripción con grandes caracteres dorados, que dice que este lugar, antes morada de los ídolos, hoy es templo de la Virgen, y concluye con este conjuro: *Doemones aufugite.* Al entrar en este lugar de tanta magnificencia, lo que más sorprende son las ocho columnas de granito de una sola pieza, que tienen sesenta y cinco y medio palmos de altura y más de veintitrés de circunferencia. Hay otras muchas cosas que admirar: la bóveda, que es

¡la más ancha del mundo!, en la que se ven todavía los antiguos rosetones de bronce dorado; la capilla de las reliquias; el famoso fresco de *S. Sebastián,* del Dominiquino, trasladado por Zavaglia con todo y parte del muro, de la basílica de S. Pedro, a esta iglesia; la estatua colosal de mármol blanco de *S. Bruno;* los sepulcros de Pío IV, Salvator Rosa y Carlos Maratta; el meridiano formado en el pavimento, que indica la hora que es por medio de la luz que entra por la linternilla de la bóveda principal, y en fin, *La misa de S. Basilio,* de Subleyras, *La presentación de María,* del Romanelli, *El castigo de Ananías y Safira,* del Pomarancio, y otros cuadros originales de primer orden, trasladados de la basílica de S. Pedro, en donde están las copias en mosaico. Después de haber visitado la iglesia, recorrí el famoso patio principal de la Cartuja, llamado el Patio de las Cien Columnas, porque sus cuatro pórticos constan, efectivamente, de cien altas columnas, hechas con diseño de Miguel Angelo. Estuve sentado al pie del más alto de cuatro antiquísimos cipreses, que sombrean la fuente que está en medio del patio. Estaba solo; no se veía persona alguna, ni se oía más que el ruido de la fuente y el canto de los pájaros en los cipreses. Como cinco sextas partes del patio están sembradas de hortaliza, la abundancia de la yerba y las lagartijas en las veredas que conducen a la fuente me indicaron que aquellos sitios eran poco frecuentados. La otra sexta parte es el cementerio de los cartujos, en el que no hay más que una cruz de hierro, fija, en medio, y otra cruz de leño, movible, que indica dónde ha sido sepultado el último. Vi a dos cartujos: uno que salió por una puerta, recorrió un corredor y entró por otra, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, sin mirar hacia ninguna parte, y otro que estaba hincado y oraba en el cementerio. El vestido de estos monjes consiste en un hábito blanco de lana burda, cinto negro de cuero, medias blancas y zapatos bajos negros. Una tira de lana les une el escapulario por uno y otro lado. Tienen toda la cabeza raída, a excepción de un cerquillo muy angosto, y la barba larga, y usan rosario. En los pórticos del patio, están las puertas, sin pintar, de muchas celdas, y no hay más pinturas que una pequeña y grosera, semejando pintura en papel, en cada puerta. Son los retratos de cartujos célebres que habitaron estas celdas. En una puerta, vi el retrato de Clemente VI, cuya inscripción dice que, en el trono pontificio, observó su regla en la portación perpetua del cilicio y en la abstinencia perpetua de carne; en otra, el del

célebre místico Dionisio Cartujano; en otra, el de Surio, biógrafo de santos, de fines del siglo XVI, y en otras, los de cardenales, obispos, príncipes, abogados, poetas, médicos, pintores, etc., que han dejado las glorias mundanales por el hábito del cartujo. Cada retrato tiene al pie una inscripción análoga (en latín, para que las conozcan todos los viajeros), de las que no pude copiar más que dos, que me llamaron más la atención: ésta, al pie del retrato de un abogado, tomada de S. Gregorio Magno: *Advocatus justus causas injustas non accipit:* "El abogado justo no recibe causas injustas", y esta otra, de Aristóteles, relativa a un pintor: *Lingua loquitur auribus, sed pictura loquitur oculis; multoque loquatior est pictura quam oratio:* "La lengua habla a los oídos, mas la pintura habla a los ojos; y es mucho más elocuente la pintura que el discurso".[4]

El Sr. Lic. Angelini me hacía favor de visitarme con frecuencia, y una vez recayó la conversación sobre la Cartuja, y pasó entre los dos este diálogo. Me dijo: "—Allí hay unos padres que están encerrados toda su vida, porque la puerta de la celda está murada con piedra y mezcla, y se les mete la comida por un torno. —¡Cómo! Y si se enferma el padre, ¿cómo se le asiste? —Debe ser por la azotea. —Pero la asistencia de un enfermo demanda una serie de actos que es muy difícil practicar por la azotea. Y ¿si hay un incendio dentro de la celda? —Allí se quemará el padre. —No, señor; yo no creo eso". Cuando andaba leyendo las inscripciones del claustro, dio las once el reloj del monasterio, y a poco vi

[4] El filósofo habla de una pintura que retrata un hecho muy al vivo, como eran las pinturas griegas. El pensamiento es profundo y a primera vista nos parece falso, porque no conocemos las pinturas griegas. No tiene duda que el *lenguaje de acción* es más eficaz que el *lenguaje de palabra*, y S. Juan Crisóstomo da la razón filosófica: porque la *vista*, dice, es un sentido más perfecto que el oído. Predíquese la Pasión de Jesucristo, y la multitud se moverá; preséntele el predicador un llagado crucifijo, y prorrumpirá en llanto. Muy conmovido estaba el pueblo romano con los *discursos* de Icilio; mas cuando *vio* en la tribuna el cadáver ensangrentado de Virginia, su exaltación llegó hasta el furor y derrocó a los Decenviros. Los hechos nos mueven menos cuando los *leemos* en la historia, que cuando los *vemos* representados en el teatro. Siéntese una alegría entusiasta por la justicia satisfecha, al ver al niño Joas sentarse en el trono de sus padres, en la *Atala* de Racine. Y ¿quién no ha derramado lágrimas en *Los hijos de Eduardo*, de Casimiro Delavigne? ¿Quién no ha sentido levantársele el pecho de indignación contra los tiranos? Por esto, los grandes triunfos en la oratoria son raros, y los del teatro son frecuentes. La escena que pasó en la capilla de Versalles, con motivo del sermón de Massillon sobre el Juicio Final, no se repitió otra vez. En la misma oratoria, los rasgos más felices son los que se parecen a una pintura. ¿Por qué David cayó del trono y dijo: *Pequé*? Porque el discurso de Natán era como una pintura. Y ¿qué es el Hijo Pródigo y las demás parábolas de Jesucristo? Unos discursos semejantes a una pintura. La gracia sigue ordinariamente a la naturaleza. Me haría interminable, aduciendo pruebas en pro del pensamiento de Aristóteles. Basta decir que *pictura loquatior* fue lo que produjo la idolatría.

a un lego que traía un portaviandas, abría una como ventanilla, colocaba dentro algunos platos, la cerraba con llave y volvía a hacer lo mismo en otras ventanillas. Entonces, recordé lo que me había dicho el Lic. Angelini, me acerqué al hermano, y vi que eran ventanillas y no tornos, y que puso en una de ellas un plato con tortilla de huevo, otro con sopa de arroz y otro con un asado que me pareció de carne de res, aunque quizás era pescado. Le pregunté algunas cosas y me dijo que en la comunidad de los cartujos había trece que jamás salían de su celda, más que a decir la misa todos los días; que no asistían a ningún acto de comunidad; que no hablaban con nadie, ni con sus padres, ni con los otros monjes, y que cada uno tenía una vivienda compuesta de una celda, una pequeña huerta, que cultivaba con sus propias manos, una fuente y un inodoro. Vi las llaves colocadas en las puertas de las celdas de estos padres, para que el prior entrase a la hora que quisiese.[5] Después, referí esto al Lic. Angelini, y me contestó: “Los extranjeros conocen a Roma mejor que muchos de nosotros, que hemos nacido aquí, porque todo lo visitan, preguntan y apuntan con mucho cuidado”.

[5] Todas las órdenes religiosas, que son innumerables, han decaído con el transcurso del tiempo y necesitado de reforma, a excepción de dos: la de los cartujos y la Compañía de Jesús. La primera cuenta ocho siglos y medio. Respecto de la segunda, a fines del siglo pasado se propuso al general Lorenzo Ricci que no sería extinguida, con la condición de que aceptara una reforma, y contestó: *Aut simus ut sumus, aut non simus:* “O seamos como somos, o no seamos”.

Carta XVII

Galería de pinturas en el Vaticano. Corredor de las Inscripciones. S. Juanín de la Malva. S. Pedro *in Montorio*. Sta. María *trans Tiberim*. El Pincio. Museo Egipcio. Galería de Telas. Galería de Mapas. Galería Doria



Galería de pinturas en el Vaticano

Mayo 11. Pío VII,[1] digno sucesor de Pedro, por la santidad de sus costumbres, y digno hijo del pueblo-rey, por su amor a las ciencias y a las bellas artes, fue el que formó esta galería, que, aunque no tiene más que cuatro salas, se compone de pinturas de primer orden. Mencionaré a V. las que me llamaron más la atención: *Transfiguración, Madona* de Foligno, y *Coronación de la madona,* de Rafael; madona con algunos santos y un *dux* de Venecia, de Tiziano; *Comunión de S. Gerónimo,* del Dominiquino; *Sta. Elena,* de Pablo Veronés; *Deposición,* de Miguel Angelo Caravaggio; *Pesebre* e *Hijo pródigo,* de Murillo; *Crucifixión de S. Pedro,* del Guido, y *Madona,* de Sassoferrato.

Corredor de las Inscripciones

Mayo 11. Las dos paredes de este larguísimo ambulatorio están cubiertas de alto a bajo de lápidas antiguas, con inscripciones griegas y latinas; importantísima colección hecha por Pío VII, dando él mismo la planta. La pared del lado derecho contiene inscripciones cristianas de las catacumbas; casi todas son breves y sobre ellas se ven muchos de los símbolos de que he hablado a V. al tratar de las catacumbas,

[1] Cuéntese las veces que se encuentra en estas cartas el nombre de este papa.

especialmente el monograma de Jesucristo y la paloma. Copié las siguientes:

1.ª
MACRINA[2]

2.ª
SABINA. VIVAS. IN DEO.[3]

3.ª
CONSTANTIA. QUAE VIXIT. XXX ANN.
IN PACE ☧[4]

4.ª
DATIVO. FILIO. QUI VIXIT.
ANNOS. TRES. MENSIBUS. QU-
ATUOR. SALDESA, MATER.[5]

5.ª
EUCARPIA.
DORMIS.
IN PACE ☧[6]

La pared del lado izquierdo contiene inscripciones paganas, griegas y latinas divididas por el referido papa (trabajo personal), en diez secciones: 1.ª, votivas a los dioses, por los sacerdotes; 2.ª, *idem*, por los emperadores; 3.ª, *idem*, por los cónsules y otros dignatarios; 4.ª, *idem*, por los militares; 5.ª, *idem*, por los artesanos y los comerciantes, en cuya lápida se ve grabado el instrumento de su oficio, o la materia de su comercio; cosas muy útiles en el orden histórico; 6.ª, epitafio de padres e hijos; 7.ª, *idem*, de maridos y mujeres; 8.ª, *idem*, de hermanos y alumnos; 9.ª, *idem*, de patronos, clientes, señores, libertos y esclavos; 10.ª, *idem*, de personas desconocidas. De la sección sexta, copié las siguientes:

[2] Tiene, de un lado, una palma, y de otro, una corona.
[3] "Sabina, vivas en Dios".
[4] "Constancia, que vivió treinta años en la paz de Jesucristo".
[5] "Al hijo Dativo, que vivió tres años con cuatro meses, su madre Saldesa".
[6] "Eucarpia, duermas en la paz de Jesucristo".

1.ª

D. M.
MULPIO. MATERNO. FILIO.
DULCISSIMO. PARENTES.
INFELICISSIMI. VIXIT ANN.
XV. MENS. V. DIEBUS XI.[7]

2.ª

D. M.
TUSCIAE.
GALATIAE.
FILIAE. PIENTISSIMAE.
NICOSTRATUS. ET.
EUFROSINE.
PARENTES ET.
MARITIMUS.
CONJUGI.
BENEMERENTI.
VIXIT. ANN. XVI.
MENSIBUS. VIII. DIEB. VI.[8]

3.ª

MEMORIAE. PERPETUAE.
AURELII. RUFIN. PATRIS.
AURELIAE. HELIADAE.
MATRIS. AURELIA. RUFINA.
FILIA. PARENTIBUS. DULCISSI-
MIS. ET SIBI. VIVA. FECIT. ET LI-
BERTIS. LIBERTABUSQUE. POS-
TERISQUE. EORUM.[9]

4.ª

D. M.
P. MARCIO. HERACLAE.
PATRI. B. M.[10] *ET.*

[7] "A los dioses manes. A Mulpio Materno, hijo dulcísimo, sus padres infelicísimos. Vivió quince años con cinco meses, once días".

[8] "A los dioses manes. A Tuscia Galacia, hija piadosísima, Nicóstrato y Eufrosina, padres, y Marítimo, a su cónyuge benemérita. Vivió dieciséis años con ocho meses, seis días".

[9] "A la memoria perpetua de Aurelio Rufino, padre, y de Aurelia Heliada, madre. Aurelia Rufina, hija, estando viva, hizo este sepulcro para sus padres dulcísimos y para sí, y para los libertos y libertas y descendientes de ellos". No se entienden los descendientes de los libertos, sino los de Rufina y los de sus padres.

[10] *Bene merenti.*

CORNELIO. AGATAE.
CONJUGI. CHARISSIMO.
CUM QUO. VIXIT. ANN. XXVII. MENS. III
MARTIA. P. F. MAJA. FECIT. SIBI. ET
LIBERIS. SUIS. LIBERTIS. LIBERTABUSQUE.
POSTERISQUE. EORUM.
INFRA. PED. XI. IN AGRO. PED. VIII.[11]

De la sección 7.ª, copié las siguientes:

1.ª
CL. NEPTUNALINI.
CONJUGI. QUAE.
VIXIT. MECUM.
DIEBUS. V. NOCTI-
BUS. IIII. P. OCTA-
VIUS IUSTUS. MA-
RITUS. FECIT.[12]

2.ª
LUCIO. TITIO. SEVERO.
Q. VIX.[13] *ANN. XXVIII.*
TITIA. AGAPETE.
CONJUGI. B. M. F.[14]
CUM QUO. VIX.
ANN. XI.[15]

De la sección 9.ª, copié las siguientes:

1.ª
HERMETI.
SERVO.

[11] "A los dioses manes. A Publio Marcio de Heracles, padre benemérito, y a Cornelio de Agueda, cónyuge carísimo, con el que vivió veintisiete años, tres meses, Marcia Maya, hija de Publio. Hizo este sepulcro, que tiene 11 pies de profundidad y 8 de longitud, para sí y sus hijos, libertos y libertas y descendientes de ellos". Sólo en una sociedad desnaturalizada, como era la romana, puede llamarse benemérito a un padre.

[12] "A Claudia Neptunalina, cónyuge que vivió conmigo cinco días, cuatro noches, Publio Octavio, marido legítimo, hizo este sepulcro". Traduzco *Cl.* Claudia, porque era el nombre más común entre las romanas, de los que comenzaban con *Cl.*

[13] *Qui vixit.*

[14] *Fecit.*

[15] "Ticia Agapita hizo este sepulcro a Lucio Ticio Severo, su cónyuge benemérito, que vivió veintiocho años, con el que vivió once años".

MINIARIA.
CHARISS.[16]

2.ª
DIS.
MANIBUS.
CLOE. ATILI.
AGRICOLAE SER.
VIX. ANN. XVI. M. IV.
D. XXII FECIT.
SOBERICHUS. CON-
TUBERNALI. KARISS.[17]

S. Juanín de la Malva

Mayo 12. En este día, fui a celebrar la misa en esta pequeña iglesia de camilos, situada al pie del Janículo, en el altar de variados mármoles dedicado a la Virgen de Guadalupe. Roma pagana tenía levantados altares en su inmenso recinto a los dioses vencidos de todas las naciones del mundo conquistado, y Roma cristiana, siguiendo el mismo pensamiento, depurado y perfeccionado, tiene levantados altares a la Madre de Dios, bajo todas las advocaciones con que se venera en toda la cristiandad. Conocer a la Virgen de los mexicanos es lo único que lleva a muchos extranjeros a este templito; y a la verdad, de las innumerables imágenes de María que he conocido, ninguna me parece tan poética como la de nuestra patria. Es una doncella azteca de tez morena, cabello negro, cabeza inclinada, manos juntas ante el pecho, en actitud de ruego, túnica color de aurora y manto verde-mar, sembrado de estrellas; el sol la rodea con sus rayos, la luna está a sus pies, y un querubín la lleva en sus alas de vivos y variados colores, semejantes a las de las aves de México.

[16] "A Hermes, esclavo amadísimo, Miniaria".

[17] "A los dioses manes. Cloe, esclava de Atilio Agrícola, vivió dieciséis años, cuatro meses, veintidós días. Soberico hizo este sepulcro a su amadísima contubernal". Llamábase *contubernio* el matrimonio de dos esclavos o de un libre con un esclavo, y *contubernales*, los que así estaban casados; matrimonio nulo, según el derecho civil, y válido, según la legislación de la Iglesia (Berardi, *Com. al Der. Ecles. Univ.*, Trat. 3, disert. 4, cap. 7).

S. PEDRO *IN MONTORIO*

Mayo 12. Este templo y monasterio contiguo está en la cumbre del Janículo, monte tan célebre en la historia romana, por la batalla de Horacio Cocles, por las retiradas del pueblo, por la muerte de Cayo Graco y por otros muchos hechos, y consagrado con la muerte de S. Pedro. Desde el atrio del templo, vi todo el Janículo como un espeso bosque verde-claro, el padre Tíber y la ciudad de Roma, con sus siete montes dominantes, como dice Marcial:

Hinc septem dominos videre montes,
Et latam licet aestimare Romam.

Uno de los lugares que forman este delicioso panorama es el bosque Parrasio, situado en dicho monte, o sea, la academia de los poetas de Roma, donde tienen sus juntas semanarias; blanco y elegante edificio, que está en medio de un bosquecillo. Lo que me llamó más la atención en la iglesia fue el sepulcro de la célebre Beatriz Cenci, de quien hablé a V. al tratar del Castillo de Sant'Angelo, que está en el coro. Entré al convento, y en medio del patio principal vi un templete circular, cuyas columnas son de granito, sobre una base como de vara y media de lo mismo, y se llama el Templete de Bramante, por haber sido hecho por este gran arquitecto en el lugar donde fue crucificado S. Pedro.

STA. MARÍA *TRANS TIBERIM*

Mayo 12. En tiempo de los antiguos romanos, era un hospital de inválidos, llamado *Taberna meritoria.* En el reinado de Augusto, brotó en este hospital una fuente de aceite, hecho referido como milagro por historiadores eclesiásticos y profanos.[18] En tiempo del papa S. Calixto, es decir, un siglo antes de la paz de Constantino, este hospital estaba ya medio arruinado y abandonado, y los cristianos tenían allí una secreta iglesia. Ya en esta época, habían ganado mucho terreno y comenzaban a ser tolerados. S. Calixto pidió este local para iglesia a Alejandro

[18] *Nulla de veritate miraculi dubitatio* (Benedicto XIV, *De Festo Natalis Domini*, n. 53).

Severo, los *propinarii* (vendedores de vino) se opusieron y lo pidieron para sí, y el emperador se los concedió a aquéllos, diciendo en su rescripto que era mejor que se venerara allí a Dios, de cualquier modo que fuese, que el que se diese a los *propinarii.*[19] S. Calixto abrió esta iglesia y la dedicó a la madre de Dios, y fue la primera pública que tuvieron los cristianos. Así lo indica esta inscripción que leí en el presbiterio: *Haec est prima aedes Deiparae dicata*. Inocencio II la reedificó desde sus cimientos en el estado en que se ve hoy. Se compone de tres grandes naves formadas por gruesas columnas de granito, tomadas en gran parte de las ruinas del templo de Isis y Serapis, que estaba en donde está hoy el jardín de los dominicos de la Minerva; templo antiquísimo que recuerda las primeras colonias griegas en Italia, y que ya en tiempo de S. Calixto estaba arruinado. ¡En vano se pregunta a estas columnas quién las levantó por la primera vez! Todo el pavimento de este templo es de mosaico alejandrino, y en su interior y exterior está adornado de preciosos mosaicos, de los que los principales son los del coro, que representa la Coronación de María,[20] y el del frontis de la iglesia, que representa a la misma Virgen con el Niño Dios en los brazos. Al lado derecho de este mosaico, hay cinco, y al lado izquierdo, otros cinco, que expresan las diez vírgenes; en las lámparas de aquéllas, se ve levantarse una llama. El altar mayor está aislado entre el coro y el presbiterio, bajo un baldoquín de columnas de pórfido, y junto a él se ve la grande piedra con que fue martirizado S. Calixto. Irritado Alejandro Severo porque el santo había convertido y bautizado al cónsul S. Palmacio, al senador S. Simplicio, a su soldado pretoriano S. Privato, a setenta y ocho personas de su palacio (entre ellas, a su madre Mamea, según la opinión de algunos) y a cuarenta y dos de la casa de dicho cónsul, mandó degollarlos a todos, exponer las cabezas en las puertas de Roma, y precipitar a S. Calixto en un pozo, con una piedra atada al cuello. Diecisiete días después, es decir, el día antes de los idus de octubre, los sacerdotes sacaron secretamente el cuerpo y lo sepultaron en las vecinas catacumbas de S. Pancracio. Hoy está bajo el altar mayor del templo materia de este artículo.

[19] *Rescripsit melius esse ut quomodocumque illic Deum colatur, quam propinariis detur,* dice Lampridio.

[20] Los muchos monumentos de esta especie dan a conocer que la creencia de la Asunción de María es de tradición apostólica.

EL MONTE PINCIO

Mayo 12. Era domingo, y esta hermosa tarde de estío fue una de las [tardes] en que fui al Pincio, en compañía del Sr. D. Javier Angelini. Este monte se llamaba en la antigüedad el Collado de los Huertos (*Collis hortorum*), por su mucha fertilidad, y hoy es el más bello de los paseos de Roma, después de la Villa Pamphili, y el más frecuentado, por ser el más cercano al centro de la ciudad. Fue comenzado por Napoleón en tiempo de la República romana, y concluido por Pío VII a la vuelta de su destierro. Se sube a él por dos partes: por un suave declive, por donde van los coches, los de a caballo y los de a pie, y por una escalinata de 173 gradas, por donde, por supuesto, no suben más que los de a pie. Esta escalinata es espaciosa, de formas variadas, y ofrece una sorprendente perspectiva desde la plaza de España y Vía Condotti. El Pincio se compone de enramadas artificiales, calles irregulares, jardines, bosquecillos, fuentes, un obelisco egipcio, que está en la cumbre de dicho monte y es diverso del que corona la escalinata, y multitud de bustos de mármol de los italianos más célebres en ciencias, bellas letras, bellas artes y armas. Vi allí a muchos obispos, seculares y regulares, a pie, y personas de todas clases, a excepción de los cardenales, quienes no van a los paseos en días de fiesta. Vi a algunas comunidades de colegiales, de las muchísimas que hay en Roma; unos, con levita y sombrero alto, otros, con capa española y sombrero *idem*, otros, con blusa, cinturón y cachucha, y los más, con manto y beca de diversos colores. Éste es uno de los lugares en que la nobleza romana ostenta todo su lujo en los carruajes (cada uno de los que lleva en las portezuelas el blasón de la familia), en la hermosura de los caballos y en las ricas libreas de los lacayos. Una música de setenta instrumentos completaba las delicias de este sitio.

MUSEO EGIPCIO

Mayo 13. Fue formado por Gregorio XVI. Los objetos que me llamaron más la atención fueron tres sarcófagos, siete ataúdes, tres momias, algunas estatuas y los afamados papiros. Los sarcófagos son una especie de cajas de basalto con inscripciones en jeroglífico. En virtud de un

labio saliente, la tapa ajusta muy bien. Los ataúdes imitan la forma del cuerpo, siendo redondos hacia la cabeza, anchos hacia los hombros, largos hacia las piernas y altos hacia los pies. Están pintados de betún amarillo, cubiertos en su exterior e interior de jeroglíficos de variados colores; la madera está perfectamente conservada, y la pintura, vistosa y luciente, a pesar de tantos siglos. De las momias, una es más bien un esqueleto, otra está cubierta con la sábana, y otra tiene descubierta la cara y un pie, la cual está muy bien conservada, hasta en la nariz y los labios. Mirando estas momias, se conoce el modo de amortajar de los egipcios, de quienes lo aprendieron los hebreos, y se entiende mejor el *Evangelio*, en donde habla de la resurrección de Lázaro y del amortajamiento de Jesucristo. El cuerpo está liado desde el cuello hasta los pies con un lienzo, como de cuatro pulgadas de ancho; la cara, cubierta con un pañuelo, llamado sudario, y todo el cuerpo, inclusa la cabeza, envuelto en un gran lienzo, llamado sábana. No pude tocar estos lienzos ni otros que estaban doblados en los estantes, por impedirlo los cristales, pero me parecieron enteramente conservados, semejantes y más finos que nuestro brin.[21] En un museo de Europa, un pedazo de trapo es un rayo de luz sobre la historia, y hace conocer la grande civilización a que llegaron los egipcios en tiempos no muy distantes del Diluvio; cosa admirable, pero no inverosímil, en atención a que la familia de Cham, lo mismo que las de sus hermanos Sem y Jafet, eran las depositarias de los conocimientos y civilización de diecisiete siglos. La última momia tiene en la mano un pequeño papiro, escrito en idioma jeroglífico; los orientalistas de Roma lo leyeron y descubrieron que dicha momia es de un sacerdote de Ramsés II de Tebas, y que, en consecuencia, tiene treinta y dos siglos. En la sala de las estatuas egipcias, las que me llamaron más la atención fueron la de Tolomeo Filadelfo y la de Yosca, madre de Sesostris el Grande. En la sala de estatuas de imitación hechas por los antiguos romanos, la más estimada por los artistas es la de mármol blanco de Antinoo, en traje de divinidad egipcia, como lo retrató Adriano. En la cámara de los papiros, vi éstos al través de los cristales, y los escritos en jeroglíficos pequeños se parecen a un manuscrito nuestro. Los egipcios escribían

[21] [Francisco de Santamaría dice acerca de *brin*: es una "tela gruesa de lino: úsase comúnmente para forros, y para pintar sobre él cuadros al óleo" (*Diccionario de mejicanismos.* 5.ª ed. México: Editorial Porrúa, 1992, p. 152). SLM.]

perpendicularmente y también horizontalmente, de izquierda a derecha. Vi también en esta cámara muchos pequeños muebles, especialmente vasos de bronce, mármol, madera, barro, vidrio y esmalte, que enseñan las costumbres y usos de los antiguos egipcios.

GALERÍA DE TELAS

Mayo 13. Éstas fueron hechas para adornar la Capilla Sixtina en las grandes solemnidades. Son copias de pinturas de Rafael, y las que más me agradaron fueron el *Pesebre,* la *Adoración de los magos,* la *Pesca milagrosa,* la *Resurrección de Jesús,* la *Aparición de Jesús a la Magdalena, Jesús predicando desde una barca de Genezareth, Degollación de los inocentes* y *S. Pablo predicando en el Areópago.*

GALERÍA DE MAPAS

Mayo 13. Fue formada por el célebre dominicano Danti, cosmógrafo y pintor de Gregorio XIII. Están pintados en la pared, de color verde, sobre un fondo azul celeste; son de un tamaño colosal, por lo que se leen los nombres desde lejos, y todos son de Italia, antigua y moderna.

GALERÍA DORIA

Mayo 14. Comprende cuatro corredores cubiertos con cristales, diez salas y dos gabinetes, y es uno de los departamentos del soberbio Palacio Doria, en donde vive el príncipe Andrés Doria Pamphili, de la familia de Inocencio X. Los cuadros que apunté en mi álbum son: *S. Agustín y el niño que desea vaciar el mar,* de Poussin; *Los animales saliendo del Arca,* del Basano; *S. Juan Bautista en el desierto, recibiendo en una taza el agua que brota entre unas peñas,* bellísima pintura de Guercino; la conocida y hermosísima *Magdalena* de Tiziano; *Sacrificio de Abraham,* del mismo; *Susana,* de Aníbal Carracci; *S. Juan Bautista,* de Miguel Angelo Caravaggio; *Conversión de S. Pablo,* de Tadeo Zuccari; *S. Sebastián,* de Luis Caracci; *S. Gerónimo,* del Españoleto; *Lot*

embriagado, de Gerardo de la Notti; *Endimión,* de Guercino, y *Juno sacando los ojos de Argos y colocándolos en la cola del pavón.* Los animales del Balsano pueden mirarse como una escuela de zoología; allí vi a nuestro hermoso huajolote y otras aves de América. Como, según la opinión de Sto. Tomás y de otros padres, los animales, no sólo en el tiempo del Diluvio, sino desde antes del pecado original, tuvieron instintos de recíprocas enemistades, a pesar de ser el Basano un gran maestro, me parece un defecto que haya pintado saliendo juntos el lobo y el cordero, el milano y la paloma. La Magdalena de Tiziano tiene la cabeza levantada hacia el cielo, las formas mórbidas y el cabello abundante, cayéndole en bucles, por medio de los que se cubre el pecho con la mano derecha, y es la que muchos de nuestro país creen que es [de] Guido Reni. En la misma galería, hay también una colección de esculturas antiguas, entre las que vi una silla curul, de la misma forma que las etruscas, y parte de un asiento parecido a nuestros sofás, en que los antiguos se recostaban para comer.

Carta XVIII

Celda de S. Francisco de Asís. Catacumbas de S. Pancracio. Sta. María de la Escala. Galería Corsini. S. Andrés *delle Frate*. Los capuchinos. Basílica de S. Pablo



Celda de S. Francisco de Asís

Mayo 15. Está en S. Francisco *a Ripa*, convento situado a la falda del Janículo, en donde vivió el santo. Besé el umbral de aquel lugar, testigo de los suspiros, de las penitencias, de los éxtasis y de los grandes pensamientos de aquel a quien el mismo Ernesto Renán elogia exageradamente en su *Vida de Jesús,* diciendo que fue el hombre más santo y más grande que se ha presentado en la edad moderna, después de Jesús de Nazareth.[1] Esta celda está convertida en oratorio público, y en el altar está el verdadero retrato del santo, que es tradición se hizo en su vida y al que se asemejan más o menos las más de sus imágenes. Hay en la celda innumerables reliquias. Un religioso me mostró la pequeña puerta murada por donde el santo pasaba de la celda al coro, y la piedra bruta que le servía de almohada. Dicha celda está blanqueada con cal, su techo es de vigueta, y di en ella trece pasos a lo largo y cuatro a lo ancho.

Catacumbas de S. Pancracio

Mayo 15. Después de haber subido el Janículo, pasado bajo la puerta de S. Pancracio y bajado el histórico monte a la sombra de moreras,

[1] Unos disidentes dijeron también que S. Francisco había ocupado en el Cielo, por su extrema humildad, la silla que dejó desocupada Luzbel. Lo que sí es probable, es que este santo es inferior a los doce apóstoles, y superior a todos los mártires, confesores y vírgenes.

llegué al monasterio de carmelitas descalzos de S. Pancracio, uno de los que me hizo favor de guiarme en la visita de estas catacumbas, llamadas, por algunos autores, de S. Pancracio, y por otros, de S. Calepodio, porque los dos las consagraron con su sangre. El carmelita abrió una puerta que está en el pavimento del templo, y con nuestras velas encendidas comenzamos a bajar por una estrecha escalera, en donde leí una inscripción que dice que allí fue degollado S. Pancracio. Recorrimos gran parte de aquellas catacumbas, yendo casi siempre con la cabeza inclinada, por lo bajo de las bóvedas, y a veces profundamente inclinados. Vi, como en las de S. Calixto, lóculos abiertos en la tierra, a derecha e izquierda, y en la cabecera de muchos, huecos de donde se habían extraído vasos de sangre. Estuvimos en la cripta de S. Félix I, y ni aun en ésta pude estar derecho; con licencia del religioso, tomé de un lóculo contiguo al sepulcro del santo, que sirvió de altar, un terrón, que conservo. En la cripta de S. Pancracio, que también es muy baja, vi cinco frescos: una paloma, un cordero, un ángel, un tritón y Jonás arrojado de la nave.

STA. MARÍA DE LA ESCALA

Mayo 15. Dos fueron las cosas que me parecieron más notables en este templo: el tabernáculo, formado de dieciséis columnas de diaspro oriental, esplendente con la multitud de piedras preciosas incrustadas, y cuatro columnas estriadas, de verde antiguo y arquitectura salomónica, que forman el altar de Sta. Teresa. Oí decir que un lord inglés había ofrecido a los carmelitas construir de mármol todas las columnas y cornisones del espacioso templo, si le daban estas cuatro columnas, y que ellos no habían aceptado.

GALERÍA CORSINI

Mayo 15. Está en el Palacio Corsini, que es una de las bellezas del Janículo y habitación del príncipe Andrés Corsini, de la familia de S. Andrés Corsini y de Clemente XII. La galería se compone de nueve salas. Cuadros que me llamaron más la atención: *S. Juan Francisco*

Regis administrando la Eucaristía en la calle a los que mueren de peste, de Muratori; *Comunión de Sta. Juliana de Falconieri,* de Ghessi; *Retrato de Julio II,* de Rafael; *Ecce homo,* de Guercino; *Ecce homo, Crucifixión de S. Pedro* y *Salomé con la cabeza del Bautista,* del Guido; *Retrato de Felipe II,* de Tiziano; *Muerte de Adonis,* del Españoleto; *Virgen del Rosario,* de Murillo; *Anunciación,* de Carlos Maratta; *Samaritana,* del Guercino; *Sacra familia,* de Miguel Angelo; *Susana,* del Dominiquino; *Prometeo,* de Salvator Rosa; *Retrato de Lutero* y *Retrato de Catalina de Bore* (es una mujer como de 50 años, ojos azules, túnico negro, tocas blancas y el rosario en las manos), de Holbein. Vi también allí el retrato, en mosaico, de Clemente XII, la cama de madera de China del mismo papa, con sobrecama y pabellón de seda, también de China, los graciosísimos genios intitulados *La Caza* y *La Pesca,* esculturas de mármol blanco, de Tenerani, uno de los primeros escultores actuales de Roma, y en fin, una silla curul de mármol blanco, descubierta cerca de S. Juan de Letrán, la cual es de la altura común, tiene el asiento circular y el respaldar semicircular, y está cubierta de bajos-relieves. Salí de esta galería a las cinco de la tarde, y al dirigirme a mi casa, bajé al Tíber y tomé del lecho de sus aguas un puñado de menuda arena, que conservo.

S. ANDRÉS *DELLE FRATE*

Mayo 16. Lo más notable que hay en este templo de Mínimos es la Capilla de la Inmaculada Concepción, en que la misma Virgen se apareció al dichoso joven Alfonso de Ratisbona, judío rico de Strasburgo, el 20 de enero de 1842. Está representada despidiendo de sus dos manos rayos de luz, con la que inunda a Alfonso. La capilla donde pasó este hecho es una de las más veneradas y concurridas de Roma, y un monumento de que el Dios de hoy es el mismo de David y de S. Pablo. En la capilla y en el templo, hay muchos sepulcros, especialmente de judíos convertidos de diversas naciones, con epitafios en diversas lenguas, de los que copié los siguientes:

En latín:

☧
MICHAEL.
INFANS. MENSIUM. NOVENDECEM.
HIC. SITUS. SUM.
AMOR. ET DESIDERIUM.
LUDOVICI. COLOMBIER. GALLI.
ET MARIAE. FARREL. ANGLICAE.
ARENTUM. CHARISSIMORUM.
QUI. ME SIBI. ABREPTUM LUXERUNT.
XVI. KAL. OCTOBRIS. AN. MDCCC LIX[2]

En italiano:

ANTONIETTA SCALESE,
NAPOLETANA, DE ANNI 22,
MORTA IN ROMA, 2 MAGGIO,
1862.[3]

En francés:

A. ☧ O.[4]
ICI REPOSE
JUDITH[5] *MARIE AGNES*
DE PALEZIEUX. FALCONNET,
DÉCÉDÉE À ROME LE 31 OCT.
1856
PRIEZ POUR ELLE.[6]

[2] "Jesucristo. Miguel, infante de 19 meses, aquí estoy colocado. Amor y deseo de Luis Colombier (Palomar), francés, y de María Farrel, inglesa, mis carísimos padres, que me lloraron arrebatado a ellos el 16 de septiembre del año de 1859".

[3] "Antonieta Scalese, napolitana, de 22 años, muerta en Roma el 2 de mayo de 1862".

[4] En la lápida están el Alpha y la Omega, y en medio el monograma de Jesucristo; pero no habiendo caracteres griegos en la tipografía del Sr. Rodríguez, los indico por medio de una A y una O. El autor de este epitafio imitó con muy buen gusto los antiguos. El Alpha es la primera letra del alfabeto griego, y la Omega es la última. Los primitivos cristianos grababan el monograma de Jesucristo en medio de estas letras, para indicar que Jesucristo es el principio y el fin del hombre; éstos eran símbolos de esta palabra del Salvador: "Yo soy el Alpha y la Omega, el principio y el fin" (*Apoc.* 1: 8). Eran éstos unos emblemas de esperanza, pues indicaban que aquel difunto ya había tocado a su fin en la Gloria. Según el historiador Ambrosio de Morales, estas letras griegas en las piedras tumbales de los siglos IV y V, esto es, en la época del arrianismo, tienen una significación más especial. Ellas recuerdan que aquel cristiano murió en la fe de la divinidad de Jesucristo, puesto que Jesús declaró, por estas palabras, que es tan dios como el Padre (Alápide, al verso 8 cit.).

[5] Nombre muy usado por las judías.

[6] "Jesucristo es el Alpha y la Omega. Aquí reposa Judith María Inés de Palezieux Falconnet, muerta en Roma el 31 de octubre de 1856. Pedid por ella".

En inglés:

MARY ROGERS.
BORN. SEP. 19.
DIED, OCT. 13
1859.[7]

LOS CAPUCHINOS

Mayo 17. En la iglesia reposan los cuerpos de S. Justino el Filósofo y de S. Félix de Cantalicio, y casi todos los cuadros de ella son de primer orden, como: *S. Miguel,* del Guido; *S. Francisco moribundo* y *Éxtasis de S. Francisco,* del Dominiquino; *S. Pablo curado por Ananías,* de Pedro de Cortona; *S. Antonio de Padua resucitando un muerto,* de Andrés del Sarto, y *Coronación de espinas,* de Gerardo de la Notti. En el pavimento, está este epitafio del cardenal Micara, que copié porque me pareció un modelo en su género:

AQUÍ YACEN LOS DESPOJOS
DE LUIS MICARA,
QUE FUE
DE LA CASA DE TÚSCULO,
GENERAL DE LOS FRANCISCANOS CAPUCHINOS,
OBISPO DE OSTIA Y DE VELETRI,
DECANO DEL SACRO COLEGIO;
AHORA POLVO.
VIVIÓ 71 AÑOS, 7 MESES, 12 DÍAS:
MURIÓ EL 24 DE MAYO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 1847.[8]

Un capuchino nos condujo con mucha amabilidad a dos señores y a mí a su cementerio. Está junto a la sacristía y tiene la forma de un corredor, cuyas paredes y bóvedas están cubiertas enteramente de cráneos y huesos de capuchinos. Hay nichos, y en ellos, esqueletos de capuchinos célebres, en pie, con sus hábitos, capuchas caladas y pequeñas cruces de madera en las manos. La primera impresión que me causó este lugar fue de horror, porque yo nunca había visto cosa

[7] "María Rogers, nacida el 19 de septiembre, muerta el 13 de octubre de 1859".
[8] Ya se recordará que este cardenal Micara tuvo votos para papa cuando fue electo Pío IX.

semejante. En el pavimento está la tierra suelta, que, según nos dijo el capuchino, era traída de Jerusalem, y a poca profundidad, están sepultados los padres, sin ataúdes. En el breve rato que estuve allí, recibí algún mal olor.

BASÍLICA DE S. PABLO

Mayo 17. Está extramuros de Roma, en la Vía de Ostia. Fue uno de los templos edificados por Constantino, y reedificado por algunos emperadores y muchos papas hasta Pío VII, en cuyo último día se incendió. León XII lo restauró con las limosnas de toda la cristiandad, Gregorio XVI continuó la reedificación y embellecimiento, y lo mismo ha hecho Pío IX. Tiene cinco naves y siete puertas, tres de las que, corresponden a la primera nave. El gran mosaico que forma el fondo de la tribuna y de toda la basílica representa a Jesucristo rodeado de S. Pedro y S. Pablo, los cuatro evangelistas y los veinticuatro ancianos del *Apocalipsis*, y tanto este mosaico como el arco de granito de la misma tribuna fueron hechos a expensas de Placidia, hija de Teodosio el Grande. El baldoquín, que está sobre el altar mayor, se compone de cuatro columnas de preciosísimo alabastro oriental, regalado por Mehemet Alí, virrey de Egipto, a Gregorio XVI. Los altares de los cruceros son en gran parte de la tan estimada malaquita, mármol verde claro de Rusia, regalado por Nicolás I al mismo Gregorio; el cuadro del crucero de la *Epístola* es la *Caída de S. Pablo,* del Camuccini. Según dije a V. en otra carta,[9] veinticuatro de las numerosas columnas de esta basílica son de hermosísimo *paonazzeto*, mármol blanco y negro, y pertenecían al mausoleo de Adriano. De las demás columnas, unas son de granito, y las otras, de mármol de Paros. La nave de en medio es mucho más alta que las laterales, y sobre su elegantísima columnata está la galería de verdaderos retratos colosales de todos los papas, en mosaico, copiados de las antiguas medallas y pinturas: el primero de ellos es el de S. Pedro. En este día en que visité la basílica, se estaba colocando el de Clemente XIV. Sobre dicha galería. está la de grandes frescos, que representa la vida de S. Pablo y están

[9] [Rivera se refiere a la Carta VIII. SLM.]

pintando Gagliardi y otros famosos pintores italianos. En fin, otra de las maravillas de este templo son sus doce gigantescas ventanas arqueadas con cristales pintados; en cada una está pintado uno de los doce apóstoles.

Carta XIX

Sepulcro de los Escipiones. Arco de Druso. Termas de Caracalla. Iglesia de S. Ignacio. Profesión de monja. Villa Borghese



Sepulcro de los Escipiones

Mayo 18. Seguí la antigua Vía Ardeatina y llegué a este renombrado sepulcro, que está al pie del Celio, muy cerca de la Puerta de S. Sebastián. Antiguamente, tenía dos pisos; el segundo era una especie de templo, compuesto de columnas y estatuas de todos los Escipiones, que nos es conocido en el día por la relación de Cicerón, y que no fue visto en la Edad Media, ni en la moderna. El primero, que es el que existe, es un grande subterráneo, oculto por muchos siglos y descubierto a fines del pasado. Bajé a él guiado por un dependiente del custodio, y dentro encontré a veintitantos visitantes con sus velas encendidas, porque, como he dicho a V. en otra carta, se calcula en setecientos el número de los extranjeros que hay continuamente en Roma, y a cualquier monumento o establecimiento que uno vaya, encuentra allí a algunos visitantes.[1] Cuando se descubrió este sepulcro, fueron llevados al Museo Pío-Clementino los sarcófagos y otras antigüedades, entre ellas una gran lámpara de bronce, cuyo hueco nos mostró aquí el custodio. Las lápidas, con sus respectivas inscripciones, fueron conducidas al Corredor de las Inscripciones, y el literato Ángel Querini se llevó los restos de los Escipiones a su casa de campo de Padua, y allí los colocó en una modesta tumba, en donde existen hoy. El mismo colocó en el lugar que describo a V. otras lápidas con inscripciones, copiadas exactamente de las antiguas. Vi todas estas inscripciones: la de Escipión

[1] [El número de visitantes de Roma está mencionado en la Carta ii. SLM.]

Barbato, la del Africano, la del Asiático y la del Numantino, llamado en la inscripción Hispanicus. Dice César Cantú que las inscripciones en latín más antiguo que se conocen son 1.º, la del Canto de los hermanos Arvales, hecha en tiempo de Rómulo; 2.º, los fragmentos del Derecho Papiriano; 3.º, los de las XII Tablas; 4.º, la inscripción de la Columna de Duilio, y 5.º, la del sepulcro de Escipión Barbato.

ARCO DE DRUSO

Mayo 18. Está paralelo y a pocos pasos de distancia de la Puerta de S. Sebastián, y fue erigido a Druso hace dieciocho siglos, por sus victorias sobre los germanos, por las que se le dio el sobrenombre de Germánico. Es muy macizo, pero no tiene la elegancia del Arco de Tito y del de Constantino, que he descrito a V.

TERMAS DE CARACALLA

Mayo 18. Volví por la Vía Ardeatina y visité las ruinas de estos baños, que el mencionado emperador construyó en la misma vía, a la falda del Aventino, y dedicó, bañándose él mismo en compañía de innumerables romanos. Tenía 1600 celdas de pulido mármol.[2] Vi los altísimos muros derruidos y las muchas aberturas por donde salía el agua del grande estanque, a modo de lago, llamado piscina. Ésta tenía 1000 palmos de larga y 652 de ancha; era, lo mismo que la de Diocleciano, una escuela de natación y una de las maravillas de la antigua Roma, por sus columnas, estatuas y tinas de preciosos mármoles y bronces, y también por sus frescos y mosaicos. En estas termas, fueron descubiertas muchas estatuas griegas, que son hoy el tesoro de los museos italianos, como el *Trozo de Belvedere* y el *Hércules Farnesio,* la *Flora Farnesia* y el grupo llamado el *Toro Farnesio,* existentes en el museo de Nápoles. Vi las ruinas del teatro y algunos cuartos de los esclavos, los que son de bóveda y están tan bien conservados, que unos forman

[2] *Habebant in usum lavantuum cellas mille sexentas exposito marmore factas* (Olimpiodoro, *Vida de Caracalla*).

la vivienda del custodio y en otros está una *trattoria* (fonda), en la que tomé un pastel y un poco de vino.[3] Bajé a visitar unas cámaras que están a una considerable profundidad respecto del pavimento de las termas y habían sido descubiertas el año anterior a mi viaje, es decir, en 1866, por lo que no hablan de ellas los historiadores y viajeros anteriores. Tres de ellas no tienen bóveda, y su pavimento es un preciosísimo mosaico alejandrino. La otra sí tiene bóveda, está pintada toda al fresco, de vivos colores, y la pintura me pareció muy fina, tanto en sus tintes como en su ejecución. Según me dijo el custodio, los anticuarios creen que esta cámara era un larario o capilla doméstica. Vi en medio de ella un altar semicircular, de mármol, como de dos varas de alto y una de ancho, con tres graditas, sobre las que los romanos colocaban las pequeñas estatuas de sus lares. De las figuras de los dioses pintadas al fresco, unas son grandes, y otras, pequeñas, y una de las grandes tiene el cuerpo de hombre, vestido con la clámide y la cabeza de asno. El custodio me hizo notar que en algunos espacios, a pesar del cuidado en la excavación, la barra había rozado la pared, y bajo la primera capa de cal se veía otra pintura, diversa y más antigua. Después oí decir, en Roma, que se creía que estas cuatro cámaras pertenecían a una villa o casa de campo antiquísima, sobre cuyas ruinas Caracalla había edificado sus termas. En fin, aquí compré una lamparita de barro, que conservo, de las muchas, de los antiguos romanos, descubiertas en estas y otras ruinas; se ve todavía en ella el rastro del aceite.

Iglesia de S. Ignacio

Mayo 19. El Dominiquino dio dos diseños para este templo, y el arquitecto jesuita Grasi tomó de uno y otro lo que le pareció mejor y lo levantó. La práctica del sacramento de la penitencia es muy poca en Roma, y no quiero decir las personas que vi confesarse en tres meses y medio que estuve en dicha ciudad, visitando todos los días los templos, y habiéndome propuesto desde el principio apuntar con cuidado en mi álbum las que viera confesarse; mas la iglesia de S. Ignacio y todas las de

[3] La costumbre de los viajeros en el extranjero es almorzar entre las nueve y diez de la mañana, salir luego, tomar, algunas horas después, en el barrio donde se hallan, alguna ligera refacción, y volver a casa, para comer a las cinco o seis de la tarde.

los jesuitas son una excepción, y desde que se entra en ellas se experimenta un movimiento y como calor sagrado. Toda la concurrencia oraba con grande silencio, unos, leyendo en su libro, y otros, sin libro; todos los confesionarios, desde el presbiterio hasta la puerta mayor, estaban cubiertos abundantemente, y muchas personas de todas clases: ricos, pobres, monjas, zuavos, etc., estaban acercándose a comulgar en el altar de S. Luis Gonzaga, en el que un jesuita dio la comunión con casulla antes de la misa, y otra vez, dentro de ella. El cuadro del altar mayor representa la *Aparición de Jesucristo con la cruz a cuestas a S. Ignacio,* y tiene arriba esta inscripción con grandes caracteres dorados: "Yo te seré propicio en Roma". El altar del crucero de la *Epístola* está formado por cuatro altas columnas salomónicas de verde antiguo, y tiene en medio un gran bajo-relieve de mármol blanco, en el que Legros representó *La Gloria de S. Luis Gonzaga.* Forma la mesa del altar, la urna que encierra el cuerpo del santo, la cual es de hermosísimo lapislázuli, mármol azul celeste, con adornos y bajos-relieves de esplendente plata; la urna más bella que recuerdo haber visto en Roma. Igualmente, forma la mesa del altar del crucero del *Evangelio*, la urna de lapislázuli que guarda los despojos de S. Juan Berchmans. Una de las capillas no contiene más que el soberbio sepulcro de Gregorio XV, quien canonizó a S. Ignacio, obra del mismo Legros. Toda la bóveda de la nave de en medio es un fresco, en el que el célebre pintor jesuita Pozzi representó *La Gloria de S. Ignacio,* de cuya pintura dice Nibby en su *Itinerario de Roma:* "obra que por la amenidad de las tintas, por el fuego pintoresco y sobre todo por el efecto de la perspectiva, es sorprendente y clásica". S. Ignacio está de rodillas, sobre nubes sostenidas por querubines, en presencia de la Trinidad, y bajo de él, están los santos de la orden canonizados hasta ese tiempo. En los cuatro ángulos de la bóveda, están, de formas colosales, las cuatro partes del mundo entonces conocidas. La Europa tiene manto real, corona en la cabeza, cetro en la mano derecha y el mundo en la izquierda, y está sentada en un caballo. El Asia tiene túnica azul, turbante blanco y un incensario en la mano, y está sentada en un camello, la principal riqueza del Asia.[4] El África tiene un pañuelo amarillo en derredor de la cabeza, grandes zarcillos dorados, y un colmillo de elefante en las manos, y está sentada en un elefante. La América es una bella morena, que

[4] Buffon, *Historia natural*, cap. "El camello".

tiene cendal, penacho de plumas de variados colores, carcaj a la espalda y el arco en las manos, y está sentada en una pantera; es decir, que está pintada, no como era ya en el siglo XVII, sino como era en el tiempo del Descubrimiento.[5] El fondo de la pintura es un bello azul celeste, en el que hay muchísimas doncellas con túnicas blancas, y representan las almas subiendo de las cuatro partes del mundo al Cielo, por la obra de S. Ignacio.

Profesión de monja

Mayo 19. Después que salí de S. Ignacio, al pasar frente al Colegio Romano, vi a la puerta de un pequeño templo a los suizos de guardias y mucha concurrencia, y yo también entré. Un cardenal estaba hincado en el presbiterio, cantando las letanías de los santos. Sobre la mesa del altar no había más que el sagrario, el crucifijo y seis cirios. En el fondo del altar y arriba del sagrario, se veía una reja y un coro de monjas; una, con hábito blanco, estaba postrada profundamente; otras dos, de hábito negro, estaban a los lados de ella, y las demás formaban dos alas. Cuando oí estas preces: "Que te dignes aceptar los votos de tu sierva", conocí que aquello era una profesión de monja. Concluidas las preces, dijo el cardenal: "Recibe el velo, signo de obediencia", y las religiosas pusieron un velo negro a la del hábito blanco. Luego, entonó el principio de esta poética antífona: "Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te preparó eternamente"; las religiosas le pusieron una corona de flores blancas, y la capilla cantó durante media hora la referida antífona. La música me agrada más que la oratoria y la poesía, y cuando escuchaba la música italiana, me parecían bien recompensados todos los trabajos de mi viaje. Después, el cardenal cantó: "Recibe el libro para que medites el *Evangelio* de Cristo", y las religiosas dieron a la nueva religiosa un libro. Luego, cantó: "Recibe la candela" (y otras palabras que no conservé en la memoria), y las religiosas le pusieron en la mano una vela encendida. En fin, el cardenal cantó aquellas palabras tan bellas, como todas las de la *Escritura:* "Rompe las cadenas

[5] No, ni como era al tiempo del Descubrimiento, ni antes del Descubrimiento; pues no era así la América azteca, acolhúa, maya, palencana, inca, etc., etc. (Nota del autor en la 2.ª edición.)

de tu cuello, ¡oh cautiva hija de Sión!" La ceremonia concluyó, entonando el cardenal el *Te Deum*, durante el que la nueva religiosa, coronada de flores y con la vela en la mano, abrazó una a una a todas sus hermanas. Un claustro, una reja, los velos y una de estas ceremonias, además del perfume del cristianismo, tienen una poesía oriental.

LA VILLA BORGHESE

Mayo 19. Los SS. D. Eneas Vitta y D. Septimio Calvelli, estudiantes de Jurisprudencia en la Universidad de la Sapienza, y yo, concurríamos algunas veces a un café del Corso, y en la tarde de este día, que era domingo, nos dirigimos de dicho café a la Villa Borghese. Las villas son unas casas de campo de los príncipes y otros ricos de Roma, están en las orillas de la ciudad y son paseos públicos. Esta villa tiene legua y tercio de circunferencia, y pertenece al príncipe Marco Antonio Borghese, de la familia de Pablo V. Uno de estos sitios no puede describirse tal como es, y baste decir que sus caprichosas veredas, espesos bosquecillos, grutas, fuentes brotantes, cascadas, lagos artificiales, palmas de dátiles, y árboles y flores de todos los climas hacen recordar a México. Las estatuas de mármol de la antigua Grecia y de la antigua Roma acompañan a los romanos en todas partes. Vi imitaciones de los propileos (pórticos) jónicos, del templo de Diana en Éfeso, del de Antonino y Faustina, de dos obeliscos egipcios y de un castillo de la Edad Media. Estuvimos sentados en la orilla del lago de Esculapio, al pie de la estatua del dios, y vi a muchos sentados en las rocas que circundan el lago, otros pescando, otros, recostados en la yerba, otros, paseando, otros, leyendo, y otros, corriendo y divirtiéndose con diversos juegos. Sobre la concurrencia, hágame V. favor de ver lo que le dije acerca del Pincio. No tuve tiempo de visitar la riquísima galería de cuadros de esta villa.

Carta XX

Iglesia de los SS. Apóstoles. Iglesia de S. Pedro *ad Vincula*. Casa de Oro. Basílica y Museo de S. Juan de Letrán. Santa Escala. Teatro de la Argentina. Colegio Romano. Cárcel Mamertina. Museo Capitolino



Iglesia de los Santos Apóstoles

Mayo 20. Las cosas que me parecieron más notables fueron la *Misa de S. José de Cupertino* y el sepulcro de Clemente XIV. Aquélla es un gran cuadro, en que el santo está representado en el acto de alzar la hostia, levantado él mismo del suelo, en éxtasis, casi a la altura del altar. El sepulcro es de mármol blanco, y obra del insigne Canova. Las partes que me llamaron más la atención fueron la estatua sedente del papa, la de la *Templanza*, con un freno en las manos, la de la *Clemencia*, y sobre todo el epitafio, que consiste en esta única palabra con grandes caracteres de oro: "Clemente XIV".

S. Pedro *ad Vincula*

Mayo 20. Por la antigua Vía Scelerata, llegué a este lugar, que encierra cuatro grandes celebridades: en el templo, su columnata y el sepulcro de Julio II, y en la sacristía, las cadenas, que no vi, con que fue cargado S. Pedro por Herodes Agripa el Viejo, en la cárcel de Jerusalem, y *La Esperanza,* del Guido. La columnata que forma la nave principal consta de veinticuatro columnas dóricas antiguas, estriadas, de mármol griego. La fachada del sepulcro es una de las cuatro ideadas por Miguel Angelo, quien pensaba darle la forma de un templete y colocarlo en S. Pedro; pero Pablo III lo dispuso de esta manera y en este lugar. El *Moisés* que se admira al pie del mausoleo es gigantesco, de mármol, y la

primera obra de la escultura moderna, tanto por la verdad de las partes, como por la naturalidad de la expresión. Moisés está sentado en la cumbre del Sinaí, tiene bajo el brazo las dos tablas de la Ley, su cabellera y luenga barba se agitan con el viento del desierto, y mira fieramente a lo lejos al pueblo hebreo, de cuya fidelidad duda.

Casa de Oro de Nerón

Mayo 20. No pienso decir a V. aquí las maravillas de este palacio, porque sería necesario escribir mucho, y me remito a la descripción que hago de él en mi *Compendio de la historia romana.* Voy a hablarle solamente de las treinta cámaras, que es lo único que se ha descubierto de dicha Casa de Oro, que están a la falda del Viminal, y visité en este día. Según los anticuarios, estas cámaras, en sus paredes, puertas, ventanas, bóvedas y frescos, son las mismas en que habitó Nerón. No se puede andar con indiferencia por estos aposentos subterráneos, testigos de tantos crímenes, y en los que habitaron también muchos cristianos ocultos, según digo en mi mismo *Compendio.* Recorrí los dos ambulatorios criptos, es decir, ocultos y subterráneos, de 33 palmos de altura, en los que paseaba Nerón en el verano y otoño, que son muy fuertes en Roma. El custodio, por medio de una vela de cera, colocada en la extremidad de una caña muy larga, me mostró los hermosos frescos de la bóveda, muy bien conservados. La pintura consiste en lazos de flores, vides y pájaros de diversas especies, y los críticos modernos convienen en que aquí aprendió Rafael su estilo, con que pintó el Vaticano. En lo que no convienen es en que haya aconsejado que se destruyeran estas cámaras para que su estilo apareciera como original. Otra de las cámaras notables es [aquella] en la que se encontró el *Laocoonte de Belvedere,* en cuya bóveda vi imágenes de dioses y dos águilas con las alas extendidas, cada una de las que lleva en sus patas el busto de Nerón. El fondo de esta cámara es de un tinte rojo bellísimo. De otra cámara, se sacó el *Meleagro* y la gran taza de granito rojo, que están en el Museo Pío-Clementino, de que he hablado a V. al tratar de este museo. El custodio me mostró el hueco que dejó dicha taza, que era una de las fuentes de Nerón. Tito convirtió la Casa Áurea en sus termas, a las que hizo un segundo piso

que ya no existe. Eran semejantes, en su magnificencia, a las de Diocleciano y a las de Caracalla, y más concurridas, por hallarse en el centro de la antigua ciudad.

BASÍLICA Y MUSEO DE S. JUAN DE LETRÁN

Mayo 21. Esta basílica es muy célebre, por haber sido el primer templo público (después del de Sta. María *trans Tiberim*) de Roma y del mundo católico, y por haberse celebrado en su recinto cinco Concilios Generales y siete Provinciales. Esto debe entenderse del primer local, porque después ha habido una reedificación completa. Esta basílica se ha llamado Lateranense, porque fue erigida en el lugar donde estaba el palacio de Plaucio Laterano; Constantiniana, porque fue edificada por Constantino; del Salvador, porque fue dedicada por S. Silvestre al Salvador, y de S. Juan, porque fue dedicada después a S. Juan Bautista y a S. Juan Evangelista. Tiene cinco naves, y en la de en medio, doce pilares de mármol; en ellos, doce edículas de lo mismo, y en éstas, doce estatuas colosales de lo mismo, de los doce apóstoles. El altar mayor está aislado, y sobre él, en un gran templete de mármol del orden gótico, están las cabezas de S. Pedro y S. Pablo, metidas en otras, de plata maciza, que vi el Sábado Santo, según he dicho a V. en mi Carta XV. En la Evangelio, vi una pintura del Giotto, que representa a Bonifacio VIII abriendo el jubileo secular, y el sepulcro y epitafio de Andrés del Sarto, cuyas primeras y últimas líneas copié. Son éstas:

D. O. M.
Andreas Sachius. Romanus.
Hic. est.
Qui. cum diu. aeternitate pinxeri.
Vel mortuus. in hoc tumulo. aeternum. vivit.
Divinae. Sapientiae. mysteria. divinis. pene coloribus.
IN. BARBERINIS. AEDIBUS. EXPRESSU.
....
Picturae. ac vitae. lineas. absolvit.
Die. XXI. Junii. A MDCLXI. Aet. LXII.[1]

[1] "A Dios Óptimo Máximo. Éste es Andrés del Sarto, romano, que habiendo pintado mucho tiempo para la eternidad, aun muerto, en este túmulo vive eternamente. En el palacio Barberini

En el Museo Sacro, los objetos que me llamaron más la atención fueron los siguientes: 1.º Estatua sedente, de mármol blanco, de S. Hipólito, en cuya silla está grabado su calendario, en griego; el primer calendario cristiano, compuesto por el santo con motivo de la cuestión sobre la Pascua, que, según me dijo el custodio, iban a estudiar con frecuencia los jesuitas. 2.º Multitud de copias de los frescos de las catacumbas y algunos originales, transportados con la capa de tierra. Vi allí el pez, la paloma, el cordero y todos los símbolos de que hablé a V. en mi Carta XIV. Vi en algunas lápidas la imagen de la Santísima Virgen; monumento que prueba, lo mismo que otros muchos, que el culto de las imágenes comenzó desde el principio del cristianismo. Vi otra lápida, en que está grabada una oveja en medio de dos lobos; arriba de aquélla, esta palabra: "Susana", y arriba de éstos, esta otra: "Seniores", 3.º Estos cuadros modernos: *La stella matutina,* del Beato Angélico de Fiesoli; *S. Gerónimo,* del padre de Rafael; *Retrato de Jorge IV,* regalado por el mismo a Pío VII,[2] y sobre todo, *La cena de Emaús*, de Miguel Angelo Caravaggio, que, como todas las obras de este gran maestro, atrae por lo patético de la expresión y por la belleza del colorido. 4.º Un mosaico de cosa de 40 varas, que formaba todo el pavimento de una de las termas de Caracalla, y representa pugiladores colosales, enteramente desnudos. Ahora forma el pavimento de una de las salas de este museo, y se ve desde una tribuna baja, para que no sea tocado con los pies. 5.º En fin, vi muchas figuras y grupos de yeso, hechos por un alemán, que representan la caza del búfalo, un motín, un Parlamento y otras costumbres de los iroqueses.

expresó los misterios de la Divina Sabiduría con colores casi divinos… Concluyó las líneas de la pintura y de la vida el día 21 de junio del año de 1661, a los 62 de su edad".

[2] Este papa fue muy amado, aun por los protestantes. Desde la guerra de Reforma hasta el reinado de Jorge IV, a principios de este siglo, hubo en Londres la costumbre de quemar todos los años al papa en estatua, en cierto día. Dicho rey prohibió esta costumbre, por amor a Pío VII, y no contento con esto, mandó a Roma a un pintor, sin más objeto que tomar el retrato del papa, y lo colocó en su gabinete; y remitió el suyo a Pío, quien, con el buen gusto que tienen los italianos para la colocación de retratos, no colocó el de Jorge en su gabinete, ni en el Vaticano, sino en el Museo de S. Juan de Letrán, cuya iglesia es la destinada para el bautismo de los protestantes.

SANTA ESCALA

Salí del Museo de S. Juan de Letrán y subí de rodillas por la Santa Escala, que está frente a él. Está cubierta de madera, y los recortes de ésta dejan ver que es de mármol gris y tiene veintisiete escalones. Según he dicho en mi *Compendio de la historia hebre*a, el lugar de Jerusalem llamado Lithostrotos era, como lo indica este nombre griego, un arco y pasadizo de mármol sobre una calle, para comunicar el Pretorio con la Torre Antonia.[3] Como este pasadizo estaba más alto que el Pretorio, había una escalera para subir de éste a aquél. Es bien sabido que Jesucristo fue sentenciado a muerte por Pilatos en el Lithostrotos, a la vista de todo el pueblo, que henchía la larga calle. Las gradas de la Santa Escala formaban aquella escalera, por la que subió Jesucristo antes de la sentencia, y bajó ya sentenciado.

TEATRO DE LA ARGENTINA

Mayo 22. En la noche de este día, asistí a este teatro, que es el segundo de Roma,[4] y desde luego me sorprendió que el pueblo del Dante, de Miguel Angelo y de Rossini se alojara en un lugar tan feo. Pregunté a los SS. Angelini la razón de esto, y me dijeron: "Porque los padres son los que gobiernan en Roma, y ellos no asisten al teatro". El de la Argentina no tiene columnas, ni estatuas, ni barandillas, ni ornamentación alguna, sino que es de madera lisa, pintada de encarnado, consta de cuatro órdenes de palcos y dos galerías, y sus estrechos palcos, que en lugar de barandillas tienen tablones de madera, presentan la figura de tendajones. A los espectadores que están en ellos, no se les ve más que la cabeza. En el telón del escenario, vi dos de las bacantes de Herculano, pero sus tintes y ejecución me parecieron toscos, lo mismo que los de las demás pinturas de los telones y decoraciones interiores. Mas la bóveda plana me pareció muy buena, y lo mismo la orquesta, compuesta de noventa y seis músicos. Vi la ópera de Petrella[5] intitulada

[3] [Como indico en el prólogo, al parecer, el *Compendio de la historia hebrea* quedó inédito. SLM.]

[4] El primero es el de Apolo, que en esa temporada estaba cerrado.

[5] [Rivera se refiere a Enrique Petrella (1813-1877). SLM.]

La condesa de Amalfi,[6] que me agradó extraordinariamente, pues la ópera reúne en sí todo lo bello y patético de cuatro cosas: el canto, la música, la poesía y el drama. En tres meses que estuve en París, asistí varias veces a diversos teatros, especialmente al de la Ópera Italiana, al del Châtelet y al de la Puerta de S. Martín. En el primero, vi representar a la famosa Patti[7] en *El barbero de Sevilla, D. Pascual* y *La traviata;* en el segundo, el *Cendrillon,* y en el tercero, *La fiera del bosque*. Los italianos no son, como los franceses, pródigos en aplaudir batiendo palmas; cuando les agrada alguna parte del canto, se oye en todo el teatro esta lánguida y prolongada interjección, parecida a un gemido: ¡Aaaah!

COLEGIO ROMANO

Mayo 23. Un hermano jesuita, que nos guió en esta visita, a un paulino de Salerno y a mí, nos dijo que los estudiantes internos eran cincuenta, y los externos 1300; que en la cátedra de Teología Dogmática, el texto era las *Prelecciones*, de Petrone; en la de Teología Moral, el Gury, comentado por Ballerini (lo compré allí mismo);[8] en la de Derecho Canónico, los *Elementos de derecho canónico*, por Tarquini, y en la de Derecho Civil, las *Recitaciones*, de Heineccio (a pesar de ser protestante), y que en la de Bellas Letras se enseñaba la *Divina Comedia*, del Dante.

Nos condujo a los aposentos donde vivieron S. Luis Gonzaga y S. Juan Berchmans. No son tan estrechos, oscuros y pobres, como la celda de S. Francisco y la de Sto. Domingo, sino grandes, y hasta en sus vigas resplandece el oro. Están convertidos en oratorios públicos, y una pieza intermedia sirve de sacristía a los dos. En el aposento de S. Luis, las puertas son las mismas que abría y cerraba el santo, y los ladrillos del pavimento, los mismos que regó con la sangre de sus austeras penitencias. En el altar está el verdadero retrato del santo. El padre nos mostró la sotana, la corona de espinas y el crucifijo de S. Luis, aceite y harina multiplicados milagrosamente por él, y un *Tratado del sacramento de la penitencia*, compuesto y escrito de buena letra por él mismo; libro

[6] [En el original, se lee *La marquesa de Amalfi*. SLM.]

[7] [Referencia a Adelina Juana María Patti (1843-1919). SLM.]

[8] [Es decir, el *Compendium theologiae moralis,* de Juan Pedro Yuri, comentado por Antonio Ballerini. SLM.]

regalado a Pío IX por una persona de la familia de los Gonzagas, y por S.S. a los jesuitas. Nos mostró además, en la sacristía, una mesa sin pintar, que fue el escritorio de S. Ignacio; recuerdo muy precioso, porque quizá sobre ella escribió el gran legislador moderno la Regla de su compañía. Después, nos llevó al observatorio astronómico, que es una pieza circular de madera, de bóveda, sobre la cúpula del templo de S. Ignacio. En medio, está un gran telescopio (que es el mayor del mundo, según nos dijo) giratorio, al derredor de la serie de ventanas de la bóveda, la que tiene otra ventana en el centro. Nos dijo que cuando el P. Secchi, astrónomo actual, conocido en todo el orbe, vivía en Roma, estaba de día y de noche en este observatorio; que sus observaciones eran confirmadas en todos los observatorios, especialmente en el de París y en el de Londres; que a la sazón se hallaba en París, y que Napoleón le recibía y consultaba con frecuencia sobre materias de física, especialmente de astronomía.[9] En fin, el hermano nos mostró la máquina, muy conocida ya en el día, y que después vi en la Exposición Universal de París, inventada por este sabio jesuita para hacer observaciones meteorológicas. No hablo a V. más de esta máquina, porque poco entiendo de estas materias.

CÁRCEL MAMERTINA

Mayo 23. Aquí tiene V. una de las obras más antiguas e interesantes de Roma, que cuenta más de veinticinco siglos. Esta cárcel se compone de dos calabozos subterráneos, comunicados, de los que, el superior fue hecho por Anco Marcio, cuarto rey de Roma, y el inferior y más profundo, por Servio Tulio, sexto rey. El custodio me mostró las señales de la puerta murada de las escaleras subterráneas, por las que bajaban a los prisioneros condenados a muerte, del atrio del templo de Júpiter Capitolino, a esta cárcel, y se llamaban gemonias (*Scalae gemoniae*), por los gemidos que daban al pasar por ellas. Al calabozo más subterráneo, eran descolgados los reos por un agujero que está en la bóveda de él, y en consecuencia, en el pavimento del calabozo superior. Ambos están cavados en la roca viva del monte

[9] [Napoleón III (1808-1873). SLM.]

Capitolino, y revestidos de losas de piedra con arquitectura etrusca. Aquí fueron ahorcados, por orden de Cicerón, Léntulo, Cétego, Estatilio, Gabinio y Lapario, cómplices en la conjuración de Catilina. Aquí murieron Sejano, por orden de Tiberio; Julio Sabino, señor galo, jefe de insurrección en el reinado de Vespaciano; Simeón, jefe de una reacción de los judíos, traído por Tito atado a su carro, y otros muchos hombres célebres, y en fin, en esta cárcel fue estrangulado Yugurta, quien dijo a los romanos, al ser descolgado: "¡Qué frías son vuestras estufas!" El custodio me mostró en el calabozo inferior una lápida, que cubre el antiguo hueco donde colocaban la cabeza del prisionero, y donde un fierro que se cerraba lo estrangulaba fácilmente, y otras dos lápidas, que cubren las antiguas ventanillas, por las que dos magistrados presenciaban la ejecución, desde un ambulatorio subterráneo que comunicaba también con el templo de Júpiter. Después de estrangulado el reo, su cadáver era sacado por las gemonias, expuesto al público por algún tiempo en las gradas del templo, en actitud de estar sentado,[10] después era precipitado de la roca Tarpeya, arrastrado por el Foro y el Velabro, y en fin, arrojado al Tíber desde el puente Sublicio. En el calabozo inferior, convertido en capilla,[11] vi el cipo o media columna, a la que fueron atados S. Pedro y S. Pablo, y un bajo-relieve de bronce dorado, que representa al segundo predicando a sus compañeros de prisión, y al primero bautizando a los SS. Proceso y Martiniano, carceleros convertidos por él. La oratoria en este lugar me pareció más grande que la de Demóstenes en la asamblea de Atenas, y la de Cicerón y Cayo Graco en el Foro; y el mismo S. Pablo, predicando en medio del Areópago, con la mano extendida, en actitud oratoria, como él acostumbraba, según nos refieren los *Hechos de los apóstoles*, no me parece tan elocuente, como predicando encadenado en el fondo de este calabozo, a la escasa luz de una lamparilla, una palabra que no estaba encadenada. Bebí del agua que destila la roca, que es tan buena, como todas las aguas de Roma, y que, según una piadosa tradición, fue hecha brotar milagrosamente por S. Pedro para bautizar a sus compañeros de prisión.

[10] Una pintura que tengo representa de esta manera el cadáver de Julio Sabino, y su fiel perro sentado tristemente junto a él.

[11] En éste y en todos los lugares más sagrados de Roma celebré la misa, pero no me parece conveniente referir esto a cada paso.

Museo Capitolino

Mayo 23. La brevedad de una carta no me permite referir a V. sino uno que otro objeto que apunté en mi álbum, y son los siguientes: 1.º Una antigua balanza etrusca, de las llamadas vulgarmente romanas. 2.º El antiguo pie romano, dividido en dieciséis dedos. 3.º El *Plano de la antigua Roma*, que, según he dicho a V., formaba el pavimento del templo de Rómulo y Remo, y no le falta más que un pequeño trozo. 4.º La célebre *Tabla iliaca*, pequeño bajo-relieve que expresa los principales hechos de la Guerra de Troya, y que sirvió mucho a Virgilio para la composición de su *Eneida*. 5.º Un antiguo sarcófago, en que está expresada la filosofía de los platónicos sobre la creación del hombre; Júpiter tiene delante de sí la estatuilla de un mono, que está perfeccionando con un buril, y Minerva le está vertiendo agua sobre la frente con una jarra. 6.º El mosaico más perfecto que se conoce, llamado *Las palomas del Furietti,* porque fue descubierto por monseñor Furietti en las ruinas de la Villa Adriana, y que ha sido reproducido innumerables veces por los mosaiquistas modernos. Son cuatro palomas a la orilla de una fuente artificial, de las que una bebe agua, otra se espulga, y las otras dos están echadas. 7.º Multitud de estilos[12] de marfil de diversos tamaños, con que escribían los romanos sobre tablillas cubiertas de cera. 8.º Estatua de Palas, copia antigua de la célebre *Palas de Veletri,* que está en París. 9.º Bajo-relieve que representa a dos que llevan a la hoguera el cadáver de Héctor, y a Hécuba y Andrómaca, que lloran. 10.º Un gimnasiarca, estatua muy alabada por Winckelmann. 11.º Estatua colosal de bronce dorado, de Hércules, que estaba bajo la higuera ruminal y fue descubierta en el terreno cercano. 12.º La renombrada *Venus Capitolina,* enteramente desnuda, obra griega de mármol. 13.º El célebre *Antinoo Capitolino,* escultura clásica romana, también de mármol, y en fin, los bustos y verdaderos retratos de todos los emperadores romanos, de muchas de sus mujeres e hijas, y de muchísimos filósofos, oradores y poetas griegos y latinos, de los que se han sacado los que conocemos.

[12] [Es decir, de estilográficos, instrumentos para escribir. SLM.]

Carta XXI

La Vallicella. Isla de Esculapio. Villa Pamphili. Sta. María *in Via Lata*. Visita al general de la Compañía de Jesús. Aposento de S. Ignacio



La Vallicella

Mayo 26. Día de S. Felipe Neri. Esta iglesia se llamó así porque en este pequeño valle edificó S. Gregorio el Grande una ermita en honor de la Virgen María, que Gregorio XII dio a S. Felipe. Éste, auxiliado por el mismo papa, construyó el templo actual, llamado también la Iglesia Nueva, en la que tres fueron las cosas que me llamaron más la atención: el cuerpo del santo, su estatua de mármol, obra del Algardi, y los frescos de las bóvedas de la nave de en medio y de la cúpula, pincel de Pedro de Cortona. El papa asiste todos los años a la misa de S. Felipe, y aquí vi por la última vez al dulce Pío. Después de la misa, vi en la sacristía una alba y unos manteles de finísimo cambray, muy bien bordados por unas monjas, guardados en una pequeña caja, aforrada con terciopelo morado, adornada con las armas pontificias, y otras labores de luciente plata; regalo hecho en este día a la imagen de S. Felipe por el Santo Padre, quien acostumbra hacer cada año un obsequio a las imágenes de los santos más venerados en Roma. Entré en el oratorio y en la capilla donde decía la misa el santo, vi la *Aparición de la Virgen a S. Felipe*, del Guercino, y *S. Felipe difunto*, del Guido. En otra capilla interior, vi la silla en que se sentaba el santo cuando predicaba: es [de] madera sin pintar, con asiento y respaldar de cuero. En fin, me fue permitido arrancar una piedrita, que conservo, del muro del aposento donde murió, carcomido dicho muro por la devoción de los viajeros.

ISLA DE ESCULAPIO

Mayo 26. Después de la expulsión de Tarquino el Soberbio, el Senado concedió los bienes de él al pueblo, quien en su furor arrojó al Tíber todo el trigo que estaba en los graneros, y todo el que estaba en montones a lo largo del río. El trigo y la paja fueron en tanta cantidad, que, detenidos en un banco de arena y agregándoseles con el transcurso del tiempo mucha arena y troncos de árboles, se formó una isleta. Los romanos la consolidaron y elevaron con piedras, mezcla y gruesos maderos, y formaron una especie de gran mesa. A mediados del siglo V de Roma, afligidos por una peste, después de consultar los libros sibilinos, enviaron diputados al templo de Esculapio en Epidaura, cargados de ofrendas, los que encontraron allí una culebra (animal dedicado al dios y objeto de una gran veneración en todos los pueblos gentiles), y la trajeron a Roma en un vaso de mármol. Al pasar el Tíber, el reptil se escapó y se ocultó en la isleta. Los romanos la reconstruyeron, dándole la forma del vaso, grabando en el muro el busto, la vara y la culebra de Esculapio, que oí decir se ven todavía (yo no los vi), y erigieron sobre ella un templo y un hospital en honor de dicho dios. En los primeros siglos, los cristianos dedicaron a S. Bartolomé este templo, que ha sido reedificado varias veces. Dos son las cosas más notables que contiene: el cuerpo del apóstol en una urna de pórfido que forma la mesa del altar mayor, aislado entre el coro y el presbiterio, y las catorce columnas de granito con capiteles dorados, que forman la nave de en medio, pertenecientes al antiguo templo de Esculapio.

VILLA PAMPHILI

Mayo 26. Elegí este día, por ser domingo, para visitar esta villa, el más hermoso paseo de Roma y quizá de las demás ciudades de Europa, sacando únicamente a Versalles. Hay mucha diversidad entre los ingleses, franceses e italianos, en el uso de arboledas. Los ingleses, y más todavía los franceses, son muy afectos a los árboles y a las flores en sus plazuelas y patios de los grandes edificios. En el patio del mismo Louvre, tienen plantados árboles grandes, que impiden la vista de

su soberbia ornamentación arquitectónica y de la galería de estatuas de franceses célebres que está allí. Los romanos, al contrario, no tienen árboles en sus plazas, plazuelas ni patios, y arrancarían luego, con disgusto, un arbusto que alguno plantase, porque estorbaba la vista de una pequeña parte de algún edificio. Ellos quieren que sus edificios sean vistos desde la base hasta la altura, con todas sus proporciones y reglas arquitectónicas, estrictamente observadas hasta en los detalles. Mas, cuanta es su severidad dentro de las ciudades en materia de arboledas y jardinería, tanta es su magnificencia, buen gusto y gracia, que llega hasta la voluptuosidad, en las villas o paseos públicos que rodean a Roma; cualidades en que los italianos exceden a los de todas las demás naciones. Favoréceles una imaginación ardiente y privilegiada y el bello sol de Italia. La Villa Pamphili, perteneciente hace algunos siglos a la noble familia Pamphili, y propiedad hoy del príncipe Doria Pamphili, es como la representan las pinturas romanas conocidas por muchos. Pequeñas colinas, largas hileras y grupos de árboles de muchas especies, jardincitos de flores de vivos y variados colores, veredas caprichosas, juguetonas cascadas, lagos azulados, grutas solitarias formadas de enredadera, nuestros nopales y magueyes plantados en sarcófagos antiguos de mármol blanco (cosa tristemente bella e histórica), personas de todas clases, voluptuosas mujeres, estatuas griegas y latinas de mármol y de bronce, todavía más voluptuosas, carrozas doradas, que se deslizan velozmente y se pierden en medio de bosques fantásticos, jóvenes de ambos sexos, abrazados y jugueteando, con una libertad pública que no se tiene en ninguna otra ciudad del mundo, fue lo que se presentó a mi vista en esa tarde. Ahora bien, mi amado condiscípulo, la Villa Pamphili está sobre las catacumbas de S. Pancracio. ¡Un harem occidental sobre unas catacumbas! ¡Un palacio de náyades y nereidas, la habitación de la Ciprina diosa, cubre un cementerio cristiano, en donde oraron, lloraron y vivieron pobres, humildes y castos, los primeros discípulos de Cristo, y en donde todavía reposan sus santos cuerpos. Éstas eran las reflexiones que me ocurrían cuando, a la hora melancólica del crepúsculo, paseaba solo, bajo los copados árboles, y a la orilla de los lagos de la Villa Pamphili.

STA. MARÍA *IN VIA LATA*

Mayo 27. Las vías o calles principales de la antigua Roma eran cuatro: la Vía Sacra, por donde entraban los triunfadores; la Vía Recta, que recorría la mayor parte de la ciudad; la Vía Lata, es decir, Ancha, y la Scelerata, es decir, Malvada, nombre que se le dio perpetuamente porque, yendo por ella Tulia, dirigiendo su carroza, la hizo pasar sobre el cadáver de su padre, el buen rey Servio Tulio, que estaba tirado allí. Las más de estas calles se conservan hasta hoy, y la antigua Vía Lata es la actual calle del Corso, en donde está la iglesia de Sta. María *in Via Lata.* Esta iglesia es de las primeras de Roma, por los grandes recuerdos que excita. Sin hablar a V. de la doble columnata de cipolino que forma la nave de en medio, y de otras bellezas artísticas, abundantes en este templo y en los más de la Ciudad Eterna, pues me haría muy difuso e interminable en estas cartas, le diré únicamente las tres cosas que me parecieron más notables. La primera fue la imagen de la Santísima Virgen que se venera en el altar mayor, y se dice pintada por S. Lucas. La segunda fue la pequeña iglesia subterránea, que, según la tradición, es el cuarto de la casa del centurión Julio, en donde estuvo preso S. Pablo dos años.[1] Aquí se ve, pendiente del muro, la cadena con que estuvo atado el apóstol, y la pequeña fuente que, según se cree piadosamente, hizo brotar milagrosamente para bautizar a muchísimos que convirtió. En este cuarto escribió cuatro de sus epístolas, a saber, a los efesios, a los filipenses, a los colosenses y a Filemón, y en la misma casa y probablemente en este mismo cuarto, escribió S. Lucas los *Hechos apostólicos.*[2] Los cristianos miraron siempre con veneración la casa del centurión, y especialmente el cuarto donde había vivido S. Pablo; y después de la paz de Constantino, edificaron esta iglesia.[3] La tercera cosa notable son los diversos sepulcros de los Bonaparte; monumento de la generosidad del evangélico Pío VII, quien, después de la caída de Napoleón I, recibió en Roma y protegió con clemencia, o mejor dicho, con

[1] En mi *Compendio de la historia romana*, parte 3.ª, § Personajes del reinado de Nerón, explico este hecho extensamente.

[2] Tengo placer en consignar esta noticia que encontré estudiando a Alápide (*Com. a los Hechos Apost.*, cap. 28, v. 30): “Esta diaconía (Sta. María *in Via Lata*) está vecina al Colegio Romano, en el que yo igualmente escribí en las vigilias de la noche estos comentarios a S. Lucas, con el auxilio del mismo, y como inspirado por su vecino espíritu”.

[3] Alápide, *ibid.*

caridad evangélica, a muchos de la familia de su verdugo. Y cuando el mismo Napoleón moría en una roca de Sta. Elena, con la misma caridad, le envió a su capellán Vignali y a su médico Antommarchi, ya que él mismo no podía ir personalmente a auxiliarlo, por su edad octogenaria, como había ido personalmente a consagrarlo en París.

Si un viajero debe dar razón de las costumbres en diversos sentidos, diré a V. que en la tarde de este día asistí en esta iglesia al ejercicio del Mes de María. Fue dirigido por un jesuita, y consistió en una parte del rosario, plática sobre la vanidad de los amores del siglo, y sobre el amor de Jesucristo, siete veces el *Ave María* por dos necesidades de familia que dijo el padre, *Salve*, *Letanías de la Virgen* y bendición con el Santísimo; no hubo lección ni meditación. Las palabras de S. Pablo que citaba con frecuencia el jesuita parecieron tener más fuerza en este lugar, y esa tiernísima oración que se llama la *Salve*, me pareció todavía más tierna, cantada en latín por todo el pueblo, delante de la antiquísima imagen de María.

Visita al general de la Compañía

Mayo 29. Durante los tres meses y medio que viví en Roma, estuve varias veces a visitar al anciano P. Gil, jesuita español, célebre en la Guerra Carlista, cuyo nombre había yo consignado algunos años antes en mi *Cuadro de hombres célebres*, sin pensar que alguna vez tendría el honor de tratarlo.[4] Una vez me invitó a hacerle una visita al P. general, yo acepté luego con gusto y me condujo al aposento de él. Cuando llegamos al aposento anterior, estaban allí dos padres secretarios, de los que uno escribía y otro hablaba en alemán con un militar que me pareció coronel de zuavos. Me saludó el segundo en español y me dijo que tomara asiento mientras se desocupaba el P. general, quien estuvo hablando en su aposento un breve rato con un padre, que, según oí decir al mismo secretario, era el procurador, y otros momentos con

[4] [Manuel Gil fue rector del Colegio de Loyola en Guipúzcoa y partidario de Carlos María Isidro de Borbón. Rivera lo menciona —sólo con el apellido— en la página 17 de *Cuadro sinóptico de los hombres y hechos más célebres de la historia moderna. Vid.* Teófanes Egido, coordinador. *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico.* Madrid: Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2004, pp. 302-303. SLM.]

dicho coronel. Cuando salió éste, me introdujo el secretario. El general era y es el P. Pedro Beckx, belga, como de sesenta y tantos años, vestido con una sotana de lana, de semblante extenuado, muy humilde y muy amable. El aposento era una sala mediana, blanqueada con cal, sin pintar, y los muebles eran dos mesas para escribir, algunas sillas de paja, algunos estantes con libros, algunas pinturas de santos con marcos de madera, y una magnífica colección de mapas de todo el mundo. Me llevó donde estaba el mapa de México, puso su dedo sobre la Baja California y me refirió en español la historia de ella, desde la conquista hasta hoy, con una exactitud que yo ignoraba. Mi visita fue breve, porque yo conocía sus muchísimas ocupaciones. Sus palabras fueron pocas, pero muy bien dichas y con mucha moderación. Una de las frases que repetía con frecuencia era ésta: "Sea Dios bendito", levantando los ojos y algo las manos al cielo, enclavijándolas. Cuando estaba yo allí, decía en mi interior: "¡Ah! Este hombre tan humilde, desde este aposento tan modesto, gobierna todo el mundo, al que tiene a la vista en estos mapas". Todos los jesuitas que vi en Roma y tres a quienes traté, contando al general, me parecieron unos sabios y unos santos, y si influyen en todas las clases de la sociedad, como lo oí decir, creo que es deseando ardientemente hacer el bien en todos sentidos.

APOSENTO DE S. IGNACIO

Mayo 30. Se compone de tres cuartos pequeños y bajos: uno, que le servía de vestíbulo, otro, de recibidor, y otro, de estudio y recámara. Las inscripciones que leí allí declaran que sus paredes, puertas, techos y pavimento están como cuando los habitó el santo; que en el recibidor se le apareció la Santísima Trinidad; que allí fueron recibidos en la Compañía S. Luis Gonzaga y S. Estanislao de Kotska, platicaron muchas veces el santo y S. Felipe Neri, dijo su primera misa S. Carlos Borromeo, e iba a orar S. Francisco de Sales; que en la recámara se le apareció también la Santísima Trinidad, escribió la *Constitución* de su sociedad, pareciéndole que la Santísima Virgen le daba señales de aprobación, y murieron el santo, Laínez y S. Francisco de Borja. Estuve en la pequeña ventana de la recámara, desde la que el santo contemplaba el cielo y profería unas palabras que son muy conocidas, según

dice la inscripción contigua. En este mismo cuarto, vi una estatua, y junto a ella, una inscripción que dice ser el verdadero retrato de S. Ignacio. Me pareció de estatura baja, tez algo morena, ojos pequeños y negros, cejas apartadas y escasas, nariz muy bien formada, frente elevada, cabeza calva, mejillas encendidas, barba poblada, semblante serio y pie grande.[5] El recibidor y la recámara son oratorios; cuando yo llegué, estaba celebrando la misa en aquél un obispo, y después entró a celebrarla un sacerdote francés. En una pieza contigua, que sirve de sacristía, me mostraron el quitasol indio de madera bajo el que S. Francisco Javier fue recibido en triunfo en Goa; el corazón del V. Baldinuci, jesuita que estableció y propagó en Italia el culto de Nuestra Sra. del Refugio, y cuyo negocio de beatificación estaba a la sazón muy adelantado, según oí decir; camisa, zuecos, cilicios y otros muebles del V. cardenal Belarmino; cilicios y otros muebles del V. Pignatelli, y el solideo rojo que dejó el cardenal Odescalchi por entrar en la Compañía.

[5] De las muchísimas imágenes que he visto, la que me parece más parecida al retrato es la de la iglesia de la Universidad de Guadalajara.

Carta XXII

Columnas y obeliscos



Columnas

Las de Roma son cinco: la Trajana, la de Marco Aurelio, la de Focas, la de Sta. María la Mayor y la de la Inmaculada Concepción; y habiendo ya hablado a V. de la segunda, de la tercera y de la quinta, tendré ahora el gusto de hablarle de las dos restantes.

Columna Trajana. No sólo es la primera de Roma, por su altura, grosor, mérito artístico y hermosura, sino que es, como dice Nibby en su *Itinerario: la piu bella colonna che giammai existesse:* "la más bella columna que jamás existiese". Es obra del célebre Apolodoro de Damasco, fue erigida por el Senado y el pueblo romano a Trajano, por sus victorias de los dacios, es de mármol de Carrara, del orden dórico, tiene quince y medio palmos de diámetro y 191 de altura, y en consecuencia, es más de dos palmos más alta que la de Marco Aurelio. Tiene una escalera interior, en espiral, para subir hasta la cúspide, en la que resplandecía en la antigüedad la estatua colosal del emperador, de bronce dorado, y habiéndosela robado los bárbaros, Sixto V colocó en lugar de ella la de S. Pedro, también colosal, de bronce dorado. Pero lo más admirable son los bajos-relieves de que está cubierta toda: cerca de 2500 figuras humanas, todas diversas, e innumerables trajes, trofeos, armas, caballos y máquinas de guerra, en tanta variedad y perfección, que esta sola columna es una escuela de escultura, en la que se formaron Rafael, Julio Romano y Polidoro Caravaggio. ¡Qué pobres aparecen la columna de Vendôme, la primera de las de París, y la de Nelson, la primera de las de Londres, junto a la columna Trajana! Se eleva majestuosa en medio

de las ruinas del antiguo foro Trajano, obra también de Apolodoro, y el primero de los foros de Roma, por su magnificencia, destruido por los bárbaros. En él estaba la famosa Biblioteca Ulpia (cuyas ruinas se ven también), compuesta de dos salones, uno, en que estaban los libros en griego, y otro, en que estaban los libros en latín.

Columna de Sta. María la Mayor. Está en la plaza del frente de la basílica, que era el mercado de los efectos de todo el mundo, formado por Tiberio, con pórticos de columnas de mármol y dedicado a su madre, Livia. Dicha columna es de mármol blanco, estriada, del orden corintio, la única que queda del antiguo templo de la Paz, erigida por Pablo V y coronada con la imagen de la Santísima Virgen. De sus inscripciones, copié estas tres:

1.ª
PAULUS V
PAX UNDE VERA EST
CONSEC. RAVIT VIRGINI.

"Pablo V consagró esta columna a la Virgen, de quien viene la verdadera Paz".

2.ª
IMPURA FALSI TEMPLA
QUONDAM NUMINIS
JUVENTE MAESTA
SUSTINEBAM CAESARE;
NUNC LAETA VER
PERFERENS MATREM DEI,
TE, PAULE, NULLIS
OBTACEBO SAECLIS.

"En otro tiempo, por mandado del César, sostenía triste el impuro templo de una falsa deidad; ahora, llevando alegre a la madre del verdadero Dios, a ti, oh Pablo, en ningunos siglos callaré". De esta inscripción, dice con razón Gaume que parece *une lyre touchée par la main des anges.*

3.ª
IGNIS COLUMNA
PRAETULIT LUMEN PIIS
DESERTA NOCTU,
UT PERMEARENT INVIA
SECURI AD ARCES;
HAEC RECLUDIT IGNEM
MONSTRANTE AB ALTA SEDE
CALLEM VIRGINE.

“La columna de fuego llevó delante la luz a los hombres piadosos, para que, caminando velozmente de noche por desiertos intransitables, llegasen seguros a los alcázares; ésta encierra el fuego, mostrando el camino la Virgen desde su elevado trono”.

OBELISCOS[1]

Mayo 28 y 31, y junio 1.º Pasé estos días en la Biblioteca Casanatense, estudiando la materia de obeliscos en la obra intitulada *Interpretatio omnium obeliscorum urbis, ab Aloyso María Ungarelli, Sodali Barnabita: Interpretación de todos los obeliscos de la ciudad, por Luis María Ungarelli, del orden de S. Bernabé.* Durante mi viaje, me propuse no encerrarme en mi casa a estudiar, porque esto podía hacerlo en mi país y hubiera sido perder el tiempo y el dinero, sino visitar los más monumentos y establecimientos que pudiese, y hacer en la noche algunos apuntamientos sobre lo visitado en el día. Pero la materia de obeliscos romanos no podía estudiarla en México, porque las dos únicas obras que se han escrito sobre esto, que es la citada de Ungarelli y la de Hipólito Rossellini, son muy escasas en la misma Roma, probablemente muy caras, y quizá no son conocidas en nuestra república. Las bibliotecas públicas de Roma son tres: la Vaticana, de [la] que he tenido el gusto de hablar a V., la Casanatense y la Angélica. La segunda está en

[1] El nombre *obelisco* viene del griego *obeliskos,* que significa un utensilio de cocina muy largo y puntiagudo, semejante a nuestros asadores (Monlau, *Diccionario etimológico*, verb. Obelisco); palabra propia pero vil, con que los griegos, cuando eran mucho menos civilizados que los egipcios, designaron un objeto verdaderamente sublime. Era el tiempo en que los sacerdotes egipcios decían a Solón: “¡Oh Solón! Vosotros los griegos sois muchachos y no tenéis las tradiciones y la sabiduría de los ancianos”.

el convento de dominicos de la Minerva, y se llama así porque la fundó el cardenal Casanate, dejándola en su testamento a dichos dominicos, con la condición de que sirviese al uso público, y de que la aumentasen con un cuantioso legado que también les dejó. Consta de más de 120 000 volúmenes impresos y manuscritos, y si bien, respecto de éstos, la Vaticana es superior, no sólo a ésta, sino a todas las del mundo, como he dicho a V., respecto de aquéllos, la Casanatense es superior, en número, a la Vaticana. Hay allí una Biblia impresa a mano, con punzón, según el arte de la quirografía, que se usó en los últimos tiempos de la Edad Media y fue el eslabón entre la escritura y la tipografía. Esta biblioteca estaba servida por un padre y un lego dominicos, y en los tres días que asistí a ella vi concurrir de treinta a cuarenta personas. Preside este lugar la estatua de mármol del cardenal fundador, colocada en la cabecera de la primera sala. La Biblioteca Angélica está en el convento de S. Agustín, y no tuve tiempo de visitarla.

Los obeliscos que, elevando sus cúspides al cielo, descuellan sobre la Ciudad Eterna, son doce, todos monolitos, es decir, de una sola piedra, y todos de granito rojo egipcio. De ellos, ocho son egipcios, es decir, cortados y esculpidos por los egipcios en tiempos remotísimos, y cuatro, romanos, es decir, cortados por los romanos en tiempos posteriores, y sin jeroglíficos, a excepción del Variano, que los tiene.

Obeliscos egipcios. 1.º El Obelisco Lateranense es el primero de los de Roma, por su antigüedad y por su altura. Ramsés II lo erigió en Tebas a Ammón, hijo del Sol, a mediados del siglo XXIII de la Creación, y en consecuencia, es del tiempo de Isaac, y cuenta 36 siglos. Constantino lo trasladó de Tebas a Alejandría; Constancio lo trasladó de Alejandría a Roma y lo colocó en medio del Circo Máximo; los bárbaros lo sepultaron en las ruinas de dicho circo, y Sixto V lo descubrió y erigió en la plaza de S. Juan de Letrán, por medio de Domingo Fontana. 2.º El Obelisco Flaminio es el segundo de los obeliscos de Roma, por su antigüedad, pues fue erigido en Heliópolis por Ramsés III al mismo Ammón, a mediados del siglo XXV de la Creación, y en consecuencia, cuenta 34 siglos. Augusto lo trasladó después de la batalla de Actium, y lo colocó en el Circo Máximo, y Sixto V lo descubrió y colocó en la plaza del *Popolo,* por medio de Domingo Fontana. Se llama Flaminio por estar frente a la puerta Flaminia. 3.º El Obelisco Mateyano. Ramsés

III lo erigió también en Heliópolis a Ammón, hijo del Sol, los pretorianos de la quinta cohorte lo transportaron y erigieron en el Capitolio, en honor de Caracalla, y el duque Mattei, de quien tomó el nombre, lo trasladó de aquí y erigió en su villa. El Obelisco de Louqsor (pueblo formado en siglos posteriores en el recinto de la antigua Tebas de Cien Puertas), que vi en París, en la plaza de la Concordia, trasladado y erigido por Luis Felipe, es del mismo reinado de Ramsés III, es decir, de 1561 antes de Jesucristo, año en que Moisés tenía seis años.[2] Así pues, los cuatro obeliscos, Lateranense, Flaminio, Mateyano y de Louqsor, y las tres pirámides de Menfis son en todo el mundo los monumentos y obras del arte más antiguos que se conocen. No se puede decir si los obeliscos son anteriores a las pirámides o éstas a aquéllos, porque se ignora por quiénes y en qué tiempo fueron levantadas las pirámides.[3] Algunos opinan que fueron edificadas en la época en que los hebreos estaban en Egipto, es decir, en el siglo xxv de la Creación, y por las manos de ellos; otros, que lo fueron poco antes, y otros, que lo fueron poco después. 4.º El Obelisco Salustiano estaba en medio del circo y huertas de Salustio, quien lo trajo de Egipto. Desde la irrupción de los bárbaros, yació allí, de donde lo trasladó Pío VI, lo colocó en el atrio de Trinidad del Monte y lo dedicó a la Santísima Trinidad. 5.º El Obelisco de la Minerva fue descubierto por Alejandro VII en las ruinas del antiquísimo templo egipcio de Isis y Serapis, que estaba en donde hoy está el jardín de los dominicos de la Minerva, y erigido por el mismo en la plaza de la Minerva, por medio de Bernini, quien lo colocó graciosamente en la espalda de un elefante de mármol. 6.º El Obelisco del Panteón fue descubierto en las mismas ruinas y colocado por Clemente XI en la plaza del Panteón. 7.º El Obelisco Solar. Psamenético I, rey de Egipto, lo erigió en Heliópolis en el siglo xxxiv de la Creación; Augusto lo trasladó y erigió en el Campo de Marte; los bárbaros lo derribaron y sepultaron en ruinas; Benedicto XIV lo descubrió, y Pío VI lo levantó en medio de la plaza de Monte Citorio. Se llama Solar porque por disposición de Augusto servía de *gnomon* a un gran meridiano de

[2] Tablas cronológicas de Scio. [Rivera se refiere a las tablas cronológicas que figuran en *La Santa Biblia* editada en 1853 —"Edición especial para la república de México"— en la Imprenta del *Semanario Pintoresco* e *Ilustración,* de España. SLM.]

[3] *Inter omnes non constat a quibus factie sint* (Plinio el Naturalista, cit. por César Cantú, *Historia universal*, Lib. 2, cap. 21, § Pirámides).

bronce colocado en el pavimento. 8.º El Obelisco Panfilio, o sea de la plaza Navona. Esta plaza es exactamente el área de la arena del antiguo Circo de Alejandro Severo, y la segunda de las plazas de Roma, por su extensión y magnificencia. Está adornada de tres fuentes, de las que la de en medio se llama, por los artistas, estupendísima; es la segunda de las fuentes de la ciudad por su belleza arquitectónica, y fue hecha con diseño del Bernini. Su receptáculo, a guisa de lago, es de mármol blanco. En medio de él se eleva una especie de montecillo o grupo de peñascos, a la altura de 60 palmos, que forma una gruta, la que tiene cuatro puertas hacia los cuatro lados de la plaza. En los cuatro ángulos de la gruta están las siguientes estatuas colosales de mármol blanco: el *Danubio,* uno de los primeros ríos de Europa, el cual tiene a su lado un fogoso caballo; el *Ganges,* el primer río de Asia, con un remo en la mano, emblema de haber sido navegable por los indios y chinos desde los tiempos prehistóricos; el *Nilo,* el primer río de África, con la cabeza cubierta, ingeniosa y muy propia representación de sus fuentes, desconocidas todavía en el siglo XVII, y en fin, el *Río de la Plata,* uno de los principales de América, teniendo a su lado un nopal. De cada puerta de la gruta, sale un gran trozo de agua, figurando los cuatro ríos mencionados; idea que no podía ser más análoga y bella, y que prueba el ardiente ingenio de los italianos; en el torrente que semeja al Nilo tiene metida la lengua un león en actitud de beber, muy sediento, figura que tiene mucha verdad y que obliga a contemplarla mucho rato con admiración. Sobre la gruta, se eleva, elegantísimo, el obelisco referido, que fue traído de Egipto por Domiciano, descubierto por Inocencio XI (Pamphili), de quien tomó su nombre, y erigido por el mismo. Vi varias veces esta fuente iluminada con fuego de Bengala, y presenta un aspecto indescribible. En fin, es sabido que los circos romanos estaban construidos de tal suerte, que en muy poco tiempo eran convertidos en estanques inmensos, para los espectáculos navales. Según una costumbre muy antigua, todos los sábados y domingos de agosto, que es el mes de los mayores calores en Europa,[4] se llena de agua toda la plaza Navona, hasta la altura como de una vara, para que el pueblo se bañe

[4] Ésta es una de las razones porque se ha creído piadosamente milagrosa la aparición de las nieves sobre el Esquilino el 5 de agosto; hecho que dio origen al templo de Sta. María la Mayor y al culto de Ntra. Sra. de las Nieves.

y para darle un recuerdo de sus antiguas glorias. Yo no vi esto, porque salí de Roma el 4 de junio.

Obeliscos romanos. 1.º Obelisco Vaticano. Es el segundo de los de Roma, por su altura, el único que permaneció en pie en la Edad Media, y el único que fue trasladado íntegro, de los que lo han sido en la edad moderna, de un lugar a otro, dentro de Roma. Por esto, la pericia mecánica, que ha inmortalizado a Domingo Fontana, fue mayor en la traslación y erección de este obelisco que en las de los demás, y si nos admiran los progresos de la mecánica en la edad moderna, ¿cuánto más deben asombrarnos los de esta ciencia entre los antiguos romanos?, y ¿cuánto más todavía entre los egipcios, en los tiempos no muy distantes del Diluvio? ¿Con qué máquinas, frutos de una civilización adelantadísima, trasladaron los hijos de Cham estos monolitos de los montes, y los erigieron en las ciudades? No se sabe. Calígula cortó este obelisco en Egipto, lo transportó y lo erigió en medio de su circo y huertos del Vaticano, llamados después los Huertos de Nerón. Este circo estaba exactamente en donde hoy está la sacristía de S. Pedro, como lo declara la lápida que está junto a dicha sacristía, y allí permaneció en pie hasta que Sixto V lo trasladó al centro de la plaza de S. Pedro, por medio del referido Fontana; acto muy solemne, que se verificó a la presencia del pontífice y de todo el pueblo romano. Está sostenido por las espaldas de cuatro leones de bronce, remata en una cruz de lo mismo, y sirve de *gnomon* a un gran meridiano de bronce que está en el pavimento. Tiene una inscripción en cada uno de sus lados: una pagana, por la que Calígula lo dedicó a Augusto y a Tiberio, y tres cristianas, por las que Sixto V lo dedicó a Jesucristo. La más bella de éstas es la siguiente:

CHRISTUS VINCIT,
CHRISTUS REGNAT,
CHRISTUS AB OMNI MALO
PLEBEM SUAM
DEFENDAT.

2.º Obelisco de Sta. María la Mayor. Claudio lo cortó y trasladó de Egipto, y colocó a la entrada del mausoleo de Augusto, los bárbaros lo

sepultaron en las ruinas de dicho mausoleo, y Sixto V lo descubrió y erigió en la plaza de la espalda de Sta. María la Mayor, por medio de Domingo Fontana. De las inscripciones que le puso el mismo papa, copié éstas, por ser fruto de la inspiración de Sixto, y modelo de la composición de su género:

1.ª

CHRISTI DEI
IN AETERNUM VIVENTIS
CUNABULAM
LAETISSIME COLO,
QUI MORTUI
SEPULCHRO AUGUSTI
TRISTIS
SERVIEBAM.

“Reverencio con suma alegría la pequeña cuna del Cristo Dios que vive eternamente, yo que triste servía al sepulcro del muerto Augusto”.

2.ª

QUEM AUGUSTUS
DE VIRGINE
NASCITURUM
VIVENS ADORAVIT,
SEQ, DEINCEPS
DOMINUM
DICI VETUIT,
ADORO.

“Adoro a aquel a quien Augusto adoró viviendo, que había de nacer de una virgen, por lo que vedó que en lo de adelante se le llamase Señor”.[5]

3.ª

CHRISTUS
PER INVICTAM
CRUCEM
POPULO PACEM
PRAEBEAT,

[5] Estas dos inscripciones y otra en un altar de *Ara coeli*, consignan la revelación de María a una profetisa en el palacio de Augusto. Algunos, como Pedro Joux y Gaume, creen esta revelación, y dicen que a ella se refiere Virgilio en su égloga 4.ª, y yo hice mérito de ella en mi *Sermón de Natividad,* publicado en 1854, y otros, como Nibby, dudan de ella.

QUI
AUGUSTI PACE
IN PRAESEPE NASCI
VOLUIT.

"Cristo, que quiso nacer en un pesebre, en la paz de Augusto, dé la paz al pueblo por su invicta cruz". 3.º Obelisco del Quirinal. Claudio lo cortó y trasladó de Egipto, y lo colocó a la entrada del mausoleo de Augusto; los bárbaros lo sepultaron en las ruinas del sepulcro, y Sixto V lo descubrió y erigió en la plaza del Quirinal, por medio del mismo Fontana. Pío VI completó la elegancia de este monumento, colocando al pie de él los grupos colosales de mármol blanco de Cástor y Pólux, que descubrió y trasladó de las vecinas termas de Constantino. Cástor tiene al pie esta inscripción moderna: *Fidias*, y Pólux tiene esta otra: *Praxíteles*, porque algunos creyeron que eran obra de esos primeros escultores griegos; pero hoy, la opinión común de los inteligentes es que no son de ellos, aunque sí obra griega de un mérito supremo, de la escuela de Fidias. 4.º El Obelisco Variano. Es el único de los romanos que tiene jeroglíficos. Adriano lo mandó hacer en Egipto, lo trasladó y erigió en los Huertos Varianos en honor de Antinoo, según refiere Dion Casio, y Pío VII lo trasladó de estos huertos al paseo del Pincio.

El sabio monje Ungarelli ha traducido las inscripciones de todos los obeliscos de Roma, del idioma jeroglífico al latín. Yo leí las de los obeliscos principales, que, como digo a V., son el Lateranense, el Flaminio y el Mateyano; pero no tuve tiempo de copiar más que las del primero, que es el más interesante. Voy a presentárselas a V., y ellas bastan para dar una idea de las inscripciones jeroglíficas, pues las de los demás obeliscos son semejantes. Un obelisco tiene cuatro caras o lados hacia los cuatro vientos, y para la explicación de sus inscripciones, se divide en tres partes: 1.ª, la larguísima cúspide, cuyo nombre técnico es *pirámide*; 2.ª, la parte media, que es más ancha que la cúspide y cuyo nombre técnico es *capítulo*, y 3.ª, la parte de abajo, cuyo nombre técnico es *columna*.

Cara austral

Pirámide. Rex, Sol, terrarum munimen, vitae largitor, dilectus Ammonis-Solis. Domini thronorum utrisque mundi, coeli Domin: "Rey, Sol,

fortaleza de las tierras, dador de la vida, amado de Ammón-Sol, Señor de los tronos de uno y otro mundo, Señor del cielo".

Bajo esta inscripción están dos figuras humanas representativas, la una, de Ammón, y la otra, de Ramsés II.

Inscripción sobre Ammón: *Largitus vitam, firmitatem, puritatem Ammon:* "Ammón da la vida, la firmeza, la pureza".

Inscripción sobre Ramsés: *Solis filius, Thutmes, vitae largitor ad instar Solis in perpetuum:* "Thotmes,[6] hijo del Sol, dador de la vida, a la manera del Sol, para siempre".

Capítulo. Dos figuras humanas: una sedente, dando a la otra una manzana: jeroglífico de Ammón; y la otra, hincada de rodillas, ofreciéndole un vaso de vino y otro de agua: jeroglífico de Ramsés.

Inscripción sobre Ammón: *Largitor vitae perfectae, firmitatis omnisque puritatis, Ammon-Ra, Dominus thronorum utriusque aegipti, Dominus coeli, qui in sedibus thebarum moratur:* "Ammón-Ra, dador de la vida perfecta, de la firmeza, y de toda pureza, Señor de los tronos de uno y otro Egipto, Señor del cielo, que mora en el trono de Tebas".

Inscripción sobre Ramsés: *Rex, Sol, terrae munimen, Solis filius, Thutmes, dans vitam omnem, sicut Sol in perpetuum:* "Thutmes, Rey, Sol, defensa de la tierra, hijo del Sol, dando toda vida, como el Sol, para siempre".

Inscripción sobre los vasos: *Libationem peragit:* "Hace con mucha devoción una ofrenda".

Columna. Un gavilán con un birrete en forma de mitra (jeroglífico representativo de los reyes como sacerdotes), con un largo billete en el pico. Esta figura con el estandarte, sobre el que está parado, quiere decir:

Har oer phre, fortis, qui dominatur in regione puritatis et justitiae, Dominus superioris Dominusque inferioris regionis, jocundus in regno, sicut in coelo, Sol, Horus splendens, distributor dominationum, custos duplices vigitantiae. Rex, Sol, terrae munimen, Sole probatus, filius Solis, Thutmes, bene de Aegipto meritus. Fecit perenne aedificium suo patri Ammon-Ra, domino thronorum utriusque Aegipti. Erexit in honorem

[6] Sobrenombre de los Ramsés.

ejus Obeliscum praestantem, coelum attingentem. Aedificavit delubrum ad amplificationem Thebarum, exorsus a struendo Obelisco eximio, in regione puritatis et justitiae, facienti se vivificatorem: "Hijo primogénito del Sol,[7] fuerte, que domina[8] en la región de la pureza y de la justicia,[9] Señor de la región superior y de la inferior, alegre en el reino, como en el cielo, Sol, Horo esplendente, distribuidor de los gobiernos, custodio de la noble vigilancia. Rey, Sol, defensa de la tierra, probado por el Sol, hijo del Sol, Thutmes, benemérito de Egipto. Hizo un perenne edificio a su padre Ammón-Ra, Señor de los tronos de uno y otro Egipto. Erigió en su honor este Obelisco excelente, que toca al cielo. Edificó ese templo[10] para la grandeza de Tebas, comenzando por construir este Obelisco singular en la región de la pureza y de la justicia, que lo hace vivificador".

Cara oriental

Pirámide. Dos figuras humanas. Inscripción sobre la del lado derecho: *Ammon-Ra, deorum Rex:* "Ammón-Ra, Rey de los dioses".

Inscripción sobre la del lado izquierdo: *Bonus Deus, Sol, terrae munimen, vivificator in perpetuum:* "Dios bueno, Sol, defensa de la tierra, vivificador para siempre".

Capítulo. Inscripciones iguales a las de la cara anterior.

Columna. Har oer phre, Solis amicus dominus regionis australis dominus superioris, dominusque inferioris regionis, qui justitiae imperium faetur, mundo charus, Horus coruscans, custodiens, Rex, Sol, terrae munimen, dilectus Solis, molitiones Diospoleos, dum aedificia, sua amplificaret,[11] propter gloriosa facta eorum qui primitus incoluerunt domum hanc: in mundo terrestri nulla similitudo talis aedificationis

[7] *Har* significa hijo, *Oer*, primogénito, y *Pher*, del Sol. De estas tres palabras se compuso la de *Pharaón.*

[8] El jeroglífico de dominación es el mencionado birrete.

[9] El jeroglífico de la justicia es una diosa sedente.

[10] Los egipcios acostumbraban levantar los obeliscos frente a la puerta de los templos.

[11] *Hic est sensus: Rex Sol, terrae munimen etc. magnificentia constructionum suarum tuetur decorem aedificiorum Diospoleos.* Ungarelli.

aliarumque rerum Diospoleos, praestitae sunt patris honori: fecit Solis filius, Thutmes, Rector plagae occidentalis qui vitam imperti: "Hijo primogénito del Sol, amigo del Sol, Señor de la región austral, Señor de la región superior y Señor de la región inferior,[12] que defiende el imperio de la justicia, caro al mundo. Horo resplandeciente, custodio. Rey, Sol, defensa de la tierra, amado del Sol, con la magnificencia de sus construcciones favorece la grandeza y hermosura de los edificios de Diospoleos, por los gloriosos hechos de aquellos que al principio habitaron esta ciudad: en el mundo terrestre no hay semejanza alguna de tal edificación, y de otras cosas de Diospoleos, que han sido hechas en honor de su padre: hizo este obelisco Thutmes, hijo del Sol, Gobernador de la región occidental, quien da la vida".

Cara boreal

Pirámide. Tiene las mismas inscripciones que la cara anterior.

Capítulo. Tiene las mismas inscripciones que en las caras anteriores.

Columna. Har-oer-phre, fortis, Solis amicus, Dominus superioris regionis dominusque inferioris, in universis terris Horus splendens, magnus robore, qui Lybios percussit, Rex, Sol, terrae munimen, Ammonis filius, e progenie ipsius quaem peperit ei Mut, in terra Oscer, membris praestantibus et delectatur eo. Solis filius Thutmes, Basis mundi, Ammon-Ra, Domini thronorum utriusque Aegipti, amicus, vitae largitor sicut Sol: "Hijo primogénito del Sol, amigo del Sol, Señor de la región superior y Señor de la inferior, Horo resplandeciente en todas las tierras, grande por la fortaleza, que hirió a los libios, Rey, Sol, defensa de la tierra, hijo de Ammón, del linaje del mismo que le parió Mut[13] en la tierra de Oscer, con miembros excelentes, y se deleita con él. Hijo del Sol, Thutmes, base del mundo, amigo de Ammón-Ra, Señor de los tronos de uno y otro Egipto, dador de la vida, como el Sol".

[12] El jeroglífico de la región superior, o sea del Alto Egipto, es una corona de flores blancas, y el del Bajo Egipto es una corona de flores rojas.

[13] La Minerva egipcia.

Cara occidental

Pirámide. Dos figuras humanas: una, llevando a la boca de la otra una manzana, jeroglíficos de Ammón y de Ramsés II, y sobre ellos, esta inscripción: *Ammon-Ra faciens illum perfectum:* "Ammón-Ra haciéndolo perfecto".

Capítulo. Inscripciones iguales en las cuatro caras.

Columna. Hae-oer-phre, fortis, qui dominatur in veritate atque justitia. Rex, Sol, terrae munimen, Ammonem glorificans, in astro suo coruscantem in Thebarum sedibus. Ammon facit illum perfectum in regendis dominationibus, cor ejus ampliatur propter molitionem filii sui jucunde regnantis, sibique amici, utpote dono stabilitatis ejus affecti, necnon virtutis ipsius divinae domini, qui praestat justitiam hanc duorum conventuum.[14] *Solis filius, Thutmes, Basis mundi:* "Hijo primogénito del Sol, fuerte, que domina en verdad y en justicia. Rey, Sol, defensa de la tierra, glorificando a Ammón, resplandeciente en su astro en los dominios de Tebas. Ammón lo hizo perfecto, en el gobierno de los dominios de él, ensancha el corazón de él por las construcciones de su hijo, que reina alegremente y que es su amigo, como que por una dádiva es participante de la estabilidad de él, y también de la virtud divina del mismo Señor, que da esta justicia de los dos Consejos.[15] Thutmes, hijo del Sol, base del mundo".

Roma es la ciudad de los obeliscos. Fuera de ella, no hay más que uno, en París, que es el mencionado de Louqsor, y uno en Londres, que es el llamado la Aguja de Cleopatra, que estaba en Alejandría, regalado por el virrey de Egipto a Jorge IV, y erigido por éste en la plaza de Waterloo en 1820. En las ruinas de Tebas, quedan todavía ocho o nueve obeliscos, inferiores a los de Europa.[16]

[14] *Consiliorum.* Ungarelli.
[15] Probablemente Consejos de Estado.
[16] Monlau, *Diccionario etimológico*, Verb. Obelisco.

Carta XXIII y última

Aguas. Acueductos. Fuentes. Vías. Salida de Roma



Aguas

Roma es la primera ciudad de Europa, por la abundancia, salubridad y buen gusto de sus aguas potables. Son en tanta cantidad, que algunos han calculado que juntándose formaría un río como el Sena. Las principales son el agua Virgen, la Paula, la Félix y la de Dámaso. La primera se llama así porque una doncella aldeana mostró la fuente a unos sedientos soldados de Agripa (el yerno de Augusto), y éste la introdujo en Roma. Es la más abundante, saludable y sabrosa de las que bebe el pueblo, y corre por el interior de una gran parte de las casas, especialmente las situadas en el Campo de Marte.[1] El agua Paula tomó su nombre de Pablo V, que restauró el acueducto de Trajano. Surte el barrio del Janículo, el del Vaticano y otros del lado opuesto del Tíber. El agua Félix se llama así porque la introdujo en Roma Sixto V, llamado antes Félix Perreti. El agua de Dámaso se llama así porque fue introducida por el papa S. Dámaso. Es la mejor de las de Roma, pero es muy escasa y no beben de ella más que el papa y los demás habitantes del Vaticano.

Acueductos

Recuerdo a V. las notables palabras de Dionisio de Halicarnaso, que le dije en mi Carta IX: "Tres cosas, a la verdad, me parecen magnificentísimas, de las que aparece la grandeza del imperio romano: los

[1] Pasa por el interior de la casa donde yo vivía, que, como dije en mi Carta I, está en dicho Campo.

acueductos, las vías públicas y las cloacas".[2] Antes de Apio Claudio el Ciego, los romanos bebían agua del Tíber, de pozos y de fuentes cercanas. El célebre censor fue el que construyó el primer acueducto y el que introdujo la primera agua en Roma. Los cónsules, los pretores, los censores y los ediles le imitaron en los siglos siguientes, de manera que en la época de los emperadores había en la ciudad catorce acueductos, de los que los principales eran el de Claudio y el de Trajano, que están todavía en servicio. El primero fue comenzado por Calígula y concluido por Claudio; tiene 20 leguas, 2 millas nuestras de longitud, y tanta altura, que hace caer sus aguas sobre la cumbre del Aventino. El segundo fue levantado por Trajano; tiene 11 leguas, 2 millas nuestras de longitud, y tanta altura, que derrama sus aguas sobre la cumbre del Janículo. Pablo V reedificó este acueducto, y desde entonces, el agua de él, llamada antes Trajana, se ha llamado Paula. Los antiguos romanos, que muestran en sus edificios, no sólo solidez, sino el mejor gusto, daban a sus acueductos, en la parte que cruzaban las vías, la forma de un arco triunfal, como se ve todavía en la parte del acueducto de Claudio que cruza la Vía Lavicana, y es hoy la Puerta Mayor. Desde la cúpula de S. Pedro (como dije a V. al hablar de mi ascensión a ella),[3] desde la cumbre del Aventino y desde la del Janículo, vi detenidamente la campiña romana, atravesada en todas direcciones por larguísimos acueductos. La belleza de un campo atravesado por un acueducto no la conoce sino el que la ha experimentado. Muy hermoso es el panorama del valle de México desde las torres de la catedral y desde Chapultepec; pero es más sorprendente el que presenta la campiña romana, por la magnificencia y mucho mayor número de los acueductos. Cierro esta materia con estas notabilísimas palabras de Plinio el Naturalista, que dan a conocer el adelanto a que llegaron los romanos en muchos ramos del orden material y su supremacía, en este orden, sobre Grecia, Egipto, China y todos los pueblos del mundo antiguo: "Si alguno estimare con más diligencia la abundancia de las aguas en las fuentes públicas, en los baños, en las piscinas, en las casas, en los huertos, en las villas suburbanas, los larguísimos acueductos, los montes perforados, los valles allanados, se patentizará que no ha habido cosa más admirable en todo

[2] *Mihi sunt tria magnificentissima videntur, ex quibus maximae apparet amplitudo romani imperri: Aqueductus, Viae Stratae et Cloacae.*

[3] [Lo hizo en la Carta II. SLM.]

el orbe de la Tierra”.[4] Plinio se olvidó de especificar los molinos de trigo y aceite, ya usados en su tiempo,[5] los que exigían mucha cantidad de agua.

FUENTES

Las principales son la de Trevi, la de la plaza Navona, las de la de S. Pedro, la fuente Paula, la de Termini y las de la plaza Farnesio; de las que ya he tenido el gusto de hablarle de la de la plaza Navona. Diré a V. también algo de Cuatro Fuentes. El frontis de la fuente de Trevi consiste en cuatro altas columnas corintias, coronadas por un ático, entre las que están tres estatuas de mármol: la de en medio es la colosal del *Océano,* y las otras son *La Abundancia* y *La Salubridad.* Sobre estas dos estatuas están dos bajos-relieves; el uno representa a la doncella mostrando la fuente a los soldados de Agripa, y el otro recuerda a este gran ministro ordenando la construcción del acueducto del agua Virgen. El Océano tiene un cetro en la mano derecha, y está majestuosamente en pie en una carroza que tiene la figura de una gran concha, tirada por dos caballos marinos. Dos tritones tienen los caballos de las riendas, y suenan con todas sus fuerzas unos cuernos marinos a guisa de trompetas. El Océano está sobre un monte artificial, de entre cuyas rocas, siempre cubiertas de verde musgo, salen seis impetuosos y espumosos torrentes, que descienden por las peñas, formando doce graciosas cascadas. El agua es tanta, que estos seis torrentes parecen seis arroyos, y caen en un receptáculo que ocupa una gran parte de la plaza, y semeja a un lago, resguardado con una barandilla de fierro, sobre la que hay casi siempre extranjeros, quienes no se cansan de este espectáculo. En las dos fuentes de la plaza de S. Pedro, el agua salta a la altura de 25 palmos, y presenta la figura de dos encantadores pabellones de cristal de 126 palmos de circunferencia; las tazas son de granito. La fuente Paula está en la cumbre del Janículo, y se llama así porque fue construida por Pablo V. Su frontis consiste en seis altas columnas de granito rojo coronadas de un ático, ornamentos tomados del Foro de

[4] *Historia natural*, Lib. 36, cap. 15.
[5] Los vi en las ruinas de Pompeya.

Nerva. De los intercolumnios, salen cinco torrentes, iguales a otros tantos arroyos, cuyo fragor se oye a mucha distancia, y caen en un inmenso receptáculo de mármol a guisa de lago. Las cosas más notables de la fuente de Termini, obra de Sixto V, son la estatua colosal de Moisés haciendo brotar el agua de la roca, y el bajo-relieve que representa a Gedeón a la orilla de un río, eligiendo para soldados a los que bebiesen el agua tomándola con la mano y corriendo. En fin, las cosas sorprendentes de las dos fuentes de la plaza Farnesio son sus receptáculos; el de cada una es una tina de baño de las de los antiguos romanos, de granito egipcio, de 24 palmos de longitud y seis y medio de altura. Cuatro Fuentes es una encrucijada notable, por las bellas fuentes de sus cuatro esquinas, y por ser un lugar muy útil a los viajeros para conocer la topografía de Roma. Está formada por cuatro muy largas y rectas calles; en la extremidad E está Trinidad del Monte, en la O, Sta. María la Mayor, en la N, el Quirinal, y en la S, la Puerta Pía. Por razón de la belleza arquitectónica, la primera de las fuentes de Roma es la de Trevi, y la segunda, la de la plaza Navona; por razón de la belleza hidráulica, las primeras son las de S. Pedro, y la segunda es la de Trevi, y por razón de la abundancia de las aguas, la primera es la fuente Paula, y la segunda, la de Trevi.

VÍAS

Eran muchísimas las que, partiendo de las puertas de Roma, se extendían, a guisa de ramales, hasta Brindis y las columnas de Hércules, y con interposición del mar, por las costas de África, hasta el Nilo, y por el Asia, hasta el Éufrates. Las principales eran las siguientes, que subsisten en gran parte. 1.ª La Vía Apia se llamaba así por haber sido construida por Apio Claudio el Ciego, tres siglos antes de Jesucristo, y los romanos la nombraban la reina de las vías (*Regina viarum*). Partía de la Puerta Capena (que estaba cerca de donde hoy está la de S. Sebastián), y pasando por Alba, Ancio, Terracina, Minturno, Capua, Nápoles, Gruta de Polisipo, Salerno, Nocera, Nola, etc., llegaba hasta Brindis: el puerto, entonces y ahora, más frecuentado para los viajes a Oriente. Apio construyó su vía hasta la recién conquistada y encantadora Capua, es decir, en el espacio de 1 000 estadios,

o sean,[6] 40 leguas nuestras.[7] Desde a poco que Apio construyó su vía, fue inundada e inutilizada en gran parte por las lagunas Pontinas, hasta el desagüe hecho por Augusto. La vía estuvo en entero servicio desde este emperador hasta la invasión de los bárbaros, a principios del siglo v, en cuyo tiempo volvió a ser cubierta por las aguas. Así permaneció durante largos siglos, a pesar de los esfuerzos de quince papas, hasta que Pío VI desaguó y secó completamente dichas lagunas. Este pontífice llevó a cabo una empresa tan gloriosa como difícil, que no habían podido realizar muchos cónsules, ni Julio César, y favoreció las relaciones itinerarias privadas y públicas, el comercio, la agricultura y la salubridad del clima. 2.ª La Vía Ostiense se llamaba así porque partía de la puerta llamada hoy de S. Pablo, y conducía hasta el puerto de Ostia, que dista de Roma 5 leguas nuestras. 3.ª La Vía Ardeatina se llamaba así porque por la falda SO del Aventino conducía a Ardea. 4.ª La Vía Aurelia partía de la antigua puerta llamada *Janiculensis,* porque estaba en la cima del Janículo, cerca de donde hoy está la de S. Pancracio, atravesaba la Liguria y los Alpes y llegaba hasta Arles, ciudad situada a la falda de dichos montes. De esta ciudad, partían la vía que atravesaba los Pirineos y toda España y llegaba hasta Gades (Cádiz), y las diversas vías que se extendían por las Galias a manera de red. 5.ª La Vía Casia partía del puente Milvius (hoy Molle) y recorría la Etruria. 6.ª La Vía Flaminia se llamó así porque fue construida por el cónsul Cayo Flaminio. Partía de la Puerta Flaminia, que estaba cerca de donde hoy está la del *Popolo*, e iba por Otricoli, Espoleto, Pésaro y el Apenino, hasta Rímini. De aquí partía para Cesena, Forti, Imola, Bolonia, Modena, Reggio, Parma, Placencia, Milán, Verona, Padua, etc., hasta Aquilea. 7.ª La Vía Salaria era la más antigua de las vías romanas, y se llamó así porque conducía a las salinas que estaban en la orilla del mar, de donde los sabinos traían la sal. Partía de la antigua Puerta Collina, que estaba cerca de donde hoy está la Puerta Salaria, hecha por el emperador Honorio entre el Pincio y la Puerta Pía. Por la Puerta Collina, entró Breno con sus galos a principios del siglo iv de Roma; por la Vía Salaria se acercó Aníbal, y por la actual Puerta Salaria entró Alarico en 409. 8.ª La Vía Nomentana

[6] [En este caso, Rivera escribe "o sean" por "o sea". SLM.]
[7] Una legua nuestra corresponde aproximadamente a veinticinco estadios romanos.

se llamaba así porque conducía a Nomentum, ciudad del Lacio, y partía de la Puerta Nomentana, que estaba sobre el Quirinal, cerca de donde hoy está la Puerta Pía. 9.ª La Vía Tiburtina, llamada así porque conducía a Tibur, partía de la Puerta Tiburtina, hoy de S. Lorenzo, que está en el Esquilino, entre la Puerta Pía y la Mayor. 10.ª La Vía Lavicana se llamaba así porque conducía a Lavico, y partía de la Puerta Lavicana, que estaba también en el Esquilino, cerca de donde hoy está la Puerta Mayor, nombrada así porque conduce a Sta. María la Mayor. 11.ª La Vía Latina se llamaba así porque atravesaba el Lacio, iba por Agnani, Arpino, situado a la falda del Monte Casino, etc., y llegaba hasta Benevento. Partía de la Vía Apia, a poca distancia de la Puerta Capena.

Las vías romanas tenían por lo regular cinco metros de anchura. Los romanos construían la base de ellas de piedra y mezcla de cal y arena (la *pozzolana*); sobre este indestructible muro colocaban una fuerte capa de cal, creta y tierra, y sobre esta capa, anchas losas cuadradas, que vemos todavía. En los valles, como elevaron en los aires sus acueductos, así levantaron los terraplenes de sus vías hasta 20 pies, según refiere Bergier, hablando de las de Francia.[8] Las vías estaban medidas hasta los países más remotos. Al fin de cada milla, estaba una pequeña columna de piedra, que tenía grabado el número de millas que había desde allí a Roma, por ejemplo V, L, XC, C, etc. Cayo Graco fue el que inventó y estableció estas columnas miliarias, de las que se ven dos en la plaza del Capitolio, según dije a V. en su lugar.[9] Además, las vías estaban flanqueadas de hermosos templos y sepulcros, de los que, por falta de tiempo, no vi cerca y detenidamente más que el sepulcro de Cecilia Metela, esposa de Craso el Triunviro. Es una elegante mole rotonda y el principal de los sepulcros de la Vía Apia.[10] En fin, los romanos, en muchas de sus obras, especialmente en materia de vías, acueductos y cloacas, se mostraron dignos hijos de los etruscos. Padres e hijos nos precedieron hace muchísimos siglos en la carrera triunfal de la civilización material. Unos y otros, si resucitaran hoy, verían con gozo, pero sin sorpresa, el canal de Suez y la perforación de los Alpes, porque también ellos perforaron los montes y allanaron los valles para

[8] [Alusión a Nicolás Bergier (1567-1623). SLM.]

[9] [Rivera se refiere a la Carta III. SLM.]

[10] El coche que me llevó a este sepulcro tenía el número 1184. Un empleado de la policía me dijo que los coches de providencia en Roma eran 1700.

hacer sus acueductos, y partieron los montes y allanaron los valles para hacer sus vías. Y, ¡oh dolor!, ¿qué dirían si viajaran por los caminos de México?

SALIDA DE ROMA

Junio 4. Llegó este día fijado en mi plan de viaje como el término de mi visita a Roma, y en consecuencia, yo debía salir de ella. Me despedí del querido templo de Sta. María la Mayor, del sepulcro de los Santos Apóstoles, del inolvidable Foro, del Tíber y de mis amigos.[11] Me separé de la capital del orbe católico con el sentimiento que se deja un lugar en que durante tres meses y medio se ha tenido muy buena salud, amable hospitalidad, algunas adquisiciones intelectuales y muchas dulces emociones. Dos de los SS. Angelini me hicieron el favor de acompañarme hasta que entré en el *wagón,* a las diez de la mañana. Yo había leído en algunas inscripciones: *Roma Aeternae.* Desde el camino de Albano (la antigua Alba), vi por la última vez, y di, profundamente conmovido, el postrer adiós a la Roma Eterna, que no había de volver a ver más.

[11] Ya que he dado a luz estas cartas, y ya que, publicadas algunas en *La Civilización*, de Guadalajara, y en la *Revista Universal*, de México, han comenzado a ser leídas en Roma, según me han dicho el Sr. Presb. D. Francisco Herrera, vecino de Zacatecas, y el Sr. D. Manuel J. Guerra, vecino de Lagos, que estuvieron en dicha ciudad después que yo, aprovecho la oportunidad para pagar un tributo de gratitud a la muy apreciable familia de los Sres. Julia, D. Enrique, D. Javier, Lic. D. Felipe, D. José y D. Ignacio Angelini, y a la no menos amable de los Sres. D. Juan Bautista, Da. Luisa, Da. Teresina, Undemila y Catarina Fornari, en cuya casa viví.

Índice temático[1]



[1] [Este índice figura en la edición de Francisco Rodríguez. Algunos términos se colocaron donde correspondían en el orden alfabético. SLM.]

D

E

R

S

T

Índice general



Cartas sobre Roma. Visitada en la primavera de 1867, de Agustín Rivera, editado por el Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, se terminó de imprimir el 26 de enero de 2015 en los talleres de Editores e Impresores FOC, S.A. de C.V. Los Reyes núm. 26, col. Jardines de Churubusco, Deleg. Iztapalapa, 09410 México, D.F. La tipografía se realizó en El Atril Tipográfico, S.A. de C.V., se utilizó tipo Gatineau de 11:13, 10:12 y 8:9 pts. Se tiraron 500 ejemplares impresos en Offset en papel Cultural ahuesado de 90 gramos. La edición estuvo al cuidado de Judith Sabines y Mauricio Salvador.